

ALBERTO MARTÍN GARCÍA



El silencio de Raquel



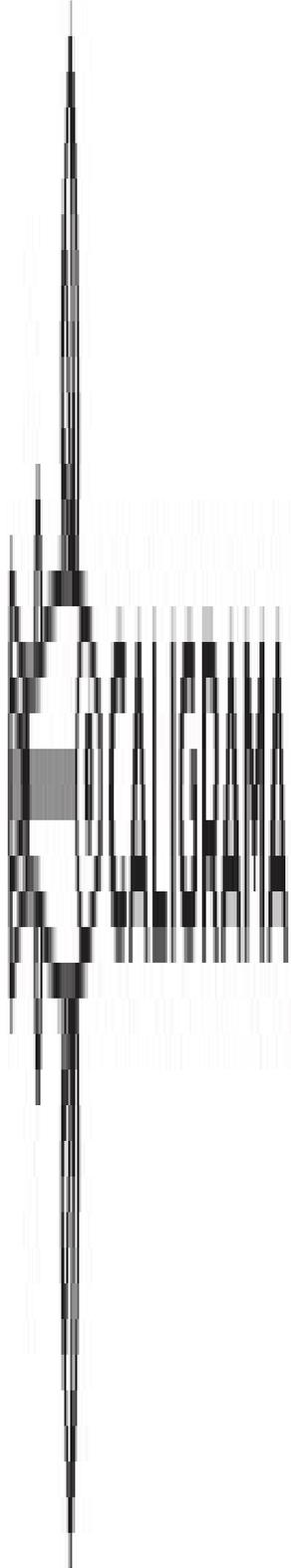
CALIGRAMA

El silencio

de Raquel

El silencio de Raquel

ALBERTO MARTÍN GARCÍA



Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

El silencio de Raquel

Primera edición: junio 2018

ISBN: 9788417426279

ISBN eBook: 9788417426965

© del texto:

Alberto Martín García

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2018

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis padres, que llevan más de cuarenta años bebiendo juntos el elixir
de juventud

Sal a la calle y pregúntate qué debe ser recordado.

EL CARTÓGRAFO, JUAN MAYORGA.

Nota del autor

El silencio de Raquel es una novela de ficción ambientada en Segovia. Las ubicaciones elegidas para crear la trama existen en su mayoría, no así los personajes. El hecho de que algunas situaciones de carácter conflictivo se desarrollen en instituciones o lugares reales es meramente circunstancial y en ningún caso su elección se corresponde con una denuncia a su gestión, sino a un recurso para hacer más creíble la historia.

12 de agosto del 2015

—¿Has cerrado bien la puerta de casa? —preguntó Patricia con cierta desconfianza.

—Cariño, si lo has visto con tus propios ojos. Te he avisado para que me miraras al echar la llave.

—Lo sé, lo sé. Perdona, Maxi, me pongo muy nerviosa antes de viajar, no puedo evitarlo.

Patricia desconfiaba de los aviones, aunque no lo suficiente como para evitarlos y quedarse en tierra. Decía que era respeto más que miedo y que lo que más tensión le producía era el despegue porque tenía la sensación de que el avión perdía fuerza y no cogía la altura suficiente. Le sucedía desde que en el año 2008 un avión de Spanair que volaba rumbo a Las Palmas de Gran Canaria se estrellara minutos después de despegar del aeropuerto de Barajas, en Madrid. Aquel accidente le impactó especialmente porque entre los pasajeros fallecidos estaba el primo de una amiga. La muerte golpea dos veces cuando toca a alguien cercano o del mismo país, si no quizás hubiera sido un incidente más que habría olvidado cuando dejase de ser noticia en los medios.

—Este es el primer viaje que hacemos juntos y va a ser la *leche*, Patri. Déjate llevar y disfruta, que a Vietnam no se va todos los días, y menos con el chollo de billetes que hemos conseguido.

Por los altavoces de la estación Segovia-Guiomar anunciaron que se abría el control de acceso del tren Avant con destino Madrid-Chamartín. Desde allí cogerían un tren cercanías al aeropuerto, a la terminal cuatro. Patricia y Maxi fueron los primeros en situarse en la fila. Mostraron sus billetes a la empleada,

que como si se tratara de un robot repetía a los pasajeros el andén y el vagón al que debían subirse sin apenas mirarlos a la cara. Pasaron las maletas por el control de seguridad ante el desinterés nada fingido del guardia de seguridad y bajaron las escaleras mecánicas que conducían al andén número seis. Faltaban diez minutos para que llegase el tren procedente de Valladolid: la aventura comenzaba.

—¡Mierda! Se me ha olvidado cargar el móvil. Me queda un tres por ciento de batería —protestó Patricia.

—En estos trenes hay enchufes en los asientos. Ahora lo cargas un poco y solucionado.

Maxi aportaba en la pareja la tranquilidad que Patricia no encontraba cuando estaba nerviosa, algo que sucedía con cierta frecuencia. Eran muy diferentes, y quizás por eso se entendían tan bien. Pocas veces discutían y enseguida llegaban a entendimientos sin necesidad de alzar la voz para demostrar quién llevaba más razón, victoria que en otras parejas parecía estar destinada a quien gritaba más o al que tenía la última palabra.

—Mira, está allí Javi Valverde. Voy a saludarlo un momento. ¿Te quedas cuidando las maletas? —Patricia asintió.

Maxi se alejó unos metros. Patricia lo observaba sin apartarle la mirada. Nunca había hablado con ese tal Javi, un compañero de trabajo de su chico en el taller con el que había hecho especial amistad gracias a su afición a la bicicleta. Habían completado varias rutas por la provincia de Segovia o incluso por la mal llamada por los periodistas «Sierra madrileña». Siempre en domingo, su día preferido para desconectar, hacer deporte y, por qué no, tomarse unas cervezas después del esfuerzo; la recompensa ganada.

El aviso de un nuevo mensaje en el WhatsApp sacó a Patricia de su ensimismamiento. En la pantalla bloqueada vio que recibía un vídeo desde un número desconocido que empezaba por seiscientos cuarenta y siete. Accedió a la aplicación y lo descargó confiando en que antes no se apagase. El proceso era lento; la cobertura en la estación no era la mejor y el vídeo *pesaba* trece megas. Antes de completarse la descarga volvió Maxi. Patricia se quedó con el móvil en

la mano y se olvidó del contenido recién recibido. La pareja habló de temas sin importancia y por fin el tren llegó. El vagón número tres se detuvo cerca de su posición. Cogieron el equipaje, subieron y lo colocaron en el maletero.

—Antes de sentarme aprovecho y voy al baño, que llevo meándome desde que salimos de casa.

—Qué fino eres cuando quieres —le reprochó ligeramente Patricia.

—Ya sabes que lo digo para hacerte rabiar, tontorrón. —La cogió con suavidad de la barbilla y le dio un beso—. Ahora vuelvo, chica guapa.

El WhatsApp de Patricia volvió a sonar; otro mensaje desde el número desconocido. Patricia recordó que tenía pendiente ver el vídeo. Pulsó el *play* sin fijarse en el contenido del texto. El teléfono estaba silenciado.

Maxi salió del baño. Antes de sentarse pasó por la máquina expendedora situada entre dos vagones y compró una botella de agua y dos Kit Kat. Se acercó hasta los asientos setenta y seis y setenta y siete, los suyos. Patricia no estaba. Sacó del bolsillo su billete y comprobó que no se había equivocado. Estaba en el lugar correcto. Lo guardó de nuevo y escuchó cómo las puertas del tren se cerraban. Miró por la ventanilla y una ola de nervios y desconcierto recorrió en direcciones infinitas su cuerpo: Patricia estaba fuera, llorando en el andén. No llevaba las maletas, únicamente en su mano derecha sujetaba con fuerza el teléfono y su bolso. Ella lo miraba y solo veía lo que sus lágrimas le permitían: apenas una silueta borrosa suplicando una explicación. Maxi creyó entender que de los labios de su chica se desprendía un «lo siento» mudo incapaz de ser pronunciado. Golpeó el cristal y gritó su nombre tres veces, Patri, Patri, Patri..., pero Patricia ya se alejaba y el tren hacía lo mismo en dirección opuesta. El resto de viajeros observaba la escena como los espectadores de una función de teatro: callados y expectantes, algunos con cierta sensación de angustia, esperando la resolución del conflicto y que fuera favorable al incrédulo protagonista.

Maxi probó a llamarla ajeno a las miradas que lo acribillaban. Tenía la esperanza de que ese tres por ciento de batería fuera suficiente: «El teléfono al que llama está apagado o fue...». Colgó. Lo intentó otra vez sabedor de que

recibiría la misma contestación. Así fue. No dejó ni siquiera que la mujer anónima pronunciase la frase completa.

Hay algo peor al rechazo y al abandono: la ausencia aparente de un motivo. Es el enemigo más cruel de quien necesita una respuesta, sepa o no formular la pregunta adecuada. Maxi eligió el camino más sencillo y se culpó de algo que había hecho. No sabía el qué, pero tenía que ser responsabilidad suya. Optó por infringirse a sí mismo ese castigo antes que culpar a Patricia. La quería demasiado como para aceptar que escondía algo que le había llevado a bajarse del tren y dejarlo tirado a tres horas y media de volar juntos a Vietnam. Era su primer gran viaje en el año y medio que llevaban saliendo. Meses atrás, en diciembre, habían estado en Oporto aprovechando el puente de la Constitución; nada comparable a los diecisiete días que les esperaban en el sudeste asiático.

Se sentó resignado. En cuanto llegase a Madrid cogería el primer tren de vuelta. Perder el dinero de los billetes a Hanoi era lo de menos. Pensaba en Patricia. Necesitaba saber que estaba bien, que era un malentendido o que le había entrado pánico a volar. Sabía que esto último no podía ser el motivo. Rememoró cada conversación de los últimos días buscando una pista que le llevase a entender por qué lo había hecho. No había nada a lo que agarrarse y, sin embargo, todo le parecía que podía ser un desencadenante.

—Disculpe, caballero. Vaya por delante que no me gusta meterme donde no me llaman. Es que le estoy viendo pasar un mal rato. —Un hombre de pelo blanco que rondaría los setenta años, con gafas de cristales redondos y ahumados, se acercó al asiento de Maxi. Se puso de cuclillas en el estrecho pasillo que separaba ambas filas, atrayendo su atención.

—No se preocupe, se trata de un malentendido. Se solucionará muy pronto — justificó Maxi sin ganas de hablar con aquel tipo que vestía pulcramente un traje gris de verano y una corbata azul marino con pequeños círculos blancos distribuidos en aparente desorden.

—Quiero decirle que he observado a su mujer, o a su novia, lo que sea. No importa. No piense cosas raras. Me fijo en las personas por curiosidad nada más. No sé, me inspiran para luego escribir mis textos. —El tipo se empeñaba en no

quedar como un entrometido—. Ella tenía un comportamiento normal hasta que ha ojeado su teléfono. De repente, se ha puesto muy nerviosa y ha mirado hacia todos los lados, supongo que buscándolo a usted. Parecía aterrada. Le temblaba la mano y ha terminado por romper a llorar. Después ha enfilado el pasillo sin coger nada más que su bolso y se ha bajado. Siento no poder serle de más ayuda. Maxi le tendió la mano.

—Se lo agradezco, caballero. Claro que es de ayuda. Muchas gracias.

El agradecimiento de Maxi era sincero. El hombre regresó a su asiento satisfecho, sacó las gafas de un bolsillo interior y abrió un libro de Luis Landero recientemente publicado, *Balcón en invierno*, y se perdió entre sus hojas.

Si de algo le había servido aquel breve encuentro a Maxi era para entender que la causa había sido algún mensaje de su teléfono. No le tranquilizaba, pero sí le hacía descartar otras razones que le comían aún más por dentro. Minutos después, por megafonía, avisaron de que el tren llegaba a la estación Madrid Chamartín, final de trayecto, con un pasajero menos de los previstos.

Cuando bajó apresurado para ir a la taquilla y comprar un billete de vuelta a Segovia, Maxi todavía no sabía que no volvería a ver a Patricia...

—El inspector jefe me dice que le debemos las conclusiones del informe del caso Saavedra. Pregunta que cuándo las tendremos —recordó la oficial Goyanes sabiendo que de Peralta saldría una mala cara y algún impropio hacia sus superiores.

—Dile que nunca. ¿Qué más quiere? Si aquel caso está cerrado y *requetecerrado* y ya se ha apuntado la medallita el miserable. —Enrique Peralta tenía alergia a los informes. Sabía que eran tan necesarios como tediosos, pero veintiún años en el cuerpo no le habían servido para acostumbrarse—. Contéstale que esta noche tendrá una copia firmada en su correo electrónico, hazme el favor. No pienso pasar hoy por Valladolid, me tomo la tarde libre. —Goyanes asintió—. ¿Algo más, Marina?

—Sí. Afuera está esperando Máximo Ballesteros, un chico de aquí de Segovia, de veintisiete años. Por lo visto ayer por la tarde iba a viajar con su novia, una tal Patricia Redondo, a Vietnam, y cuando estaban ya subidos al tren para ir al aeropuerto ella se bajó mientras él iba al baño. No ha vuelto a tener noticias, el móvil está apagado y cree que le ha pasado algo malo.

—¿Y si se ha bajado voluntariamente no es un poco pronto para que consideremos a la chica como desaparecida? De eso se podrán ocupar en esta comisaria, ¿no? Nosotros nos ocupamos de homicidios, no de desapariciones, y por lo que me cuentas esta ni siquiera lo es aún. Aquí tienen gente muy competente que puede dar con su paradero y dejarnos a nosotros volver a nuestra comisaría. Le daría un ataque de pánico o estará enamorada de otro y no le apetecía hacer ese viaje. A saber. —Goyanes mostró una mueca de contrariedad que, tras cinco años trabajando juntos, Peralta sabía interpretar mejor que las

palabras—. Suéltalo, anda, que te va a explotar en la lengua eso que me ocultas.
—Marina Goyanes sonrió. Ella también lo conocía muy bien.

—Este chico es hijo de Aurelio Ballesteros.

—¡Anda! Haber empezado por ahí. Y ha llamado el papaíto *ricachón* para que demos prioridad al caso, ¿no? Si es que lo que no consiga don dinero, *hija mía...* Bendita pobreza la nuestra. Quién nos mandaría meternos a policías con las cuatro perras que nos pagan pudiendo ser empresarios mequetrefes con derecho a meterse donde no les llaman.

—Pues sí, si fuera por dinero ni tú ni yo estaríamos aquí. Somos policías por otro motivo bastante mejor que la pasta.

—¿A qué te dedicarías tú, Marina? Cuéntame. Yo creo que sería patrón de barco y me dedicaría a la contemplación y a dar paseos a los *guiris* por alta mar, metiéndoles un buen cuerno con el precio y ofreciéndoles un sucedáneo de paella con chorizo a treinta euros el plato que les pondría *palotes*. Salivo al imaginar la vidorra que tendría. Mañana creo que me voy a comprar la gorra de capitán y todo.

La oficial sonrió y negó con la cabeza, divertida ante las ocurrencias del inspector Peralta. Eran eso, ocurrencias que se inventaba cuando estaba contrariado por alguna decisión impuesta de más arriba.

—Con lo inquieto que eres al tercer día habrías hundido el barco o estarías tan harto de los turistas que a alguno lo arrojarías por la borda de la irritación que te causaría. No sirves tú para la vida contemplativa ni para vender paellas de garrafón y sangría peleona, no mientas. Por mucho que protestes esta profesión es tu vida, que nos conocemos.

—Es este maldito trabajo, Marina, que me ha dejado la cabeza tocada. Yo de joven era un tío tranquilo y sosegado que perseguía a las chicas para hacerlas rabiar y se contentaba con comer pipas en un banco del parque y arreglar el mundo, aunque no supiera nada de la vida. —Peralta se rio—. Cuéntame un poco más del asunto antes de recibir a ese Maxi Ballesteros, anda, y ya veré después cómo arrojé turistas a los tiburones del Atlántico, si es que queda alguno.

Aurelio Ballesteros era dueño y fundador de Gráficas Ballesteros, una de las cinco empresas más importantes del sector en España, y con amplia diferencia la entidad privada que más puestos de trabajo proporcionaba a los segovianos. Ballesteros mantenía con la ciudad castellana una relación de amor y odio a partes iguales. Participaba en proyectos sociales relacionados con la infancia y el deporte, y patrocinaba eventos culturales que quizás de otra manera no habrían tenido cabida en una ciudad cuya población estaba anclada en menos de sesenta mil habitantes. Año tras año el censo alertaba de que envejecía y sus jóvenes huían despavoridos por la falta de oportunidades de empleos cualificados, siendo Madrid la ciudad adoptiva por excelencia.

Pero en el *debe* de Ballesteros pesaban varias polémicas que no habían dejado indiferente al sector social más crítico, como irregularidades pasadas en las finanzas de la empresa que se diluyeron entre rumores y abogados, denuncias de grupos ecologistas por el impacto medioambiental de otros negocios internacionales en los que era accionista, y un escándalo de faldas que terminó en divorcio después de que media ciudad se convirtiera en juez moral de su vida privada.

—El inspector jefe ha llamado para que hables con Maxi Ballesteros aprovechando que aún estamos en Segovia. Seguramente no sea nada, pero como no tenemos nada pendiente de momento, quiere que te encargues tú, así que me parece que nos vamos a tener que quedar al menos unos días más en esta comisaría. Míralo por el lado bueno, nos vamos a ahorrar unos cuantos kilómetros de carretera hasta que veamos qué pasa con esto, y después de todo aquí nos tratan bien y estamos en casa.

Peralta y Goyanes, junto con el agente Blasco, pertenecían al Grupo de Homicidios de la Jefatura Superior de Castilla y León. Tanto el inspector como la oficial eran segovianos y residían en la capital, pero se desplazaban cada día en coche a su puesto de trabajo en Valladolid. Las últimas semanas habían estado en Segovia en comisión de servicio para trabajar en un homicidio que parecía resuelto y que finalmente resultó requerir de una línea de investigación más compleja de la prevista en sus inicios. Ya resuelto el denominado Caso Saavedra,

como lo habían titulado de cara a la prensa y a la opinión pública, tenían previsto retornar a la capital vecina, pero la desaparición de Patricia Redondo cambió sus planes.

—A veces pienso que ese cretino lo hace para tocarme las pelotas; no tiene ningún sentido que nos pida esto ahora. ¿Hay algún puto alto cargo en este país que sepa realmente cómo mandar? —Marina sonrió de nuevo con la bravuconada de su jefe y avisó a un agente para que hiciera pasar a Maxi.

—Venga, inspector, si sabes que Calderón te adora. Te lo pide porque confía en ti más que en nadie y sabremos darle salida a esto en un *periquete*. A él también le habrán pedido de más arriba que lo solucione pronto y opta por los mejores, que somos nosotros —dijo Marina para reducir a la nada el enfado de su superior—. Con lo de Saavedra nos hemos coronado ante nuestros superiores, no lo niegues. Peor sería si se lo diera a otro porque fuéramos unos inútiles, ¿no crees?

—¿Periquete? Hacía mil años que no escuchaba esa expresión. Goyanes, te estás haciendo mayor. Insisto en que esto no es un homicidio, es una desaparición de hace menos de un día. No es competencia nuestra y lo único que está haciendo Calderón es pasarnos el marrón y quedar bien con los gilipollas de sus jefes y con Ballesteros. Le vuelve loco codearse con las altas esferas y más si aparecen su nombre y su foto después en el periódico. No me digas que no nacen tus instintos asesinos más primarios cada vez que lo escuchas en una rueda de prensa hablando como si hiciera algo importante.

—Hasta que llegue a tus cuarenta y cuatro años aún me queda para hacerme mayor, inspector. Siempre me llevarás diez de ventaja. —Goyanes le guiñó un ojo cómplice—. Y sí, a mí tampoco me cae especialmente bien, pero por mucho que protestemos es lo que toca, así que vamos al lío.

En la jefatura nunca se apagaban las voces que apuntaban a un supuesto romance entre Peralta y la oficial; rumores habituales cuando un hombre y una mujer son amigos y es el hombre el que jerárquicamente tiene un rango superior. Los cotilleos no les afectaban y sí los tomaban con cautela para que no afectara a sus respectivas parejas. No estaban dispuestos a cambiar su relación cercana por dejar de alimentar a las hienas. Les funcionaba bien y les hacía estar a gusto en

el día a día. Sobraban los recordatorios de que uno laboralmente estaba por encima.

—Inspector, le traigo a Máximo Ballesteros —anunció con un toque solemne un agente de uniforme. Peralta le dio el visto bueno.

Maxi entró al despacho derrotado de antemano. Sus ojos enrojecidos evidenciaban más su estado de ánimo que su aspecto desaliñado y el pelo revuelto que tapaba parte de su frente. Apretó sin mucha fuerza la mano del Peralta y se sentó cabizbajo. Jugaba con sus dedos apoyados en la mesa, esperando encontrar la fórmula para mitigar el desasosiego. Cada hora sin noticias de Patricia era un puñetazo a la esperanza de recuperar su vida anterior al viaje. No sabría cuánto más podría aguantar sin saber dónde estaba su chica. Peralta tomó la iniciativa después de las presentaciones de rigor.

—Debo decirle, señor Ballesteros, que la inmensa mayoría de casos de desaparición se resuelven satisfactoriamente y tienen como causas enfados y malos entendidos, así que lo primero que le pido es que esté tranquilo y confíe en nuestro trabajo. —Peralta tenía fama de tener poco tacto, pero era simple fachada. En situaciones tensas sabía usar las palabras adecuadas y transmitir serenidad—. Cuénteme con detalle para situarme y no omita ningún dato que pueda parecerle innecesario.

—Se lo he contado antes a un compañero suyo. —Maxi quería librarse del mal trago de revivirlo y dio por hecho que el inspector estaría ya al corriente del suceso.

—Pues ahora me lo tiene que contar a mí de nuevo. Si dejo que lo haga un compañero, usted corre el riesgo de que se le escape algo, y supongo que nada le interesa más ahora mismo que resolvamos la desaparición de...

—Patricia, mi chica se llama Patricia Redondo —dijo Maxi levemente molesto por tener que recordarlo.

—Eso, Patricia. Adelante, soy todo oídos. —Y a Peralta le sentó mal que el chico pusiera objeción a su petición de relatarle los hechos. *Niñato*, pensó.

El inspector apoyó la espalda en el respaldo de la silla y relajó su cuerpo para escuchar, sin interrupciones, el relato de Maxi. El chico se perdía, tal como le

habían pedido, en detalles innecesarios que creía que ayudarían a la policía en la investigación. De vez en cuando miraba a Goyanes, que atendía de pie a las explicaciones, haciendo gestos casi imperceptibles. Diez minutos después, Peralta tomó la palabra.

—¿Puedo saber a qué se dedica, señor Ballesteros? —preguntó Peralta para situar al chico en la historia.

—Sí, soy mecánico en los talleres Prim. —El inspector levantó las cejas. No esperaba aquella respuesta—. Sé lo que está pensando, que cómo un chico cuyo padre tiene tanto dinero y contactos trabaja en un simple taller, ¿verdad? Como ve, no todo es tan previsible como parece. —Maxi estaba acostumbrado a dar esa explicación con regularidad.

—Supone usted mucho sin que haya abierto la boca. No se olvide de que no está aquí para interpretar lo que yo pienso. Cíñase al relato.

A Peralta el chico le iba cayendo cada vez peor. Había algo en él que le producía rechazo, quizá el tono de voz un tanto altivo. O quizá le repateaba tener que obedecer órdenes no de su inspector jefe, sino de un empresario que creía que tenía carta blanca para hacer y deshacer a su gusto hasta con la Policía Nacional.

—Disculpe, llevo desde ayer sin dormir. No quería parecer ofensivo. —Maxi reculó sabedor de que sus palabras habían sonado a reproche.

—Volvamos al tema. —El inspector dio por cerrado el conato de polémica—. Dice usted que cuando subió al tren Patricia estaba nerviosa por el vuelo. ¿Está convencido de que el motivo no era otro?

—Estoy seguro, era por eso. No le gustan los aviones, pero nunca dejaría de hacer un viaje por miedo. Ha volado varias veces. De hecho, hace tres meses estuvo con sus padres en Grecia. Pongo la mano en el fuego por ella. —Peralta pensó en la cantidad de gente que se habría abrasado con esa afirmación si existiese un juez que obligase a cumplir la expresión a rajatabla.

—¿Dónde viven, señor Ballesteros?

—Prefiero que me llame Maxi —matizó el joven.

—Maxi, ¿dónde viven? —A Peralta le daba igual cómo llamarlo.

—En la calle Conde Sepúlveda número uno, el edificio ese que tiene tantas casas al lado de la rotonda de Santo Tomás, frente al colegio Diego de Colmenares.

—Sí, sé cuál es. Está aquí al lado. —Le pareció innecesaria la aclaración—. Preguntaremos a los vecinos, es importante saber si Patricia regresó al domicilio.

—Ya lo he hecho yo. Muchos están de vacaciones, y los que he pillado en casa dicen que no la vieron.

—Eso déjenoslo a nosotros, que a alguno le entran ataques de memoria cuando ve una placa. ¿Tienen cuentas comunes en el banco? —La pregunta del dinero era una de las que más nervios provocaba en los interrogados, ya fueran testigos, víctimas o potenciales verdugos.

—Sí, sí, no ha sacado dinero. Antes de venir aquí lo he vuelto a comprobar.

—¿Y ella tiene su propia cuenta?

—Así es. Tenemos una cada uno y luego la común donde metemos pasta para pagar los gastos del piso, teléfono y esas cosas. Si lo ha sacado de ahí ya no puedo saberlo, no tengo las claves.

—De no aparecer en el plazo oportuno pediremos una orden al juez para que se nos alerte desde el banco si hubiera movimientos en su cuenta personal. ¿Algún incidente que quiera contarnos?

—No entiendo. —Maxi frunció el ceño extrañado de que la conversación tornara hacia él.

—Le pregunto, Maxi. —Peralta enfatizó el nombre del chico—, que si han tenido algún problema entre ustedes o con un tercero. Discusiones, problemas de pareja, de dinero, con la familia... Un conflicto con su entorno, vamos.

—Qué va, no tenemos enemigos. Nos llevamos bien con todo el mundo.

—¿Con la familia también?

—Sí, sí, por supuesto, tanto su familia como la mía son encantadoras y nos apoyan en todo. Jamás discutimos por algo grave. No se me ocurriría pensar que alguno tenga algo que ver con esto, a ella la adoran.

Qué suerte no tener enemigos, pensó el inspector. A él se le quedaban cortos los dedos de las manos al enumerarlos.

—¿Y no ha notado nada diferente en la casa? Algún objeto que falte, dinero que tuviesen guardado en algún lugar escondido y que ahora falte, o ropa que no esté en el armario.

—No, dinero no tenemos en casa. Y respecto a la ropa, también he revisado su maleta, que me la traje yo porque no la bajó del tren, y *a priori* no he visto nada reseñable, aunque si le soy sincero tiene tanta que ya me pierdo.

Peralta cedió el turno a Goyanes. La oficial formuló una batería de preguntas de rigor para agilizar el comienzo de la investigación, sobre todo para conocer quiénes formaban el círculo de confianza de la chica y cuáles eran sus rutinas, y prometió tenerlo informado de las novedades que se produjeran. Acompañó al chico a la puerta y volvió al despacho de Peralta.

—¿Qué te parece? —se adelantó ella.

—Bueno, tenemos pocos datos. Lo más lógico es que a la chica le entrase un ataque de pánico y ahora esté avergonzada, ¿no? —Goyanes asintió—. Pero si es una chica cabal, como dice él que es, es un poco raro que siga con el móvil apagado dieciocho horas después y no haya mandado al menos un mensaje a sus padres o al novio para decir que está bien. Me hace mi hija eso y no sale de casa en siete años ni para bajar la basura.

—¿Me pongo a ello entonces?

—Sí, sí, no sea que Rockefeller Ballesteros se enfade y llame al jefe para protestar. Llévate a Blasco a la estación y mira a ver qué puedes rascar. Seguro que al Maxi este se le ha escapado algo. Yo me voy a pasar a hablar con los vecinos a ver si a alguno se le refresca la memoria. Probablemente no sea nada, pero vamos a adelantarnos a la jugada. Y hagamos igual con los conductores de los autobuses urbanos y los taxistas; alguien tuvo que bajarla de la estación si no vinieron a buscarla.

—Te voy informando con lo que sea.

Goyanes salió del despacho. Habló con el agente Blasco y juntos fueron a la estación de trenes Segovia-Guiomar en su coche particular. Allí, tras hablar con los empleados, corroboraron que no había ningún elemento extraño más allá de los que había relatado Maxi.

—Jefe, Maxi Ballesteros se ha dado cuenta de que su coche no está en el mismo lugar en el que lo dejó aparcado ayer por la mañana; antes de irse con la chica a la estación me refiero.

—Confirmáis entonces lo que dijo el chico de que no habían subido en coche.

—Exacto. En la estación el aparcamiento es de pago. Hay una parcela de tierra justo al lado donde la gente que va y viene en el día lo deja para no tener que pagar, pero es lo que dijo, que para los días que iban a estar fuera que no quería aparcarlo allí, así que subieron en el autobús número doce, que se coge en la parada del instituto Andrés Laguna, en la misma calle donde viven. Nos lo ha confirmado, además, el conductor. Los ha reconocido.

—¿Y se ha dado cuenta ahora del cambio? —preguntó Peralta.

—Es algo raro. El coche ayer estaba estacionado justo frente a la puerta del supermercado Eroski de la Travesía Antonio Machado, y hoy, cuando el chico lo ha vuelto a aparcar cerca, se ha dado cuenta de que cuando lo cogió por la mañana estaba unos cuatro o cinco metros más adelantado. De hecho, tiene un mensaje de WhatsApp que le manda a un amigo que vive al lado para que le eche un vistazo de vez en cuando durante las vacaciones, y le da esa localización.

—Bueno, ya sabemos que Patricia Redondo volvió a casa. Si ha cogido el coche entiendo que subiría al piso, a no ser que se llevase las llaves a Vietnam. Habrá que buscar huellas por si acaso. Llama al chico y dile que no vuelva a usarlo hasta que pasen los de Científica.

—Se lo he comentado y cree que las llaves no las había metido en el bolso, pero no me lo asegura. Lo llamo ahora mismo sin falta.

—De todas formas, qué raro que llevando un año viviendo en esa casa no tuvieran plaza de garaje en la zona, ¿no?

—Se lo he preguntado antes, dice que hasta hace dos semanas la tenían. El dueño la necesitaba para él y ahora estaban buscando una nueva.

—Esta mañana lo veía como una pataleta de niñata, pero veinticuatro horas sin dar señales de vida y sin que nadie la haya visto en una ciudad pequeña como esta, me empieza a inquietar. Y lo del coche no ayuda a ser optimista, qué quieres que te diga. Voy a pedirle al juez que nos dé autorización para ver las grabaciones de las cámaras de seguridad de la estación y de las que estén cerca de la casa de la chica. Tenemos que saber con certeza si cogió el coche y en qué dirección lo hizo. Lo que te he dicho, avisa a los de Científica para que lo registren. Que no lo coja Maxi hasta que den ellos el visto bueno.

—Opino igual, jefe. Aquí hay algo chungo que se nos escapa. He mandado a Blasco a preguntar por los alrededores, a sus amigas y a los familiares. Coinciden en el relato de Maxi sobre que se llevaban todos bien, ninguno ha señalado a otra persona como sospechosa.

—Yo estuve en la casa. Debajo está el bar Cátedra, ha preguntado a su dueño, un tal Eduardo, y a algunos clientes que no recuerdan haberla visto. Ese edificio, además, tiene portero, vive allí y a esa hora suele estar o fregando las escaleras o en la portería. Conoce a Patricia y dice que no la vio regresar, lo que pasa es que a la hora que se bajó del tren el tipo no estaba trabajando.

Marina apuntó en su libreta los datos que le ofrecía Peralta y recordó algo.

—Ah, y que no se me olvide. Blasco me ha llamado hace un momento. Ha estado en casa de los padres. También son muy conocidos en Segovia; son los que tienen el restaurante En Buena Mesa, en la calle Infanta Isabel. Seguro que has estado alguna vez.

—Anda, coño, si allí he comido dos o tres veces por lo menos. Hace poco, además, la última. Está muy bien. Él es un tío con bigote, así regordete y medio calvo. Muy buen tipo, creo que se llama Arturo. Suele pasar por las mesas a saludar con simpatía. Estarán pasándolas canutas los pobres. Luego lo llamo

para tranquilizarlo, que sepa que estamos trabajando en esto, aunque el mamarracho de su consuegro ya le habrá puesto al día.

—El caso es que estamos en las mismas. No tienen un indicio de dónde está Patricia ni recuerdan un problema con el que podamos empezar a tirar del hilo.

—Me dijiste que Patricia trabaja en la oficina de turismo, ¿no?

—Sí, ¿por?

—No, por nada. Que no me acordaba y en el documento que estoy haciendo no lo había anotado. La edad, Marina, que hace que uno tenga que estar escribiéndolo para que no se le escapen datos que pueden ser importantes.

—Es diplomada en Turismo por la Universidad de Valladolid. Se impartía en la Casa de la Tierra antes de que se llevarán todas las carreras al campus María Zambrano en el 2012. Lleva un año y medio trabajando en el Centro de Recepción de Visitantes, he estado. Y se mantiene la misma tendencia, nadie ha podido contarme algo que nos haga pensar que tenía problemas. Hablan muy bien de ella, pero bueno, ya sabemos que en estos casos exageran para no darnos a entender que pueden tener algo que ver con el incidente.

—Una última cosa y te dejo que sigas con tu trabajo, Marina. ¿Cuánto tiempo pasó desde que la chica se bajó del tren hasta que Maxi Ballesteros volvió a casa?

Goyanes se tomó unos segundos antes de responder.

—Aproximadamente una hora y media. Ballesteros llegó a Madrid y tuvo que esperar en Chamartín algo más de media hora hasta que salió el siguiente tren a Segovia. Aquí ya cogió un taxi, que no tarda ni diez minutos en llegar a Conde de Sepúlveda.

—Lo que sea que hizo Patricia tuvo que ser muy rápido. Bajar de la estación, subir a casa a por las llaves del coche, ir a algún sitio, volver y dejarlo otra vez al lado de su casa. Eso suponiendo que lo condujera ella. Me crea inquietud que el coche esté tan cerca de donde estaba aparcado. ¿Fue casualidad o quería que no se supiera que lo había usado?

Peralta se mordió la uña del pulgar mientras pensaba en alguna hipótesis concreta sobre la que asentar la investigación.

—Bueno, no tiene que haber sido exactamente así. Ballesteros no ha cogido el coche hasta por la mañana. No deberíamos descartar que ella lo usara en otra franja de tiempo sin que él lo notase, por ejemplo, esta noche pasada.

—Y por eso me encanta que estés en mi equipo, Marina; te adelantas y no das nada por supuesto. —Goyanes recibió el halago, tan poco habitual en un superior y tan frecuente en Peralta, con una mueca de satisfacción.

El inspector dio a la oficial nuevas órdenes para seguir el procedimiento a la espera de *desenterrar* una pista que los pusiera en la senda correcta. La prensa no tardaría en publicar la noticia. Imaginarlo lo irritaba. En una ciudad con tan pocos sucesos graves en comparación con otras, no era descabellado pensar que pronto tendría a los periodistas en la puerta de la comisaría, y con lo que le gustaban las portadas al inspector jefe Calderón, alguna declaración institucional le tocaría hacer pese a lo reacio que era a tener que dar cuentas de cómo avanzaba su trabajo.

La opinión pública hacía una interpretación libre de las palabras de un policía ante los medios, y normalmente esta era alejada de lo que se había citado, como si se hubiera expresado en otro idioma que nadie más comprendía. Y con las redes sociales caldeando el ambiente, todos se volverían tertulianos y expertos en la materia, pondrían en duda el trabajo de su equipo y en un puñado de letras creerían tener soluciones. Peralta se negaba a tener cuenta personal en Twitter para abstraerse de aquella absurda realidad paralela en la que moraban miles de internautas. Celebraba el buen trabajo de sus compañeros de comunicación gestionando desde Madrid la cuenta del cuerpo policial con más seguidores del mundo, pero a nivel individual no le encontraba utilidad a convertir sus pensamientos en tuits, y menos aún a estar discutiendo con desconocidos en aquel cuadrilátero que era la pantalla del ordenador o del teléfono móvil.

1 de agosto del 2015

—¿Estás solo, cariño? —preguntó Lucy mientras recorría con el dedo índice el pecho del hombre sobre su camiseta.

—Ahórrate las tonterías, que ya sé cómo funciona esto.

Después de beber cinco güisquis a la piedra, a Marcos Cabello le costaba encadenar dos frases seguidas sin trabarse. Miró con desprecio a la prostituta que hacía esfuerzos por agradarlo. La veía como un objeto intrascendente, como un medio con el que saciar su necesidad a falta del algo mejor. Le daba igual que fuera esa chica u otra cualquiera. Morena, rubia, alta, baja, gorda, delgada..., no importaba. Quería echar un polvo rápido e irse a dormir. Lucy —no era su verdadero nombre— fue la primera en acercarse. Ese día no había completado aún ningún servicio y no quería problemas con los jefes o al acabar la noche le tocaría dar explicaciones. El resto de chicas o estaban ocupadas o rehusaban la compañía de los más borrachos si había otra opción menos mala que elegir. Ninguna era buena.

La norma para las prostitutas era clara; si en cinco minutos no habían *conectado* con el cliente ni habían sido invitadas a una copa tenían que dejar paso a otra compañera. No había tiempo que perder en el negocio del sexo. Al club no se iba a conversar más que lo justo para pasar a continuación a las habitaciones.

—Invítame a una copa y luego subimos un ratito si te apetece, ¿quieres? —le susurró al oído mientras apoyaba la mano en su hombro.

Cabello accedió cuando comprobó que su copa estaba vacía. Necesitaba más alcohol. Lucy sabía que con el estado de embriaguez en el que se encontraba

aquel baboso iba a ser un servicio rápido y fácil. El camarero le sirvió otro güisqui y para ella un mojito sin alcohol. Se lo bebieron sin apenas hablarse: solo cuatro frases hechas sentados frente a frente en los taburetes de la barra como los desconocidos que eran. Lucy sujetaba la pajita y daba tragos cortos, tanteando a aquel señor tan despreciable que era incapaz de sujetarse ni los párpados. Echó un vistazo alrededor, vio a sus compañeras hacer lo mismo con otros hombres y recordó lo que no olvidaba ni un minuto: odiaba el club Bahía Azul, su trabajo, su cuerpo. Maldecía la vida que le habían obligado vivir.

Cabello, que no paraba de masticar chicle haciendo ruidos con la boca, le hizo el gesto con la cabeza para subir a la habitación. Lucy se bajó del taburete, se colocó el vestido con discreción y se puso delante de él aparentando deseo.

—¿No me vas a decir cómo te llamas, cariño? —preguntó ya en la habitación.

—Marcos. Desnúdate, zorra —ordenó.

Lucy obedeció sin rituales, como un mero trámite, y se tumbó en la cama. No se acostumbraba, por frecuentes que fueran, a los insultos, a ser degradada y quedar relegada a la categoría de objeto. ¿Se comportaban los hombres así en sus vidas cotidianas o el club era la vía de escape para dar rienda suelta a su verdadera personalidad? De buen gusto le hubiera rebanado el cuello. Era una costumbre que tenía, un rito que le hacía sentirse mejor antes de prostituirse. Imaginaba al cliente en el apogeo, disfrutando impune de su cuerpo por unos cuantos billetes que nunca eran para ella, recorriéndolo con aquellos tentáculos descontrolados, con su lengua ebria y lasciva... hasta que lo rajaba con un cuchillo escondido bajo la almohada. A veces imaginaba que se lo clavaba en los ojos, otras en su miembro, o en la yugular, y siempre como condición de su fantasía estaba que él agonizase y tuviera tiempo de ser consciente de lo que le estaba haciendo. Esa era su victoria, corta e irreal, pero victoria al fin y al cabo cuando no hay otro lugar en el mundo donde apoyarse más que en los sueños.

A cambio, en un destello de falso placer, Lucy ofrecía su mejor sonrisa. Los hombres pensaban que era por su pericia en la cama, porque la hacían gozar más que ninguno. «Antes me moriría que disfrutar con vosotros» se decía convencida, y cedía con fingidos gemidos a los deseos que ninguno se atrevía a

proponer en casa con las mujeres a las que habían jurado fidelidad en papel mojado. Porque si algo había podido comprobar Lucy en su larga condena era que una buena parte de sus clientes estaban casados o con parejas estables. No era, sin embargo, el caso de aquel que tenía delante.

La torpeza de Cabello le hizo desistir a los siete minutos sin ni siquiera conseguir una erección. Con brusquedad apartó a Lucy de encima, reposó la espalda en el cabecero y se encendió un cigarro en silencio. Ni siquiera la miró como hacían otros para justificarse y reparar su dañada virilidad. No era la primera vez que le pasaba cuando bebía. El silencio era lo único que acercaba a Lucy a un sentimiento de relativa paz; por lo menos no tenía que escucharlo.

—Volveré sobrio y te daré lo de hoy y lo que no te da nadie —avisó Cabello con la última calada, sin que Lucy supiera si era más un anuncio o una amenaza.

—Te estaré esperando, guapo —dijo ella en otra gran actuación y dándole un beso en la mejilla.

De la hora *contratada* apenas estuvieron en la habitación veinticinco minutos. Marcos Cabello tiró los cincuenta euros pactados encima de la cama y se vistió sin prisa, tropezando en dos ocasiones con una pata de la cama y con la silla que había junto a la puerta. Lucy esperó tumbada y cuando él se marchó se quedó allí, mirando al techo, pensando como cada noche que quizás esa sería la última trabajando en el club. Sabía que no era más que un sueño y que, al despertar a la mañana siguiente, Bruno Jokic le volvería a recordar que aún le quedaban ocho mil euros que pagar para dar por concluida la deuda que había adquirido sin saberlo por ser obligada a convertirse en una esclava sexual.

Cuántos clientes que repetían servicio cada semana o cada mes con ella le habían prometido una vida mejor a su lado, y siempre las promesas se diluían al salir por la puerta, como si fueran parte de la fantasía que cumplían entre aquellas cuatro paredes que en el fondo no eran más que una prisión disfrazada legalmente de lugar de ocio. Ningún hombre tenía el coraje para llamarlo por su nombre y tampoco una llamada anónima a la policía de un cliente horrorizado por la realidad llegaría, porque era más fácil mirar a otro lado que buscar justicia, alegando que no era asunto suyo y que les salía rentable trabajar allí.

Ella no se atrevería a denunciar su situación, lo sabía, porque la amenaza de atentar contra su familia estaba latente. Jokic se lo recordaba junto a la cifra de la deuda infinita por si se le pasaba por la cabeza traicionarlo.

En una ocasión, Lucy, meses antes del encuentro con Cabello, ya no pudo más y le contó a un cliente su penuria. Se desahogó con él porque lo veía cercano. Habían coincidido siete veces y aparentemente se mostraba preocupado por su bienestar. De haber sabido cómo era realmente, Lucy no le hubiera dicho nada. El hombre, al terminar de escucharla, se marchó de la habitación y solicitó hablar con el encargado para quejarse porque la chica que había contratado se había pasado media hora explicándole su verdad. «A ver si controláis a vuestras chicas, que yo no vengo aquí a que me den la brasa con sus problemas. Vengo a follar. O solucionáis esto o me cambio de club», protestó. La respuesta de Jokic cuando llegó la queja fue contundente: le dio una paliza salvaje a Lucy delante de las demás prostitutas dejándole tres dedos de la mano derecha rotos y la cara tan marcada que no pudo trabajar en cinco semanas. Hasta que se recuperó la tuvieron encerrada en un cuarto sin ventanas del que salía media hora al día para ducharse y dar un breve paseo por el patio de atrás. Recibía una comida una vez al día que ni los gatos callejeros que rondaban el club habrían aceptado. Fue un mensaje claro al resto de chicas; quien intentase huir o denunciarlo acabaría como Lucy.

Con las africanas Jokic lo tenía más fácil; el vudú era suficiente argumento para que aguantaran dóciles sus órdenes sin pensar ni siquiera en que tuvieran opción a escapar, y con las chicas sudamericanas y centroamericanas lo eficaz era recurrir a la amenaza familiar, opción infalible, y especialmente a los hijos, como el de Lucy, de nombre Edgar. Cuando compraba nuevas chicas se aseguraba de que fueran madres, no había cadena más fuerte a la que atarlas que recordarles que en caso de escapar o avisar a la policía lo pagarían sus hijos.

El infierno era un lugar agradable en comparación con el club Bahía Azul...

—Buenas tardes, ¿puedo pasar? —preguntó José Antonio Rascón asomando con prudencia la cabeza por el hueco que había dejado la puerta entreabierta.

—Por supuesto, ¿usted es...? —A Peralta le sonaba vagamente la cara del hombre, pero no acertaba a descifrar por qué estaba allí.

—Soy José Antonio Rascón Llorente, el taxista que bajó a la chica por la que me han preguntado sus compañeros.

—Claro, claro, disculpe señor Rascón. Estoy a mil cosas y no sé en qué mundo vivo. —La justificación del inspector sonó creíble a juzgar por el gesto de alivio que puso el taxista—. Realmente, no soy yo quien lo ha llamado, ha sido mi compañera, la oficial Goyanes.

—Ah, vaya, lo siento. No quería molestar.

Al taxista le imponía estar en el despacho de un inspector. *Tranquilízate, tú no has hecho nada*, se decía para sus adentros.

Peralta hizo una llamada y apenas medio minuto después Goyanes y Blasco entraron. Tras los saludos fueron la oficial y el agente los que tomaron el mando del interrogatorio.

—Sentimos haberle hecho venir con tan poco tiempo; nos urgía hablar con usted. Cuéntenos cómo fue el servicio que le ofreció a la señorita Redondo, por favor—. Los tres policías fijaron su mirada en aquel hombre que parecía encoger por momentos.

—La verdad es que no sé qué contarles. En lo que se refiere al trayecto lo único que puedo destacar es que la mujer se lo pasó entero llorando. Poco más.

—¿No habló con ella?

—Me dijo que tenía que llevarla al Paseo Conde Sepúlveda número uno y nada más. La miré varias veces por el retrovisor. Le pregunté una vez que si se

encontraba bien y ni me contestó. Me hizo un gesto con la mano que no sé si quería decirme que la dejara en paz o que no le pasaba nada. Evidentemente, algo sí le pasaba porque no estaría llorando, ¿no? —A Blasco se le escapó una sonrisa ante la obviedad que acababa de escuchar.

—¿Llevaba algún objeto encima o iba pendiente del teléfono móvil? —preguntó Blasco.

—Maleta no tenía, eso seguro. Bolso sí porque para pagarme sacó el monedero, creo que era marrón, como si estuviera hecho de paja. —Paja mental la que tienes, pensó Blasco.

—¿Y respecto al móvil? —reincidió esta vez Goyanes.

—Que yo recuerde no lo tenía en la mano, pero ya me hace dudar. No me fijé en ese detalle.

—¿Dónde se bajó exactamente?

—Justo enfrente de la puerta principal del ambulatorio, un poco más abajo de la dirección que me indicó. Venían coches por detrás y preferí apartarme para no obstaculizarlos.

—Por lo que sabemos pagó en efectivo. —El taxista se puso en alerta. Si sabían eso él creía que era porque lo estaban investigando. Su voz se quebró.

—Sí, sí, por supuesto. Me pagó con un billete de diez. Me acuerdo porque no esperó a que le diera las vueltas. Le sobraban casi dos euros.

—Mejor para usted. —La respuesta de Blasco les pilló desprevenidos. Peralta le desaprobó con la mirada y el agente bajó la cabeza, arrepentido por el comentario fuera de tono.

—Oiga, que yo soy muy honrado. Sobraban dos euros y ella no los quiso. ¿Qué voy a hacer? —Rascón suplicó comprensión.

—Disculpe al agente, hoy se ha levantado con el pie izquierdo. Por supuesto que hizo bien su trabajo, no nos cabe duda. —La réplica de Peralta tranquilizó al taxista viendo que salía del policía con más rango.

—Otra cosa, señor Rascón. —Goyanes recondujo el interrogatorio hacia Patricia Redondo—. ¿En qué dirección se fue caminando? Su casa está donde ha comentado, es decir, un poco más arriba del ambulatorio. ¿Fue hacía allí?

—Así es. —Rascón fue tajante para evitar otra respuesta ofensiva de Blasco.

—Especifique un poco más, haga un esfuerzo. ¿Fue en dirección a la casa o torció hacia la travesía Antonio Machado? —Goyanes insistió. Ese dato podría ser importante en cualquier momento de la investigación.

—Lo siento, a tanto no llego. —La contestación fue una pequeña decepción para Goyanes, que la ocultó sin dificultad.

Los policías insistieron en algunas preguntas para buscar contradicciones en su testimonio. No porque fuera sospechoso, sino para asegurarse de que la información facilitada era válida. Peralta escuchó atento, salvo para despedirse no habló. El taxista, ya de pie, se interesó por el caso con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Oiga, ¿le ha pasado algo a esa chica?

—No podemos dar detalles de nuestro trabajo, señor Rascón, pero nos ha sido de mucha ayuda. Si necesitamos algo más de usted lo llamaremos al teléfono que nos ha dado. Gracias por venir. —Por primera vez se mostró relajado ante las palabras de Goyanes.

Ya sin el testigo, los tres se juntaron de nuevo en el despacho de Peralta para valorar el interrogatorio.

—¿Estás tonto o qué? —recriminó el inspector a Blasco, que ya se había olvidado del asunto.

—Lo siento, jefe. Es que me estaba poniendo nervioso por cómo hablaba.

—Mamarracho, cuanto más cómodo se sienta más nos podrá ayudar. Ahórrate esos comentarios de monologuista barato, hazme el favor. —Blasco asumió la reprimenda mirando hacia la ventana, y Goyanes, diplomática, dio su opinión sobre la declaración del taxista para enfriar el ambiente.

—Nada nuevo que aportar, pero por lo menos hemos ratificado lo que ya sabíamos. Patricia Redondo estaba muy nerviosa, puede que regresara a su casa a por las llaves o algo más, y se marchó en coche.

—Blasco, quiero en una hora con milimétrico detalle el informe de esa chica: aficiones, estudios, amistades, trabajos anteriores, si fuma, si bebé, si usa pantuflas... todo. Volved a hablar con los padres y tirad del hilo con alguna

amiga. Han pasado exactamente cuarenta y dos horas desde que se bajó de ese tren y no tenemos una puta mierda. Tengo a Calderón tocándome los huevos y al padre del chico llamándolo cada cuatro horas para ver si hay novedades.

—Hacemos cuanto podemos, jefe. Es difícil arrancar con las desapariciones — se justificó Goyanes.

—Lo sé, lo sé. Si estáis con esto es porque confío en vosotros, es solo que cada hora que pasa se nos complica el asunto. Hemos empezado creyendo que era una pataleta de cría, pero o es la chica más estúpida de Segovia o algo grave le ha pasado. Tenemos a todas las patrullas atentas y nadie ve nada. Se ha evaporado. Y, por otro lado, espero que si se trata de un secuestro las familias no nos oculten cualquier contacto de los captores, no sería la primera vez. Tienen dinero, no sería descabellado, aunque de momento no hay nada que apunte a esa opción. Lo dicho, a trabajar.

Los tres, con las tareas bien definidas, volvieron a sus quehaceres obviando que a la mañana siguiente el caso iba a dar un vuelco irreparable.

Agosto del 2015 estaba siendo un mes con temperaturas algo más altas de lo habitual en Segovia. Las portadas de los periódicos locales abrían con hechos tan poco noticiosos como que en verano hacía calor o que apenas llovía. Hechos contrastados por declaraciones irrelevantes de los ciudadanos confirmando con gesto grave lo evidente y protestando igual que en invierno lo harían por el frío y en primavera por las lluvias que se dejaban ver cada vez con menos frecuencia.

El Embalse del Pontón Alto, situado muy cerca de La Granja de San Ildefonso, empezaba a dar señales de necesitar agua y el sol no daba tregua. Cada año, convirtiéndose casi en tanta tradición como las sopas de ajo o el cochinillo, ciudadanos y políticos segovianos debatían sobre si había que ampliar el embalse para aumentar su ridícula capacidad. Se sentían cómodos en la discusión y en la creencia de tener la solución correcta a un problema que lo alargaban por décadas, y desde las instituciones nadie tomaba la iniciativa por mucho que fuera epígrafe estrella en cada programa electoral.

Con aquellas temperaturas los atletas aficionados tenían tres opciones: salir a correr al amanecer, a última hora de la tarde o ya de noche. Durante el resto del día el riesgo de sufrir un golpe de calor se multiplicaba.

Lucas Álvarez programó el despertador a las siete menos diez y a las siete menos cinco. Como siempre en dos momentos diferentes para evitar la tentación de apagarlo a la primera y darse media vuelta en la cama. Se había propuesto ser metódico para cumplir con el objetivo marcado de participar en el Maratón de Madrid, en abril del año siguiente. Quedaban más de ocho meses y ya tenía establecido un riguroso plan de entrenamientos para evitar lesiones.

Desayunó ligero, apenas un zumo de naranja natural y una tostada con mermelada. Se puso la ropa deportiva y salió de casa. Estrenaba zapatillas. Solía

correr entre once y trece kilómetros durante cuatro días a la semana. Metió el móvil en la funda y se la sujetó en el brazo derecho. Eligió la lista de Spotify que más le pedía el cuerpo esa mañana, la de clásicos estadounidenses de los ochenta y noventa. Sin música el entrenamiento se le volvía cuesta arriba. La primera canción que sonó fue «Living on a prayer», del disco *Crossroad* de Bon Jovi. Buena elección para arrancar, pensó. Los primeros kilómetros eran los más suaves. Lucas vivía en el barrio de Nueva Segovia y hasta que llegara a San Marcos le esperaban más de cuatro kilómetros de bajadas y falsos llanos, ideales para desperezarse y coger buen ritmo.

Aquel día, sin embargo, se sintió con fuerzas para llegar a San Marcos y optar después por un recorrido diferente al habitual. Cruzó el Puente de San Lázaro y corrió un kilómetro más por el Camino Natural del Eresma, pegado al río. La vuelta la hizo por el lado contrario, en la acera de la carretera vieja de Arévalo. Al contrario que en otras mañanas, no se había encontrado con más corredores. Aquel 15 de agosto era fiesta nacional y la capital estaba bajo mínimos. La ciudad era para él, y eso le agradaba. Le hizo imaginar que estaba solo en el mundo, y por unos segundos la sensación le resultó placentera, aunque después volvió a la cordura y se dijo que no, que se aburriría sin poder hablar con alguien. Lo que más le gustaba de correr era la cantidad de ideas que le venían a la cabeza. Horas después no se acordaría de casi ninguna, pero mientras hacía deporte le ayudaban a distraerse y hacer llevadero el esfuerzo.

Lo sacó de su ensimismamiento un coche rojo que circulaba en dirección opuesta a la suya y a más velocidad de la permitida. Aunque Lucas llevase la música conectada a los auriculares, pudo escuchar el potente ruido que desprendía el motor y el humo negro que salía del tubo de escape. No le dio importancia más allá de pensar en cómo aquel vehículo antiguo seguía pasando la ITV.

Aceleró el ritmo y subió el volumen. Los *Guns N'Roses* sonaban con su «November Rain». Lucas pasó bajo el Arco de la Fuencisla, una de las puertas de entrada a la ciudad, con más de tres siglos de historia. A la derecha, en el Puente de San Lázaro por el que diez minutos antes había corrido en dirección

opuesta, observó que, apoyado en una de sus paredes, descansaba el cuerpo de una chica. Frenó en seco, produciéndole un pequeño dolor en la rodilla izquierda.

En situaciones de incertidumbre uno tiende a mirar a los lados buscando una explicación. Podía asegurar con certeza que a la ida, pocos minutos antes, la chica no estaba allí. ¿O iba tan distraído con la música que no se había fijado? No podía ser. Era demasiado visible como para no darse cuenta, y para adentrarse en el Camino Natural del Eresma había pasado por allí.

—Oye, perdona, ¿estás bien? ¿Quieres que llame a alguien?

No obtuvo más respuestas que las de un silencio inquietante. Los restos de sangre en la ropa y en su cuerpo, ya seca, eran evidentes.

Se acercó. De cuclillas le tocó el hombro repitiendo preocupado el ofrecimiento de buscar ayuda. Comprobó su pulso primero en el cuello, que tenía marcas, y después en ambas muñecas, ninguna señal. La cabeza de la chica, apoyada contra la pared, cedió hacia delante chocando la barbilla con la parte superior de su pecho para inclinarse después con cierta brusquedad hacia un lado. Estaba fría. Le miró las manos; le faltaban los pulgares. Las heridas estaban cosidas con aparente torpeza. Lucas se incorporó aproximándose a la carretera. Aquella no era una borrachera de una joven tras una fiesta veraniega de algún pueblo que había acabado mal por accidente. Marcó el ciento doce. Al segundo tono obtuvo respuesta. Se hizo eterna la espera y suspiró con cierto alivio al escuchar la voz de una mujer de mediana edad.

—Servicio de emergencias ciento doce de Castilla y León, ¿en qué podemos ayudarle?

—Estoy al lado del Santuario de la Fuencisla y me acabo de encontrar una chica que parece estar muerta; joder, hasta le faltan dos dedos. No le encuentro el pulso. ¡Traigan a alguien, por favor!

—Necesito que concrete. ¿En qué ciudad se encuentra? Dígame la dirección exacta.

—Estoy en Segovia, en el barrio de San Marcos. Justo debajo del Arco de la Fuencisla, aquí donde el puente este que no sé cómo se llama.

—Dígame su nombre, por favor.

—Lucas, Lucas Álvarez. ¿Qué más da cómo me llame? ¡Traigan a alguien que esta chica necesita ayuda, joder!

—Señor Álvarez, le pido que no se mueva del lugar ni se acerque a la chica. Mantenga la tranquilidad. En breve un equipo sanitario y la autoridad policial irán para allá. ¿Hay más personas que necesiten ayuda?

—No, aquí no hay nadie más que la chica y yo. Por favor, vengan ya, me cago en la puta.

Fueron minutos eternos para Lucas. No tenía ninguna noción de medicina ni de reanimación, pero sabía que la chica estaba muerta desde hacía un rato. Su postura así lo relataba y la palidez de su piel era notoria.

Dejó de sentirse solo cuando escuchó la sirena del coche policial. A lo lejos pudo verlos al fin y, tras ellos, una ambulancia. Se metió en la carretera para señalarles con el brazo su posición, como un náufrago que ve en el horizonte un barco con la amenaza de que pase de largo sin ser visto. Dos agentes bajaron del vehículo e igual hicieron los sanitarios. Uno de ellos apartó educadamente del lugar a Lucas sin prestarle demasiada atención. Fruto de la tensión, Lucas sintió un pinchazo en el gemelo y otro en su estómago ya revuelto. Dos unidades policiales más, una nacional y una local, llegaron al puente.

—Llamen a sus compañeros de Científica y a la comisión judicial. Se trata de una muerte violenta. —En los ojos de la médica se percibía una derrota a la que no estaba acostumbrada por muchos muertos que viera, casi todos por causas naturales.

Lucas escuchó el mandato de la profesional sanitaria y su cuerpo pidió una tregua. Cruzó la carretera y al otro lado, y sin que nadie lo molestara, vomitó.

—Cariño, te llaman desde la comisaria.

Peralta agarró el teléfono sin saber si seguía soñando o era una broma pesada de Bárbara, que se despertaba media hora antes que él. Se incorporó en el respaldo de la cama y bebió agua para aclararse la voz; no quería aparentar estar dormido. Miró a su mujer intuyendo que no iba a recibir buenas noticias. Ella lo

miraba expectante, cada vez que el teléfono sonaba a una hora indebida su marido daba un salto de la cama camino de algún suceso grave.

—Diga...

El inspector dejó hablar a su interlocutor. Afirmó varias veces entre murmullos, se aclaró la garganta otra vez mientras escuchaba y únicamente soltó tres palabras a la vez que apretaba los dientes y pegaba un salto de la cama. El suelo estaba frío.

—No me jodas.

De camino al Arco de La Fuencisla, Peralta recordó la primera vez que vio un cadáver. Fue en Madrid mientras hacía las prácticas de inspector en los años noventa. Un hombre se había suicidado aparentemente desde el viaducto de la calle Bailén. Era frecuente que cada cierto tiempo alguna persona hastiada de la vida se lanzara rumbo al asfalto deseando que después del impacto no hubiera más sufrimiento. El caso no hubiera revestido ninguna complejidad de no ser por un indigente que aseguró a gritos, y con el cuerpo aún caliente, que había visto a otro hombre empujar a la víctima. Por aquella época el viaducto no tenía todavía la valla de protección que se instaló años después. Al principio no lo tomaron en serio, pero tal fue su insistencia que las autoridades investigaron el caso como un posible homicidio. Cuando Peralta vio el cuerpo no pudo apartar la vista. Lo observó fijamente; algo le impedía dejar de hacerlo. A pesar de las advertencias que le habían hecho, la realidad superaba con creces cualquier previsión. El cráneo del hombre era una especie de rompecabezas con pequeñas piezas repartidas a varios metros de distancia del cuerpo. El brazo derecho formaba un ángulo imposible con el que era inviable que quedara algún hueso sin romper en mil pedazos. Pero sin duda lo que más recordaba el inspector no era eso, ni la masa encefálica, el charco inmenso de sangre o los salpicones que llegaban hasta los coches aparcados metros más allá. No. Lo que impresionó al inspector fue que el muerto tuviera los ojos abiertos y con una mirada feroz que aún desprendía vida. Durante mucho tiempo tuvo sueños recurrentes en los que Jorge Mateos, que así se llamaba el hombre, parpadeaba. Era lo único que hacía,

parpadear primero deprisa y después más lentamente hasta cerrar por sí mismo los ojos estando ya muerto.

Peralta aparcó detrás de una de las patrullas. La zona estaba acordonada en unos cincuenta metros a la redonda excepto en las zonas que daban al río. Goyanes salió a su encuentro, y antes de que le dijera nada el inspector se adelantó.

—Me equivoqué, Marina. No era una niñata con ganas de dar la nota —dijo con aire de culpabilidad y sin que algún gesto de la cara acentuara ese sentimiento.

Goyanes bajó la cabeza y dejó tiempo al silencio antes de reponerse y describir los hechos.

—Hace cuarenta minutos, aquel chico que está sentado en el coche, Lucas Álvarez, encontró el cuerpo de Patricia. He podido hablar con él. Está muy nervioso y es mejor esperar a que se relaje un poco. Asegura que al pasar por aquí corriendo, a la ida, ella no estaba. Desde este punto en el que estamos ha corrido unos dos kilómetros más antes de volver. Calculando a ojo, el verdugo ha tenido que dejar el cuerpo entre las siete y cuarenta minutos y las siete y cincuenta minutos más o menos. Los del Instituto de Medicina Legal ya han mandado a un médico forense, está en camino, e igual con la comisión judicial. Estarán al caer.

—Ponte con el chaval. Revisa los detalles y aunque luego lo interroguemos con más calma en comisaría ráscale a ver si da algún detalle que nos pueda servir. ¿Dónde está Blasco?

—Está en labor de apoyo con los de Científica buscando pruebas por los alrededores. Lo tienes allí al fondo, entre esos dos árboles. Puede que haya suerte, por llamarlo de alguna manera, y encontremos los dedos.

—¿Los dedos? —preguntó, extrañado.

—Sí, los pulgares. Los tiene cortados. El asesino después le cosió las heridas supongo que para que dejara de sangrar, aunque es mucho suponer viniendo de un bestia así.

Peralta miró a su alrededor y vio a sus compañeros concentrados en sus tareas. Se sintió orgulloso de trabajar al lado de buenos profesionales. Goyanes estaba ya con el único testigo. Era la persona idónea para esa función, no solo por tener la licenciatura de Psicología terminada, sino porque nadie sabía tratar mejor a las personas que ella cuando había que tomarles declaración. Buscaba el equilibrio entre conseguir información y no hacerlas sentir incómodas.

—Tiene que entender que es muy importante que nos dé algún detalle sobre ese vehículo además del color. Modelo, número de matrícula, cuántas personas iban... —Peralta se puso a un par de metros de ellos, junto a un coche policial, para no inmiscuirse en su labor.

—No recuerdo más de lo que les he dicho ya, señorita. —Goyanes dibujó una leve sonrisa al escuchar lo de *señorita*—. Iba por la acera corriendo y escuchando música. Me llamó la atención el coche porque iba rápido y despedía bastante humo negro por el tubo de escape. Estoy casi seguro de que iba un tío, pero ahora con esta mierda de presión no estoy seguro ni de cómo me llamo.

—Vamos a hacer una cosa si le parece. Un compañero mío le va a llevar a la comisaría, le hará unas preguntas muy sencillas y le mostrará modelos de coches. Seguro que con unas cuantas fotos se le refresca la memoria. En un rato hablaremos más relajadamente. Su colaboración es muy importante, señor Álvarez.

—Supongo que sí, si lo veo en foto sabré decir cuál era. —A Lucas esa opción le pareció la mejor para acabar cuanto antes con el lío en el que se había metido—. Oiga, yo no tengo nada que ver con esto, ¿eh? Que les quede claro. —El atleta se puso a la defensiva.

—¿Por qué dice eso? En ningún momento dudamos de usted. —Y si fuera al contrario, Goyanes no se lo diría. No era el caso.

—Porque en las películas quien encuentra el muerto es el primer sospechoso y parece que cualquier cosa que diga es una excusa para justificarse.

—Señor Álvarez. —Goyanes le puso la mano en el hombro—. Esto no es una película. Tenga claro que usted no es sospechoso de nada, sino un ciudadano que puede ayudarnos a saber qué le ha pasado a esa chica. Esté tranquilo. Lo que sí

le pido es discreción con su entorno, cuantos menos detalles cuente más nos estará ayudando a llevar la investigación por los cauces más eficaces, e igual en lo referente a hacer declaraciones a la prensa. Es probable que lo llamen y le hagan preguntas. Mi recomendación es que no los atienda. Cualquier cosa que diga puede ser malinterpretada y no nos ayudará en absoluto a resolver este crimen.

Marina pensó en el daño que hacían el cine y la literatura a la percepción de la realidad en momentos así. Lucas encontró sinceridad en su mirada. Asintió y se metió en la patrulla acompañado de un agente al volante, rumbo a la comisaría situada en la calle Ezequiel González, frente a los Jardinillos de San Roque.

—Vaya manera de despertarnos hoy, Enrique.

Marina suspiró. Estar distraída en sus funciones no le hacía olvidar que unos metros más allá de su posición yacía el cadáver de Patricia. Llevaba casi dos días siguiendo su rastro, hablando con su gente, repitiendo los pasos que pudo haber tomado al bajarse del tren... y de alguna manera creía conocerla. En las fotos que le enseñaron sus amigas y en las que había visto en redes sociales se apreciaba a una chica atractiva, sonriente. Quienes la conocían mejor la describían como curiosa, prudente y sensata; alguien que pensaba las palabras antes de decirlas y que sabía lo que quería.

Goyanes había analizado previamente la cuenta de Facebook de Patricia desde la de su novio, que se había prestado a colaborar sin reservas, aunque poco después recibiría la autorización del juez para exigir a la plataforma acceso a su perfil con el objetivo de investigar los mensajes privados. Las cuatro últimas entradas publicadas por la chica eran una foto con Maxi y un texto que decía *Vietnam, tiembla, allá vamos*. Dos canciones compartidas desde YouTube: una de Quique González titulada *La Luna debajo del brazo* y otra de Ana Torroja, *Sonrisa*, a la que le acompañaba un comentario de la propia Patricia que decía *Día sin sonreír, día malgastado*. Tenía cuarenta y tres «me gusta». La cuarta entrada era una publicación que compartió desde la página de la organización ecologista WWF; en ella se alertaba del descenso de la población marítima en cientos de especies del Mediterráneo. Al *post* compartido le acompañaba

también un comentario: *Sigamos mirando a otro lado y en cincuenta años estaremos comiendo polvo y piedras.*

—Joder, Enrique, ¿qué coño le ha podido pasar para que se bajara así del tren y en menos de tres días aparezca muerta, y con este ensañamiento además? Es que no tenemos ni una ligera idea de por dónde tirar.

—Lo averiguaremos, Marina. Siempre lo hacemos, ya lo sabes. No descartes que esto sea más sencillo de lo que esperamos. Tenemos que presionar a su entorno, ahí puede estar la respuesta que buscamos. —Peralta le guiñó el ojo buscando su complicidad. Goyanes no ocultó su sorpresa y un aire de expectativa envuelto en prudencia la recorrió por dentro—. En el pantalón de la chica hay una mancha oscura en uno de los laterales. A ver qué descubrimos por ahí. Y con la sangre igual, puede que no sea solo la suya.

—Mira, por ahí viene el secretario judicial. Es Martín de Juana.

Unos metros más atrás también hizo acto de presencia el médico forense, Eladio Salvador. Con agilidad cada uno abordó su cometido en la escena del crimen. Salvador certificó lo evidente, Patricia estaba muerta desde hacía horas y la opción de que fuera por causas naturales era nula contando que había sido mutilada y que tenía hematomas en el cuello y en la nuca, tal como comprobó al retirarle cuidadosamente el pelo hacia un lado.

—Jefe, los de Científica han encontrado una colilla de un Marlboro en la suela de una de las zapatillas de la chica, es la única junto al cuerpo.

—Entregádsela al secretario judicial. Que no tengamos problemas con la cadena de custodia y nos tiren para atrás pruebas importantes.

—No se preocupe, ya la ha registrado Martín de Juana. Todo en orden, jefe —aseguró Blasco con orgullo, como un chiquillo que recibe la felicitación de un mayor.

Martín de Juana autorizó el levantamiento del cadáver cuando el forense dio por concluido su trabajo. En las pruebas registradas estaban puestas las esperanzas de una pronta resolución. Minutos después, la noticia se extendió por Segovia y también en los medios nacionales. Los informativos del mediodía abrieron desde el Arco de la Fuencisla a una hora en la que ya solo quedaban

restos del trabajo policial, y los programas matinales en breve empezarían a centrarse en el crimen invitando a supuestos expertos para dar sus opiniones que rara vez tenían una mínima coincidencia con la realidad.

Para Peralta y Goyanes era hora de recomponer la historia de Patricia Redondo y llegar hasta su verdugo. No había sido un ataque fortuito, y sobre esa base, y sin dejar pasar ni un minuto, empezaron a trabajar con la rabia sin retorno de no haber llegado a tiempo.

El tanatorio de San Juan de la Cruz se quedó pequeño para recibir a quienes se acercaron a ofrecer consuelo a la familia Redondo Valle. Arturo, padre de Patricia, era uno de los cocineros más reconocidos en Segovia, y hasta hacía unos meses había sido presidente de la Asociación de Hosteleros Segovianos. Era frecuente verlo invitado en eventos culturales. Su mujer, Esther Valle, también popular en la ciudad por su participación en acciones solidarias, era uno de los miembros más activos de Cáritas y tenía contacto regular con diversas instituciones de la provincia. Sus apariciones en los medios de comunicación locales eran constantes para presentar las acciones que se realizaban de cara a obtener fondos solidarios para la integración de los colectivos más desfavorecidos.

Los amigos de Patricia y de Maxi se citaron para despedirla, mezclándose con políticos y personas de más edad que ofrecían sus respetos. Por la sala cuatro del tanatorio, situada en el piso superior, fueron pasando escalonadamente para consolar con palabras y abrazos al novio, a los padres y abuelos, y quizás para comprobar de primera mano una realidad que se negaban a aceptar: Patricia estaba muerta. Habían pasado dos días desde su hallazgo y en Segovia no se hablaba de otro tema. El juez del caso, Santiago Morillas-Cal, había decretado secreto de sumario, y la información que daban los medios de comunicación tanto locales como nacionales era muy vaga y fundamentada en supuestos que contribuían a que los rumores se extendieran sin control. En el tiempo transcurrido desde que se dio la noticia habían emergido rumores que apuntaban a que otra chica había aparecido muerta en la Alameda del Parral. Los más agoreros aseguraban conocer a alguien que había visto coches de policía y ambulancias en la zona y un cuerpo en el suelo, pero como ocurría en esos casos,

nadie podía identificar de dónde procedía la fuente, y horas después las habladurías se diluían dando paso a otras nuevas de similar inconsistencia, como que había uno o varios detenidos. Los grupos de WhatsApp se llenaban de quinielas sobre quién podría estar detrás de la muerte de Patricia. Los segovianos con mala reputación que tantas veces habían sido verdugos se convertían en improvisadas víctimas, y sobre ellos caían los peores pronósticos. Más de uno tuvo que recurrir a las redes sociales para aclarar que no estaba detenido, y no fueron pocos internautas los que, aun sabiendo que no tenían nada que ver, disfrutaron por un rato viéndolos estar en el «otro lado», el de los perseguidos.

Enrique Peralta y Marina Goyanes acudieron al tanatorio junto al inspector jefe Antonio Calderón en representación de la Brigada de Homicidios. A Peralta le pareció una idea nefasta que aceptó porque Calderón insistió, probablemente para no ir solo, o como decía el inspector, *para no comerse el muy jeta el marrón*. En situaciones con tanta tensión la irracionalidad de los asistentes podía volverse en su contra. Lo había vivido en primera persona en su anterior destino, en Madrid, y aquella vez tenía elementos parecidos. Era frecuente que cuando aquellos que se sentían víctimas de un suceso no tenían a un culpable al que señalar y sobre el que descargar su ira, esta se dirigiera contra la policía, a quien sin el menor atisbo de raciocinio tachaban de incompetentes o de no hacer lo posible por resolver el crimen. Aurelio Ballesteros no estaba contribuyendo a dejarlos trabajar con tranquilidad; en al menos dos ocasiones en aquellas cuarenta y ocho horas desde que apareció el cuerpo había hecho declaraciones que, sin ser explícitas, no dejaban en buen lugar al cuerpo. Ballesteros sabía de su influencia social y la aprovechaba para presionar a los investigadores creyendo que así se resolvería antes el suceso.

En los pasillos Peralta y Goyanes percibieron que las miradas se dirigían hacia ellos y los cuchicheos se detenían a su paso. El calor vencía por goleada a los aparatos de aire acondicionado, y al malestar por una situación tan tensa se unía el de soportar temperaturas más propias de una sauna. La ropa se pegaba a los cuerpos de los asistentes y las botellas de agua corrían de mano en mano como si fueran un tesoro.

Pero las miradas que se clavaban en los ojos de los policías eran de respeto y no acusatorias, como habían vaticinado. Sobre los dos policías recaía la responsabilidad de dar caza al asesino, y así se lo hicieron saber, parándolos en repetidas ocasiones antes de llegar a la sala en la que descansaba el cuerpo. Peralta asentía paciente y con gesto de comprensión, aunque por dentro se preguntaba si eran necesarias esas arengas populares y recordatorios de que tenía que hacer bien su trabajo, como si no decírsele pudiera suponer que no iba a hacer lo imposible por llegar hasta el final y poner ante el juez al criminal. La presión mediática era mayor si cabía por vivir en una ciudad que no superaba los sesenta mil habitantes y donde cualquier comentario fuera de lo rutinario tenía la capacidad de inflamarse y convertirse en certeza, fuera verídico su contenido o no.

Eran tan escasos y espaciados en el tiempo los homicidios y asesinatos en la ciudad, que cuando había uno la atención se disparaba sobre la investigación, incluso pasadas las semanas, al no haber otros sucesos que pudieran restarle protagonismo como sí pasaba en lugares más grandes. Además, el Caso Saavedra estaba muy reciente, y, aunque aquello fue un ajuste de cuentas por un préstamo no devuelto a un usurero de dudoso prestigio, dos muertes violentas en apenas un mes no eran buena señal en una Segovia que presumía de ser una de las ciudades más seguras del país.

El inspector jefe Calderón fue el primero en acercarse a los padres de Patricia, y a continuación presentó al inspector y a la oficial, enfatizando que serían los tres los que llevarían el peso de la investigación. Peralta soltó una sonrisa irónica; si tenía que dejar que fuera Calderón el que llevara realmente el caso, el asesino podría dormir tranquilo el resto de su vida.

Esther Valle, vestida de negro, se cubría los ojos con unas gafas de sol. En el cuello le colgaba una cadena de oro con un crucifijo que no dejaba de tocar con los dedos, como si aquella figura tuviera la capacidad de inyectarle la energía que se le escapaba en cada lágrima. La frente le brillaba por el calor.

Arturo Redondo, con un traje también negro y la corbata a juego, hacía esfuerzos por mantener la entereza. Sujetaba a su mujer por el hombro,

arropándola. Peralta quiso ponerse en su lugar, ¿cómo estaría si fuera su hija Marta la víctima? Sintió un escalofrío e intentó cambiar de pensamiento. No era fácil cuando en frente estaban unos padres condenados de por vida a vivir con un dolor insoportable y para los que no existían palabras que se aproximaran a algo parecido al consuelo. Se acercó y abrazó a Esther. Esta, como si hubiera interpretado por su cuenta que era el policía sobre el que caía el mayor peso de la investigación, le cogió de la mano y apretó fuerte su muñeca, rompió a llorar con un lamento roto que no era otra cosa más que un ruego.

—Encuentre al que le ha hecho esto a mi niña, por favor, encuéntrelo. Haga que ella pueda descansar en paz y que no le pase lo mismo a ninguna otra chica. Mi pobre niña, no voy a verla nunca más por culpa de algún desgraciado. Haga lo que sea, inspector, y encierre a ese asesino.

La mujer perdió las pocas fuerzas que la sustentaban y se derrumbó. Peralta estuvo rápido y evitó que cayera al suelo sujetándola de la cintura y la cabeza. Con la ayuda de su marido la llevaron hasta el sofá y la tumbaron. Arturo pidió comprensión a quienes estaban en la sala en ese momento y les rogó, avergonzado por tener que hacerlo, que saliesen unos minutos para que Esther pudiera reponerse. Tan solo se quedó dentro una sobrina que era médico.

Calderón, una vez cumplido lo que para él no dejaba de ser un trámite, se despidió de Peralta y Goyanes en la puerta del tanatorio y subió a un taxi, no sin antes recordarles la importancia de agilizar la detención del culpable. Peralta se mordió la lengua y contó hasta diez.

Entraron en el bar situado a unos metros y pidieron dos cervezas. Se sentaron en la única mesa libre que quedaba. Por las caras del resto de clientes no era difícil aventurar que iban o venían del mismo lugar.

—Qué puta mierda más grande, Marina.

—Lo detendremos, jefe, siempre lo hacemos. ¿Te acuerdas de quién me dijo eso el otro día? —contestó Goyanes parafraseando al inspector.

—¿Crees que, aunque lo hagamos, a esos padres les va a consolar? —Peralta lo cuestionaba de verdad, no era una afirmación disfrazada de pregunta.

—No lo sé. Nada de lo que digamos nos valdrá para ponernos de verdad en su situación. Puede que sí, puede que por lo menos tengan la sensación de que se hace justicia, o de que quien haya sido no podrá matar a más chicas si es detenido. No sé, no tengo ni puta idea yo tampoco.

—Qué fácil es decirles lo siento y poner cara de afligidos. Anda que no he venido veces a este tanatorio por gente que se moría y que a los cinco minutos de irme me olvidaba. Pero hoy sí que he salido afectado, Marina. Por un momento me ha superado.

—Sí, no te he visto muchas veces tan jodido como hoy, jefe. Solo empatizaríamos al cien por cien con ellos si nos pasara lo mismo y pudiéramos ponernos realmente en su piel, pero la rabia no la va a hacer desaparecer ninguna detención. Yo también me pongo de mala leche al pensar en lo absurdo de todo esto, una vida a la mierda en un segundo.

—Ahí dentro no he podido evitar imaginar cómo estaría yo si le hubiera pasado a mi hija y me han bailado hasta las tripas. Rompería la pared a golpes de la ira.

—Es normal. En estos lugares tendemos a ponernos en lo peor. A mí también me pasa.

—Ya, Marina, pero créeme que con una hija es diferente. Se te puede morir tu padre, tu madre, tu hermano, una novia..., quien sea, y el dolor es bestial por ese vértigo que te da saber que no vas a volver a verlos más y que al mirar atrás todo ha pasado tan rápido que ni te paraste a valorar lo importante que eran en tu vida. A mí me pasó cuando murió mi padre hace cuatro años. Fue de un infarto, sin avisar.

—Vaya, lo siento, nunca habíamos hablado de tu padre.

—Se lo encontró mi madre tirado en el suelo cuando volvía de la calle. El pobre, sin nadie que le tendiera una mano. ¿Sabes cuántas veces he pensado que ojalá hubiera estado con él?

—Muchas, imagino.

—Exacto. Puede que no sirviera para salvarle la vida, pero no habría estado solo en el último minuto de su vida. Encima estaba como una rosa el tío. Me

pasé los siguientes meses recordando cada hora momentos que habíamos vivido juntos, y lo hice para no afrontar que ya no hablaríamos más. Me centraba en cuatro o cinco recuerdos, quizás mis preferidos, y los rememoraba completamente diferentes de unas veces a otras, como si en el fondo me los estuviera inventando.

—Ya, te entiendo. —Asintió comprensiva Goyanes.

—Pero una hija... Esa pena tiene que multiplicarse por mil. Pena y también odio. Estando ahí dentro me ha dado por pensar en qué haría si tuviera delante a quien matase a mi hija.

—Te conozco, sé que al final harías lo correcto. Siempre lo haces, por lo menos desde que nos conocemos.

—¿Estás segura de eso? Te puedo decir que ninguna de las opciones que he barajado pasaba por entregárselo al juez. Me estaba incendiando por dentro al suponerlo. En cambio, esa mujer, la madre de Patricia, es mil veces mejor. Quiere que pillemos al asesino para que no se lo haga a más chicas, para que nadie pase por lo que está pasando ella. Qué diferente manera de pensar...

—Jefe, yo no tengo hijos, y no sé si los tendré algún día. No es algo que me apetezca, al menos a día de hoy, y créeme que pienso igual que tú. A mí también se me ocurren cosas así y me pregunto con cierta frecuencia si es suficiente castigo encarcelar un puñado de años a alguien por hacer semejante daño. Pero no te preocupes, no somos peores por eso, somos simples humanos, que ya es bastante.

Marina cogió suavemente de la mano a Peralta, regalándole el cariño que en ese momento le hacía falta al inspector.

Media hora después salieron del bar. Marina subió a su coche, aparcado a unos metros de la puerta, junto a un supermercado sin apenas vida, y ofreció al inspector llevarlo a casa. Peralta prefirió caminar. Vivía cerca, en la calle Coronel Rexach. Era cuesta abajo.

Apenas a unos metros del tanatorio, ya en la acera de enfrente, se cruzó con Aurelio Ballesteros. Maldita coincidencia, pensó. Por cortesía se detuvo a darle también el pésame por ser el padre de Maxi. El empresario le apretó la mano y lo

saludó con un tono que a Peralta le pareció hostil. Las palabras que pronunció a continuación, después del agradecimiento correspondiente, lo corroboraron.

—Me comentan que ya tienen ustedes un sospechoso, inspector. —Peralta pensó si habría alguna comisaría en el mundo donde no hubiera un bocazas deseando sacar temas internos al exterior, ya fuera a la prensa o a algún amigo con el que hacerse el interesante.

—Primera noticia que tengo. Parece que sabe usted más que yo, señor Ballesteros.

—Eso me parece a mí, que a veces sé yo más lo que pasa en esta ciudad que la policía.

—Mire, entiendo el dolor que sienten por la muerte de la novia de su hijo, pero déjenos hacer nuestro trabajo y no esté todo el día malmetiendo en la prensa. Es usted quien perjudica los intereses de la familia Redondo con esas payasadas que suelta. Tenga más respeto por los padres de Patricia. —Peralta pasó al contraataque.

Ballesteros quedó noqueado, no esperaba la reacción del inspector, quizás porque especialmente en los últimos tiempos estaba acostumbrado a ser más adulado que atacado.

—Hay veces que no le viene mal al cuerpo de policía un toque de atención para que no se duerma en los laureles, y descuide, que estoy seguro de que llegarán al fondo de la cuestión. —Peralta fantaseó con la posibilidad de partírle la cara allí mismo.

—Mire, me voy a ir porque me está usted calentando y vamos a tener un problema.

—¿Me está usted amenazando, inspector?

—Si le estuviera amenazando se habría dado cuenta hace un rato.

Peralta acercó la cabeza a la del empresario. Había más de diez centímetros de altura a su favor. Ballesteros retrocedió por instinto y cambió su cara de arrogancia por una de prudencia. Para la chulería no había mejor antídoto que la determinación. El inspector se echó a un lado y caminó calle abajo sin

despedirse y sabiendo que al día siguiente tendría una queja del inspector jefe Calderón por aquel comportamiento. Le daba igual.

Dieciocho días después de la celebración del funeral de Patricia.

—¡Bingo, jefe! El ADN encontrado en el cigarro y la mancha de semen del vaquero de la chica es el mismo y coincide con un individuo de nuestra base de datos. Tiene antecedentes. En cambio, de la sangre en el cuerpo y en la ropa de Patricia no hay nada destacable, es de ella.

—¿Estás segura? —dudó Peralta, extrañado de que fueran a tener suerte en el primer intento.

—Tanto como que estoy hablando con el inspector más gruñón del país. —La respuesta de Goyanes le sacó una sonrisa inesperada.

Marina no había llamado a la puerta, y ya dentro ni esperó a que Peralta colgara el teléfono. Estaba eufórica. No tenía ninguna esperanza de que fueran a ponerse de cara tantas coincidencias. El inspector colgó y mandó organizar una reunión urgente. En las casi tres semanas que habían transcurrido desde que apareciera el cuerpo se habían sucedido varios acontecimientos que en conjunto ayudaban a tener un punto de partida en la investigación, pero aquella coincidencia del ADN valía por todas las pruebas anteriores.

—¿Crees con seguridad que ha sido él? —preguntó Peralta.

—Las dos pruebas admiten poca réplica, la verdad. ¿Tú lo dudas? —A Marina le sorprendió la indecisión del inspector, y de alguna forma se la contagió.

—No es que lo dude, es que me parece demasiado fácil. ¿Matas a una chica y dejas en la suela un cigarrillo? ¿Y no ves que el semen ha caído en su pantalón? Sabemos que no la penetró, no si el tipo de práctica sexual que dio lugar a esa mancha fue consentido. Me extrañaría, la verdad, así que no daremos nada por sentado.

—Cierto, la autopsia no habla de penetración. Teniendo como prueba esa mancha cualquier supuesto nos vale, pero no descartemos que la forzara de otra manera. O que sea un puto cerdo que se pone cachondo tocándose delante de una mujer muerta. Todas las hipótesis ahora son posibles.

—Qué explícita eres cuando quieres, Marina. Eso mismo pienso yo, que trabajamos con muchas hipótesis y que con esas coincidencias en breve las reduciremos a hechos probados —corroboró Peralta.

—Le apretaremos y veremos si es tan machote con nosotros. —Mientras hablaban del sospechoso a Peralta le vino a la mente su hija y tuvo más ganas que nunca de llegar a casa y darle un abrazo.

Una hora y media después, en la sala de reuniones esperaban Blasco, Goyanes, el inspector jefe Calderón, que casualmente estaba en Segovia, y el comisario Vélez. Peralta se disculpó por el breve retraso, aunque en el fondo le encantaba que Calderón tuviera que esperar por él. No lo soportaba. No así al comisario, a quien tenía en alta estima.

—Disculpen la tardanza, tenía dos llamadas pendientes que realizar. He organizado esta reunión para informarles de las últimas novedades en el caso de Patricia Redondo que nos han llegado hace unos minutos y para poner la documentación en común, aunque estén al tanto de los avances, hasta hoy pequeños, que hemos ido logrando. Como ya se lo habrá comentado la oficial Goyanes, los análisis realizados tanto en la ropa como en la colilla que los compañeros hallaron en la suela de una de las zapatillas de Patricia nos confirman que son de la misma persona y, por suerte para nosotros, corresponden a un individuo ya fichado por un delito anterior de abuso sexual. Se trata de Marcos Cabello Gámez, de treinta y nueve años, natural de Granada y residente en Segovia desde hace al menos siete.

—Sé quién es. Cuando yo trabajaba en seguridad ciudadana aquí en Segovia más de una vez lo tuvimos que detener por estar metido en peleas, pero no recuerdo que nunca se presentaran cargos contra él. Fue hace tiempo —apuntó Blasco.

Peralta agradeció la intervención, echó un vistazo al expediente de Cabello y continuó con su exposición.

—Bien, como comentaba, Cabello está fichado, lo que nos va a venir bien para centrarnos en un primer sospechoso, sin descartar ni mucho menos que haya más implicados. En el año 2002 fue detenido muy cerca de la estación de metro de Aluche, en Madrid, cuando trataba de forzar a una chica en un portal, a medianoche. Un vecino que bajaba la basura escuchó un grito que venía del sótano y ni corto ni perezoso agarró algo que había en la bolsa de basura y se lo estampó por detrás en la cabeza a Cabello. El desgraciado quedó inconsciente y fue detenido. Lo gracioso es que el caradura puso una denuncia al vecino, y como pueden imaginar quedó en nada. Fue condenado a cuatro años y nueve meses de cárcel. —Peralta observó como la oficial Goyanes apretaba la mandíbula.

Al comisario le sonó el teléfono. Lo sacó del bolsillo de su chaqueta y cortó la llamada con gesto de fastidio por la interrupción. Sin disculparse pidió a Peralta que prosiguiese.

—Bueno, no lo he dicho; cumplió pena en Alcalá Meco. Cuando Cabello salió de prisión vino a vivir a Segovia. Todavía con la condicional trabajó en diferentes empleos que no requieren gran cualificación, siempre con ETT's. Y aquí viene lo mejor: durante más de tres años ha echado extras en los turnos de comidas y cenas en el restaurante En Buena Mesa, propiedad de Arturo Redondo, el padre de Patricia. Acabo de llamar: no tiene contrato fijo, recurren a él en temporada alta y en fines de semana discontinuos, cuando el turismo pega repuntes o se llena Segovia de madrileños deseosos de hincarle el diente al cochinillo.

—Me pregunto si el señor Redondo tendría constancia de la joyita a la que daba empleo —pensó Blasco en voz alta.

—Eso ahora da igual, Blasco. En ese lugar pueden trabajar en un turno de comidas treinta o cuarenta personas, no investigarán el pasado de cada uno y si me apuras, me extrañaría que Redondo conociera personalmente a todos. Los

extras son puestos muy variables. —Peralta no quería que se desviase la atención a pequeñas puntualizaciones que no aportaban nada.

—Más claro agua, ¿no? Vamos a por él —propuso el inspector jefe Calderón mientras se limpiaba el sudor de la frente.

A Peralta no le agradó que abriera la boca para intervenir de una manera tan estúpida. Respiró hondo y se dirigió directamente al comisario, ignorando a su jefe directo, que no se dio por aludido. Al observar a Calderón no pudo evitar hacer una asociación maliciosa con el cochinito antes mencionado.

—Señor comisario, en cuanto termine esta reunión tomaremos declaración a Cabello. Lo tantearemos primero. Le recomendaremos venir directamente con su abogado para evitar problemas de procedimiento. Hemos mandado a dos compañeros para que lo localicen y le hagan vigilancia hasta que pise esta comisaría; mejor hacerlo así y no montar un dispositivo para detenerlo. No nos conviene generar revuelo de inmediato y poner en alerta a otros posibles autores de este asesinato. Los indicios apuntan hacia él, pero se nos puede estar pasando algo de largo. Lo dejaremos en el calabozo a no ser que diga algo muy revelador y pediré al juez una orden para registrar su casa. Y si le parece procedo a resumirle los acontecimientos de este caso desde el momento de la desaparición de la chica. —Vélez le autorizó con las dos manos y escuchó atento—. Patricia Redondo desaparece el 12 de agosto. Se baja del tren Avant de las cuatro y siete que va a llevarla junto a su pareja, Máximo Ballesteros, a Madrid. Ambos van a hacer su primer viaje fuera de Europa, concretamente a Vietnam. Tiene el vuelo a las ocho y cuarto en la T4 de Barajas con escala en Estambul. El chico se va al baño, ya dentro del tren. Ella deja las maletas y de repente le suena el móvil; un aviso de WhatsApp para ser más exactos. Patricia lo ve, se tensa, se pone a llorar, coge su bolso y se baja del vagón justo antes de que se cierren las puertas. Ballesteros cuando vuelve a su sitio la ve por la ventanilla llorar, pero ya no tiene tiempo de salir. En este sentido el chico poco puede aportarnos. Quien nos da la información de la reacción de la chica es un tal Rodrigo Martín Salas. Este señor observó la escena que les he contado y se acercó a Ballesteros para contarle lo que había visto. Al igual que a todos los viajeros de ese vagón, lo interrogamos

en su momento. Es madrileño. El hombre tuvo a bien venirse desde allí en una hora para que le tomásemos declaración. La verdad es que no aportó nada que no hubiera detallado en la conversación que tuvo con Ballesteros, es decir, que la chica estaba tranquila, escuchó el sonido de la alerta de su WhatsApp, miró la pantalla alterada durante unos veinte o veinticinco segundos, guardó el teléfono en el bolso y salió apresurada. Todo con evidentes gestos de nerviosismo. Martín Salas no tiene duda de esto.

»¿A partir de aquí qué tenemos? Pues hasta hace un rato poco. Pequeñas pruebas inconexas que no nos ayudaban a seguir una línea concreta. Como pueden imaginarse partimos de un problema añadido y es que no sabemos cómo han sido las horas que pasan desde que Patricia desaparece, entre comillas voluntariamente, hasta que la encuentran muerta, ni por supuesto cuándo se cruzó con su agresor. Hemos interrogado a sus amigos, compañeros de trabajo, familiares, al taxista que la bajó hasta su casa, a los trabajadores de la estación... y *a priori* nadie ha tenido ningún problema ni ha visto nada extraño. El juez nos autorizó a entrar en las redes sociales de la chica y tampoco vimos algo raro; no hay mensajes privados comprometidos, ni violentos, amenazas, discusiones ni nuevas amistades que den a entender que son perfiles creados hace poco tiempo para un fin concreto como puede ser espiarla o entablar una relación... Para mi gusto publicaba demasiadas cosas sobre su vida privada; ya saben, lugares que visitaba, bares a los que iba... Su gente la describe como una persona cariñosa, trabajadora, culta y que no se mete en problemas. Como es lógico, tanta exaltación de su personalidad la dejamos un poquito en cuarentena porque cuando interrogamos a alguien solo porque seamos policías ya le hace exagerar las cosas para demostrarnos lo maravilloso que es. —El Comisario asintió, sabedor de ese inconveniente en forma de distorsión de la realidad tan habitual en las tomas de declaraciones de asuntos graves—. Aun así, con tanta gente a la que hemos escuchado, se puede concluir que no era conflictiva. Lo que sí teníamos medianamente claro es que el culpable la conocía. No vemos azar en este caso. El detonante es un mensaje en su teléfono, y algo muy grave le tuvieron que decir o mostrar para que reaccionase así, se fuera y no buscase la

ayuda de su pareja. La decisión de salir del tren la tomó en unos segundos; deducimos que un desconocido no tiene influencia como para cambiar tanto los planes de otra persona.

—Veo que tampoco hay nada destacable en su línea de teléfono —Calderón intervino constatando un hecho que estaba bien reflejado en el informe. Sin embargo, no había reproche en su afirmación.

—Así es. Morillas-Cal, que por cierto, es una gozada trabajar con él, fue lo primero que nos autorizó a registrar. No hemos podido seguir el rastro posterior del teléfono, no se ha encendido desde que estamos con el caso, y si vamos un poco más lejos, desde que Maxi intentara localizarla. La señal se pierde en la propia estación. Con el móvil pasa igual que con sus redes sociales: las llamadas en los días previos que hizo no tienen nada de anormales. Amigos, trabajo, alguna a la compañía telefónica... Hemos hablado con los receptores de esas llamadas en las últimas semanas, y nada: eran para quedar, para consultar alguna duda y poco más.

—¿Qué es lo que le dirían para reaccionar así? —preguntó el comisario Vélez.

La investigación dependía oficialmente de la Brigada de Homicidios de la Jefatura Superior de Castilla y León, a la que no pertenecía Vélez, pero por cortesía y por estar trabajando desde la comisaría de la que él era responsable, le hacían partícipe del caso como uno más. Su buena fama le precedía y contar con su experiencia era un lujo que no podían rechazar. Además, era discreto y equilibraba su ayuda con no imponerse al inspector Peralta o en instancia superior al inspector jefe Calderón, aunque de este último ya sabía que poco aportaría dada su nula capacidad para dirigir un caso tan grave con perspectiva.

—La experiencia nos lleva a pensar que la amenazaron, aunque es una suposición muy cogida con alfileres y que podremos confirmar si damos con el culpable. No soy tan optimista como para pensar que encontraremos el teléfono. Es probable que haya sido destruido. De todas formas, aquí lo que más incertidumbre nos crea es entender por qué no le dijo nada al novio. ¿Quería mantenerlo al margen? ¿Está implicado de alguna manera? A Ballesteros lo hemos interrogado tres veces, por supuesto que con mucho tacto, y no nos da la

sensación de que oculte algo. Eso o es un actor maravilloso. Las cámaras de seguridad nos muestran una pareja normal, se dan un beso antes de subir al vagón y no discuten.

—¿Y si el chico desde el baño le mandó el mensaje ya fuera desde su número o desde otro y provocó esa huida? —supuso el comisario.

—El chico nos dejó su teléfono y no vimos ningún mensaje sobre eso. De todas formas, se pueden borrar mensajes escritos, aunque a la otra persona le llegue, o incluso que hubiera usado otro dispositivo diferente al que está registrado con su nombre. Por otro lado, la chica se quedó en el andén unos segundos, como paralizada. Los testigos hablan de que estaba llorando. Si el novio estuviera implicado en los mensajes deducimos que ella se iría rápidamente para no dar opción a que él pudiese detener el tren y alcanzarla.

—No hay nada que apunte al chaval, no podemos volver a una víctima culpable así por así —intervino Calderón, más preocupado por la posible respuesta de Aurelio Ballesteros que por resolver el caso con prontitud—. Prosiga con el resumen de los hechos, inspector. Cuando tomen declaración a Cabello veremos si esta parte se aclara —pidió el inspector jefe mirando el reloj y con prisa por acabar.

Peralta se hubiera lanzado sobre la mesa y le habría estrangulado delante del resto.

—Eso es. Veremos a ver qué nos aclara el sospechoso, inspector jefe. No imagino que Cabello venga aquí, confiese que es culpable a la primera y nos cuente los detalles. —Goyanes y Blasco se miraron incómodos por el tono usado por Peralta hacia su jefe directo.

—Sí, sí, sí. Eso más adelante. Prosiga. —Calderón no se dio por aludido.

—Casi sesenta y cuatro horas después, sobre las ocho menos diez del 15 de agosto, un corredor llamado Lucas Álvarez encuentra el cadáver de Patricia en el Puente de San Lázaro, a unos metros del Santuario de la Fuencisla. Este chico pasó por ese mismo puente unos diez minutos antes, pero fue al volver cuando la vio. Es de los pocos datos que podemos ajustar con certeza: quien mató a Patricia tuvo que depositarla allí entre las siete y cuarenta y las siete y cuarenta y

ocho más o menos. Lucas Álvarez, minutos antes de llegar al puente, dos o tres según su testimonio, vio pasar un coche rojo antiguo que posteriormente en comisaría identificó como un Renault 18. El coche, como ya saben, apareció calcinado a las ocho y veinticinco de la mañana de ese mismo día en un descampado de Hontanares. Un octogenario que vive en Zamarramala había denunciado su robo dos días antes. El hombre lo aparcaba en la puerta de su casa, un chalé adosado sin garaje. Hablamos con él sin comentarle por supuesto que creíamos que era el vehículo en el que se había portado el cuerpo de la chica, y no paraba de repetir que quién sería el desgraciado que le había quitado un coche tan antiguo que usaba para hacer la compra y llevar a su mujer al médico. Ni qué decir tiene que los de Científica no hallaron pruebas dado el lamentable estado en el que quedó el *Ferrari* del hombre. —Todos en la sala sonrieron, tomándose un respiro ante la avalancha de información que estaban asimilando—. Revisamos las cámaras de la ciudad y en ninguna aparece ese coche, y en el trayecto desde el Puente de San Lázaro hasta Hontanares no hay ninguna, como pueden suponer. No vemos tampoco casualidad aquí: el tipo sabía por qué carreteras tenía que circular para no ser grabado.

El inspector Peralta no dio tregua y prosiguió el relato. Le gustaba juntar al equipo y repasar la investigación: en cualquier momento podrían caer en detalles que se les habían pasado con anterioridad.

—Respecto a Patricia, lo primero decirnos que tenía puesta la misma ropa que en la estación exceptuando que le faltaba una blusa de manga corta azul, de algodón, que llevaba por encima de una camiseta de tirantes blanca. Los forenses Hidalgo y Salvador datan la hora de su muerte unas ocho o nueve horas antes de ser hallado el cadáver, es decir, que desde que se va de la estación hasta que fallece hay dos días y ocho horas en las que no sabemos dónde está ni qué hace. Que cogió el coche lo sabemos porque se aprecia en las cámaras de vigilancia que hay instaladas en la puerta principal del cuartel de la Guardia Civil. Se ve a la chica con la misma ropa, blusa incluida, sola en el coche, bajar por la Travesía de San Rafael. Ahí se pierde su pista. Esto pasa cuarenta y tres minutos después

de salir del aparcamiento de la estación Segovia-Guiomar. Dentro del vehículo no hemos hallado huellas dactilares de relevancia.

»Va a algún punto que quizás le han detallado en el mensaje de WhatsApp y ahí es retenida. En la nuca tiene un hematoma importante que queda descartado por la autopsia que se produjera el día de su muerte ni que sea la causa de esta. Hidalgo y Salvador lo datan con bastante certeza en el día en que desapareció. No presenta alteraciones significativas en la autopsia del cráneo y del cerebro. Patricia fue presuntamente golpeada por detrás, perdería el conocimiento o quedaría noqueada, y aprovecharon para secuestrarla. Digo «aprovecharon» como forma de hablar, no podemos afirmar que haya más de una persona implicada ni por supuesto lo descartamos. El hecho de que fuera así nos hace intuir con más convencimiento si cabe que era alguien que conocía y de quien no esperaba ser atacada a traición. Se la llevan y la mantienen dos días con vida. Después la matan. Si hubiera sido un secuestro al uso habrían pedido rescate a la familia, salvo que nos encontremos con otro escenario que tampoco es descabellado: que se asustasen ante la opción de contactar con la familia y ser descubiertos y optasen por deshacerse de Patricia. Repasando casos similares, siempre que ha ocurrido esto los verdugos eran del círculo de la víctima. Piensen que, si es así y por un casual ella los ha reconocido, ya no hay vuelta atrás para nadie.

—¿Y si su familia ha querido llevar esto por su cuenta, sin avisarnos, y algo ha fallado? —preguntó el comisario Vélez, concentrado en asimilar cada dato que le exponía el inspector Peralta.

—Es otra de las teorías con la que trabajamos. Tenemos que tener en cuenta que el suegro de la chica es Máximo Ballesteros, y que tanto él como el padre de Patricia, Arturo Redondo, son gente adinerada y con influencia en la ciudad. Es verdad que tienen dos caracteres opuestos: Ballesteros es un ególatra y el hostelero es la sencillez hecha persona, pero si hay un móvil económico detrás el objetivo era razonablemente bueno y sobre todo viable. De Ballesteros padre me espero cualquier cosa. Ya puso en duda nuestro trabajo a la salida del tanatorio. Y de Redondo, en el tanatorio cuando me apartó en la sala fue precisamente para

eso, para decirme que me aseguraba, lo juró de hecho, que no había recibido ninguna llamada al respecto y que los rumores que se escuchaban en la prensa y en la calle sobre un supuesto secuestro, en lo que a él respectaba, eran una patraña. Las dos veces más que me he visto aquí en la comisaría con él y con su mujer me han recalcado que nadie se puso en contacto con ellos. Vamos a ver qué cuenta Cabello y si tenemos que incidir en esto.

—Sí, es una conjetura. Flaco favor le habrían hecho a la chica si decidieron solucionarlo por su cuenta. Y en caso de que fuera una venganza o un chantaje contra Ballesteros, para hacer presión sería más lógico secuestrar al hijo, no a la novia. Estoy de acuerdo con usted, inspector, apunta a otra causa. No le corto más, prosiga cuando quiera —sugirió Vélez excusándose por su intervención.

—Continúo, comisario. La parte más llamativa a primera vista de la agresión a Patricia está en que los dedos pulgares de las manos le han sido amputados. En el Puente de San Lázaro no había rastro de sangre alrededor, solo en la ropa y en el cuerpo. Los forenses constataron que los pulgares habían sido rebanados de un golpe con un objeto afilado, probablemente un cuchillo grande por la forma punteada del corte, y mucho antes del momento de la muerte; un día más o menos. Taparon las heridas con gasas para cortar parcialmente la hemorragia y después fueron torpemente cosidas. Esto nos viene a decir que el asesino quería a la chica viva. La tortura y después la cura para que no se desangre.

—Sí que es verdad, volviendo a lo que hablábamos hace un momento, que cuadra a la perfección con el tipo de secuestro con un fin económico que busca mandar un aviso para acelerar el proceso y que los familiares se lo tomen en serio. El captor llama, Ballesteros se pone chulo y los amenaza y como respuesta recibe la prueba de que la chica está sufriendo y que están dispuestos a todo —propuso Vélez.

—Exacto, u otra hipótesis es que Patricia tenía información sobre algo relevante, o el agresor creía que la tenía, y torturándola consiguió su propósito. O no. Si lo consiguió y la chica lo había reconocido ya no podría dejarla volver a casa, y si no lo logró tres cuartos de lo mismo. Lo que está claro es que la pobre

no tuvo ninguna oportunidad de liberarse. Y aquí entraría de nuevo el tema de que estamos hablando de dos familias adineradas.

—Hay que ser hijo de puta —afirmó Calderón indignado con el relato.

—O muy loco, que es peor —puntualizó Goyanes con más clase que su superior.

—Un loco hijo de puta entonces. —Calderón siempre tenía la última palabra, la que menos valía.

Peralta avanzó en la exposición.

—En la primera exploración del cuerpo no se encontraron erosiones típicas de un enfrentamiento directo, como por ejemplo arañazos. Las marcas en el cuello suelen ser muy sutiles y no es fácil detectarlas con claridad a las primeras de cambio a no ser que se haya empleado violencia, como ha sido este caso. De ahí que con ver a la chica a primera vista ya percibiésemos esas señales. Esto me lo contó Eladio Salvador por teléfono, es uno de los profesionales más reputados en su ámbito. Seguro que han oído hablar de él. Cuando llegó al puente pidió que ninguno de los compañeros de Científica manipulara el cuerpo para coger huellas, especialmente en las manos. Les convidó a hacer ese trabajo posteriormente en la sala de autopsias cuando Salvador y su compañero Hidalgo hubieran terminado su labor. De hecho, lo primero que hicieron fue envolver con mucho cuidado las manos de Patricia con bolsas de papel, cubiertas a la altura de las muñecas con precinto adhesivo para no perder ningún vestigio en el trayecto al Instituto de Medicina Legal. —Peralta se dio cuenta de que se estaba desviando a detalles más curiosos que relevantes en lo que respectaba al resumen del caso, pero a sus compañeros les parecía muy interesante.

—¿Por qué de papel? —preguntó el inspector jefe Calderón.

—Eladio Salvador me contó que, si fueran por ejemplo de plástico, al quedar el cadáver en la cámara frigorífica a la espera de la autopsia se macerarían las manos y se perdería la información que pudieran almacenar.

—Qué cosas —sentenció Calderón asintiendo con la cabeza—. Respecto a la autopsia que se hizo el 16 de agosto, tal como han leído en el informe forense, el estado de los fenómenos cadavéricos confirma que Patricia falleció sobre las

diez y media de la noche del 14 de agosto. En la autopsia se apreciaron signos muy evidentes como, y cito textualmente, un «infiltrado hemorrágico en la musculatura paracervical asociado a una fractura en el esqueleto laringe, y una fractura del hueso hioides». Este hueso es en el que se inserta la parte fija de la lengua. Por si les ha resultado curioso, que a mí también me pasó, se denomina «esqueleto laringe», pero realmente no hay ningún hueso en la laringe, sino que todo es cartílago.

»La chica fue asesinada con una cuerda alrededor del cuello. Me explicó Salvador que al empezar la autopsia se dio cuenta porque los ahorcamientos con objetos como una cuerda dejan en la piel unos surcos muy característicos. El cómo nos lo dieron los forenses y el con qué lo certificaron también los compañeros de Científica que encontraron restos de un modelo muy corriente de cuerda que se puede comprar en cualquier tienda de bricolaje. Eran tan milimétricos que nos hace pensar que le pasaron algún objeto después para eliminarlos.

»Hidalgo y Salvador, que además de muy buenos forenses son de la vieja escuela, recurrieron a una técnica llamada *peel off*, que consiste en disecar la piel de la espalda para encontrar signos de violencia ocultos que no se ven en un examen más superficial. Me contaba Salvador que la espalda es una zona bien musculada y las contusiones no suelen dejar hematomas. Sin embargo, al levantar la piel se pudieron apreciar infiltrados hemorrágicos en la musculatura que dan información sobre cómo pudo ser el mecanismo de la muerte.

»El informe detalla que Patricia sufrió traumatismos en la fascia toracolumbar, en los músculos redondo mayor, la espina ilíaca y también en el músculo infraespinoso. ¿Qué nos dicen estos nombres que nosotros reducimos a la simple categoría de espalda? Que Patricia Redondo estaba sentada en una silla de respaldo alto, con las manos y los pies atados, y su agresor la atacó por detrás, abarcándole el cuello con la cuerda con la que la estranguló. Patricia se resistió. Su espalda quedó fuertemente apoyada en el respaldo provocándole los traumatismos antes mencionados. El asesino apretó fuerte hacia sí mismo sin dejarla margen ni para moverse y después debió de tirar de la cuerda hacia arriba

para alzar levemente su cuerpo. Aquí se observa especial ensañamiento. Su captor tenía que estar necesariamente de pie para provocar esas lesiones tan contundentes. Por las fracturas del cuello se sostiene la idea de que tuvo que ser así y no un simple estrangulamiento con un objeto como la cuerda. La alzó mientras ella seguía inmovilizada; por lo que dice la autopsia nos inclinamos por esto porque en las palmas de las manos no se observan heridas provocadas por la cuerda, que sería lo normal si intentara soltarse, y en cambio sí hay marcas en las muñecas y en los tobillos.

Peralta se percató de que con las manos estaba haciendo los gestos que debió seguir el asesino para matar a Patricia. Decidió acelerar en el resumen para ir a por Cabello y sacarle la verdad.

—Pobre chica —dijo para sí mismo el comisario Vélez.

—Por terminar con la parte forense, verán que en el informe se detallan las causas. Se las leo muy rápidamente: «1. Causa fundamental: asfixia mecánica. Ahorcamiento. 2. Causa inmediata: anoxia anóxica. 3. Origen de la muerte: violento. 4. Data de la muerte: entre las diez y cuarto horas y las once menos diez horas del 14 de agosto del 2015.

—Estupenda y clara exposición de los hechos, inspector. —Calderón tenía la necesidad cada pocos minutos de hacer alguna aportación insustancial. Esa vez no fue menos.

—Los detalles los tienen en el informe, pero antes de ir a por Cabello, quiero dejar claros los principales interrogantes que se nos plantean, independientemente de lo que testifique el sospechoso. Estos son: motivo por el que Patricia Redondo se baja del tren. ¿Dónde estuvo los más de dos días que median entre la desaparición y el hallazgo del cuerpo? Si es un secuestro, ¿a quién llamaron? No descartemos que tengamos que pedir una orden al juez Morillas-Cal para estudiar el listado de llamadas de los padres de la chica y de la familia Ballesteros. También sería importante encontrar la blusa que le faltaba. En la autopsia no hay signos de violación ni de penetración reciente y, sin embargo, en el pantalón vaquero hay restos de semen que casualmente coinciden con el ADN de una colilla que aparece en la suela. No sé, no me cuadra mucho.

Es como si nos lo estuviera poniendo en bandeja, o que estuviera deseando ser detenido. O puede que sea un tipo muy torpe que no ha tenido cuidado de eliminar su rastro, que de estos he tenido ya unos cuantos en mi carrera.

»Por último, respecto al tema del teléfono móvil, como he comentado antes nos ha sido imposible hacer cualquier rastreo de los movimientos que hizo Patricia. Tuvo que quedarse sin batería, recuerden que Maxi ya nos dijo que al subir al tren iba a cargarlo, y el aparato es probable que fuera destruido posteriormente. No emitió ninguna señal. Sabemos que antes le llegó un mensaje en forma de texto, foto o vídeo, no podemos determinarlo, y que al verlo se asustó, pero tampoco hay rastro de ese archivo ni siquiera en la nube. El juez nos dio la orden para analizar su cuenta y no hemos encontrado nada, no se quedó grabado. Al no tener el número del emisor del mensaje por esta vía ha sido imposible avanzar. Y ahora centrémonos en Marcos Cabello, tenemos muchos interrogantes que aclarar con él.

El resto del equipo compartía esas dudas y ya solo pensaba en Cabello. Él podía tener la llave para llegar a la resolución del caso. La reunión terminó y el sospechoso recibió a los pocos minutos una llamada en la que se le citaba, a ser preferible con su abogado, en comisaría. Este, nervioso, dudó si marcharse de la ciudad, pero sabía que era cuestión de días que lo localizasen. No tenía dónde alojarse y huir complicaría las cosas para un hombre con antecedentes. Decidió acudir y mostrar serenidad como tantas otras veces había hecho en diferentes interrogatorios.

10 de agosto del 2015

Marcos Cabello regresó al Bahía Azul con ganas de revancha, tenía una deuda con aquella chica mulata. En cuanto le viera la cara sabría reconocerla. En la vez anterior iba borracho y acostarse con ella no le proporcionó ningún placer. Hoy pagaría con gusto y merecería la pena. Estaba exultante. Tenía un *negocio* preparado que si le salía bien le traería importantes beneficios y no volver a aguantar a ese encargado del restaurante al que tenía atravesado. Pensaba que le exigía más que al resto de sus compañeros. En un turno de comidas, un sábado o domingo, trabajaban veinticinco camareros como mínimo. Cabello apenas tenía relación con uno o dos. El resto lo miraba mal y alguna vez en el vestuario había escuchado críticas y comentarios sobre su pasado. Se contenía, no sin esfuerzo, porque no podía permitirse otro incidente público que lo devolviera a la cárcel, pero de buena gana les hubiera partido la cara con las perchas de madera de las taquillas. Lo que no sabía el *andaluz*, como así lo llamaban, era que el encargado estaba meditando despedirlo.

Lucy estaba en un sofá hablando animadamente con dos compañeras. Eran lo más parecido a una familia que tenía dentro, el único consuelo que aliviaba la condena. Se había puesto un vestido de tirantes blanco que dejaba a la vista de los hombres un escote pronunciado, su recurso para destacar sobre el resto de chicas. Así evitaría castigos de Jokic por no estar a la altura y conseguir los ingresos que esperaba. Era última hora de la tarde y charlaban animadamente sobre algo que habían visto en televisión aquella misma tarde.

Los clientes empezarán a llegar sobre las diez u once, al oscurecer el día. Para muchos había un cierto pudor a acceder al recinto antes; temían que sus coches

fueran identificados por algún conocido al entrar al aparcamiento, o quizás lo hacían porque en la protección de la noche no hace falta justificarle a uno mismo que no está haciendo lo correcto. El club estaba pegado a una carretera secundaria muy transitada y los clientes no podían permitirse caer en las redes de la rumorología o de los hechos contrastados. Los había banqueros, empresarios, funcionarios..., incluso algún concejal se dejaba caer por allí de vez en cuando, pero lo hacía por la parte de atrás, reservada a gente de poder que accedía a las habitaciones sin pasar por el bar. Tenían un trato preferencial que Bruno Jokic sabía exprimir con inteligencia, y es que más de una vez un chivatazo justo a tiempo había evitado al croata males mayores en forma de inspección o de redada. Lo que no sabían muchas de esas personalidades era que Jokic tenía fotos comprometidas que no dudaría en usar como escudo en caso de que fuera puesto en entredicho por alguna de las incontables irregularidades que sustentaban su negocio.

—Te sorprenderías si vieras la cantidad de hombres que están felizmente casados y que ves paseando por el centro y luego se dejan caer por aquí —le dijo una vez, acentuando el *felizmente*, Mariela, una de las chicas que más tiempo llevaba en el club, a Lucy, cuando ella aún era una inocente chica que ignoraba que a alguien pudiera satisfacerle pagar por acostarse con una desconocida.

—Tú, a la habitación. —A Lucy le pilló desprevenida la llegada de Marcos Cabello. Lo miró a los ojos y vio a un tipo agresivo... y sobrio. Esta vez el alcohol, o más bien la ausencia de él, jugaría en su contra.

—Papito, ¿por qué no nos sentamos en aquellos sofás y tomamos una copita bien rica primero? El otro día casi no pudimos hablar y aún tienes muchas cosas bonitas que contarme. —Lucy recitó su discurso habitual como si nada le apeteciese más que charlar con aquel ser despreciable.

—Si quisiera hablar me iría a un club de lectura o a la parroquia. Quiero follar. Vamos para arriba.

Una de las chicas, viendo la actitud chulesca del hombre, intentó mediar para que pasasen primero por la barra y recibió un insulto por respuesta. Lucy aceptó sin más; de lo contrario, vendrían problemas más graves que acostarse con

Cabello. Al fondo de la barra, uno de los subordinados de Jokic observaba con atención. No le hizo falta recurrir a sus particulares formas de persuasión.

Lucy caminaba por el pasillo delante, preparando algún plan para hacer la hora siguiente lo más llevadera posible. Cabello, a su espalda, observaba el contoneo de las caderas. Antes de llegar a la habitación se lanzó y la besó bruscamente, rodeándola con los brazos y hundiendo los dedos en sus nalgas. Lucy sintió su erección y una oleada de asco la envolvió. No había tenido ni tiempo de preparar el ritual, aquel en el que soñaba que destripaba o reventaba a golpes a su cliente en el momento de máximo placer para él. Algo iba mal. Abrió la puerta. Marcos Cabello la empujó contra la cama, cerró y se abalanzó. Se quitó antes el cinturón, se bajó el pantalón y fue directo hacia la chica. La levantó y la empotró contra la pared agarrándola del cuello con la mano izquierda. Con la derecha se puso torpemente un preservativo que ya tenía preparado en el bolsillo. No quería preliminares, ni palabras bondadosas que le llenasen los oídos de halagos. Había pagado en su vida por más de treinta prostitutas y para él eran unas mentirosas. Con Lucy había fallado en el primer encuentro y tenía que reparar su orgullo. Para Cabello la única manera era haciéndola ver que él mandaba y decidía cuándo y cómo dar placer.

—Para, para, me estás haciendo daño —suplicó Lucy casi en un susurro. No se molestó en gritar; nadie saldría en su ayuda.

Jokic contaba con que de vez en cuando habría lo que él llamaba *pequeñas incidencias* con las chicas. En esos casos las *premiaba* con un par de días libres, que era la compensación que el croata consideraba justa para una violación.

—¿Ahora quieres que pare? El otro día no decías eso, puta de mierda. — Cabello apretó el cuello de Lucy con más fuerza y le introdujo el miembro bruscamente, manoseando a la vez su pecho. El gemido de dolor ahora sí que pudo escucharse desde las habitaciones contiguas. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y huían de ellas lanzándose al vacío. Jadeaba con la boca pegada a su oreja y recordando que allí mandaba él. Tener el control era su obsesión. Fueron minutos eternos para Lucy. Pensó en su hijo, en Edgar, y lo echó de menos con más intensidad que nunca.

El grito de placer de Cabello, que apretaba los dientes y la miraba con ojos de venganza consumada, puso punto y aparte al sufrimiento de Lucy. La cuarta violación en un año y medio. Cuatro. Y volvió a recordar aquella frase que le dijeron nada más llegar: *A todo se acostumbra una aquí dentro*. Y nuevamente supo que era mentira; a ser tratada así jamás se acostumbraría.

—Hoy ha estado mejor, ¿eh? —preguntó Cabello tumbado en la cama, disfrutando del cigarro de la victoria y sin rastro de la agresividad mostrada segundos antes.

Lucy estaba a su lado, incapaz de mirarlo, sellando los labios como única forma de consuelo. Se tapó el cuerpo con la sábana, él se la quitó dejándola desnuda.

—Mientras esté yo aquí no te quiero con ropa. —Aunque el tono era diferente, dejó claro que seguía al mando.

Lucy afirmó con un murmullo que él tomó como una respuesta válida que lo enorgullecía aún más. Ahora esperaba que en el tiempo que quedaba no tuviera ganas de repetir. No lo soportaría. Lo mataría a golpes con la lámpara de la mesilla de noche si era necesario. La ira que sentía emborronó la imagen de Edgar, la dejó en segundo plano en favor de su sed de venganza. Lo haría. Le daban igual las consecuencias; mejor estar muerta que volver a pasar por lo mismo.

Media hora y tres cigarros después, Marcos Cabello se marchó, dejando cincuenta euros y otros veinte de propina.

—Estos veinte son para ti; hoy te los has ganado, guapetona. Si quieres que vuelva no tienes más que pedirlo.

Lanzó el billete con desprecio a la cama. Soltó una carcajada y se marchó silbando una melodía que Lucy jamás olvidaría. Cogió el billete y lo rompió en pedazos minúsculos.

Lucy no volvió a ver a Cabello, y ni siquiera llegó a enterarse nunca de que semanas más tarde fue detenido por la Policía Nacional acusado del asesinato de Patricia Redondo.

El sospechoso entró en la comisaría con una fingida chulería que no era más que miedo disfrazado de control. Era su manera de hacer ver que no temía nada. La tarde anterior había sido citado a declarar —como testigo le especificaron—, y le habían aconsejado que acudiese con su abogado. Marcos Cabello no tenía. Después de salir de prisión renunció al que lo representaba. En parte lo culpabilizó de no haber conseguido que lo declararan inocente de aquel intento de violación en un portal de Madrid. Habían sido casi cuatro largos años en el Centro Penitenciario de Alcalá Meco, amenazado y agredido en varias oportunidades por violador. En aquel período había recibido dos palizas y un navajazo en la espalda que le produjo heridas superficiales gracias a la torpeza del agresor. Desde su paso por la cárcel se había vuelto paranoico con la seguridad. Si entraba en un bar se sentaba en una mesa desde la que viera todo el local, y siempre cubriendo su espalda con alguna pared. Se reía de los que decían que *las cárceles de ahora son como hoteles*, sin tener en cuenta que lo que menos importaba eran las instalaciones y lo que más vigilar hasta la sombra, pues en cualquier momento podía haber *sorpresas*. Fue constante ese estado de tensión, y más cuando tenía la etiqueta colgada de violador, lo que le provocó varios episodios de ansiedad y desequilibrio en su personalidad que sumar a los que ya tenía antes de entrar preso.

—Señor Cabello, soy el inspector Enrique Peralta y ella mi compañera, la oficial Marina Goyanes. Muchas gracias por venir a la hora marcada. —Esa cordialidad puso en alerta a Marcos.

Los policías estrecharon la mano al abogado, los invitaron a sentarse frente a ellos y comenzaron con una serie de preguntas de rigor antes de dar paso a las que iban a condicionar realmente la investigación.

—¿Puede decirnos los movimientos que hizo el día 12 de agosto? —preguntó Peralta fingiendo falta de interés en el sospechoso. Quería que se confiara.

—No sabría decirle. Ha pasado un mes. No voy anotando lo que hago cada día, compréndalo. —Peralta le hubiera sacado con mucho gusto el chicle de la boca de un bofetón. Su forma de masticarlo lo irritaba.

—Haga memoria. —El inspector, ahora sí, sonó contundente.

—Vale, ya. Fue un miércoles por lo que veo en ese calendario. —Señaló uno que había colgado en la pared, editado por los compañeros de la comisaría a principios de año para recaudar fondos para una ONG, y en el que se observaba el mes actual, septiembre, y el anterior y posterior a los lados—. Me llamaron a media mañana para echar una extra en el restaurante. Apunto en el teléfono móvil los días que trabajo. Un grupo de unos sesenta japoneses había reservado a última hora y estaban escasos de personal. Yo normalmente no curro entre semana, pero como era agosto había varios compañeros de los que están contratados fijos de vacaciones, así que estuve trabajando. ¿Le vale?

—¿De qué hora a qué hora? —preguntó Peralta sin dejar correr el tiempo entre medias.

—*Mmm*, más o menos de once y media a cuatro y media tal vez. A los japoneses les gusta comer pronto, a la una estábamos sirviendo ya los entrantes. —Peralta anotaba en una libreta. Cabello hubiera pagado por saber qué escribía el inspector.

—¿Y después de salir de trabajar?

—Me fui a casa a echar la siesta. Dormí como dos o tres horas del tirón.

—¿Contactó con alguien vía telefónica o por mensajería?

—Que yo recuerde no. Por la noche puede que estuviera tomando unas copas en el bar Alfredo, todos son colegas y no me hace falta avisarlos para que bajen. Estoy allí casi todo el tiempo. De todas formas, me está pidiendo datos muy precisos de un día cotidiano del mes pasado, no me puedo acordar de todo. Supongo que estaría en el bar. —Peralta imaginó a la calaña que se pasaría por aquel sucio tugurio.

Cabello repitió el relato para los dos días y medio siguientes, hasta la aparición del cuerpo de Patricia. En la mayoría del tiempo no tenía nadie que certificara su versión; solo en momentos puntuales en el bar o en el supermercado sí fue capaz de dar nombres de personas que recordarían haber estado con él. Sus nervios crecían. Estaba dando detalles de su vida sin que le explicaran el motivo. Peralta se cansó de tanta vaguedad en las respuestas.

—Señor Cabello, ¿conocía usted a Patricia Redondo? —El gesto del andaluz pasó del desconcierto a la preocupación.

—Oiga, oiga, oiga, ¿qué está queriendo decirme? —El abogado le dijo algo al oído.

—Limítese a contestar si lo considera oportuno. Aquí las preguntas las hago yo.

Llevaban treinta y cinco minutos y era hora de pasar al ataque. Cabello valoró la opción de no contestar. Accedió, su silencio podría interpretarse como a ellos les diera la gana. Sabía cómo los policías eran capaces de liarlo y hacerle decir lo que no quería. Ya le había pasado una vez. No podía cometer los mismos errores.

—Claro que la conocía. Ha comido muchas veces en el restaurante cuando yo estaba trabajando. Es la hija del dueño. Todo el mundo allí lo sabe. No se creería que iba a decirle que no sé quién es cuando es de sobra conocido que murió hace unas semanas. —Cabello ocultó las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero.

Peralta esperaba cualquier gesto de Cabello que le diera información adicional a sus palabras. Todo eran nervios en aquel tipo con evidente sobrepeso, cabeza grande y barba descuidada. El inspector pensó que si tuviera un restaurante no lo contrataría ni aunque le quitasen de pagar todos los impuestos. Puede que estuviera condicionado por sus antecedentes y porque sin duda era el principal —y único— sospechoso. Le producía asco.

—¿Qué relación tenía con ella?

—Ninguna. Creo que la he saludado un par de veces. Nada más. Yo en el En Buena Mesa sirvo, cobro y me voy. No tengo mucha relación con nadie allí dentro y el ambiente no es especialmente agradable. En cuanto pueda me cambio

de trabajo y me voy a donde paguen mejor y no estén con chismorreos todo el santo día.

—¿Por qué quiere irse?

—Porque no me gusta ser camarero y pagan una miseria, ¿le parece una buena respuesta o quiere escuchar otra? —Cabello recibió una indicación de su abogado. Asintió y miró desafiante a Peralta.

—Ya verá, mire qué buena pregunta le hago yo a usted ahora. ¿Ha mantenido relaciones sexuales consentidas o no con Patricia Redondo?

—Mi cliente ha venido en calidad de testigo en cuanto se le ha requerido, no a que se le presuponga un hecho delictivo. No le va a contestar a nada más si sigue por esos derroteros, inspector Peralta.

—Está bien, se lo voy a preguntar de otra manera más delicada. ¿Dónde estaba la mañana del 15 de agosto, entre las siete y las ocho de la mañana? —Peralta sabía que no obtendría una respuesta aclaratoria. Cabello le hizo un gesto a su abogado, quería contestar.

—Estaba en mi casa durmiendo. Vivo solo. Ahora es cuando usted me pregunta que si puedo demostrarlo con algún testigo. Pues no, qué quiere que le diga. ¿Me hace eso culpable de algo?

—Veo que tiene usted experiencia en el tema este de declarar en una comisaría —Peralta buscaba provocarlo.

—Me está usted empezando a tocar los cojones, inspector. —Lo consiguió.

—Y lo que le queda, señor Cabello, lo que le queda. Dado que no me está resolviendo nada, le voy a explicar. Ya verá cómo esta tocada de cojones no es nada comparado con lo que le espera. El pasado 15 de agosto, un corredor que pasó muy cerca del Santuario de la Fuencisla encontró el cuerpo sin vida de Patricia Redondo, hija de su jefe. —Peralta acentuó el «su»—. Tras realizar la autopsia se determinó que murió por ahorcamiento. Sí, sí, no me mire con esa cara de pasmarote. Ahorcamiento: que le pasaron una cuerda por el cuello hasta que dejó de respirar, por si no me está entendiendo. Como bien sabe, dado que seguro que es un gran lector de prensa local y nacional, la señorita Redondo llevaba dos días y medio en paradero desconocido. El meticuloso trabajo de

nuestros compañeros de Científica nos llevó a registrar dos pruebas: una colilla de un Marlboro, que llámeme loco, pero coincide en la marca con esa cajetilla que tiene usted encima de la mesa, y una mancha de semen en el pantalón de la chica. Y, adivina adivinanza, ¿a que no sabe lo que ha pasado cuando hemos cruzado los resultados de la analítica con nuestra base de datos de personas con antecedentes penales?

Peralta levantó las cejas, sonrió y miró al abogado, que trataba de recomponerse después de lo que acababa de escuchar. Le sugirió a Cabello que no dijese nada, y este, descontrolado, se levantó señalando al inspector.

—Es usted un hijo de la gran puta que quiere *encalomarme* la muerte de esa chica porque no tiene ni idea de quién ha sido. Toda la ciudad lo comenta, pasan las semanas y ni rastro, y han decidido que el muerto para mí. ¡Que le jodan! — Cabello hizo el amago de salir de la sala; al otro lado un agente de uniforme más ancho que largo no se lo permitió.

—Señor Cabello, queda usted detenido como sospechoso de la muerte de Patricia Redondo Valle. Mi compañera Marina Goyanes le leerá encantada sus derechos delante del abogado, así no habrá dudas. Llévalo a los calabozos hasta que pase a disposición judicial. Nos vamos de excursión a su casa.

Cabello bajó las escaleras esposado y custodiado por tres agentes que evitaban cualquier intento de forcejeo. Peralta y Goyanes sabían que quedaba mucho por hacer, pero tenían el camino marcado.

12 de agosto del 2015

Patricia condujo rumbo al punto de encuentro especificado en el mensaje de WhatsApp. Dejar tirado en la estación a Maxi le dolía en el alma; era el viaje que llevaban programando casi medio año, pero tenía una manera de solucionar aquel problema inesperado sin que hubiera consecuencias más graves que perderse el viaje de sus sueños. De no hacerlo en el momento ya no habría solución más adelante. Era ahora o nunca, pero la sensación de que no iba a ser tan fácil la ahogaba. No sabía a quién se enfrentaba ni lo que quería a cambio de ese vídeo; y ella estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que no se difundiera. Ya habría tiempo de saber después quién lo había grabado. Por televisión había escuchado otros casos parecidos de personajes públicos o anónimos a los que habían destrozado su vida, su reputación y su carrera profesional por grabarse manteniendo relaciones sexuales. Ella no quería compararse porque no había sido de forma voluntaria. Ni siquiera conocía la existencia de la grabación. De propagarse y convertirse en un vídeo viral, toda la ciudad la señalaría con el dedo acusatorio de quienes juzgan a los demás sin mirarse ellos mismos al espejo.

Y sobre todo pensaba en sus padres y en su novio, y en la vergüenza que pasarían. Perdería su confianza y cada vez que la miraran verían a la persona que los había dejado en evidencia. El nombre del restaurante saldría en cada conversación — *¿Has visto el vídeo de la chica esa, la que es hija del dueño del En Buena Mesa?* — y sería insoportable vivir con ello hasta que a la gente se le olvidara y decidiera linchar a otra persona.

Ahí seguía aquel maldito error en la despedida de soltera de su amiga Isabel, en Valencia. Fue a finales de mayo. Nunca se lo había contado a Maxi porque sabía que no la perdonaría y, aunque dijera hacerlo, la decepción sería tan grande que tarde o temprano los reproches aparecerían de nuevo y destrozarían la relación. ¿Cómo pudo ser tan tonta, ella que presumía de que no necesitaba buscar fuera lo que tenía en casa? Habían estado de fiesta con sus amigas en un catamarán compartido con otras dos despedidas, ambas de hombres. Los chicos procedían de Tarragona y de Madrid. Bebieron, bailaron, se bañaron, bebieron más... A Patricia se le acercó un chico alto, castaño, con una sonrisa de anuncio de televisión. A esas horas ya llevaba varias copas encima, cava y alguna cerveza. No se podía decir que tuviera sus facultades mentales a pleno rendimiento. Hablaron, se bañaron, rieron, se sirvieron dos copas más y bajaron al estrecho baño del catamarán. Patricia se dejó llevar, ni siquiera se acordó de Maxi —*a posteriori* sería lo que más remordimientos le produjo—. Él controlaba la situación y no encontró oposición. Patricia se quitó el vestido y le bajó los pantalones. No sabía cómo se llamaba. Era incapaz de detenerse y recapacitar sobre lo que estaba a punto de hacer. Se entregó dándole placer, con la mirada repleta de deseo y rogándole que fuera aún más rápido. Eran las únicas palabras que salieron de su boca hasta terminar.

Se vistió y salió primero. Sus amigas, tan ebrias como ella, la recibieron entre gritos, silbidos y aplausos, vitoreando su nombre. Patricia se rio a carcajadas, ajena a que ahora era la protagonista de la fiesta. Su cuerpo obedecía órdenes, no así su cabeza, atrapada aún entre los efectos de la droga que había ingerido sin saberlo. Solo muchas horas después, cuando se levantó tras una noche de fiesta, tuvo la lucidez de echar la vista atrás y asimilar que había mantenido relaciones con un desconocido del que no recordaba ni su rostro.

Te espero en cuarenta y cinco minutos en la plaza de toros, en la parte trasera, la más alejada a la carretera. Si quieres que no se publique este vídeo en las redes sociales, ven sola. Si te veo acompañada o llamas a la policía, mañana serás la estrella en Internet.

Aquel fue el mensaje que recibió Patricia al subir al tren. No pensaba arriesgarse. Podía arreglar lo que había roto. Los alrededores de la plaza de toros eran un lugar de poco tránsito entre los viandantes, no así de coches. Se verían en la parte de detrás, alejados de miradas curiosas. Esperaba estar unos minutos y volver a casa. Ya habría tiempo de dar explicaciones a Maxi. Le diría que había sufrido un ataque de pánico por el largo vuelo y que no pudo controlarlo, que se asustó. Él la perdonaría. Estaría decepcionado por no poder hacer el viaje, pero sabría compensarle. Maxi quería ir a Costa Rica. Ese sería su regalo. Se descubrió sonriendo ante esa posibilidad, imaginando la cara de alegría que pondría cuando viera los billetes a su destino soñado.

Patricia sabía que también necesitaría dinero para que terminara el chantaje. Aún no había recibido ninguna indicación, pero sería lo que otras veces había leído en los periódicos o en algún libro de novela negra: le pediría dinero por borrarlo delante de ella. ¿Cuánto? ¿Tres mil euros? ¿Quizás seis mil como mucho? Ella tenía esa cantidad. Se lo daría si así terminaba todo, aunque yendo en el coche planteó la posibilidad de que hubiera más copias y de que tras el chantaje viniera otro peor.

Aparcó y llegó al punto indicado. Metió el coche en una zona prohibida; sería rápido. Era verano, hacía calor y nadie pasaba a esas horas por la zona. Se fijó en la decadencia de la plaza de toros, condenada al olvido salvo por un par de eventos anuales. Era cuestión de tiempo que el espacio se convirtiera en bloques de pisos, pensó Patricia intentando mantener la tranquilidad con temas ajenos al que le había llevado hasta allí.

—Veo que te has portado bien y me has hecho caso viniendo sola.

Una voz a su espalda, amable, la sorprendió. Se giró asustada. Ante ella se presentó un hombre de unos sesenta años, con gafas, algo más de metro setenta de estatura, pelo canoso y perfectamente peinado a raya. Para su edad se mantenía en forma. A Patricia le descolocó. Esperaba a un macarra con aspecto descuidado y tono de voz agresivo, y en su lugar estaba aquel tipo que bien podría ser el profesor de Matemáticas de un instituto o un doctor de universidad

cercano a la jubilación, hablándole con normalidad, sin aparente ánimo de confrontación.

—No tengo intención de alargar esto. Dígame qué quiere y se lo daré. —El hombre sonrió sin abrir la boca y se colocó las gafas con el dedo índice.

—No vayas tan deprisa, mi querida Patricia. Simplemente quería tenerte delante y ver hasta qué punto eras valiente para venir hasta aquí. No pienses mal, no dudé de ti; si has sido capaz de hacerle eso a tu novio con un desconocido era previsible que no te costase quedar aquí conmigo y renunciar a ese viaje a... ¿Vietnam era? —El gesto de Patricia tornó de la inquietud al miedo.

—¿Y usted cómo sabe eso?

—Fácil. Porque lo pusiste en tu perfil de Facebook. No hace falta ser amigo tuyo para acceder y ver lo que escribes. De todas formas, tú y yo lo somos desde hace unos cuantos años.

El hombre ahora le parecía siniestro.

Patricia pensó que lo primero que haría sería ver con qué nombre estaba registrado aquel lunático. En Instagram tenía incluso el perfil abierto y se podían consultar sus fotos personales sin ninguna autorización previa. Al llegar a casa configuraría la privacidad de su cuenta y eliminaría a todos los contactos que no fueran de su entorno más directo. Le extrañó que la siguiera, ella que presumía de admitir en esa aplicación solo a contactos que conociera personalmente. A él no lo había visto nunca, ni siquiera le sonaba de cruzárselo por la calle. Tal vez no fuera de Segovia.

—Dígame cuánto dinero quiere por el vídeo y déjeme en paz.

Se le dibujó en la cara una lágrima con forma de rabia y de temor. La parte económica empezaba a antojarse el menor de sus problemas.

—Eh, eh, eh, no vamos a hacer escenitas, Patricia. Que todo tiene solución, mujer... Veo que tienes mucha prisa. A estas horas —el hombre miró su reloj—, tu querido Maxi tiene que estar a punto de coger un tren de vuelta, porque me juego la vida a que por la hora en la que te ha llegado el mensaje has tenido que irte pitando de la estación. ¿Ya estabais dentro los dos o no he calculado bien? Sería una desilusión para mí que el plan no haya salido según lo estudiado. En

una hora estará en casa preguntándose qué ha pasado, porque no creo que le haya echado narices y se haya ido a Vietnam. Yo soy él y fíjate que lo haría a modo de venganza.

—¡Que me deje en paz y me diga de una puñetera vez qué quiere por el vídeo, hijo de puta pervertido!

Por primera vez el hombre pareció sentirse incómodo. Miró a los lados, alertado por el grito de la chica, y se relajó de nuevo. Era una tarde muy calurosa en pleno agosto y estaban en un lugar relativamente discreto, pero sin la certeza de que no pudiera aparecer algún viandante. A su espalda una arboleda descuidada le protegía de miradas inoportunas desde las casas que se alzaban a su espalda.

Se le acercó, ella dio un paso atrás. El hombre, de ojos verdes, a tan poca distancia tenía una mirada inquietante y un gesto amenazador que multiplicaba su figura *a priori* insustancial.

—Si vuelves a gritar te mato aquí mismo, niñata. ¿Te queda claro eso? —Patricia asintió y se metió las manos en los bolsillos del pantalón para controlar los temblores—. Tienes una semana para conseguirme cuatro mil euros en metálico. Me los traerás aquí mismo justo dentro de siete días, a esta hora.

—Ya, ¿y cómo sé que no lo tiene guardado y lo que borra no es más que una copia? —Patricia había leído recientemente en la prensa el caso de un hombre detenido por extorsionar a chicas con vídeos comprometidos. Cómo predecir que ella misma, que ni siquiera se supo grabada, iba a protagonizar un caso similar.

—No puedes saberlo. Siempre vas a tener esa duda, pero te doy mi palabra de que nadie más te verá cómo gozabas con el chico ese. Debiste pasarlo realmente bien, ¿no? —En la cara del hombre se dibujó un gesto de maldad. No era de lujuria como hubiera esperado Patricia—. Ya sabes lo que pasa en las ciudades pequeñas, todo se sabe y todo se juzga con dureza. —Patricia bajó la cabeza—. Y como gesto de buena voluntad acércate y verás cómo lo elimino de mi teléfono móvil ahora mismo. —Patricia no se movió. Les separaban unos tres metros que hasta ese momento le parecían distancia suficiente para echar a correr si era necesario—. Chiquilla, ¿qué te voy a hacer? Lo que quiero es tu

dinero, no eres mi tipo. Podría ser tu padre. O vienes a ver cómo lo borro o se lo envío hasta a los que están enfrente en el tanatorio. Lo mismo revives a un muerto y todo con la efusividad que mostrabas en el barco. Tú decides, y no me hagas perder el tiempo.

El hombre alargó el brazo enseñándole la pantalla. Patricia apartó la vista al ver que estaba reproduciéndose el vídeo. Escuchaba nítidamente sus propios gemidos mientras era poseída por el chico desconocido. Apretó los dientes y se acercó hasta situarse a unos centímetros.

—¿Lo ves? Eliminado. No hay más copias. Ahora cumple tu parte o las consecuencias serán desproporcionadas. ¿Te ha quedado claro? En una semana a la misma hora aquí, con cuatro mil euros.

Patricia afirmó con la cabeza y se giró dándole la espalda, pero rectificó y se puso de nuevo frente al hombre.

—Puedo conseguir el dinero mucho antes. No quiero esperar una semana.

—Da igual lo que tú quieras, no decides nada. Haz lo que te he dicho.

—Es evidente que no lo ha borrado de verdad.

—Lo que es evidente es que yo decido el cómo y el cuándo. ¡Fuera de mi vista!

Después, todo fue muy rápido. El hombre sacó de su bolsillo trasero una barra de hierro de apenas veinticinco centímetros y golpeó con dureza la nuca de Patricia, que había emprendido el camino que la separaba del coche; la vista se le nubló al caer al suelo y la luz de aquella tarde de verano se volvió oscuridad. De la arboleda emergió la figura de un chico que no alcanzaba la treintena y al que tal vez hubiera reconocido Patricia si no hubiera quedado inconsciente en el adoquinado.

Entre los dos la introdujeron en el maletero, cuyo fondo estaba recubierto de plásticos, de un Audi A3 propiedad del joven. Se miraron y con un gesto afirmativo corroboraron que uno sabía lo que tenía que hacer el otro. El chico arrancó y se alejó conduciendo calle abajo, portando el cuerpo de Patricia, aún con vida, y el otro, el más mayor, se colocó unos guantes y unas bolsas de plástico en los pies y se introdujo en el coche de la chica, llevándolo de nuevo al

lugar donde estaba. Lo dejó estacionado unos metros más alejado de su posición anterior porque una motocicleta estaba aparcada en parte del espacio que ocupaba el vehículo de Patricia; diferencia de la que Maxi Ballesteros se daría cuenta al día siguiente.

Cuando despertó, dos horas después, se sorprendió al verse atada de pies y manos a una silla de madera. Le dolía la cabeza y especialmente la nuca; tenía mucha sed. Las ventanas estaban cerradas y las persianas bajadas. Era una habitación no muy amplia iluminada únicamente por la bombilla de un flexo negro que reposaba sobre una mesa de estudio. En las paredes, recubiertas con material aislante que garantizaba que sus chillidos no llegarían al vecindario, colgaban sujetas con chinchetas de colores decenas de fotografías en varios tamaños de alguien a quien Patricia conocía muy bien. Gritó hasta quedarse afónica, histérica y desesperanzada porque sabía que no saldría viva de aquella casa en la que nunca había estado. Los recuerdos se agolparon y la disputa por zafarse de la silla fue inútil. Su voz quedó silenciada cuando la puerta se abrió y la silueta del hombre que le había chantajeado se detuvo, observándola en calma. No poder verle bien la cara acrecentó el pánico y nuevamente perdió el conocimiento.

La orden judicial que autorizaba el registro de la casa de Cabello no se hizo esperar por el riesgo de que fueran destruidas pruebas vitales para la investigación. Peralta, Goyanes y Blasco entraron después de que lo hiciera el secretario judicial, Manuel Comillas. Tres agentes más de la Brigada Judicial iniciaron la búsqueda de cualquier prueba que certificara lo que con el análisis del ADN parecía más que una sospecha. Tras ellos también accedió a la vivienda el abogado y el propio detenido.

El apartamento, situado en la Calle de las Nieves, en el barrio de San Lorenzo, no tenía más de cuarenta metros cuadrados. El desorden y la suciedad dominaban aquella estancia que tenía muy poco de hogareña a la vista de la suciedad en las paredes, las huellas de antiguas goteras en el techo o la cocina repleta de cacharros sin limpiar, desbordada de grasa en la vitrocerámica y en los azulejos.

El registro no se alargó. No había libros, cuadros, ni demasiados objetos cotidianos en los que esconder pruebas. El secretario anotó la incautación de un viejo ordenador portátil; ya habría tiempo en comisaria de analizarlo con los chicos de informática. Cabello se sentó en el roñoso sofá de fundas amarillas frente al televisor de lo que podía calificarse como el salón. Apoyó los pies en la mesa de cristal en un claro signo de chulería que uno de los agentes se encargó rápidamente de eliminar.

—¡Línea y bingo hemos cantado! Señor Comillas, anote en su informe que el acusado tiene especial predilección por las blusas de mujer. Estoy seguro de que esta le tiene que quedar muy bien apretadita. —Blasco sostenía satisfecho con su mano derecha, cubierta con un guante negro, una blusa azul de manga corta que coincidía con la descripción que Maxi Ballesteros hizo de la única prenda que le

faltaba al cuerpo de Patricia y que sí llevaba puesta cuando subió al tren. La había encontrado debajo de la cama de Cabello.

—¡Eso no es mío! Ese hijo de puta la ha puesto en mi habitación. ¡No he visto esa blusa en mi vida, inspector! ¡Cómo tengo que decir que no sé nada de esa chica, joder!

Cabello se puso en pie dirigiéndose a Peralta y tratándolo como único interlocutor válido. Había tenido en los calabozos unas horas antes un encontronazo dialéctico con Blasco y se negaba a hablar con él. El inspector lo trató en un primer momento como si fuera invisible y a continuación le informó del procedimiento.

—Son las once y treinta y siete minutos de la mañana. El secretario judicial anotará la prueba y la llevaremos al laboratorio para que sea analizada, señor Cabello. Si no pertenece a Patricia no tiene por qué preocuparse, se la podrá volver a poner si tanto lo desea.

Peralta llevaba a sus espaldas decenas de registros en los últimos años y nunca se había topado con un sospechoso que dijera «Sí, eso que habéis encontrado es mío, me habéis pillado». No esperaba que el acusado fuera el primero en el campeonato de la sinceridad.

—Sois todos unos mentirosos hijos de puta. ¡Os voy a reventar la cabeza, maricones de mierda!

—Señor Cabello, ¿se calla por las buenas o por las malas?

—¡No me sale de la polla callarme! Le estoy diciendo que no he visto esa mierda de blusa en mi puta vida, ni le he hecho nada a la chica. Son ustedes unos putos inútiles que cuando no hacen bien su trabajo culpan a cualquier muerto de hambre.

—Mire, en eso tiene razón, es usted un muerto de hambre —apuntilló Blasco ante la mirada de reprobación de Goyanes—. No, oficial, no me mire así. Este tío se ha cargado a esa pobre chica y encima se nos pone digno. Anda y que le den por culo en la cárcel todos los días.

Marina no le siguió el juego, sabía controlar sus impulsos, aunque en el fondo compartiera la idea de que aquel tipo era un ser despreciable que se merecía la

mayor condena posible si se confirmaba su culpabilidad.

—¿Podemos centrarnos en terminar el registro y no caer en las provocaciones del sospechoso? —A Marina le sentó mal que Peralta les hablara a ella y a Blasco por igual cuando ni tan siquiera había abierto la boca.

El apartamento quedó precintado. Varios inquilinos salieron al pasillo entre curiosos y preocupados. Los rumores se extendieron entre el vecindario: *Han detenido al chico ese raro que vivía en el segundo... Tiene que ser algo de drogas, esto se veía venir... Yo he oído que han venido por lo de la chica esa que apareció muerta en agosto... Cada vecino tenía su propia información a la que le acompañaba su sentencia. Ninguno sabía el motivo, daba igual, ya había tema de conversación para entretenerse varias semanas. En breve las cámaras de televisión estarían en su calle preguntándoles por Marcos Cabello, pero antes fueron los propios agentes de policía los que se adelantaron en busca de algún detalle que reafirmara su cada vez más aparente culpabilidad. Conmigo era muy educado... No sabía ni que ese chico vivía aquí... Con las pintas que llevaba muy de fiar tampoco es que fuera... A veces entraban señores muy extraños a esa casa. No se piensen que soy un cotilla, es lo que se comenta por el barrio... Llegaba a las tantas y ponía la música alta... Más de una vez lo he visto entrar con chicas raras, ya sabe usted a lo que me refiero...* Cada vecino se ceñía a una versión que no añadía información adicional que incorporar al expediente. Era poco probable que Patricia hubiera pisado aquella casa.

El vecindario ofreció los mismos detalles a los reporteros que a los agentes que les tomaron declaración, a pesar de que estos pidieron discreción. El día de la desaparición de Patricia fueron muy pocos los que estaban en el edificio; eran días de vacaciones para la mayoría. En casos similares no era sencillo sacar una declaración útil; muchos temían las represalias si de lo que se trataba era de señalar a un delincuente, y más aún en un caso de asesinato u homicidio.

A la mañana siguiente, Cabello fue puesto a disposición judicial. Morillas-Cal no dudó en decretar prisión incondicional sin fianza en el centro penitenciario de Perogordo, en Segovia. La Policía Científica, al examinar la casa, no halló restos de sangre de la víctima ni otras evidencias de que Patricia hubiera estado allí.

Tampoco la señal del móvil registraba movimientos significativos en aquellos días de agosto, pero la imposibilidad de cotejarlos con los de Patricia hacía ineficaz ese recurso.

Pese a todo había pruebas definitivas: las manchas de semen en el pantalón de la víctima, la blusa en el armario que Maxi Ballesteros reconoció sin ninguna duda y la colilla del cigarro. La investigación apuntaba en una dirección.

*Extraído de la web de El Adelantado de Segovia del 8/09/2015. Publicado por el periodista Marcelo Galindo.

Detenido un hombre por la muerte de Patricia Redondo

El juez del caso, Santiago Morillas-Cal, decreta prisión sin fianza para Marcos Cabello Gámez, único detenido por la muerte de Patricia Redondo, cuyo cuerpo fue hallado el pasado 15 de agosto en el Puente de San Lázaro.

La calle de las Nieves, situada en el barrio de San Lorenzo, vivió ayer la que sin duda fue la jornada más convulsa de su historia, tan solo unas semanas después de poner fin a sus fiestas patronales. A las cuatro y veinticinco, agentes de la Brigada Judicial accedían al domicilio de Marcos Cabello Gámez, granadino de treinta y nueve años y residente en Segovia. En el registro, autorizado por el juez que instruye la causa, Santiago Morillas-Cal, estuvo presente el propio sospechoso. Cabello fue detenido unas horas antes en la comisaría de policía tras prestar declaración en el marco de la investigación por la muerte violenta de Patricia Redondo, encontrada en el Puente de San Lázaro por un corredor aficionado en la mañana del pasado 15 de agosto.

Según fuentes consultadas por esta redacción, son varios los indicios que apuntan a la participación de Cabello en la agresión sufrida por la joven segoviana, hija de Arturo Redondo, propietario del restaurante En Buena Mesa y una referencia en el ámbito gastronómico de Castilla y León.

Hasta ahora se desconocen los motivos de la muerte. El hecho de que Cabello trabajara como camarero en dicho restaurante hace pensar a los investigadores, dirigidos por el inspector jefe del Grupo de Homicidios de la Jefatura Superior de Castilla y León, Antonio Calderón, que puede tratarse de una venganza, un secuestro o una agresión sexual fallida, dado que en el cuerpo no se encontraron evidencias de haber sido consumada.

Preguntada al respecto, la delegada del Gobierno en Segovia, Margarita Ruiz, mostró su satisfacción por la detención, aunque se mostró cautelosa afirmando que no podía descartarse la participación de más de un individuo, por lo que no se aventuró a dar el caso por cerrado. Ruiz, que compareció en rueda de prensa junto al inspector jefe Calderón, felicitó a los agentes del Cuerpo Nacional del Policía que están trabajando en el caso en un momento de especial relevancia para la institución, que se veía señalada por parte de la opinión pública al no avanzar en la investigación.

Por su parte, Calderón...

Peralta ordenó a Blasco que se pasara por el club Bahía Azul. Goyanes quería hacerlo, pero la presencia de una mujer en un lugar de hombres deseosos de sexo iba a producir rechazo y extraer información de utilidad para el caso se preveía más complicado que si era un varón el que acudía.

—Jefa, no vayas a pensar que voy por gusto —bromeó Blasco, que tenía fama de mujeriego en la Brigada de Homicidios.

—Te he dicho mil veces que no me llames jefa, Blasco. Ya sé que no vas por gusto. No vayas a hacer como McNulty en *The Wire*, que termina tirándose a dos prostitutas con la excusa de que tiene que investigarlas —bromeó.

Ambos eran seguidores de la serie creada por David Simon sobre la vida en Baltimore, Estados Unidos, y no en pocas ocasiones comentaban las escenas que más despertaban su interés a medida que iban visionando los capítulos de sus cinco temporadas. También eran frecuentes las discusiones sobre si era mejor producción *The Wire* o *Los Soprano*. Goyanes se quedaba con la primera y Blasco con la de los mafiosos: para él no existía mejor personaje que el protagonizado por James Gandolfini.

Uno de los múltiples problemas a los que se enfrentaba Cabello era el de no poder justificar qué hizo entre los días 12, fecha en la que se perdió la pista de Patricia, y 15 de agosto, cuando apareció muerta. No le ayudaba el que fuera imposible para los investigadores ajustar con certeza la hora en la que la chica fue retenida en contra de su voluntad. Las marcas en los pies y las manos que mencionaba la autopsia así lo indicaban. Cabello no había trabajado en el En Buena Mesa los días señalados, salvo el día de la desaparición en el que había terminado su turno a las cuatro y media, veinticinco minutos después de que Patricia se bajara del tren. Los escasos amigos que medianamente respondían por

él no recordaban haberlo visto. De poco le hubiera servido con las pruebas en la mano.

Su última *baza* la usó a la desesperada. Por aquellas fechas, sin saber con precisión el día, había estado en el Bahía Azul. Pidió al inspector Peralta que tomara declaración a una chica sudamericana llamada Lucy; ella le confirmaría que el 12 de agosto estuvieron juntos por la noche. Realmente había sido el día 10, por lo que no le hubiera servido de nada, y estaba jugando una carta doblemente perdedora: corría el riesgo de que Lucy relatase a los policías que fue violada, y por otro lado el hecho de haber pasado por el club no lo eximía de tener retenida a Patricia. Cabello lo sabía, prefería ser condenado por violación que por retención ilegal, asesinato y abuso sexual, que eran los cargos que se le imputaban. Peralta, poco amigo de perder el tiempo, declinó al principio la petición, pero Goyanes le convenció de que tenían poco que perder y de que cualquier información, por mínima que pareciese, podría ser de ayuda.

No era la primera vez que Blasco entraba allí, siempre por trabajo. Aquel lugar era digno de ser catalogado con todos los clichés posibles: de ambiente retrógrado, oscuro y de gente solitaria mezclada con hombres que de puertas para afuera llevaban una vida ejemplar y en familia. El volumen de la música no estaba demasiado alto y la luz era tenue, avergonzada de mostrar el interior del local.

De buen grado Blasco, que no tenía el don de la diplomacia entre sus virtudes, hubiera sacado con pocos modales a los clientes y expuesto sus fotos en los periódicos. A los casados, que no eran pocos, los habría fotografiado para que en casa supieran quiénes eran en realidad. Ninguno se vería como alguien indigno; todos dirían que era un favor mutuo el que se hacían, y que, si ellos no requirieran de los servicios de las chicas, estas ganarían menos dinero. La justificación tornaba en una especie de labor social que limpiaba sus conciencias.

Blanco mostró discretamente su placa en la barra. Un policía en un prostíbulo era como un león en una reunión de gacelas. La camarera, una mujer de Europa del Este que rondaría los treinta años y que con probabilidad ganaría sin esfuerzo

cualquier concurso de belleza, se asustó. Lo primero que salió por su boca fue afirmar que estaba limpia y que tenía la documentación en regla. Llevaba cuatro meses en España y tenía las alertas activadas. Por suerte para ella su puesto sí era realmente de camarera y no tenía que saldar ninguna supuesta deuda con trabajos sexuales.

—No vengo a verte a ti, así que no hace falta que pongas esa cara de espanto. Estoy preguntando por una tal Lucy, una chica latinoamericana que frecuenta este local. Y digo lo de frecuenta para ser diplomático y no tener que venir con veinte compañeros a levantar este sitio, ya me entiendes. —La camarera hizo una señal a un hombre que estaba en una mesa escribiendo en un cuaderno.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó en un castellano casi perfecto con un leve acento balcánico.

Blasco sacó de nuevo la placa. La mueca de desagrado no pasó desapercibida para el agente.

—Qué manía tienen en este club, ¿porque se dice así, no? Club —matizó con ironía Blasco recalcando la última palabra—, de ponerme mala cara... Si vengo a preguntar, desconfiados.

—No le he puesto mala cara, agente. Es la que tengo. Ya es tarde para cambiarla.

—De eso no me cabe duda. Al lío, quiero hablar con una chica llamada Lucy. En agosto rondaba por aquí participando en su fantástico servicio de habitaciones si no me equivoco.

—Disculpe un momento. —El hombre sacó su teléfono móvil del bolsillo de la camisa y se apartó unos metros. Tras un par de minutos de conversación, regresó—. Siéntese en una mesa y beba lo que quiera. Mi jefe lo atenderá en breve. —Y sin dejar espacio para responder se marchó, desapareciendo tras una cortina color burdeos.

—Pues nada, a esperar. ¿Me pones un Nestea, por favor?

Blasco se sentó en un taburete de la barra. No quería mezclarse entre los cinco señores que se tomaban una copa charlando *amistosamente* con las chicas ajenos a la presencia de un policía en el amplio salón.

Por la misma puerta por la que se había marchado el hombre con acento balcánico apareció otro. Vestía una camisa blanca remangada hasta los codos y un pantalón azul vaquero. De mandíbula afilada, nariz prominente y pelo corto que apenas sí le daba la oportunidad de formar flequillo. Usaba gafas de montura transparente, y su estatura se asemejaba a la de Blasco, rozando el metro ochenta. La primera impresión para el policía fue que no respondía al perfil del típico esclavista que regentaba un negocio así, pero si algo había aprendido Blasco en sus años en el cuerpo era que las apariencias engañan.

—Agente Blasco, según me han comentado, un placer conocerlo. Soy Bruno Jokic, gerente de este local. Por favor sentémonos en una mesa. Estaremos más cómodos. —Le tendió la mano y le cedió el paso.

Gerente por mis cojones eres tú, pensó Blasco.

Varias chicas se retiraron del salón. Los clientes que las acompañaban se quedaron en su sitio apurando las copas y sabedores de la presencia de un policía. Era una situación pasajera y los más experimentados conocían el protocolo: mientras estuviera allí ninguna chica subiría a las habitaciones por prudencia. Todos sabían lo que era el club, pero no era necesario alardear delante de un agente. Era la prudencia y la ausencia de escándalos —o de lo bien que sabía ocultarlos bajo la alfombra— lo que había llevado a Jokic a ampliar su negocio sin que la administración pudiera o quisiera detenerlo por ilegal. En lo que a la Justicia se refería, el señor Jokic era un ciudadano honrado que pagaba sus impuestos y que incluso hacía donaciones a causas sociales en la provincia bajo el nombre de una empresa de eventos y ocio que estaba a su nombre. No así el club, cuyo responsable máximo para la administración pública era en realidad un indigente croata que vivía en las calles de Rijeka y que desconocía ser propietario de un negocio tan lucrativo. Ante tal muestra de generosidad, a nadie le interesaba preguntarse de dónde salía aquel dinero invertido en eventos, equipos deportivos de barrio o columpios para algún colegio privado.

—Comprenderá que no puedo facilitarle mucha información sobre el caso que estoy investigando. Simplemente, como le comentaba a su compañero, me

gustaría hablar con una chica, si mal no me equivoco de origen colombiano. Se hace llamar Lucy y sabemos que frecuenta el local.

Jokic se mostraba receptivo, fingiendo interés en colaborar. Sin embargo, tenía cuidado con las palabras que escogía.

—Señor Blasco, me encantaría ayudarlo, se lo digo en serio. Esa chica, Lucy, dejó de frecuentar el club hace varias semanas, el pasado agosto concretamente.

—Es decir, que trabajaba aquí. —A Blasco le sorprendió que usara ese verbo.

—De vez en cuando echaba unas extras, era una de nuestras mejores camareras —afirmó tajante Jokic.

—Ah, camarera, ya entiendo. Supongo que las chicas que están por aquí paseando tan discretitas son camareras, no me diga más.

—En absoluto, agente. Muchas son simples clientas que vienen a tomarse una copa. ¿Usted no bebe?

—Y apuesto a que, si volviera mañana y pasado y al otro, me encontraría a las mismas chicas, ¿verdad?

—Lo que hagan las clientas ya no es cosa mía, agente... Blasco, ¿no? —Blasco sabía que lo recordaba perfectamente. Le estaba empezando a cabrear el bosnio, croata o lo que fuera—. Si les gusta el ambiente es lógico que vuelvan, yo también lo haría. —La cara de satisfacción de Jokic suponía una provocación.

—Señor Jokic, que yo sí que me acuerdo de su nombre: como me siga tocando los cojones le juro que vengo aquí todos los días y me planto con una sirena en la puerta, a ver cuántos de estos desgraciados entran a disfrutar de este *ambientazo*. Se lo preguntaré por última vez, ¿dónde puedo encontrar a Lucy?

La amenaza no pareció afectar a Jokic.

—Agente, ya se lo he dicho. Lucy ya no está con nosotros.

—Quiero ver el contrato de trabajo de esa chica. —Blasco sabía que no estaba obligado a dárselo, por eso le sorprendió que un empleado lo trajera guardado en una carpeta de color verde.

—Aquí lo tiene —dijo triunfante.

Blasco lo revisó con detalle. María Leonor Quintana Vara, nacida el 11 de marzo de 1991. Natural de Cali, Colombia. Empleo: camarera. Fecha de inicio

del contrato: 6 de febrero de 2014. Fecha de fin de contrato: 13 de agosto de 2015. Permiso de residencia en regla.

—Aquí pone que trabajaba en el local seis horas a la semana. Muy pocas me parecen. Y no me lo diga, déjeme adivinarlo: casualmente siempre que había una inspección laboral la chica estaba dentro de esas seis horas.

—Ya le he dicho antes que venía de vez en cuando a ayudarnos —reafirmó Jokic satisfecho de que el policía no tuviera argumentos para presionarlo.

Blasco sabía que había irregularidades ocultas en aquel papeleo tan pulcramente legal, y le enervaba no poder demostrarlo. Tampoco era su cometido dentro de la Brigada.

Iba a ser difícil localizar a María Leonor. El hecho de que Cabello la conociera como *Lucy* era un indicio más de que su profesión no era precisamente la de estar detrás de una barra poniendo cócteles.

—¿Conoce a este tipo? —Blasco sacó una foto de Cabello y se la entregó.

Jokic la miró unos segundos, negando con la cabeza.

—No lo he visto en mi vida, pero puede ser que haya pasado por aquí. Viene gente muy diversa. En este local se disfruta de la tranquilidad que no hay a veces en la calle o en el propio hogar, agente. Pruebe algún día a venir, algunos de sus compañeros lo hacen.

—Si vienen por este antro muy compañeros míos no son.

Blasco dejó el contrato que todavía sujetaba entre las manos sobre la mesa y sin despedirse se marchó. Intuía que a su espalda le estaría apuntando la sonrisa ganadora de Jokic, uno de esos tipos que nunca perdía. Apretó los puños y puso en marcha lo aprendido en el curso de autocontrol años atrás. Ya fuera, se sacó un Fortuna y lo encendió. No le gustaba fumar en el coche. Una chica de color fumaba también apoyada en la pared. Se miraron.

—No me digas más, tú también eres camarera, ¿no?

La primera calada le supo a premio de consolación. La chica sonrió dando a entender que sabía a lo que se refería Blasco. Pegó cuatro caladas más y bajó las escaleras rumbo al coche.

—No encontrará a Lucy por aquí nunca más, ella es libre. —Y sin dar pie a réplica, la chica tiró la colilla, la pisó con suavidad y entró de nuevo.

La palabra *libre* pronunciada en aquella mujer nacida en Nigeria le sonó a Blasco como un anhelo, como un objetivo que a simple vista está delante, pero al querer tocarlo se aleja lo suficiente para creer que al día siguiente habrá una nueva oportunidad. La meta cambiará de lugar, e intentar cruzarla no será más que el único motivo para seguir levantándose.

Subida a aquel tren cama con dirección a Lisboa, María Leonor Quintana Vara, Lucy, respiró por primera vez en mucho tiempo aires de libertad. Había olvidado lo que suponía andar por las calles sin vigilancia o sin la obligación de tener un horario de vuelta que cumplir. Se fue sin despedirse de las chicas. No había salido aún por la puerta y su mente ya se esforzaba por arrinconar los malos recuerdos que ojalá no hubieran existido más que en oscuros sueños con sabor a realidad. No le dejaron ver a las compañeras por miedo a que les metiera ideas en la cabeza que perjudicaran el funcionamiento del club.

En sus tres primeros días de libertad, María Leonor —ya nunca más sería Lucy—, se dedicó a pasear por Madrid, a comer en lugares donde era recibida como una señorita— con visita obligada a un restaurante colombiano en la calle Cardenal Cisneros—, a renovar su vestuario, fue al cine, a un balneario... No le importaba cuánto estaba gastando. Ya habría tiempo en Portugal de reiniciarse, de traer a Europa a su hijo Edgar y de retomar la vida en el punto donde se la arrebataron. Esos días eran para ella, para nadie más. A su edad aún era posible reconstruir los pedazos rotos.

Todo parecía nuevo, y lo disfrutaba con la ilusión de una niña recibiendo su primer regalo de Reyes. Aplaudió como nadie un espectáculo de magia de un artista callejero en la Plaza Mayor y se preguntó por qué el resto de paseantes no se paraba a disfrutar igual que ella. Lo que para otros era la gris rutina para Lucy era una novedad que vivir sin parpadear. Se compró unos auriculares y escuchó con el volumen alto el puñado de canciones que tenía guardadas en el teléfono. Su preferida, cualquiera de Juanes. Su compatriota le inyectó energía con cada

acorde optimista en los peores momentos, y lejos de borrarlo de su memoria para no recordar la pesadilla, repitió las canciones una y otra vez, como si tuviera una deuda con él.

En el hotel de cinco estrellas en el que se alojó en la calle Alcalá se dio el baño más placentero y reconfortante, y sin que nadie le hablase, comenzó a reír sin parar, y la risa tornó en llanto. Prometió ante el espejo que serían las últimas lágrimas que derrocharía, y que al amanecer comenzaría el resto de su vida. Lejos, en Lisboa.

Se durmió y soñó que era libre. Al despertar, con el techo de la habitación como paisaje y la luz de un día de agosto soleado entrando por la ventana, comprendió que no era un sueño pasajero. Se asomó al balcón. Los turistas paseaban buscando la mejor sombra, castigados por el calor de la ciudad. Los observó y pensó en Edgar. Cuánta felicidad por recuperar se le adeudaba. Portugal esperaba sin demora. Quizás no fuera el paraíso, pero se le parecería bastante.

Otoño no había sido una estación más. Fue la de la llegada de las lluvias y de los ocres que teñían los árboles de una luz especial y forraban las aceras con alfombras de hojas secas. Era la estación de los días cortos y las noches eternas, de las calles vacías y los bares convertidos en hogares pasajeros. Como el año anterior, como todos: el paisaje era el mismo. Sin embargo, el ánimo de los segovianos no remontó a la velocidad deseada. Los ecos del lamento por la pérdida de Patricia se alargaron más de lo esperado y el recuerdo de la joven se erigió en un símbolo y a la vez en una advertencia: no había que bajar la guardia, el peligro esperaba agazapado en la tranquilidad de lo cotidiano.

La detención de Marcos Cabello al final del verano fue un premio de consolación para quienes clamaban venganza. Las redes sociales pedían a golpe de calentura la cadena perpetua o la pena de muerte para el único imputado por el asesinato de Patricia, alegando que de lo contrario con el código penal vigente lo pondrían en libertad en menos años de lo que consideraban merecidos. El debate, sin embargo, fue enfriándose a medida que los minutos dedicados al caso en los medios de comunicación menguaban.

Con la imputación del andaluz no se cerró definitivamente el caso hasta finales de noviembre. Peralta, Goyanes y Blasco continuaron con la investigación desde Valladolid hasta que agotaron las posibilidades de encontrar nuevos culpables. El acusado negó su participación y ni siquiera las múltiples promesas de beneficios penitenciarios y judiciales le hicieron cambiar de postura pese a que las pruebas eran contundentes contra él. Desde la cárcel aceptó una entrevista para el periódico *El Mundo*, publicada el 18 de noviembre, en la que acusaba al inspector Enrique Peralta de hacer un montaje para que la sociedad tuviera a su culpable. *Yo nunca haría daño a una mujer*, afirmó a la periodista olvidando que

había sido condenado a casi cinco años tiempo atrás por abuso sexual. Era probable que Lucy no hubiera pensado de la misma manera si hubiera llegado a leer aquella frase.

Por su parte los padres de Patricia continuaron su vida de la mejor manera que supieron. El restaurante no detuvo la actividad, y quizás las largas jornadas de trabajo fueron el mejor escondite donde convivir con la pena, mitigada en una pequeña parte por el apoyo de sus vecinos.

Maxi Ballesteros cambió de casa ante la imposibilidad de afrontar tantos recuerdos y fijó su nueva residencia en La Granja de San Ildefonso. Fue de quien primero sospechó la sociedad, siempre tan sumaria, cuando Patricia apareció muerta, aunque fuera con cierta tibieza, y una vez confirmada la responsabilidad de Cabello, Maxi no tuvo tiempo de guardar rencor: tenía suficiente con descubrir cómo sobrevivir con tanto dolor y con la impotencia de creer que en su mano había estado la salvación de su pareja. Su mente era un bucle interminable rememorando aquella cruel fotografía en la que ella estaba en el andén y él en el vagón. ¿Por qué te bajaste sin mí, Patricia? se preguntaba en silencio cuando las pesadillas lo despertaban en las noches en las que dormía al menos un par de horas.

La ciudad tardó en recuperarse, sabedora de que necesitaría tiempo para volver al estado de ánimo anterior al 12 de agosto. Quizás por eso recibió la Navidad con alegría y la urgencia de quien espera una visita o una sonrisa para seguir adelante.

La Navidad en Segovia caminó rumbo a dejar atrás el maldito 2015 celebrando los eventos tradicionales, esos que hacían de la ciudad un lugar entrañable para pasar los días de fiesta entre familias y amigos. El frío, que unas semanas atrás hubiera sido una excusa aceptable para quedarse en casa, no era más que un incómodo acompañante de los segovianos al lanzarse a las calles, iluminadas estas con luces navideñas de irregular creatividad dependiendo del barrio por el que se caminase.

El vermú en la Plaza Mayor en las horas previas a la Nochebuena congregaba a cientos de conocidos que no se veían durante el año por vivir fuera de la ciudad. Los habituales «¿Qué tal te va, majo?», «¿Estás trabajando?» o «A ver si nos vemos pronto» abundaban entre abrazos y sonrisas por los reencuentros, y las cervezas y las copas corrían con agilidad y con la ligera moderación que imponía el tener que llegar de una pieza a la cena familiar.

La Carrera del Pavo, las cenas anuales, el concierto de Navidad en el teatro Juan Bravo, villancicos a pie de calle... Eran muchas las citas que invadían la agenda cultural y gastronómica, y en todas ellas la participación de los segovianos, tan criticados en otras ocasiones por su inmovilismo, era masiva.

En cuanto a ambiente y a cantidad de participantes ninguna cita podía compararse con la Carrera de Fin de Año que, en aproximadamente cinco kilómetros, recorría la parte más céntrica de la ciudad entre la alegría de los corredores, muchos de ellos disfrazados y dejando por unos minutos la vergüenza en casa, y el público que se congregaba en las aceras desafiando a las bajas temperaturas para animar y ser partícipe de la celebración.

Para Águeda Millán era la tercera edición a la que se apuntaba. Dos años antes había perdido una apuesta con Estela. Esta decidió que el castigo a cumplir era acompañarla en la carrera. Águeda al principio hubiera preferido fregar a mano el suelo de la casa de su amiga, pero no tenía más opción que ser fiel a su palabra. Lo que empezó siendo una tortura se convirtió en una afición creciente. Descubrió que corriendo por las mañanas se relajaba y le permitía afrontar el día con más vitalidad. Desde su época del instituto, hacía ya siete años que lo había terminado, no se había vuelto a poner un chándal. Por entonces lo hacía a la fuerza, y aprovechaba la mínima excusa para librarse de los ejercicios que proponía su profesor de Educación Física, que tampoco se molestaba en comprobar si aquellas excusas eran reales o correspondían a la vaguería propia de algunos adolescentes cuando se trataba de hacer ejercicio.

—¡Quién te iba a decir que te gustaría tanto esta carrera, amiga! —le dijo Estela, atribuyéndose parte del mérito del inesperado descubrimiento.

—Si en el fondo me dejé ganar aquella apuesta, graciosa —bromeó Águeda a la vez que se subía en su espalda mientras Estela calentaba.

La carrera partía desde la Vía Roma mirando al Acueducto por el que más tarde se pasaría por debajo, ya en la recta final. No había ningún pronóstico sensato que no diera al atleta segoviano Javier Guerra la victoria, y a pesar de lo accidentado de la salida, con un resbalón incluido que lo retrasó levemente, no tuvo problemas para ganar su doceava edición entre los aplausos de sus paisanos, que presumían de tener un deportista de alto nivel en la ciudad.

Cada pocos metros había para los participantes un conocido al que saludar entre el público, una mano amistosa que chocar y una sonrisa que esbozar ante lo divertido de ver a otros corredores disfrazados de las formas más variopintas. Águeda y Estela entraron a la vez entre los mil primeros clasificados, orgullosos por mejorar cada año su tiempo, aunque en el fondo fuese lo de menos.

Ya en la meta soportaron con la paciencia que merecía aquel evento festivo las también tradicionales aglomeraciones de los corredores en busca de las bebidas o incluso de las tortillas precocinadas que regalaban al llegar y que también se habían convertido en un clásico. Por unos minutos se separaron y cada una fue a un puesto diferente a por las botellas. Antes de llegar, un hombre disfrazado con una peluca roja y unas gafas de plástico tropezó con Águeda, pisándole el pie derecho.

—Perdona, con tanta gente por aquí uno no puede dar dos pasos seguidos sin chocarse con alguien —dijo con simpatía el hombre.

—No se preocupe, es normal. No me ha hecho daño. Ya me han pisado cuatro o cinco veces en este rato —contestó Águeda sin darle importancia al incidente.

—Si vas a por agua, he cogido dos bebidas isotónicas, que *entran* mejor. Toma uno y te ahorras la espera, que con este frío te vas a quedar helada y yo no me lo voy a beber ahora.

El hombre disfrazado le dio la botella y se despidió felicitándole el Año Nuevo que llamaba a la puerta. Águeda lo perdió de vista. La abrió y se bebió más de la mitad del tirón. La sensación de saciar la sed fue tan plácida que se alegró de ahorrarse la espera. Tuvo la impresión de que conocía a aquel tipo, pero podría

tratarse de una coincidencia o simplemente que le sonara de verlo por la ciudad. Ni siquiera con la peluca y las gafas podía calcular cuál sería su edad; a buen seguro superaba los cincuenta. Visualizó a Estela a lo lejos dando saltos en busca de su amiga. Levantó la mano y se juntaron a la altura de la mítica confitería El Alcázar, una de las señas de identidad de la Plaza Mayor y que se mostraba anacrónica; sin ningún interés por formar parte del siglo XXI y con el orgullo de ser poseedora legal de la denominación más dulce de la ciudad: el Ponche Segoviano.

—¡Qué poco has tardado en conseguir la botella! No había quien pasara por mi zona. Cada año se pone esto más imposible. Deberían limitar la participación o poner la meta de otra forma para que no estemos ahí apelotonadas. Encima rozándonos con la gente tan sudada.

—Dicen que en esta edición había casi tres mil personas sumando todas las categorías. Me acuerdo de que cuando era pequeña mi padre decía que se apuntaban como mucho trescientos corredores. Le hemos cogido afición a lo tonto. ¿Quieres un poco? Me la ha dado uno que tenía dos botellas, me he ahorrado los empujones.

—No, prefiero beber agua, Águeda. ¿Vamos bajando para casa y así no nos quedamos frías? No sea que en vez de las uvas nos tomemos una aspirina esta noche.

Las dos amigas emprendieron el camino de vuelta por la calle Isabel la Católica, el comienzo de lo que los segovianos habían bautizado coloquialmente junto con las calles Juan Bravo y Cervantes como la Calle Real.

En el trayecto a casa de sus padres, situada en la calle Las Lastras, Águeda saludó a varios conocidos que también se dirigían a sus hogares a disfrutar de la última cena del año, a buen seguro más copiosa que las habituales, y a terminar el 2015 proponiéndose nuevos retos que incumplir. En muchas de esos hogares habría minutos antes de la medianoche la tradicional discusión sobre en qué canal ver las campanadas. Los jóvenes preferían La Sexta con Cristina Pedroche, y los más mayores no entendían otra opción que no pasara por Ramón García y su característica capa negra.

El calor de la carrera iba desapareciendo; caminaban a paso ligero para llegar pronto y darse una ducha caliente. Se despidieron en Fernández Ladreda quedando en verse a la una en el Acueducto, a la altura del Mesón Cándido, para salir de fiesta con el resto de amigas. Miró su teléfono: las ocho y diez. Le había dicho a su padre que como muy tarde a las ocho y media estaría en casa para ayudarlo con los preparativos: venían sus tíos y sus primos y se juntarían diecisiete personas en la mesa. Era lo que más disfrutaba de la Navidad. Durante el año era raro que viera a sus primos, más pequeños que ella, porque vivían en Alicante, San Sebastián y Badajoz, así que tenía que aprovechar esos momentos que añoraba por escasos.

En menos de diez minutos estoy en casa y nos ponemos manos a la obra. ¡Va a salir una cena espectacular! Besos. Escribió desde el WhatsApp a su padre. *Ok, aquí te espero y me cuentas qué tal la carrera,* contestó él a los pocos segundos.

Por la calle de Santo Tomás sintió pequeñas taquicardias. Se tocó el pecho extrañada; no era algo importante, sino fruto del esfuerzo de haber dado el máximo en la carrera. Era la primera vez que le pasaba. A la altura del Jardín Botánico se detuvo, estaba cansada y le temblaban las piernas. La visión se nubló. Ralentizó el paso. Subiendo la pronunciada cuesta de la calle del Clavel volvieron las taquicardias, esta vez con más vehemencia. Se sentó junto al escaparate de la popular tienda de bicicletas Melero y cogió el móvil; tenía que avisar a su padre. No recordaba dónde estaba exactamente su casa. No atinaba con el camino correcto ni llegó a hacer esa llamada.

—Hola, guapa. ¿Necesitas ayuda? —Un hombre detuvo su coche, bajó la ventanilla del asiento del copiloto y se interesó por su estado.

—No se preocupe, estoy bien. Voy a llamar a mi padre. No me acuerdo dónde está exactamente mi casa. Vendrá a buscarme enseguida, sé que es por aquí cerca.

—No lo molestes, a estas horas estará liado. Yo conozco a tu padre. Venga, sube y te acerco yo.

El hombre llevaba puesta una gorra azul oscura, bajó y antes de acercarse a Águeda miró a los lados. En la acera de enfrente dos chicos subían la cuesta

absortos en sus teléfonos y no levantaron la cabeza. Abrió la puerta del coche.

—Date prisa, sube que te están esperando para cenar. Yo vivo al lado tuyo, no me importa subirte y así tu padre se queda más tranquilo.

—¡Muchas gracias! Es usted un caballero.

Águeda accedió. Se puso el cinturón y sonrió. Las taquicardias remitían y, aunque la vista se le seguía nublando, no importaba. Estaba contenta. El hombre arrancó, dio la vuelta en dirección contraria a la casa de Águeda y se alejó sin que ella fuera consciente de que el lugar al que la estaba llevando distaba mucho de ser familiar.

—Apaga el teléfono y tíralo por la ventana. Estarás más a gusto sin él, ¿a que sí?

—Claro, no hay problema —cumplió el mandato, bajó la ventanilla y lo arrojó con fuerza contra el asfalto, cayendo junto a la fuente de la rotonda. Los dos rieron despreocupados.

La sustancia mezclada con la bebida isotónica al acabar la carrera había hecho su trabajo, doblegando la voluntad de Águeda a la de su secuestrador sin plantearse si lo que hacía era bueno o malo. Cuando tres horas después recuperó plenamente sus facultades cognitivas y dejó de obedecer sumisa a cada indicación del hombre, percibió que tenía las manos y las piernas atadas a una silla y una soga le rodeaba el cuello en una habitación oscura que se iluminó cuando su captor entró. La cuerda se alzaba hasta el techo donde quedaba sujeta por una polea y bajaba hasta situar el otro extremo sobre una mesa de estudio. El sistema esta vez sería diferente que con Patricia.

Llevaba puesta la ropa deportiva con la que había corrido. En las paredes, además de un sucio espejo colocado intencionadamente para que pudiera observarse a sí misma, decenas de fotografías se clavaban como dedos acusatorios en la mirada asustada de Águeda. Al igual que le pasó a Patricia meses atrás, cuando comprendió quién era ese señor que unas horas antes le había ofrecido con amabilidad una bebida, supo que no volvería a ver a su familia. Gritó, pidió ayuda y lloró tanto como pudo, nadie la escuchaba.

Quedaban doce minutos para la medianoche y ya no habría nada que celebrar. La voz de alerta se dio en Segovia: Águeda no había vuelto a casa y tan solo tres horas después nadie dudaba de que su ausencia no era voluntaria.

A las nueve y media de la noche el padre y dos tíos de Águeda salieron en su búsqueda. La preocupación en casa de los Millán Vázquez crecía. Su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura y los mensajes de WhatsApp no los recibía. Llamaron al hospital, al ciento doce, a la Policía Local y a la Nacional. Ninguna noticia, y pasado tan poco tiempo era difícil que se estableciese un operativo.

Paco Millán, el padre, recorrió tres veces el camino que supuestamente habría seguido su hija para volver a casa. Estela le contó que se habían despedido en Fernández Ladreda y que Águeda había subido por la calle Gobernador Fernández Jiménez. Eso dejaba un par de posibles trayectos lógicos de vuelta, pero aun así prefirió hacerlo íntegramente desde la Plaza Mayor por si había regresado sobre sus pasos. Cada diez minutos llamaba a casa con la confianza de que fuese un malentendido. Al otro lado de la línea hallaba la rogativa de su mujer pidiendo que diese con Águeda. El corazón iba a estallarle a Paco, el agobio le oprimía el pecho y la creciente sensación de que algo malo le había ocurrido aceleraba sus pasos, corriendo por la calle Cervantes, mirando cada centímetro del suelo buscando una esperanza en la que sujetarse.

En la rotonda donde confluyen las calles Ezequiel González, Santo Tomás, Paseo Conde de Sepúlveda, Clavel y la Travesía de Antonio Machado, Paco se citó con sus hermanos. Eran las once y cuarto de la noche y solo el motor de algún coche de un rezagado que llegaba tarde a la cena rompía el monótono silencio. La agonía se acrecentó cuando uno de ellos atravesó la carretera, algo le había llamado la atención: un teléfono en el suelo con varias piezas alrededor. Estaba roto. La carcasa no les dejó ninguna duda, era el de Águeda.

—Tenemos que hacer algo. A mi hija se la han llevado. Marta ha vuelto a llamar a los hospitales y no hay ningún ingreso. Es imposible que se haya ido

por voluntad propia, no nos haría esto, aunque tenga esos arrebatos de mala leche que le salen a veces. Ese teléfono estaba junto a la carretera, ha tenido que subirse a un coche. ¡Mira que se lo tengo dicho! —Paco Millán se sintió estúpido por sacar un defecto de su hija en un momento así.

El inconveniente para Paco era que aparte de insistir a los agentes del cuerpo de Policía, poco más podía hacer: esperar y vagar por Segovia esperando una respuesta. Nada estaba en su mano y, en aquella oportunidad, el amor de padre que parecía que todo podía lograrlo podía ser insuficiente para rescatar a Águeda.

La celebración de la Nochevieja en los bares segovianos quedó relegada por el halo de incertidumbre que invadió la ciudad. A las cuatro de la madrugada los rumores se convirtieron en realidad: otra chica había desaparecido. Las habladurías se multiplicaban en todas las direcciones. En algunos bares se comentaba que incluso había aparecido muerta en el mismo lugar que Patricia Redondo, en el puente de San Lázaro. Algunos jóvenes se acercaban a las patrullas de la Policía Local, que recorrían las calles aceleradas. Los nombres de las posibles víctimas variaban, y no eran pocos los chicos y las chicas que escribían a otras amigas por WhatsApp para asegurarse de que estaban bien. Varios mensajes circularon en cadena por los teléfonos de los jóvenes segovianos, algunos de ellos creados con la malicia de quien aprovecha el desconcierto para sembrar el pánico.

No volváis solas a casa. Id siempre en parejas o coged un taxi que os deje en la puerta. Ha desaparecido otra chica en Segovia.

Mucho cuidado con quien os paráis por la calle. No subáis a coches de desconocidos y dejad un mensaje a alguna amiga o a un familiar contándoles dónde estáis.

¡Confirmado! La Policía ha encontrado muerta a una chica en el puente de San Lázaro, justo donde apareció el cuerpo de Patricia Redondo en agosto.

Dicen que la desaparecida es Elena Marqués Vicente, una chica del instituto Mariano Quintanilla. Si alguien la ha visto que llame a la policía, su familia no sabe nada de ella desde esta tarde. Pásalo.

Los mensajes en cadena iban desde recomendaciones de seguridad en una ciudad que tenía uno de los promedios más bajos de muertes violentas por habitante, hasta falsas noticias supuestamente confirmadas por las autoridades. Algunos padres fueron a buscar a sus hijas a los bares. Hasta que no se aclararan oficialmente las informaciones que a ellos también les estaban llegando preferían no asumir riesgos. Poco importaba que sus hijas hubieran pagado entradas para las fiestas o que aún tuvieran consumiciones del *bonocopa* sin gastar. Y como no pudo ser de otra manera, a Elena le tocó desmentir por redes sociales que fuera ella la víctima, escribiendo un mensaje que no dejaba lugar a la duda y al que le acompañaba una foto con el dedo corazón estirado.

Algún gilipollas ha querido jugármela soltando el rumor de que soy yo la que ha desaparecido. No hagáis ni puto caso ni contribuyáis a extender el bulo. Estoy bien.

—Esperaba tu llamada, inspector —dijo resignada Marina Goyanes mientras miraba el reloj de la mesilla de noche. Eran las siete de la mañana.

—¿Ni un mísero *feliz año* antes de que empecemos con las malas noticias, oficial? —Peralta no tenía ganas de bromear, pero quería desdramatizar la situación en la medida en que fuera posible por lo menos hasta que tuvieran la información completa del caso.

—Mientras hablo contigo estoy leyendo el correo electrónico del inspector jefe Calderón. ¿Cuándo aprenderá ese hombre a usar los signos de puntuación? Es un analfabeto mental de campeonato.

—Nunca, Marina. No le pidas peras al olmo, es imbécil. Te espero a las ocho en la comisaría. Nos ponemos al día y nos vamos pitando a celebrar el Año Nuevo a la cárcel de Perogordo. No te olvides de llamar a Blasco, que venga a Segovia lo antes posible y que hable con los compañeros que han estado toda la noche patrullando.

—¿Por qué nos han llamado a nosotros? Ya lo hicieron con la desaparición de Patricia con la excusa de que teníamos poco trabajo y estábamos por casualidad

aquí, pero tampoco era realmente nuestra competencia. Dos veces en menos de cinco meses me parece raro.

—Supongo que por lo mismo, por miedo a que se les vaya de las manos la histeria de la gente. Las dos chicas tienen prácticamente la misma edad, cuanto menos es extraño, pero lo primero que le he dicho a Calderón es que no dé por hecho que están relacionados, y efectivamente no es nuestra responsabilidad. Además, le he comentado que de cara a despertar alarma social, que los de homicidios estemos con otra desaparición es como ir avisando de que algo malo va a pasar. Al fin y al cabo, donde pisamos nosotros es porque hay malas noticias. Quiere que Blasco, tú y yo trabajemos al cien por cien como si supiéramos con certeza que sí que hay vinculación, así que vamos a empezar por Marcos Cabello. Nos dan todo el personal que necesitemos para que trabajen en otras líneas de investigación, así dice que abarcaremos más. Vaya huevazos que tiene el sinvergüenza.

—Cada vez entiendo menos las decisiones que se toman. —Marina estaba resignada.

—Venga, prepárate y ahora hablamos con calma. —Y sin dejar tiempo a la confirmación de la oficial, colgó y se metió en la ducha.

Les esperaba un día de Año Nuevo largo y frío. Al cerrar el caso de la desaparición y muerte de Patricia los tres policías habían vuelto a su puesto habitual en el Grupo de Homicidios de la Jefatura Superior de Castilla y León, en Valladolid, pero Peralta y Goyanes al ser segovianos pasaban las vacaciones en su ciudad y la noticia sobre Águeda los cogió listos para trabajar.

La vida en la cárcel había caído con su peso sobre Cabello, que parecía haber envejecido veinte años en los escasos tres meses y medio que llevaba preso en el Centro Penitenciario de Segovia. Estaba a la espera de juicio y sin ninguna posibilidad de libertad condicional. El delito era de máxima gravedad, tenía antecedentes penales y el riesgo de fuga era alto, aunque en el caso de haberle sido concedida una fianza no hubiera tenido medios económicos para abonarla. Entró cojeando en la sala donde ya esperaban Peralta y Goyanes. Vestía un

chándal de Adidas negro con rayas blancas en las mangas de la chaqueta y unas zapatillas de deporte a las que les faltaban los cordones. No hizo ningún esfuerzo por ocultar el rencor que sentía hacia los dos policías.

—¿No tenéis bastante con joderme la vida que ahora también me queréis reventar el único día en el que aquí se come algo que no sea basura? *Iros* a tomar por culo. —Cabello aguantó la mirada a Peralta para demostrarle que no lo intimidaba.

—¿No has escuchado las noticias de la RAE, Cabello? No se dice *iros*, se dice *idos*. Yo que pensaba que habías aprobado Lengua castellana en el primer trimestre.

—Puto madero de mierda.

—Cabello, hombre, ¿todavía sigues enfadado con nosotros? Es malo guardarse el odio, tienes que expulsarlo por esa boquita, que es Navidad y toca ser bueno. Hemos venido a felicitarte el año. Además, quien tendría que estar enfadado soy yo, que le dijiste cosas feas sobre mí a esa periodista. Menos mal que no te hacen caso ni las ratas.

—Vete a tomar por culo —repitió el reo.

—Mira, tienes dos opciones: ayudarnos o ayudarnos. ¿Qué prefieres? Algo se me ocurrirá para que te encierren si no en aislamiento.

Peralta observó un cambio en el gesto de Cabello. La idea de volver allí, donde había estado en dos ocasiones, lo aterraba por lo interminables que podían llegar a ser los segundos cuando no había nada más que hacer que mirar a una pared blanca y desconchada.

A Marina no le parecía que provocarlo fuera la mejor forma de conseguir que les diese información útil.

—¿Qué sabes de esta chica?

El inspector sacó de su carpeta una foto de Águeda tomada dos días antes de la desaparición, en la cena de amigas que organizaban cada Navidad en algún restaurante segoviano. Cabello la cogió con curiosidad.

—Pues así a ojo te diré inspector que ni guapa ni fea, pesará unos cincuenta y dos kilos, unos veinticuatro o veinticinco años, un metro sesenta y cuatro... No,

disculpa, un metro sesenta y cinco, en qué estaría pensando... No sé, un poco pequeña para mí si lo que quieres es que tenga un vis a vis con ella, pero agradezco la intención.

Esto es lo que pasa cuando necesitas algo de un delincuente al que has arrestado y encima lo haces con soberbia, pensó Goyanes, que nuevamente se lo guardó para dentro.

Peralta aplaudió.

—Vaya, vaya, veo que hoy te han dado payasos para desayunar por ser Año Nuevo. Luego no te quejes de que no comes algo rico. Resulta que esta chica ha desaparecido y no sé por qué me da que tiene que ver con el caso de Patricia. ¿Te acuerdas? Sí, hombre, aquel en el que te cogimos con una prenda suya en tu casa y unas gotitas de semen en su pantalón después de habértela cargado con una cuerda. Seguro que te suena la historia. Así que cuéntame lo que sabes.

Cabello estalló y se levantó dando patadas a la mesa.

—¡Deja de colocarme todos los muertos de esta puta ciudad, hijo de la gran perra! Yo no tuve nada que ver con la muerte de esa zorra y no sé ni quién es la chica de la foto. Aprende a hacer tu puto trabajo y déjame en paz, maldito bastardo.

—Qué mal genio tienes. Así no te va a ir muy bien por aquí. Siéntate —ordenó Peralta.

—Mira, Cabello. Si nos ayudas con cualquier dato que puedas ofrecernos yo misma redactaré un informe favorable al juez para que lo tenga en cuenta, te lo prometo. —Goyanes entró en acción con pocas perspectivas de éxito.

—No me toméis por gilipollas, es la cuarta vez que me lo ofrecéis. Mi condena va a ser la misma os ayude o no, que esto no es una película americana. Os repito que no he visto a esa chica jamás. En estos meses ha venido mi madre a verme dos veces y no he hablado con nadie más por teléfono; podéis comprobarlo. ¿De verdad os creéis que voy ordenando raptos desde aquí? Panda de incompetentes.

—Ya lo hemos comprobado.

—¿Entonces qué me estás contando de que he tenido algo que ver?

Peralta se acercó a Cabello, echó su cuerpo hacia adelante sin llegar a levantarse y le dio una fuerte bofetada en la cara que al preso le dolió más por humillante.

—¿Te ayudó alguien a matar a Patricia Redondo? Es la última vez que te lo pregunto. —A Goyanes le daba miedo su jefe cuando se ponía así.

—Mientras estáis aquí perdiendo el tiempo conmigo, esa chica sigue desaparecida porque no sabéis hacer vuestro trabajo, si no yo no estaría aquí. No tengo nada más que deciros.

La bofetada tuvo un efecto tranquilizador para Cabello. Rehuyó continuar el enfrentamiento. Llamó a un funcionario y le pidió que lo llevase de nuevo a su celda. Ni siquiera miró a los policías antes de salir.

En el coche Peralta esperó el reproche de su oficial.

—Venga, suéltalo antes de que te coma por dentro. —A Peralta le encantaba contar en su equipo con una persona tan íntegra como Marina Goyanes.

—No, no tengo mucho que decir. Solo que no entiendo que si queremos sacar algo de Cabello lo trates así. A la primera se ha cerrado en banda. Me ha parecido una pérdida de tiempo. —La sinceridad de la oficial era otro de sus puntos fuertes.

—Entiendo tu enfado. Sé que en el caso que tuviera algo que ver no nos lo va a decir, con eso cuento. Quería ver su reacción, con esta gentuza es fácil notar cuándo miente. He revisado antes la lista de llamadas y de visitas que ha recibido y no hay nada extraño, pero que desaparezcan en Segovia dos chicas con unos meses de diferencia es extraño. Si hubiera un desenlace trágico con Águeda tenemos que tener en cuenta todas las opciones, y una pudiera ser que Cabello no actuase solo, otra que el agresor esté aprovechando para cometer un crimen de un modo parecido y confundirnos, que sea simple casualidad..., no lo sé. No descartemos nada, incluso que Cabello o su cómplice, si lo tiene, metan la pata y busquen comunicarse entre ellos. Viniendo a la cárcel por lo menos estamos dejando ver que no nos olvidamos de él. Eso sí, a mí no me ha parecido que mintiera. De hecho, por su reacción uno si fuera débil hasta llegaría a poner en duda que matara a Patricia.

—¿Y el bofetón gratuito que se ha llevado?

—¿Qué bofetón? No recuerdo ninguno.

Peralta guiñó un ojo a su compañera y subió el volumen de la radio. Sonaba Bryan Adams con su *Summer of 69*.

I'd always wanna be there.

Those were the best days of my life.

—Blasco, localiza ahora mismo a Juan José Maderuelo Fuentetaja. Dile que necesitamos verlo urgentemente. Y haz el favor de tener tacto, no se vaya a creer que vamos a detenerlo. —El agente Blasco apuntó el nombre en una libreta con más de la mitad de las hojas arrancadas.

—Por supuesto, inspector. ¿Puedo preguntar quién es?

—Es el director del instituto Andrés Laguna. Patricia y Águeda estudiaron allí entre los años 2004 y 2007 una, y la otra entre el 2004 y el 2008. Por unos meses de diferencia no estaban en el mismo curso. Vamos a ver si esto es algo casual o un hilo al que aferrarnos.

—Ahora mismo lo aviso, inspector. —Blasco se disponía a abandonar el despacho cuando recibió un último encargo.

—Ah, y que no se te olvide: aparte de no comentarle por qué lo requerimos dile que te especifique desde qué año es director del centro. Y si en la primera década del siglo no lo era, consigue el nombre del anterior responsable y que venga también, si es posible a la misma hora. No sé por qué tengo en la cabeza que los períodos en la dirección de los centros públicos son de cuatro o cinco años, pero ya no sé si son ampliables —dudó—. A las siete estaría perfecto, no estamos para merendar polvorones.

—Cuenta con ello.

—¿Quién está revisando las cámaras de seguridad y las redes sociales?

—Hay tres agentes con ello. Al ser día festivo está costando más que si fuera un día laboral, pero el juez de guardia dio la orden y creo que ya han podido ver alguna. En cuanto sepa sobre eso le digo.

La reunión con los padres de Águeda Millán había durado más de dos horas. Conocer su personalidad —era difícil sacar conclusiones válidas atendiendo a las

explicaciones de los padres, pues eran los más subjetivos a la hora de analizar a sus hijos—, su entorno, su vida laboral, aficiones, antiguas parejas, posibles enfermedades... Fue en ese momento, al mencionar la adolescencia de Águeda, cuando Peralta y Goyanes encontraron una coincidencia con Patricia: habían estudiado en el I. E. S. Andrés Laguna, situado en la calle Conde de Sepúlveda. Sin embargo, ni Paco Millán ni su mujer, Elvira, recordaban haber oído a Águeda hablar alguna vez de Patricia durante aquellos años, aunque Elvira asociaba este detalle a que su hija decía que había quedado «con las amigas» sin especificar si eran las del instituto o las que tuvo anteriormente cuando estudiaba en el colegio Villalpando.

—Casi la misma edad y el mismo instituto. Es un buen punto de partida, ¿no crees, inspector? —preguntó Goyanes tras acompañar a Paco y a Elvira hasta la salida.

—Lo es, Marina. En lo que volvías he llamado a la madre de Patricia. Están pasándolo muy mal reviviendo otra vez la misma pesadilla, me ha dicho la pobre que cuando leyó la noticia se puso a llorar pensando en que otra familia sufriera lo que la suya. El caso es que tampoco le sonaba el nombre de la chica. La pobre me ha estado preguntando con preocupación si sabíamos algo de Águeda.

—Bueno, no es necesario que fueran amigas para que encontremos el hilo conductor. Le diré a Blasco que se ponga a localizar alumnos de esa época que puedan confirmarnos si había relación entre ambas.

—Patricia se graduó en el 2007 y Águeda en el 2008 —dijo pensativo el inspector Peralta—. He llamado al centro penitenciario. Te quiero aquí conmigo cuando venga el director del instituto sobre las siete. En cuanto terminemos con él, te vuelves tú sola a hablar con Cabello. Saca tus dotes de psicóloga y apriétale de manera sutil.

—¿Qué? —Si las miradas matasen, Peralta sería la próxima víctima de la ciudad—. Después del tortazo que le diste dudo que tenga algo que contarnos. No fuiste muy simpático que digamos.

—Es una orden, Marina. No hay más que hablar. —Cuando Peralta no quería justificar una decisión, tiraba de comodín—. El tortazo ya lo tiene, y bien

merecido. Si te pone nerviosa tienes mi autorización para darle otro.

—A sus órdenes, inspector —respondió Marina con todo el sarcasmo que le permitía sacar la indignación.

—Antes de ver al director voy a hacer una visita a Maxi Ballesteros a ver si es capaz de relacionar a Patricia y a Águeda con un tercero. La primera se bajó voluntariamente del tren, tenía que conocerlo, y en el caso de Águeda el móvil en el suelo nos indica que pudo ser a la fuerza, pero me inclino a pensar que conocía a su verdugo y que fue la confianza la que la llevó a no sentirse en peligro. Tú coordina el tema de las cámaras de seguridad, por favor. No conozco a los que están con ellas y me quedo más tranquilo si estás al tanto. Vuelvo en una hora. Y Marina, no olvidemos otras líneas de investigación, no sea que estemos dando palos de ciego y mirando solo en una dirección.

Los amigos de Águeda se citaron por WhatsApp en los Jardinillos de San Roque a la espera de que la policía les diese alguna información. Blasco, que ya había concertado la cita con Juan José Maderuelo, cruzó la calle para recopilar impresiones y crear un perfil más concreto de la desaparecida. Se sentó en un banco de piedra y fue llamando uno por uno a los amigos que pudieran aportar cualquier dato relevante. Quería fijarse en cada detalle que le ofrecieran aquellas declaraciones informales que seguro serían más naturales que si se hicieran en la comisaría. No era un método de trabajo ni mucho menos habitual, pero teniéndolos allí no podía desaprovechar la ocasión; con los jóvenes había que tener especial tacto. Todo sumaba.

Tres chicos y cinco chicas, entre ellas Estela Gallego, contestaron a las preguntas de Blasco. Águeda era empleada del Mercadona del barrio de Nueva Segovia desde hacía casi un año y medio. Anteriormente había desempeñado trabajos de ayudante de peluquería y de camarera. La definían como una chica con carácter, pero como decía Marta, una de sus mejores amigas, «con carácter en el buen sentido, que tiene las cosas claras y no se deja chulear por cualquier gilipollas». No tenía novio desde hacía al menos dos años. Blasco apuntó el nombre de su expareja, Erik Berger. Jonathan le orientó con más detalle:

—No te molestes, es un alemán que estuvo aquí de Erasmus estudiando Derecho en la Universidad de Valladolid. Cuando terminó el curso, hará como dos años, se volvió a Bremen y lo dejaron. Tampoco te creas que fue muy traumático, los dos sabían que no tendría mucho futuro. Lo pasaron bien y ya está.

—Está bien, no me molestaré en buscarlo —dijo Blasco con ironía y sonriendo al comprobar que el joven le indicaba cómo hacer su labor.

Aficiones, últimos viajes, rol en su grupo, pequeñas riñas, deudas... Blasco apuntó la información para cruzarla con la que tenía registrada de Patricia. Aquella, después de darle mil vueltas, se la tenía aprendida de memoria, por eso no fue extraño que hallara otra coincidencia que podía sumarse a la de que estudiaron en el mismo centro público: las amigas y amigos interrogados, ocho en este caso y doce en el de Patricia, a la pregunta *¿desde cuándo sois amigos?* respondieron que, desde un período no superior a siete años, es decir, después de su graduación en el instituto.

Juan José Maderuelo acudió a la comisaría a las siete. Con puntualidad precisa dio su nombre en recepción y un agente lo acompañó hasta el despacho que le habían prestado al inspector de la Brigada de Homicidios responsable del caso. Peralta se levantó para recibirlo, contrariado aún por no haber sacado nada relevante del breve encuentro con Maxi.

Habituado a juzgar a los desconocidos por la primera impresión, Peralta vio en Maderuelo a una buena persona y, tras un intercambio de formalidades, un sincero agradecimiento por presentarse en Año Nuevo casi sin tiempo y una conversación sobre el estado actual de la educación secundaria en España, intuyó que era un profesional que se preocupaba por sus alumnos y porque aprendieran, algo que a juicio del inspector se olvidaba con demasiada frecuencia en favor de la memorización, tal como debatieron en los primeros minutos del encuentro. Por lo menos así lo veía con su hija, que estudiaba primero de bachillerato en el instituto Giner de los Ríos. Ese breve debate sobre el modelo educativo español fue la antesala para romper el hielo del que se impregnaban los visitantes. Después Peralta pasó a explicarle el motivo de la llamada. Lo hizo sutilmente, sin dar más información que la necesaria para poner en situación al director del instituto.

—En los años 2006 y 2007 yo era el jefe de estudios. El entonces director, Marcelino Otones, falleció hace como dos años o un poco más. Le dio un infarto durante sus vacaciones familiares, en Jávea, aunque ahora parece que si no se dice Xàbia es que eres un antiguo. Qué ironía, ¿verdad? —Peralta afirmó y esperó a que el invitado recondujera la conversación a lo importante—. Sobre lo que me comenta de las chicas, le reconozco que me pilla de sorpresa. A Patricia Redondo sí que tuve la oportunidad de darle clase; fui su profesor de

Matemáticas. No era una alumna especialmente brillante. Me acuerdo de ella porque alguna vez vino a verme su padre, que si usted es de aquí sabrá que no hay nadie en Segovia que no lo conozca, aunque sea por los medios de comunicación. Pero sobre esta chica, Águeda. —Maderuelo se quedó pensativo intentando citar el apellido.

—Millán, Águeda Millán —le recordó Goyanes, que había entrado en el despacho ya con la conversación empezada. Estaba sentada en una silla junto a la del director.

—Eso, Millán. Qué cabeza tengo. Les decía que a Águeda no le impartí clase y no tengo ningún recuerdo que me permita ubicarla. En caso de requerirlo, y con la pertinente aprobación del juez, por supuesto, no tendré problema en enseñarle su expediente si lo necesita.

—Por eso no se preocupe. De momento sus padres también nos pueden facilitar los boletines de calificación y así no molestamos al juez. Por lo que nos han contado era una chica de notas corrientes que tampoco tuvo ningún bajón inesperado. Algunos suspensos y poco más. Nada que nos sirva para sacar conclusiones.

—Por Dios, que aparezca pronto. Dos chicas en menos de seis meses, qué horror.

—Disculpe, director. ¿Hubo algún suceso especialmente relevante en el instituto entre los años, más o menos, del 2004 al 2008? Es el período en el que una u otra chica permanecieron matriculadas, las dos a la vez o una de ellas, según el año que analicemos. —Marina no quería dejar escapar la pista del Andrés Laguna hasta exprimirla lo suficiente—. No sé, alguna denuncia, una agresión, un escándalo con un profesor o entre un profesor y una alumna..., cualquier incidente que se salga de lo corriente.

—Nuestro centro está formado por profesionales de intachable conducta, agente. Nunca hemos tenido que reprochar actitudes indecentes a los profesores, y menos en lo que a la relación con los alumnos se refiere. —Como tantas veces sucedía, ante una pregunta así el afectado se ponía su escudo corporativista y se

hacía el ofendido ante una cuestión necesaria en una investigación de aquellas dimensiones.

—Señor Maderuelo, la oficial Goyanes no ha pretendido poner en duda la calidad y buen hacer de sus compañeros. Entienda que tenemos que explorar todas las vías. —Rara vez era Peralta el que tenía que matizar las palabras de Goyanes. Normalmente la situación era la inversa.

—Discúlpeme, la he interpretado mal.

—Más que mal yo creo que me ha interpretado libremente, director. Por un centro público pasan muchos profesionales, hay bajas, sustituciones, cambios de plazas... Estoy segura de que usted no es capaz de poner la mano en el fuego por todos ellos. Yo no lo haría por el total de mis compañeros del cuerpo, por ponerle un ejemplo. —Marina, que en muchas ocasiones prefería no alargar una polémica, se sintió en la obligación de justificar sus palabras, aunque supusiesen que el director las recibiera como un ataque a su labor en la gestión del centro.

Peralta se adelantó a una posible respuesta de Maderuelo.

—Permítame que insista, director. Necesitamos saber si hay conexión entre las dos víctimas o si son hechos aislados. De cualquier detalle podemos sacar una pista con la que avanzar la investigación. Ahora mismo lo único que tenemos es que una chica ha desaparecido, que nadie la ha visto después de la carrera de ayer, y que tiene la misma edad que Patricia.

—Si al desgraciado que la mató ya lo detuvieron, ¿no? —preguntó extrañado Maderuelo.

—Así es. Aquel caso está a la espera de juicio, puede que para mayo o junio se le ponga fecha. Hay un sospechoso en la cárcel, y allí seguirá una buena temporada, pero puede que no lo hiciera solo, o que alguien le esté copiando, que juegue al despiste... Por eso es tan importante su ayuda.

El director no pudo evitar sacar una media sonrisa algo vanidosa al sentirse pieza relevante en una investigación policial de tal alcance. Suspiró, agachó la cabeza en claro signo de estar concentrado, y pasados unos segundos una *bombilla* se le encendió y recordó.

—Bueno, esto no lo he contado porque tampoco le veo relación con el caso, pero ahora que lo pienso, allá por el año 2006 o 2007, creo que 2006, sí, una chica que estaba matriculada con nosotros se suicidó. No fue en el centro, sino en su casa. Llevaba algunas semanas saltándose las clases y un día nos llamaron para comunicarnos que la habían encontrado muerta. Imagínense el panorama para su familia, la pobre criatura que tendría no más de dieciséis años se quitó la vida. Estaba en primero creo recordar; ha pasado ya mucho tiempo. Sí, era primero. ¿Qué se le pasaría por la cabeza? Fui al tanatorio para dar el pésame a sus padres y casi ni me atreví a mirarlos a la cara de la pena que me daban. Yo tengo cuatro hijos y de pensarlo se me cierra el estómago.

—¿Recuerda su nombre? —Peralta y Goyanes hacían sus anotaciones en sendas libretas.

—Sí, claro. Se llamaba Raquel Carrera. Se suicidó a finales de enero o principios de febrero como muy tarde, ahí tanto no llega mi memoria, me puedo estar equivocando en las fechas. Ya con sesenta y tres años empiezo a tener alguna laguna. —Maderuelo soltó un pequeño chascarrillo para sacar de su cabeza aquella tragedia que ahora revivía—. Pero bueno, como les digo, dudo que tenga nada que ver.

—Revisaremos el atestado que hicieron en su día nuestros compañeros sobre ese suicidio y también el de los bomberos, que serían los primeros en actuar. ¿No llegaron a saber el motivo por el que hizo algo así esa chica? Entiendo que, aunque pasase en su casa, ustedes como responsables del centro sabrían algo más.

—Sí recuerdo hablar con la madre en el tanatorio. Con el padre fue imposible; estaba tan destrozado que no alcanzaba ni a pronunciar una palabra. Ella estaba más entera, por decirlo de alguna manera, y me estuvo preguntando si habíamos notado algo raro. En aquel momento ni el director ni yo habíamos hablado con el resto de profesores, pero luego algunos sí nos contaron que su rendimiento había bajado respecto al primer trimestre. Al ser comienzos del segundo y no haber exámenes globales no hubo tiempo de sacar conclusiones. La madre insistía una

y otra vez en que la culpa era suya por no haberlo detectado a tiempo. Fíjese la pobre mujer, la que tenía encima y para colmo echándose esa losa a la espalda.

—¿Cuáles son a su juicio como profesor los principales motivos por los que un buen alumno pega un bajón en su expediente?

—Ya sabe que esas edades son especialmente conflictivas en algunos aspectos. Están como en una constante montaña rusa donde no dejan de descubrir cosas, se sienten incomprendidos por los mayores, los primeros amores son de ida y vuelta... Aunque me pille ya viejo para acordarme de mi adolescencia, he vivido recientemente la de mis cuatro hijos y la verdad ha sido una aventura llena de obstáculos. Pero, por darle una respuesta concreta, hay tres causas predominantes que se esconden en un cambio de comportamiento a peor de un alumno: falta de estabilidad en el núcleo familiar, acoso escolar o problemas sentimentales, ya sean con una pareja o por conflictos con las amistades.

—Entiendo. —Peralta seguía con interés la explicación de Maderuelo.

—Si me pregunta en concreto por el caso de esta chica, no llegamos a sacar una conclusión general. Encontramos por parte de sus compañeros a los que preguntamos poca predisposición a ayudarnos. Todos contestaban de una forma muy parecida. O hubo un pacto de silencio que se nos escapó o no sabían nada. Me inclino más por lo primero, si le digo la verdad.

—¿Por qué por lo primero? ¿En qué se basa?

—Resultaba extraño que ni uno de ellos hubiera notado un cambio en una chica en absoluto problemática. Había cierto hermetismo.

—Entiendo, pero por esa regla de tres podríamos dirigir las miradas contra los profesores. Si una alumna hasta entonces ejemplar, sin faltas de asistencia y que va sacando los trimestres sin dificultad, deja de aparecer por las clases, no se ofenda con lo que le voy a decir, pero llamativo es y nadie dio la voz de alarma.

—No se ofenda usted tampoco, pero fíjese que sabía que en algún momento iba a tirar por ahí. Entiendo lo que me quiere decir, inspector, pero Raquel Carrera no dejó de asistir radicalmente a sus clases. Faltó de una manera bastante consciente; quiero decir que lo hizo escalonadamente, sin ausentarse dos veces seguidas a la misma asignatura, y no fue un período excesivamente prolongado,

quizás cuatro o cinco semanas, no más. Por esa época los controles de asistencia eran unas hojas que se quedaban en la mesa del profesor y siempre había algún alumno que la rompía, perdiéndose la información. Ahora con la web del instituto sería más fácil de alertar a los padres.

—¿Cuatro o cinco semanas se consideran un espacio poco prolongado? —En la pregunta había algo de acusación.

—Si esas ausencias son discontinuas y en conjunto la alumna continuaba yendo a la mayoría de las clases, sí.

Peralta lamentó la ausencia de crítica del director. Para él sí era un tiempo excesivo.

—Una última cosa, ¿antes de que fuera detenido le era familiar el nombre de Marcos Cabello? —preguntó Peralta sin explicarle quién era.

—No, hasta que no salió en los medios de comunicación nunca había escuchado nada de ese tipo. Lo siento, inspector —contestó rápidamente Maderuelo demostrando que no tenía dudas al respecto.

Lo despidieron agradeciéndole su colaboración y se reunieron los tres miembros de la Brigada de Homicidios con el comisario Vélez para informarle de las novedades. Peralta felicitó a Blasco por su agilidad para conocer más sobre Águeda y estableció como referencia los años de las dos víctimas en el instituto Andrés Laguna. Que ambas pertenecieran al centro, sumado a que no se las conocía amigas actuales de aquella etapa, daba indicios de que podían estar abriendo una línea de investigación acertada para llegar a la solución y sobre todo para encontrar con vida a la desaparecida.

—Blasco, tienes tarea. Necesito que encuentres a exalumnos de aquellos años, de las clases de Patricia, Águeda, que es lo que te pidió Marina, pero amplia el abanico y añade también a Raquel. Que te cuenten si eran amigas, si se conocían o si tuvieron alguna trifulca reseñable. Lo que sea. Marina se encargará de investigar más ese suicidio. Maderuelo nos va a buscar las actas para saber si estuvieron en algún momento en la misma clase. Espero que no tarde.

Goyanes encendió su ordenador y buscó en la hemeroteca alguna referencia a aquel suicidio. Ninguno de los dos periódicos principales de la ciudad, ni *El*

Adelantado de Segovia ni *El Norte de Castilla*, este de tirada regional, hacía referencia al suceso. Era de esperar dado que se había producido en el ámbito privado y la chica no tenía relevancia mediática. Buscó su DNI en la base de datos del cuerpo: Raquel Carrera Berastegui. Fecha de nacimiento: 12 de marzo de 1989. Nacida en Beasaín, Guipúzcoa. Hija de Julio Carrera Martín y María Antonia Berastegui Aldana.

Yendo más allá del DNI localizó la fecha de su fallecimiento: 19 de febrero del 2006, y también la de su madre: 23 de junio del 2013. Sobre María Antonia sí había en Google una carta al director publicada el veinticinco de junio en *El Adelantado de Segovia*, dos días después de su muerte. Era un obituario escrito por una amiga llamada Ana María de Andrés.

A María Antonia Berastegui.

No hace ni un día que me he despedido de ti para siempre y ya tengo la necesidad de hablar contigo, de contarte que hoy la vida me pesa un poco más. Lo sé, tú me regañarías. Me dirías que he tenido tiempo suficiente para asimilar que este momento más pronto que tarde te llegaría, o mejor dicho, nos llegaría a las dos. El cáncer, esa palabra prohibida que tú nunca rehusabas pronunciar, fue más hábil. Pero las palabras no surten efecto, aunque se repitan constantemente, porque para despedirse de una amiga una nunca está preparada.

Me hubiera gustado ayudarte de otra manera y devolverte la sonrisa robada. No supe cómo, o quizás simplemente es que no había manera de hacerlo. Desde que Raquel os dejó de aquella manera tan cruel ya nada tuvo sentido para ti, pero seguiste adelante, cargando con la tristeza. Nos demostraste coraje levantándote cada mañana, aunque solo fuera por Julio y por tu hijo Ángel. Y te convertiste en el mejor ejemplo que una persona podía seguir.

Ojalá ese Dios que te abandonó y en el que dejaste de creer pague la deuda que contrao contigo y te haya hecho reencontrarte con Raquelita. Dale un beso de mi parte, tú que ya estarás con ella de nuevo.

Merecías algo mejor, amiga. Y yo te echaré de menos cada día que pase.

Goyanes lloró por las dos mujeres, imaginándolas con nitidez unidas en la tristeza..., con rostros inventados, los que su mente quiso ponerlas. Aquella breve carta le transportó a una época pasada de su vida que le dolía como si hubiera sucedido la noche anterior, cuando ella también tuvo que despedirse de su madre.

Las presiones políticas aterrizaron puntuales en la comisaría, tal como se esperaban. El subdelegado del Gobierno, más preocupado en dar ruedas de prensa y esquivar las amenazas que le llegaban desde el Ministerio del Interior, exigía resultados como si conseguirlos dependiera de la voluntad de los agentes que participaban en la búsqueda de Águeda Millán.

—Cada vez que un subnormal de estos abre la boca me dan ganas de...

—No sigas, que las paredes escuchan. —A Marina le divertían los enfados que se cogía su jefe cada vez que alguien ajeno a las investigaciones husmeaba en ellas.

—Estos imbéciles ven películas y se piensan que con venir aquí y presionarnos van a conseguir algo. Tendríamos que prohibirles entrar. Que se vayan al Congreso y al Senado a hacer el ridículo, que de eso saben como nadie.

—Ni caso. No podemos descentrarnos, jefe. Estamos a 3 de enero y no sabemos nada de Águeda.

—¿A qué hora vas a ir a ver al padre de Raquel Carrera? —preguntó Peralta resituándose en el caso.

—He quedado con él a las ocho. Trabaja en la farmacia de la calle Cronista Lecea y sale a esa hora.

—Qué cerquita queda la farmacia del restaurante de Arturo Redondo. ¿Otra casualidad?

—Aparentemente sí. Tendríamos que rascar mucho para encontrar un vínculo entre Marcos Cabello y Julio Carrera, la verdad.

Peralta se quedó pensativo mirando la pantalla de su ordenador.

—Sí, tenemos que aparcar a Cabello de la investigación de Águeda, al menos de momento. De él no vamos a sacar algo ahora mismo. No lo veo planeando un

crimen desde la cárcel ni va a colaborar. ¿Con qué anda Blasco?

—Está hablando otra vez con los amigos y familiares de Águeda y con ex compañeros del instituto, ah, y también hemos revisado juntos las cámaras de seguridad. Morillas-Cal dio la autorización a los compañeros y nos las han pasado. Lo tenemos que no para el pobre. Hicimos esta mañana un primer visionado y no hemos visto nada reseñable. Lo malo es que en el camino que hay desde que se despidió de su amiga Estela hasta su casa no hay ninguna. Con Patricia algo sacamos porque pasó por la que está situada en la entrada del cuartel de la Guardia Civil, pero bueno, estamos viendo todas por si se desvió de su camino, ya fuera andando o en coche. Por sacar algo positivo al menos de esa parte, a la hora en la que desaparece y siendo Nochevieja, no había muchos coches por las calles. Será rápido de filtrar.

—Qué impotencia, joder. Y del teléfono móvil algo que nos pueda ayudar a avanzar, ¿no?

—Tampoco. Quien se la llevó se ocupó muy bien de deshacerse de él para que no le siguiéramos la señal. Con tantas noticias en los medios sobre este tema, que algunas hasta parecen tutoriales para hacer daño sin dejar pistas, me da que muchos malos se han aprendido la lección de que las compañías telefónicas guardan la posición de los teléfonos. He analizado cada llamada de sus últimas facturas y he accedido al WhatsApp rápidamente porque no tenía el pin activado y el aparato no estaba roto, solo se había salido la batería y estropeado la tapadera. No hay información reseñable. El último mensaje fue a su padre. Predominan las llamadas a números de gente conocida. Y de su vida sentimental nos cuentan que llevaba tiempo sin verse con ningún chico. La *carta* de los celos es muy improbable y la del despecho no la barajamos.

—Y por supuesto ningún informador tiene algo interesante...

—Nada, jefe. Y mira que a alguno le han exprimido bien. Nos cuentan tonterías a ver si sacan algo de nosotros, pero son estupideces. No podemos tomarlas en serio. Y en Mercadona hemos hablado con sus compañeros y más de lo mismo. Aseguran que es una chica agradable, que hace bien su trabajo y que

en el tiempo que lleva nadie recuerda un incidente ni con otros empleados ni con clientes.

—¡Joder! En esta puñetera ciudad no se llevan a la gente así por así. Hay una media de un homicidio cada *mil* años y ahora nos podemos comer dos de golpe en cinco meses más lo del Caso Saavedra. —La impotencia hablaba por Peralta—. Tenemos que agarrarnos a ese vínculo de que las dos chicas estudiaron en el Andrés Laguna. ¿Es tan normal que dos jóvenes de veinticinco y veintiséis años no conserven una sola amistad del instituto?

—Bueno, no creo que sea cuestión de la edad y sí más del hecho de qué les pasó estando allí que hizo que al salir del centro no quisieran saber nada de su pasado —dijo Goyanes.

—Ya, si tienes razón. Por toda la información que hemos recopilado no se ve que sean chicas conflictivas, ni con un carácter complicado. Evidentemente no podemos juzgar cómo eran unas adolescentes hace diez años y extrapolarlo a la actualidad, habrían madurado digo yo. Es como si hubieran puesto un punto y aparte en sus vidas después de estudiar.

—La perspectiva que nos dio el otro día Maderuelo fue muy superficial. Las cosas que pasan entre chavales no llegan a dirección a no ser que haya por ahí un chivato, y rara vez alguien se atreve a exponerse y pasar a ser el apestado. A esas edades tampoco podemos exigirles tanta transparencia para según qué cosas.

—Sí, pero tras una década si les preguntamos y ocurrió algo grave espero que no se lo sigan callando, ya son mayorcitos. Por cierto, ¿viste que el director se puso un poco tontorrón cuando sugerí que podría haber habido un incidente entre profesor y alumna?

—Sí, se ofendió con la insinuación.

—He mirado en el archivo y no hay denuncias por abusos. Si hubieran salido a la luz nos acordaríamos. Aunque también es cierto que rara vez sale un caso así públicamente. Ya sabes, miedo a la denuncia, a que todo el mundo se entere, a que haya malas interpretaciones y la víctima parezca que se lo buscó, que lo provocó o que no hizo lo posible por evitarlo... Viendo algunos antecedentes de atenuantes que se han tenido en cuenta para rebajar las condenas de acosadores o

agresores sexuales, se le cae a uno el alma a los pies de que tengamos unas leyes tan estúpidas que proyectan la sensación de que las víctimas son lo de menos.

—Yo creo que Maderuelo se ofendió más bien porque al decir eso interpretó como que no era un buen profesional —justificó Goyanes.

—Eso es un poco rebuscado, Marina. Si lo entendió así el problema es suyo.

—Ya, pero la gente es muy corporativista. Te metes con uno de su profesión y ya se cree que estás generalizando. Apostaría a que reaccionó mal por algo de eso. Si lo ves con el cuerpo de Policía, sin ir más lejos: cuando sale una noticia que no nos conviene y desde fuera nos critican enseguida nos ponemos a la defensiva, y hay veces que no hay por dónde coger la justificación.

—O lo mismo lloriquea porque él tapó algún escándalo o contribuyó en el mismo... A saber. No lo perdamos de vista por si acaso. He visto en los periódicos que le dieron hace dos años un premio por su trayectoria y por usar técnicas de aprendizaje muy novedosas a las que luego se le han unido más colegios e institutos. Por cierto, ¿qué viste ayer en el ordenador de Águeda?

A Peralta se le había olvidado preguntarlo. Goyanes fue a última hora del día anterior con dos compañeros de informática y al terminar ya no pasó por comisaría.

—Estamos en las mismas. Águeda no proyecta su vida personal en las redes sociales. No tiene ordenador propio, usa el de sobremesa que tienen en el salón de la casa. Posee una cuenta con contraseña, y dentro no vimos más que fotos típicas de celebraciones, viajes y alguna fiesta nocturna. Usa Facebook. Sus últimas entradas son noticias de series: de *Juego de tronos*, *A dos metros bajo tierra* y de *Orange is the new black*. Suele contestar a quien le escribe un mensaje público, pasa de temas políticos y no está afiliada a ninguna organización, actualiza su foto de perfil periódicamente, cuenta con doscientos tres contactos y no menciona que trabaja en el supermercado, pero da igual porque una compañera la etiquetó hace un año en una foto de una cena de Navidad en el Mesón Cándido y tituló la publicación como «Equipazo Mercadona». Lo que te digo, jefe, que seas discreto o no con Internet, al final alguien va a decir quién eres, dónde curras, qué te gusta... No hay forma de

escapar. —Goyanes había participado en varias operaciones antes de ascender a oficial en las que el mal uso de las nuevas tecnologías había arruinado vidas.

—¿Tú no usas Facebook ni nada de eso, Marina? —preguntó el inspector.

—Sí, lo uso. Por mantener el contacto con amigas y familiares que viven fuera. Mantengo la configuración privada, agrego a gente cercana y por supuesto no hago mención a nada relacionado con mi trabajo. Está el tema con tanto tonto como para poner que eres policía. Y las fotitos de las narices nada de que las suban a mi cuenta, lo tengo *capado* también para que previamente tenga que dar yo el permiso de que se vean en mi cuenta.

Goyanes hablaba de las redes sociales con la resignación de considerarlas un mal rutinario en el que ella estaba integrada por muchos intentos de poner límites que pusiera.

Enrique Peralta asintió.

—¿Y tú? —cuestionó Marina.

—Qué va. Me hice Twitter hace como dos años; leí tantas gilipolleces en tan poco tiempo que lo desactivé. Qué me importa a mí la opinión de gente que no conozco de nada.

—Eso dicen muchos, pero al final todos caemos en algún pique cuando nos sacan de nuestras casillas.

—Me pasaba media tarde enzarzado con alguien, como si se me fuera la vida en ello. Deja, deja, no vuelvo ni aunque me paguen por cada mensaje. ¿Has visto alguna vez la cuenta de la Policía Nacional? Cualquier tema que se publica ahí se llena de payasos contestando con temas que no tienen nada que ver con lo expuesto. Por supuesto que no son todos los mensajes malos, pero yo no sé hasta qué punto les compensa.

—Claro que compensa, jefe. De esos cafres pasan, ya se cansarán de escribir patochadas. Hay mensajes de alerta, educativos, de desmentir bulos..., que es importante divulgarlos y que calen en la sociedad, y nosotros tenemos más de un millón y medio de seguidores.

—Entiendo que por la cara que has puesto un millón y medio es mucho, Marina.

—Más que la cifra en sí, lo que veo es que son sobre todo un filón a explotar. No creo que las redes sociales sean una moda pasajera, y más cuando han creado semejante grado de adicción y no son pocos los que no pueden pasar ni un día sin entrar. Además, en la cuenta de la Policía tengo entendido que hay usuarios que hacen denuncias a través de Twitter, por mensaje privado, que de otra manera quizás no se harían y que les garantiza el anonimato. Es un equipo de varias personas que aparte de escribir y contestar, investigan qué casos son reales y en cuáles es necesario intervenir.

—Sí, si no digo que no sea útil, pero que me pongo en la piel de quienes escriben en nombre de la policía y han de tener una paciencia descomunal para no saltar alguna vez con tanto estúpido. ¿La gente es así de gilipollas o usa las redes sociales y la cobardía del anonimato para desahogarse y luego en la realidad son más normales? No hay semana en la que no haya una polémica, un linchamiento o una denuncia grave con esto. En la prensa lo leo constantemente.

—¿Sabes lo que creo, jefe? Que las redes sociales han evolucionado tan rápido que la sociedad siempre va por detrás de ellas, y lo que es peor, cada persona ha aprendido por su cuenta o a base de ver lo que hacen los demás, sin analizar si está bien o mal. No ha habido un aprendizaje sereno, reflexivo, dirigido por expertos..., todo ha venido de golpe y la sobreexposición que tenemos al estar ahí y el exceso de información han hecho que sepamos mucho menos de lo que creemos.

—Es que no todos tienen que saber de tecnología como si fueran informáticos, es normal que cueste dominar algo tan relativamente nuevo.

—Por supuesto, pero no hablo de saber manejar los aspectos técnicos de cada red, me refiero a asimilar la información, a no creer cada comentario que se hace, cada bulo que se genera. Se ha llegado a un punto en el que muchos usuarios para reforzar sus creencias se tragan lo que dice cualquier blog y lo asumen como verdadero. Nadie se molesta en contrastar los datos a ver si son verdad. Nada. Con las posibilidades que tiene este acceso libre a la información, lo que está predominando en las redes sociales es la desinformación.

—En eso te doy la razón, Marina, si vieras la cantidad de mierdas que me llegan a WhatsApp de amigos y familiares, te quedarías loca. Supongo que te pasará igual.

—Sí, eso está a la orden del día. Si te fijas, antes alguien tenía que demostrar lo que decía con datos y explicar de dónde procedían, y ahora en un pantallazo que puedes retocar en WhatsApp ya nos creemos cualquier patochada. No siempre, por supuesto, y mira que también hay muchos aspectos positivos. Es una pena y espero que con los años se estabilice y aprendamos a comunicarnos de verdad.

—O lo mismo empeora, no lo tengo muy claro —aventuró Peralta.

—Espero que no. También veo que se nos ha quedado grande eso de saber lo que piensa cada uno. Antes tú al vecino lo saludabas y poco más, ahora si lo lees en Twitter sabes su ideología, sus gustos, sus quejas, si se alegra de algo que no debería... No sé, demasiado contenido que procesar y ya casi no tenemos tiempo para tomarnos cara a cara una miserable cerveza.

Se hizo un silencio en el despacho, como si ambos estuvieran asimilando lo que se habían contado.

—Joder, Marina, sabes más de esto que cualquier periodista de la tele —dijo Peralta asombrado de la exposición que había hecho su subordinada.

—Nada, dos tonterías que he leído en la Wikipedia, ya sabes. —Goyanes le guiñó un ojo lleno de complicidad—. Y ya no te cuento el tema de hacerse fotos desnudos y en un momento de calentón mandársela al noviete o novieta de turno. Es una epidemia entre la gente joven. Lo hacen sin darse cuenta de que como se divulgue la foto van a estar señalados de por vida.

—¿No me hablaste hace unos meses de un caso de una chica en Asturias o por ahí sobre eso?

—De Asturias no, de Coruña. El año pasado unos compañeros me acuerdo que tuvieron que intervenir en el caso de una chica menor de edad a la que grabaron haciendo una felación a un chico estando borracha. De hecho, fue el propio chico, en los baños del bar donde estaban. Un día después la pobre tenía cientos de mensajes de desconocidos de todo el país en su móvil, correos electrónicos... llamándola de todo, diciéndole que ellos también querían que se la chupase,

insultándola, uno publicó la dirección de su casa en Twitter, otros compartían sus fotos de Instagram para que vieran cómo era ella... No me digas que no es para ir uno por uno y meterlos en la cárcel. Tan valientes ellos...

—Marina, si es mi hija a la que le pasa y le hacen eso, ya podrían rezar para que los encontrase la Policía antes que yo, porque no sé lo que haría, te lo juro. Los estrangulo.

—Hoy en día no se puede hacer nada sin correr el riesgo de que te graben, lo parodien o lo tergiversen para que parezca otra cosa. A mí en el fondo me dan envidia los que no tienen redes sociales. Han sabido tirar para adelante sin crearse esa necesidad, y son tan felices. ¿En el fondo crees que se pierden tanto? Quien pudiera...

—No se pierden nada. Ganamos en tiempo y en salud mental, y porque el WhatsApp es casi obligatorio hasta en el trabajo, sino lo mandaba igualmente a tomar por culo. —Peralta hizo como si lanzara el teléfono contra la pared.

—El otro día, y ya termino que me estoy enrollando más que las persianas, me llegó un mensaje al móvil de esos que la gente copia y pega alertando de que estaban intentando secuestrar niños en Segovia. Decía algo así como «esta vez es verdad, en San Rafael han intentado secuestrar a dos críos a la salida del colegio. Compártelo con tus contactos y tened cuidado, el hombre no ha sido detenido». Llamé a una compañera guardia civil y no tenían ninguna denuncia registrada en el cuartel, pero sí como cien llamadas de gente preguntando histérica y acusándolos de no estar haciendo nada para atrapar al supuesto secuestrador.

—Pues sí, es de locos. Y de una manera u otra hemos ido cayendo en este negocio de estar alerta y preocuparnos si no recibimos noticias de un hijo o de la pareja cada pocas horas. En fin, ojalá me equivoque y la tontería humana sea finita por lo menos en este tema. ¿Seguimos trabajando? —A los dos les vino bien ese pequeño parón sin hablar del caso de Águeda.

—Por supuesto, allá vamos, jefe. Voy a hacer unas llamadas y me voy a ver al farmacéutico.

—Por favor, dígame algo. Hablaré con mis padres y le daremos dinero. Lo que sea, le juro que yo no hice nada.

A Águeda no le quedaban lágrimas que ofrecer a cambio de compasión. Llevaba más de dos días atada casi a oscuras a aquella silla, tenía calambres en las piernas y el dolor en la espalda era insufrible. La soga rodeaba su cuello sin apretarlo, quizás a modo de advertencia o de vaticinio de lo que estaba por venir.

Una vez al día el hombre rompía las cintas aislantes que la unían a la silla, apenas cinco minutos insuficientes para que hiciera sus necesidades. Se había orinado encima varias veces y le ofrecía comida y agua ocasionalmente. Al principio Águeda se negó. Tenía la esperanza de que el rapto no se alargara, que la policía fuera en su ayuda, pero al ver que pasaban las horas —perdió la noción de qué día era— había optado por comer. Apenas podía tragar por la tensión. Su captor le daba de comer sin hablar, como un trámite pasajero que cumplir.

Cada cierto tiempo el hombre entraba en la habitación, ponía una silla frente a la de Águeda, se sentaba y se quedaba un buen rato mirándola, también sin pronunciar una palabra. Clavaba sus ojos impasibles en los de la chica, y esta, incapaz de aguantarlo, agachaba la cabeza y lloraba. Sabía quién era. Las fotos colgadas de la pared no dejaban duda.

—¡Le prometo que yo no tuve nada que ver con aquello! Suélteme y juro que no diré nada.

—*Shhhhhhhh*. —El hombre se llevó el dedo a la boca y negó—. Nadie te ha mandado hablar. —Fue la primera vez que oía su voz desde que se cruzaron al terminar la Carrera de Fin de Año y él le ofreció una bebida que a la postre resultó ser su condena. Aunque pudiera resultar contradictorio, escucharlo le dio esperanza. El silencio era aún más inquietante.

—¡No me pienso callar! ¡Suéltame puto perturbado! —Águeda perdió los nervios y como consecuencia recibió una bofetada. Se mordió la lengua por el efecto del golpe y sangró levemente—. ¡Que me sueltes! —volvió a gritar alterada.

El hombre se levantó. Se situó frente a Águeda y le apretó la soga, ajustándola al cuello.

—¡No, no, no, no, por favor, para! ¡No volveré a hablar, te lo juro! —La cuerda ahora le apretaba provocándole arcadas. Forcejeó intentando liberar las manos sujetas con fuerza a los reposabrazos. La silla se cayó hacia atrás. Águeda no se ahogó porque el extremo de la cuerda no estaba sujeto a nada. Pasaba por dos poleas afianzadas en el techo y bajaba hasta reposar en el suelo. El hombre agarró la silla por el respaldo y la puso en su posición original. Águeda jadeaba. Había creído morir, al estar de espaldas no sabía que la cuerda no estaba atada. Pensó que quizás tendría una oportunidad de sobrevivir. Llevaba muchas horas allí y salvo la bofetada el hombre no le había puesto la mano encima. Al contrario de lo que pensó cuando fue consciente de quién era él y por qué colgaban esas fotos en la pared, dedujo que si quisiera matarla ya lo habría hecho.

Otra vez se sentó frente a Águeda y la taladró con unos ojos capaces de iluminar la oscuridad. Desprendían ira. Eran los de un demente dispuesto a retenerla hasta la eternidad. Más allá de la ira, la chica se dio cuenta de que el hombre disfrutaba con la situación, y de nuevo cambió de opinión y perdió la esperanza de una solución favorable.

—Después de casi tres días encerrada aquí pensaba que tendrías la decencia de mirarme a los ojos y mostrar arrepentimiento.

—¡Que yo no hice nada, te lo juro! —gritó Águeda.

—Eso no es precisamente lo que dijo tu amiguita Patricia. —Era la primera vez que mencionaba ese nombre.

El hombre puso especial atención en la reacción de Águeda al despejar cualquier duda, era el asesino de Patricia.

—¿Amiguita? Ella no era mi amiga. Llevaba muchos años sin verla y no teníamos ninguna relación. Dijera lo que te dijera lo hizo para salvarse si la tuviste retenida igual que a mí. —Águeda se concentró en mostrarse convincente. Le temblaba todo el cuerpo.

—Podrías tener un poco más de respeto por los muertos, ¿no crees?

—¿Y me lo dices tú que la mataste y a mí me tienes así? —Águeda se arrepintió al momento de atacarlo. Cuando asimiló el error ya estaba doliéndose por una nueva bofetada en la cara—. ¡Que no me pegues más, hijo de puta! — intentó zafarse en vano. Llegó un tercer impacto.

—Eres bastante más estúpida y chula que Patricia. Ella con gritar como una histérica tenía suficiente, pero tú eres una atrevida. Va a ser verdad que fuiste la principal culpable. No tenía ninguna duda, y ahora viéndote me reafirmo. Y dado que de tu prepotente boca no va a salir ni una disculpa, no me dejas otra opción. Estamos alargando demasiado esto.

El hombre se levantó. Dio la espalda a Águeda y cogió la cuerda.

—¡No, no, no, no, por favor! ¡Perdóname, de verdad! ¡Lo siento muchísimo! ¡Éramos unas crías idiotas y no pensamos en las consecuencias! Perdóname, siento lo que pasó, me arrepiento y ojalá pudiera dar marcha atrás. —Águeda giró bruscamente el cuello esperando una respuesta, raspándose con la soga. No verlo ni tener controlados sus movimientos la aterraba aún más.

—Lo que pasó no, lo que hicisteis —corrigió.

La respiración del hombre se aceleró. Águeda lo sentía justo detrás. El silencio se quebró por el ruido de la cuerda al moverse por las embestidas que ejercía el hombre no sin esfuerzo y con la ayuda de las dos poleas colgadas del techo que le servían para repartir el esfuerzo.

Águeda gritó hasta desgarrarse la garganta. Su cabeza se elevó despacio, la silla se inclinó hasta que primero las dos patas traseras y después las delanteras dejaron de tocar el suelo. La cuerda fue adaptándose al cuello de la chica, apretándola cada vez más a la vez que su piel se amorataba. Los pies de Águeda, aún luchando por separarse de la cinta que los atrapaba, se alejaron unos veinte centímetros del suelo, la misma distancia que empezaba a separarla de la vida.

Todo su peso y el de la silla lo soportaba el cuello. Emitió sonidos guturales, debilitados a cada segundo que jugaba en su contra. Se acordó de sus padres y deseó más que nunca estar a su lado. Los echaba de menos. Quería estar en su casa, con los primos pequeños, haciendo postres y jugando al escondite; haciéndose pasar por una niña más. Notó que la vida se le escapaba y, al final, en el último aliento, odió con la energía que le faltaba a aquel hombre que se había situado inmóvil junto a ella, disfrutando sin escrúpulos de la tortura y del balanceo irregular de la silla. Después no hubo nada más, solo oscuridad y descanso.

Marina suspendió la visita a Julio Carrera. Media hora antes de ir al encuentro el ciento doce recibió la llamada que nadie hubiera querido atender. El cadáver de una chica había aparecido en la calle San Juan de la Cruz, junto a la estatua del santo que daba nombre a dicha calle. Fue Peralta el que, tras recibir la noticia, se lo comunicó apremiante acercándose a su mesa. Goyanes ya estaba cerrando el ordenador y poniéndose el abrigo para verse con Carrera.

—No te vayas a ver al farmacéutico, Marina. Ha aparecido el cuerpo de una chica menor de treinta años en San Juan de la Cruz. No creo que haya duda de que es Águeda —Peralta habló cabizbajo, intentando asumir la segunda derrota en cinco meses—. Qué desastre, joder.

—Lo llamaré para posponerlo. Vamos para allá. —Goyanes se mordió la uña del dedo pulgar izquierdo. Lo hacía cuando se esforzaba por no llorar.

Los dos miembros de la Brigada de Homicidios se identificaron ante los compañeros que vigilaban que nadie ajeno a la investigación accediera al perímetro. Peralta no los conocía. Dos patrullas habían llegado apenas un minuto después de la llamada al ciento doce. Una señora, vecina de una calle cercana, fue la primera en dar la voz de alarma.

—¿Habéis llamado al juez? —preguntó Peralta.

La respuesta de un compañero fue afirmativa.

El cuerpo no había sido manipulado ni por la señora que lo encontró ni por los sanitarios. Los globos oculares de la joven estaban mínimamente fuera de sus cuencas, lo suficiente para aumentar la sensación de horror. El cuello presentaba síntomas más que evidentes de estar fracturado y la palidez de su piel no dejaba lugar a la vida. Águeda vestía la misma ropa deportiva que en el momento de su

desaparición, la que había descrito su amiga Estela, la última persona que la vio con vida.

—Parece a simple vista que la han matado de forma similar a Patricia, pero esta chica tiene el cuello más reventado, ¿no crees? —Observó Goyanes haciendo un intento desesperado por mostrarse fría.

—Tiene unas marcas muy parecidas, sí, y mira las muñecas, esos moratones son de haberla tenido inmovilizada bastantes horas. Me cago en la puta, Marina, voy a coger a Cabello y le voy a hacer cantar hasta la Traviata.

—Se nos ha ido de las manos. Si los forenses determinan las mismas circunstancias que con Patricia, o alguien está copiando a Cabello para confundirnos o ese desgraciado está en la cárcel sin ser completamente responsable del motivo por el que lo hemos encerrado. Es como si hubiéramos retrocedido cinco meses de un golpetazo.

En aquel instante de desconcierto, Marina dudó de que hubieran dado con el culpable. No era la primera vez.

—Vamos a pensar con la cabeza, Marina. Que Cabello es culpable es evidente. Las pruebas que presentamos al juez eran más que concluyentes. ¿Qué pinta la blusa en su casa, el cigarro consumido junto al cuerpo o la mancha de semen en el pantalón de Patricia? Ese tío no es una hermanita de la Caridad. ¿Sabes si se filtraron en la prensa las causas concretas de la muerte de Patricia? —preguntó Peralta buscando un principio lógico al que aferrarse.

—Que yo sepa no —contestó Goyanes insegura—. Pero en su momento lo hablamos: fue demasiado fácil. Muestra de ADN de una persona con antecedentes, la blusa en vez de tirarla por ahí se la lleva a casa, deja el cigarro tan cerca... O era un inconsciente o un idiota.

—O las dos cosas a la vez. Puede que estuviera borracho, o que se sintiera seguro y no pensara que daríamos con él. En cuanto terminemos con esto llama al comisario; pídele un agente de apoyo para que revise la hemeroteca. Es importante saber hasta qué punto el asesino ha tenido acceso a la información del caso, y nosotros no podemos perder el tiempo con eso. Y si hubo filtraciones

habrá que depurar responsabilidades, porque habrá sido una cagada monumental, no me jodas.

—Mira, la chica tiene todos los dedos. No le han amputado los pulgares como a Patricia. En su día no recuerdo que ese detalle se publicara. Nadie busca imitar a Cabello, de eso estoy segura. Los dos crímenes están relacionados y alguien está continuando lo que empezó Cabello, o lo que empezó él mismo.

—Independientemente de su grado de participación está en la cárcel por algo, Marina.

—No estoy diciendo que sea una joya de hombre, solo que le concedimos el papel de único culpable y con esto ya podemos olvidarnos. Aquí hay alguien que no se ha dado por satisfecho con una muerte. Hay que encontrar la relación entre las dos chicas más allá del instituto. A ver si Blasco ha podido hablar con los que fueron compañeros de las dos chicas en aquellos años. Se tenían que conocer.

El cuerpo de Águeda reposaba en el pedestal de granito que alzaba a la estatua de San Juan de la Cruz. La sudadera fucsia con la que corrió el 31 de diciembre tenía restos de sangre y no se apreciaba a simple vista que tuviera cortes producidos por alguna herida superficial. La médica se aventuró a darle un pronóstico: había muerto ahorcada y, a diferencia de Patricia, las marcas en el cuello eran más evidentes.

—¿Te juegas algo a que ha pasado igual que la otra vez, Marina? Acuérdate del informe forense de Hidalgo y de Salvador. Cuando le quitaron las uñas a la chica no encontraron restos de cuerda. Si a ti te ahorcaran intentarías zafarte como fuera sujetando la cuerda con las manos, y en ese esfuerzo algún resto dejarías. ¿Ves? No tiene ninguna señal en las manos más que esta en las muñecas que demuestra que estuvo retenida. Se ven a simple vista hasta los restos de adhesivo y los pelos que le han sido arrancados al quitárselo. Los forenses hablaban de una técnica llamada *peel off*, que consistía en disecar la piel de la espalda para encontrar signos de violencia ocultos que no se ven en un primer análisis superficial. Deducían que la chica había estado muchas horas sentada en una silla con un respaldo alto y que en algún momento había sido presionada provocándole hematomas internos, pero ni rastro de señales en las manos. Aquí

estoy seguro que va a pasar igual. Ese puto loco la ha ahogado estando atada a la silla.

—Esto dejaría bastante claro que Marcos Cabello no actuó solo, ¿no crees?

—Es una opción. Hay que volver a tomarle declaración, Marina. Ese cabrón se está riendo de nosotros.

—Iremos, jefe, aunque no cuentes con que nos sea de ayuda. Ninguna de las dos veces nos ha servido para algo. A ese ya no lo engañamos con tonterías de que si colabora el juez lo ayudará. Está cerrado en banda y se hace el tonto.

—Veremos entonces si se cumple el dicho de que a la tercera va la vencida — dijo Peralta con cierto tono amenazante.

Peralta y Goyanes se acercaron al coche patrulla donde esperaba sentada la señora que había descubierto el cadáver. Se llamaba Juana Marqués. Sujetaba en su mano derecha una tila traída de un bar cercano, con la otra un pañuelo de papel.

—Señora Marqués, muchas gracias por la espera. Soy el inspector Peralta, encargado de este caso. Ella es la oficial Marina Goyanes. —Juana asintió con la cabeza, tenía los ojos enrojecidos—. Es importante que se relaje. Ha hecho un estupendo trabajo avisándonos rápidamente y no manipulando el cuerpo. Así nos será más fácil encontrar alguna evidencia que nos lleve a detener al que ha hecho esto. —Peralta empezó por hacerle sentir cómoda en la medida en que la situación lo permitiera.

—No me lo puedo creer, inspector. Qué disgusto, que haya tenido que ser yo precisamente, con lo malita que estoy del corazón.

—Necesitamos que se tranquilice para que tenga la mente despejada y pueda darnos cualquier información que sea de ayuda.

—¿Cómo me voy a tranquilizar si he tenido a esa pobre chiquilla frente a mí con esa cara de pánico? Qué horror, cómo tenía la cara de hinchada. ¿Qué desalmado hace una cosa así?

A Juana Marqués le temblaba el pulso; se le cayó la infusión al salir del coche.

—No se preocupe por eso, ahora le traeremos otra tila. Señora Marqués, es una situación terrible, y más para usted, lo sabemos. ¿Ha visto algo raro antes de

llegar aquí? No sé, una persona que se cubriese el rostro, que llevara gorra, que caminase más rápido de lo normal, un coche a gran velocidad..., lo que nos diga es importante.

—Iba hablando por el móvil hasta unos segundos antes de verla. Iba distraída con la conversación.

La mirada de Juana Marqués ocultaba un aire de culpabilidad. Quizás podía haber visto al culpable, pensó.

—¿De dónde venía? —preguntó Marina.

—De la Plaza Mayor. Vivo allí, bueno, en la calle Escuderos.

—¿Y adónde se dirigía? —reiteró Marina.

—Justo ahí, a la Casa Joven. Iba a recoger a mi nieto, que está apuntado a unas actividades educativas que organiza el ayuntamiento. —La señora señaló la entrada al local situada a unos metros de la estatua.

Dos agentes estaban en la Casa Joven tomando declaración a los responsables municipales. El local, conocido en la ciudad por impartir actividades educativas y talleres, estaba dentro del perímetro cercado que abarcaban las calles Vallejo, del Pozuelo, y del Barranco, además del propio Paseo de San Juan de la Cruz. Hasta que no tomaran las anotaciones oportunas y los compañeros de científica confirmasen que ya habían peinado el terreno, nadie podría salir ni entrar. Goyanes tranquilizó a Juana Marqués. Que estuvieran retenidos era simple protocolo. Mientras hablaban con la testigo Peralta vio que llegaba el juez, Morillas-Cal, que casualmente estaba de guardia. Lo acompañaba un secretario judicial que no conocía. No eran necesarias ambas figuras, pero dada la gravedad del caso y la alarma social creada, prefirieron estar en primera línea y seguir la investigación directamente. Peralta saludó y los puso al corriente. Cuando Goyanes terminó de hablar con la testigo se reunió con Peralta.

—Esto es muy extraño. El asesino ha demostrado precipitación. Este paseo confluye con varias calles diferentes, y si alguien sube por las escaleras de la calle Barranco prácticamente hasta que no está casi aquí arriba puedes no verlo venir. Te la juegas muchísimo. Y ahí enfrente hay dos casas. Mira todas las ventanas que tienen. No es una zona de mucho tránsito; yo he estado por aquí y

coches sí que suelen pasar con relativa frecuencia, ya sea subiendo por la calle Castelo y luego torciendo hacia aquí, o bajando por la de Los Desamparados. Con Patricia fue diferente: por el Arco de la Fuencisla un 15 de agosto, que además era fiesta, a las siete de la mañana era muy probable que durante un minuto no pasase nadie y hubiera tiempo para sacar el cuerpo de la chica y dejarlo en el Puente de San Lázaro. Aun así, ya me pareció extraño que lo hiciera al amanecer y no en plena noche. Pero aquí es una imprudencia brutal si lo que buscas, claro está, es que no te cojan. Y si te fijas, no hace nada por ocultar los cuerpos, los deja a la vista de cualquiera a los pocos días. Le interesa llamar la atención; es un egocéntrico de campeonato.

Peralta vio que la mirada de Goyanes se había perdido durante la explicación en algún punto indescifrable.

—Águeda venía de correr la Carrera de Fin de Año, jefe —dijo con aire enigmático.

—Así es. Ya hemos visto que lleva puesta la misma ropa deportiva que cuando desapareció —reafirmó Peralta.

—El chico que encontró a Patricia también estaba corriendo y por lo que dijo lo hacía con mucha frecuencia. ¿Otra coincidencia más como la del instituto? Por lo que sabemos, Águeda llevaba un tiempo muy motivada con esto de hacer deporte.

—Ten en cuenta que en la Carrera de Fin de Año corren más de dos mil personas. No es precisamente un evento para el que haya que prepararse ni en el que sea extraño cruzarse con conocidos. Son cinco kilómetros. —Goyanes miró a Peralta sin entender muy bien qué quería decirle—. No me mires así, Marina. Quiero decir que, aunque el chaval ese, ya no me acuerdo de su nombre, haya corrido a la vez que Águeda, será difícil agarrarnos al vínculo del deporte.

—Por supuesto, no obstante, hay que ver si nos puede dar una pista sobre la que centrarnos, que en eso no estamos para elegir —dijo Marina defendiendo su argumento para investigar esa posible conexión—. El corredor se llama Lucas Álvarez.

—Eso por supuesto. No me malinterpretes, no quería decir que no tiremos por ahí —matizó Peralta al notar que no había estado acertado.

—Voy a pedir a la concejalía de deportes que me mande inmediatamente por correo electrónico la lista de inscritos. Y llamaré a Lucas Álvarez, tanto si corrió como si no, para que nos aclare dónde estaba entre las ocho y media y las nueve y media de la noche.

—Me parece muy bien. Yo voy a ocuparme de comunicar la noticia a los padres de Águeda y me llevaré a un par de agentes para revisar su habitación.

—No os olvidéis de volver a entrar en su cuenta de Facebook y ver si tenía como amigo a Lucas. Ya hice el otro día la comprobación y con Patricia no había relación en las redes sociales. A ver si con el corredor tenemos más suerte.

—¿Pasas tú por la cárcel a hablar con Cabello?

—Qué remedio, lo tenía pendiente además. Si vas tú lo mismo terminas con una denuncia por agresión —dijo Goyanes medio en broma.

—Qué exagerada eres. Tendrás queja de mis pulcros métodos para sacar información. —Peralta se defendió sabiendo que no tenía por qué hacerlo, no era un tipo agresivo.

—Mira, por ahí viene el juez —señaló Goyanes.

Morillas-Cal dio la orden para levantar el cadáver. Pidió, como siempre hacía, que lo tuvieran informado con cualquier avance en la investigación, por mínimo que fuera. Peralta le explicó que seguirían tres vías principales: tratar la segunda muerte como independiente de la primera, el posible vínculo de Águeda con Lucas Álvarez y la conexión de las dos víctimas con el instituto Andrés Laguna en su adolescencia.

La buena relación con el juez facilitaba la labor policial y la transparencia a la hora de compartir información, especialmente cuando el tiempo apremiaba. Los resultados de la autopsia tardarían en llegar, aunque también se recurriría a laboratorios privados para agilizar el proceso. El tiempo corría en su contra y la experiencia les decía que después del segundo asesinato vendría el tercero si no estaban rápidos.

Peralta observó que al otro lado del perímetro acotado se amontonaban decenas de personas intentando ver lo que pasaba. Segovia pasó del rumor al miedo y de las sospechas a las certezas: otra chica había sido asesinada y no eran pocos los que ya aseguraban que ambos crímenes estaban relacionados. La presión hacia los policías estaba a punto de volverse insoportable y, como tantas otras veces, los medios de comunicación, las redes sociales y los políticos iban a ser los que más la acentuaran con sus noticias, bulos y exigencias. El resto, la propagación del terror y los dedos acusatorios, corría a cargo de los ciudadanos.

Goyanes revisó hasta cuatro veces la clasificación oficial de la Carrera de Fin de Año. En la concejalía de deportes atendieron de inmediato la petición de la oficial que, sin necesidad de revelar algún dato importante, explicó al concejal que era un asunto de relevancia que no podía esperar a la mañana siguiente. Eran las nueve y media de la noche del 3 de enero y a Marina le parecía que habían pasado cuatro días desde el amanecer. Sin duda había sido una jornada muy intensa de investigaciones primero y malas noticias después.

Fue decepcionante no encontrar el nombre de Lucas entre los inscritos. Que hubiera estado en la lista no significaba nada, al igual que no estarlo, pero el vínculo del atletismo le parecía un argumento que expresar. Decidió llamarlo directamente a casa, sin apretar, solo un tanteo que pareciera inocente. Una voz masculina contestó.

—¿Sí?

—Buenas noches. Quería hablar con Lucas Álvarez —respondió Marina.

—No está en casa. ¿Quién lo llama? —preguntó curioso el hombre.

—Soy Candela, una amiga de Madrid. Lo llamaba para felicitarle el año, que hasta ahora no he tenido tiempo con tanto ajeteo familiar. —Marina en el último instante decidió no identificarse como policía.

—Hola, Candela. Soy Ramón, el padre de Lucas. Creo que no nos conocemos, ¿es así?

—No, no he ido nunca a Segovia. Soy amiga de la época en la que hicimos la carrera en Madrid. —*In extremis* recordó que en la toma de declaración del

chico, el día que encontró a Patricia muerta, le había contado que estudió INEF en Madrid.

—¡Ah! Claro, claro. Candela, hija, Lucas se fue hace unos días a París a ver a su hermano, que vive allí. Vuelve el día cinco para la Noche de Reyes, que ya sabes que le gusta salir más que a un tonto un lápiz.

—Sí, qué me va a contar usted de las fiestas que montábamos en nuestra época de estudiantes. —Marina le siguió la corriente. Necesitaba que el padre le concretase ese «se fue hace unos días»—. Anda, no me había dicho nada el sinvergüenza. ¿Y qué día se fue a Francia? —preguntó mostrando en el tono cierta indiferencia.

—Pues se marchó el 30 de diciembre. Tuve que llevarlo yo al aeropuerto porque el muy mangante tenía el vuelo a las ocho de la mañana, y tampoco era plan de que durmiera allí. Su madre insistió, así que me tocó acercarlo a Barajas. Hoy justo nos ha mandado unas fotos al móvil, se lo están pasando tan bien que no sé yo si ese cabroncete no hará como su hermano y se quedará a vivir en París.

—Seguro que no, le gusta mucho Segovia como para irse a Francia. En fin, no lo entretengo más. Ya lo llamaré tranquilamente cuando vuelva o le mando un mensaje. ¡Feliz año, señor Álvarez! Encantada de hablar con usted. —Llevó la conversación a su fin.

—Igualmente, hija. ¡Feliz 2016!

Ramón Álvarez colgó antes que Marina.

—Jefe, la hipótesis de que Lucas tiene algo que ver se nos ha ido al carajo. El chico está en París viendo a su hermano.

—¿Y no puede ser que su padre esté mintiendo? —dijo Peralta al otro lado del teléfono.

—Me extrañaría mucho. Me he hecho pasar por una amiga de su hijo. La verdad es que muy nervioso no se le veía y, por si hubiera alguna duda, mientras hablo contigo estoy cotilleando el Instagram de Lucas y tiene varias fotos colgadas de la Nochevieja en París.

—¿Y cómo puedes verle las fotos? ¿Lo sigues en Instagram? —Peralta demostró que no estaba actualizado en el uso de las redes sociales. Marina no pudo evitar la risa.

—¡Qué va! ¿Cómo voy a tenerlo agregado? Tiene el perfil abierto y cualquier puede ver las imágenes. Este es de los que narra su vida en directo, un tostón de los buenos. Además, aparece la ubicación del lugar desde el que se han subido las fotos: Francia, que no tiene por qué ser la real obligatoriamente, pero será fácil de comprobar.

No es que se apenara de que Lucas estuviera descartado en la investigación, el chico le había parecido honrado las veces que habían hablado en los días posteriores a la aparición del cuerpo de Patricia, pero cuando se cerraba una vía sentía que se alejaba un poco más de la resolución del caso.

—¿Te das cuenta, Marina? A nada que te pones sacas información reciente de cualquier persona a través de las redes sociales; qué poco espacio queda para la intimidad. Nada más has puesto Lucas Álvarez y ya puedes ver dónde está, con quién, desde cuándo, qué está haciendo... No sé si es algo bueno o aterrador, no me queda claro, y menos cuando pienso en que mi hija usa estas cosas y que por mucho que intento educarla para que sea responsable se escapa a mi control.

—No te agobies por eso, tienes la hija más responsable del planeta, Enrique. Estoy segura de que sabe lo que hace. En la vida he visto que pusiera algo fuera de tono. Yo te la vigilo.

Volvieron al caso. Se intercambiaron las últimas novedades. Formalismos, reparto del aburrido papeleo y el trámite más difícil, el único que por mucho que enseñaran en la academia uno nunca llegaba a afirmar que lo dominaba: Peralta venía de ver a los padres de Águeda.

—Imagínate cómo estaban. No hay quién se acostumbre a esta mierda, Marina — confesó—. Ha sido algo extraño, para la madre ha sido un palo terrible, se ha venido abajo como es de esperar porque tenía las esperanzas intactas. Ha empezado a llorar en el suelo, agarrándose la cabeza, diciendo que estaba segura de que volvería. Sin embargo, el padre es como que lo tenía asumido. Se lo he dicho primero a él porque es el que me ha abierto la puerta de casa, y en cuanto

me ha visto ha asentido con la cabeza, la ha agachado y me ha dicho que pasase. Se ha quedado en el sofá mirando al infinito y durante dos o tres minutos no se ha movido. Joder, qué duro ha sido, Marina. He ido con la psicóloga, se ha quedado un rato más después de que les haya puesto al día de cómo va a ser el proceso hasta que puedan ver el cuerpo y trasladarlo al tanatorio.

Desde que era inspector nunca había delegado en nadie la labor más dura de su trabajo: explicar a una familia que nunca más volvería a ver a su ser más querido y, aunque en la brigada les instruían para ello e iban acompañados por un psicólogo, no había teoría ni pautas que fueran capaces de mitigar la tristeza.

Extracto del diario de Raquel Carrera (30/12/2005)

La primera parte de la Navidad ha sido inmejorable. Ya desde el día 22 sabía que esta vez iba a ser diferente. A papá le tocaron quince mil euros en la lotería de una participación que llevaba con los amigos con los que juega al baloncesto los lunes en los Maristas. Mamá dice que ese dinero viene muy bien para tapar agujeros. Siempre escucho eso a los mayores, y yo me pregunto si no sería mejor que se lo gastaran en un viaje especial o algo así. La mayoría de los agujeros que se tapan nadie los recuerda nunca, ¡pero un viaje a un lugar lejano sí! Si me hubiera tocado a mí y fuera mayor de edad creo que me iría a Argentina y Perú. Sola, además, para no depender de nadie e ir a mi bola. Visitaría la Patagonia, Perito Moreno, Buenos Aires, el Machu Pichu, Lima, Cuzco... sin prisas. Nada de estar un día en cada lugar, hacer unas cuantas fotos y marcharme. Sería como si viviera allí. Me levantaría cuando quisiera, y si en un lugar estuviera muy a gusto alargaría la estancia, conocería gente que me llevaría a sitios que no fueran tan turísticos... ¡Así hasta que me quedara sin un céntimo y tuviera que avisar en casa para que me comprasen el billete de vuelta! Me imagino llamando a mamá para decirle que tiene que enviarme dinero para coger el billete de vuelta y que me lo he gastado yendo de aquí para allá... ¡Buah, sería maravilloso!

Baja a la tierra, Raquel, ¡vives en las nubes! Con lo que tengo ahorrado no me da ni para salir de Segovia. Este verano estoy pensando en trabajar cuidando niños y sacarme un dinerillo. Una compañera de papá me lo dejó caer el otro día, así que si apruebo todo no sería mal plan y por lo que me dijo serían unas cinco horas de lunes a viernes. Tendría las tardes para ir a la piscina.

Hoy han llegado el tío Miguel, la tía Marta y los mellizos. Se van a quedar en un hotel porque dicen que si se meten en casa vamos a estar como piojo en costura. Me hace gracia esa expresión. Los primos están para comérselos. Anteayer cumplieron ya seis años. Si me dejan los tíos quiero llevarlos al cine el día de Año Nuevo a ver alguna de dibujos. No creo que me pongan pega.

¡Por cierto! Ya me han arreglado el vestido de Nochevieja. Estaba histérica pensando que no llegaba a tiempo. Mi madre diciéndome que no me preocupara y que lo tendría para la fiesta... ¡Por un día no me quedo sin él! Ya quisiera ser tan optimista y tranquila como ella, ¡es que era mi vestido y no podía ser otro más que ese! Manuel se va a quedar enamorado cuando me vea de azul. ¡Qué ganas tengo de verlo! Hoy me ha escrito un correo electrónico. En el pueblo no tiene ordenador, pero ha ido con su familia a Salamanca a ver a sus abuelos maternos y ha aprovechado para meterse en un ciber. Mañana vuelve a Segovia. Me ha dicho que llega justo para correr la San Silvestre. Qué manía tienen los chicos de estar todo el tiempo pensando en el deporte... Bueno, yo iré a animarlo. Se está tomando en serio eso del atletismo y con lo soñador que es no me extraña que ya esté imaginándose en

unos Juegos Olímpicos. ¡Con lo guapo que está cuando entrena y se pone muy serio para concentrarse! Hace unos días fui a verlo a las pistas de atletismo. Él no lo sabe. Dice que no quiere que nadie lo vea porque si no se pone nervioso y se desconcentra. Si es que, en el fondo, por mucho que se enfade cuando se lo digo, es más tímido de lo que quiere aparentar.

Me llaman para comer. En Año Nuevo te escribo, diario, y te cuento cómo fue la noche con mis amigas y con Manuel, la que llevamos tanto tiempo planeando. ¡Voy a dormir con él, por fin! Mejor no puede presentarse el 2006...

El avión en el que viajaba Adriana Gómez aterrizó en el aeropuerto Adolfo Suárez-Barajas de Madrid a las diez y siete minutos de la mañana del 4 de enero. La semana de vacaciones en Punta Cana le había servido para desconectar tras unos meses intensos de trabajo. La campaña de Navidad había sido exigente en la agencia de publicidad, más que en años anteriores. Cuando en septiembre ganaron el concurso para trabajar en la cuenta publicitaria de Coca Cola supo, entre tanta alegría de sus jefes, que su calidad de vida se resentiría, pero no podía imaginar que de lunes a viernes la jornada laboral terminaría en la mayoría de los días después de la medianoche y que hasta los fines de semana iba a ser esclava del teléfono móvil y del correo electrónico. Lo que sí suponía después de cuatro años en el sector era que su sueldo no iba a aumentar a no ser que cambiara de agencia. Cuando terminasen las vacaciones buscaría un nuevo destino laboral. Madrid le gustaba y sabía que en Segovia las posibilidades de trabajar en publicidad eran muy limitadas. No le importaba vivir en la capital y los fines de semana pasarlos en Segovia, y más ahora que ni siquiera tenía la opción de ir y venir cada día, como hacían miles de segovianos.

Adriana y sus tres amigas pactaron en la Nochevieja que pasaron en República Dominicana desconectar del mundo real toda la semana. Nada de teléfonos, nada de Internet ni de llamar al novio para decirle lo mucho que lo echaba de menos —solo una de ellas lo tenía—. Era su semana especial, la cuarta vez que programaban pasar el Fin de Año en un lugar diferente, aunque nunca había sido tan lejos. Anteriormente habían estado en Viena, Berlín y Florencia.

Adriana recogió su maleta y se despidió de las chicas; ellas se quedaban en Madrid. Fue en dirección a Chamartín para coger el tren rumbo a Segovia. Subida en el cercanías se dio cuenta de que aún no había encendido el móvil.

Pensó en lo fácil que le había resultado acostumbrarse a no estar pendiente del WhatsApp, de las redes sociales y del maldito correo electrónico. Tendría cientos de mensajes por leer y le daba igual; hasta el 7 de enero no trabajaba y no iba a estar pendiente de nada que no fuera acabar bien las vacaciones.

Catorce llamadas perdidas, mil doscientos treinta y tres mensajes sin leer en WhatsApp, cuarenta y dos notificaciones en Facebook, diecisiete menciones en Twitter y cuarenta y seis correos electrónicos en su cuenta personal de Gmail. Ese era el balance de una semana cumpliendo a rajatabla el pacto. Se le había ocurrido a Marta en el segundo viaje, el de Berlín, durante una cena en la que hubo un momento en el que las cuatro amigas estaban atontadas mirando las pantallas de los teléfonos en un restaurante con wifi gratis. Marta levantó la cabeza y vio que las conversaciones mirándose a los ojos habían sido relegadas por comentarios superficiales acerca de lo que leían en sus pantallas. Chicas, esto tiene que acabar, alertó. Un me gusta, una nueva foto, una respuesta polémica... ¿Qué importaba aquel mundo virtual cuando enfrente podían expresarse, sonreír, gesticular o gritar de alegría si fuera necesario?

Le dio pereza leerlo todo de golpe. Mejor lo haría por la tarde, ya en Segovia. Únicamente escribió un breve mensaje en Facebook avisando de su llegada.

Lo que sí que echaba de menos era saber qué había pasado esos días en España. Abrió la aplicación del periódico *El País* y leyó los titulares: Rajoy buscaba acuerdos para formar Gobierno después de las elecciones, decenas de mujeres había sido agredidas sexualmente en Alemania durante la celebración de la Nochevieja, atentados en Siria e Irak se cobraban la vida de cientos de civiles, las rebajas se adelantaban en varias ciudades, el entrenador del Real Madrid estaba en entredicho y no se descartaba su destitución... «Podría desconectar un mes entero y al volver me daría la sensación de que todo sigue igual», pensó Adriana. Accedió a la sección «Nacional» y fue pasando con el dedo las noticias insustanciales hasta que la palabra «Segovia» llamó su atención.

La Policía no descarta que el asesinato de Águeda Millán tenga relación con uno anterior ocurrido en Segovia en agosto.

Águeda Millán. No podía ser. Leyó la noticia buscando el error del periodista. Águeda. Cuántos años haciendo un esfuerzo porque ese nombre desapareciese de su cabeza y, ahora, cuando ya no era más que una cicatriz que ardía en ocasiones puntuales, volvía como una lanza que se clavaba en su mente resquebrajando su seguridad.

Águeda y Patricia. Porque realmente no era un nombre a olvidar sino dos. Era volver a las tinieblas del pasado y reabrir el capítulo de un libro de terror al que al parecer quedaba una segunda parte por escribir, como si la primera no hubiera sido de por sí lo suficientemente macabra. No podía haber casualidad en ambos asesinatos. Cuando murió Patricia sintió lástima por ella, pero para Adriana, igual que para el resto de la ciudad e incluso para la policía, no era más que un hecho aislado asociado a un demente que la conocía de trabajar en el restaurante del padre.

Con el segundo ya no había posibilidad de dejar la causa al azar. Tenía que haber una relación entre ambas muertes, y si la había ella también podía estar señalada.

De repente, hasta los viajeros del tren le parecieron una amenaza. Llamó a su madre haciendo un esfuerzo para que el miedo no hablara por ella. Unas frases de manual relatando lo bien que lo había pasado, un ya os contaré tranquilamente luego. En el momento en el que pisase la ciudad el peligro iba a estar ahí, al acecho de cualquier despiste. ¿Seguía viva porque había estado ocho días fuera de España? Al llegar cogería el autobús en la estación y bajaría en la última parada, la que dejaba a los viajeros frente a la comisaría. Comprendió que la única manera de proteger su vida pasaba por ver a la policía y contar la verdad: al fin y al cabo, Adriana también era una víctima del silencio.

Quería salir del cercanías y correr. La siguiente parada era la penúltima antes de llegar a Chamartín, Fuente de la Mora. Estaba bloqueada. La apabullaban supuestos en los que acababa de la misma manera: muerta. A aquel tipo, del que no tenía sospechas sólidas de cuál era su identidad, pero sí posibles candidatos, le interesaban dos mujeres tal como había demostrado: Patricia, Águeda y seguramente una tercera.

Ella.

A la misma hora en la que Adriana aterrizaba en Madrid, la oficial Marina Goyanes accedía a la farmacia del licenciado Alejo Varas, situada en la calle del Cronista Lecea. Un hombre de estatura mediana con gafas, pelo canoso y barba milimétricamente cuidada, atendía a una señora que hablaba muy alto y que no terminaba por decidirse entre dos cremas para combatir las varices porque entre una y otra había dos euros de diferencia en el precio.

En la bata del farmacéutico pudo ver su apellido: Carrera. Se miraron a la vez y Marina creyó que la había reconocido. En verdad se había adelantado —eran las diez y media—, pero dedujo que sabía quién era.

Marina prefirió citarse en la propia farmacia, y si la conversación lo requería propondría ir a un bar y tomar café. Lo había hecho así para restarle importancia al encuentro. Normalmente las entrevistas con agentes de policía, especialmente en la comisaría, ponían a las personas nerviosas hubieran cometido un delito o no. La mayoría pensaba que una mala respuesta podría ocasionarles problemas, así que optaban por una prudencia exagerada que obstaculizaba la investigación.

—Ahora mismo estoy con usted, oficial Goyanes —dijo el farmacéutico corroborando su intuición.

Desde muy pequeña tenía la costumbre de etiquetar a las personas basándose en las primeras impresiones. Cuando había tenido la oportunidad de conocerlas posteriormente habían sido más los aciertos que las equivocaciones. En aquel caso había trampa; sabía que estaba ante un hombre con un pasado terrible que había perdido a su hija de la forma más cruel. Por eso no se dejó llevar, pero sí intuía una mirada sin fuerza, apagada y oculta tras una máscara de simpatía que mostraba ante la engorrosa clienta que por fin se decantó por la crema más barata.

Marina identificó dentro tres voces diferentes y a los pocos segundos una chica algo más joven que ella salió y saludó. A continuación, apareció Carrera, ya sin la bata. Se puso el abrigo y abrió la puerta indicando educadamente a Marina que pasase primero. La oficial se lo agradeció y ambos emprendieron el camino calle abajo en dirección a la Plaza Mayor.

—¿Le apetece un café mientras charlamos, oficial? Estaremos más cómodos que en la farmacia —preguntó Carrera tomando la iniciativa.

—Me parece muy bien. Con este frío no apetece pasear.

—A mí me gusta andar una hora diaria. Me lo recomendó el médico hace dos años y desde entonces al menos cinco veces por semana intento cumplirlo a rajatabla. En una hora me da para hacer cinco o seis kilómetros. —Julio Carrera caminaba con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Miraba al frente y rara vez lo hacía a los ojos—. ¿Usted practica algún deporte?

—Voy al gimnasio un par de veces a la semana. Me gustaría ir más, pero este trabajo es un poco esclavo en cuanto a horarios, bueno, en cuanto a horarios y en cuanto a todo —matizó Marina— y hay días que acabo a las tantas y ya no me apetece hacer nada más que tomarme una cerveza con las amigas, si alguna puede, o estar en casa.

—Se ha tenido que llevar usted la palma, oficial. Los policías que conozco la verdad es que agobiados no viven, y de horarios no andan tampoco nada mal —dijo Carrera con cierta neutralidad, demostrando que era un comentario sin importancia.

—Bueno, depende de la unidad en la que estén esos compañeros que conoce; algunos tienen unos turnos más cerrados y no por ello significa que no hagan con eficiencia sus funciones. Los de Homicidios si le soy sincera tenemos una forma de trabajar más compleja, sin horarios.

—¿Le gusta su trabajo? —preguntó interesado Carrera, que por primera vez giraba la cabeza fijando la mirada en Marina.

—Mucho. Me gusta lo que hago y no lo cambiaría por nada —respondió sincera.

—¿Y qué es lo que más le gusta de ser policía? Espero que no le importunen mis preguntas.

—En absoluto. No me está preguntando nada improcedente, señor Carrera. ¿Qué es lo que más me gusta? Que me siento útil con lo que hago. Para mí esa es la mejor sensación que se puede tener cuando se habla de una profesión. Lo que hago tiene una repercusión favorable para la sociedad, y eso me llena —dijo con orgullo—. Seguro que a usted le pasa algo parecido.

—Sin embargo, para usted que pertenece a la Brigada de Homicidios tiene que ser frustrante que, en la mayoría de los casos en los que trabaja, su labor consiste en detener a personas que ya han cometido un crimen, ¿no? Quiero decir. —Carrera se sacó las manos como si quisiera enfatizar su postura de manera que se entendiese bien—. Que usted se encarga no de evitar muertes, sino de detener a los culpables una vez que el delito ya ha ocurrido. Eso realmente es útil de cara al Estado como ente que imparte justicia, pero a no ser que se trate de un asesino en serie o de un terrorista, por poner dos ejemplos, a la sociedad a nivel práctico en el día a día de sus vidas ya les da un poco igual. No es un daño reparable con un puñado de años de cárcel. ¿Qué opina?

Marina lo observó. Hasta entonces la conversación había sido superficial, la típica para romper el hielo y que después pudieran tratar con más naturalidad el tema por el que se habían citado. Aquella intervención no había sido casual, estaba madurada y, sin embargo, no estaba hecha con maldad. Y eso la descolocó.

—No estoy de acuerdo. A las personas les tiene que resultar gratificante, o eso espero, vivir en una sociedad justa que penaliza el incumplimiento de las leyes, y más en casos tan graves como homicidios y asesinatos. Primero porque se sentirán más respaldadas, y después por lo que le comento, porque uno de los pilares para que un país evolucione es que se cumplan sus leyes, más allá de que puedan ser mejorables o no. Y yo, entre otras muchas competencias que tiene mi trabajo, me encargo junto a mis compañeros de poner delante del juez a quien ha cometido un delito tan grave. No sé hasta qué punto le puede resultar inútil algo así.

En aquella última frase había escondido un reproche por poner en duda la importancia de su trabajo. Carrera lo interpretó así y reculó.

—Oh, por supuesto, no me malinterprete, no he debido explicarme bien. No vaya a pensar que la juzgaba a usted, es que me produce quebraderos de cabeza el ideal de justicia que tenemos, y al estar hablando de su trabajo y de lo mucho que le gusta se me planteó lo que le comenté. No quería ser maleducado ni mucho menos. Soy muy amigo del debate cuando enfrente hay una persona que sabe del tema, como es su caso. ¿Entramos aquí? —Carrera estaba ligeramente incómodo.

Llegar al bar del Hostal Plaza fue la excusa perfecta para cambiar de tema. Marina decidió que iría directamente al grano. Fue Carrera el que se acercó a la barra y llevó los dos cafés, el suyo con leche y el de la policía cortado, ambos acompañados por un trozo de la que para algunos segovianos era la mejor tortilla de patatas de la ciudad. En el local no había más de cinco o seis personas y el único ruido que molestaba levemente era el de una cafetera que luchaba por adquirir la categoría de reliquia y una tragaperras que se quedaba para siempre con los ahorros de un anciano que, pese a todo, no se rendía y le exigía una nueva oportunidad.

Se podía conversar con calma.

Antes de preguntarle contextualizó la situación, cuidándose de no dar ningún detalle de la investigación que él no debiera saber. Después buscó respuestas. Mientras la oficial hacía su exposición, Carrera no hizo ninguna apreciación, se limitó a escuchar y a asentir con la cabeza mostrando gestos de desaprobación cuando le mencionó los crímenes de Patricia y de Águeda.

—Señor Carrera, hay un punto de conexión entre Patricia y Águeda que nos llama poderosamente la atención: ambas estudiaron en el instituto Andrés Laguna. No iban a la misma clase, se llevaban un curso entre ellas. Coincidieron al menos tres años en el centro.

—En una ciudad pequeña como esta tampoco es algo anormal, no hay tanta oferta de institutos. No lo calificaría de asombrosa coincidencia si nos cuesta

llegar a los sesenta mil habitantes, por no hablar de que cada vez queda menos gente joven a la que educar.

—Nuestro trabajo entenderá que es explorar todas las vías y convertir asombrosas coincidencias en hechos más que probables.

—Por supuesto, oficial. ¿Y en qué puedo ser de ayuda?

—En el curso 2005/2006 Patricia Redondo cursaba primero de bachillerato. Por lo que hemos visto en los historiales, estaba en el grupo b, y su hija Raquel en el grupo a. Me gustaría saber si usted conocía a Patricia y en caso afirmativo si tenía relación directa con su hija, e igual se lo pregunto en lo que se refiere a Águeda.

Marina citó a Raquel con pudor. Carrera se sobresaltó al escuchar su nombre. Cuántas veces lo habría hecho en los casi diez años que habían pasado y nada había cambiado. El mismo dolor que el primer día.

—No conocía de nada a esas dos chicas. Mi hija tenía muy buena relación tanto con su madre como conmigo, pero en temas de amigas, *novietes* y esas cosas, salvo casos puntuales no sabíamos mucho. Nosotros no la agobiábamos ni queríamos ser los típicos que están encima de sus hijos para que les cuenten sus cosas como si fueran amigos; los padres no estamos para eso.

Julio Carrera revolvía el café con la cuchara en sentido contrario al habitual, sumergido en recuerdos que era capaz de visualizar con nitidez en las espirales dibujadas en la leche.

—¿Guarda fotos de su hija de aquella época?

—Por supuesto. Me encantaba hacer fotos y clasificarlas por álbumes. Lo que pasa es que son más familiares que otra cosa, en pocas encontrará amigas de Raquel, si me lo está preguntando por eso. Son fotos hechas con mi cámara. No he vuelto a usarla desde entonces. ¿Por qué me pregunta esto, oficial? — cuestionó extrañado.

—Es un mero trámite. Han muerto dos chicas de edades similares en una ciudad donde apenas hay muertes violentas de este tipo, han estudiado en el mismo instituto y ambas, y este es el hecho que más nos hace dudar, al preguntar a su entorno nos cuentan que su núcleo de amistades actuales no tenía relación

con el de aquellos años. Es como si hubieran roto con su pasado y hubieran empezado de cero al terminar sus estudios.

—Sí, lo entiendo, es solo que no sé qué pinto yo en esto.

—Señor Carrera, ¿puedo preguntarle qué le pasó a su hija?

A Marina le costó hacer la pregunta. Dio el primer sorbo al café, que ya daba síntomas de enfriarse, y escuchó atentamente.

Carrera no puso ninguna pega ni ocultó su asombro.

—Bueno, ya se lo he dicho, no sé en qué voy a poder ayudar, pero si necesita la información no tengo problema en dársela. Mi hija se suicidó en febrero del 2006, el día 19 para ser más exactos. Ahora en poco más de un mes va a cumplirse el décimo aniversario. Lo hizo en su habitación. Nos dejó una breve carta pidiéndonos perdón. Por si me lo va a preguntar, fui yo el que la encontré muerta. Le recitaría esa carta, me la sé de memoria. La tengo desgastada de tanto leerla, y dado que su contenido es meramente personal me la guardo para mí. Lo demás se lo puede imaginar: diez años muerto en vida recordándola allí colgada, totalmente amoratada y sin ninguna señal de vida. Lo hizo cuando ya estábamos acostados; fui incapaz de hacer nada por ella. Ni siquiera la escuché. Estaba dormido, ¿sabe?, y hasta que no entré a despertarla para ir al instituto no me enteré. Esa es la historia.

Carrera miró por la ventana, perdido entre reproches, hastiado de soportar aquella tortura.

—En este tipo de situaciones no hay culpables, señor Carrera, y menos aún los padres. —Marina intentó mitigar su pena sabiendo que no serviría de nada.

—Es un tema que he discutido tantas veces con familiares y amigos, oficial. Le agradezco sus palabras de todas formas.

—¿Y sabe el motivo por el que lo hizo? —cuestionó directamente sin dar más rodeos.

—No, nunca lo supimos, no lo especificó. Días más tarde, hablando con su tutor, nos dijo que había faltado a varias clases desde Navidad, pero como los partes de asistencia desaparecían en las aulas, no había llegado al mínimo de ausencias contabilizadas para que nos alertaran. Tampoco voy a culparlos a ellos

si lo está pensando. La responsabilidad de detectar cualquier anomalía en el comportamiento de mi hija fue mía. No lo hice. Ese es el resumen de lo que pasó.

—No, no estaba pensando nada. Lo escuchaba atentamente. ¿Y notó semanas antes, o días antes, un cambio de actitud brusco?

—Sí es verdad que estaba más apagadilla. Nos decía que no le pasaba nada. Estaba más tiempo en su cuarto y se reía poco, pero lo achacamos al clásico *son cosas de críos*, como si eso diera respuesta a lo que le pasa a nuestros hijos, y en verdad es al contrario: no la da. Mire si eran cosas de críos o algo serio.

—¿Y desde cuándo estaba así? ¿Fue un día concreto o una conducta que evolucionó con el tiempo?

—No sé, no sabría decirle. Fue después de Navidad más o menos, me cuesta concretar. Sus compañeros me lo preguntaron en su momento.

—Sí, he leído el atestado que redactaron los agentes que se personaron en su domicilio. Quería ver si posteriormente había recordado algo más.

—Ya recuerdo demasiado, oficial, ese es mi problema. Me gustaría contarle otra cosa que le llevara al asesino de esas pobres chicas, pero dudo mucho que esto tenga que ver con lo de Raquel. De todas formas, ¿no habían detenido ya al culpable de la muerte de Patricia? Lo mismo se están equivocando al buscar a la misma persona si tan claras eran las pruebas contra aquel perturbado que metieron en la cárcel, ¿no cree?

—No recuerdo haberle dicho que estemos buscando a la misma persona.

—Disculpe, eso he entendido al decirme que relaciona lo de una chica con lo de la otra.

—Trabajamos con varias hipótesis, señor Carrera. Por eso no se preocupe — dijo Marina algo molesta porque le dijera cómo hacer su trabajo.

—Pues si no necesita nada más, voy a seguir con mi jornada laboral. Espero abrir pronto los periódicos y leer que ha tenido éxito en su investigación. Lo celebraré por usted, se la ve buena policía. Al café y a la tortilla está invitada, faltaría más. Buenas tardes.

Carrera se levantó, ofreció la mano a Marina apretándola con delicadeza y salió tras saludar amistosamente al camarero llamándolo por su nombre. Marina, por su parte, se quedó un rato más tomando notas sobre la charla con el farmacéutico y disfrutando de lo que quedaba del café a solas. Tenía cita en el médico en cuarenta minutos y decidió regalarse ese tiempo.

No contaba con que una visita a la comisaría unas horas después cambiaría por completo el rumbo de la investigación.

Adriana se presentó en la comisaria sobre las dos y media de la tarde. En el tren Avant, camino de Segovia, había meditado cómo hacerlo y qué decir. De momento había dejado a sus padres al margen, no les diría algo si no era imperativo. En su interior convivía, desde hacía casi una década, con un remordimiento de conciencia del que nunca se había desprendido ni intentando convencerse de que aquello fue fruto de su inmadurez y de la timidez casi enfermiza de la que escapó al llegar a la universidad.

En recepción le dijeron que tendría que esperar: Peralta, Goyanes y Blasco estaban fuera. Habían salido a comer.

Adriana insistió.

—Por favor, tiene que decirles que vengan ya. Es sumamente importante.

—He llamado al inspector al móvil, no me lo coge. Mire si quiere aquí al lado, en el Hotel Los Arcos: muchas veces cuando tienen poco tiempo se van los tres a comer ahí. Eso sí, ¡no le diga que se lo he dicho yo, que me mata! —El agente, de apellido Puente, vio a la chica tan nerviosa que optó por darle una solución.

Adriana miró a la puerta y de repente salir a la calle le pareció una aventura peligrosa. Se asustó. El autobús le había dejado en la parada de los Jardinillos de San Roque; solo había tenido que cruzar un paso de cebrá y ahora tenía que caminar cincuenta metros para llegar al hotel. Dudó y finalmente salió. En un golpe de coherencia imaginó que nadie le haría daño tan cerca de la comisaría. Era de día y había muchas personas caminando a ambos lados de la calle. Corrió. Si aquel loco había encontrado la manera de retener a Patricia y a Águeda sin dejar ninguna pista, con ella podría pasar lo mismo.

Entró en el bar del hotel. Las cinco mesas estaban ocupadas.

—Perdone, estoy buscando al inspector Peralta. ¿Sabe si es alguno de los que están comiendo en esas mesas? —preguntó a la camarera.

—Sí, soy yo. ¿Qué desea? —A su espalda una voz sonó extrañada. Aunque Adriana había intentado ser discreta el policía la había escuchado.

En la mesa estaban sentados dos hombres y una mujer. Por los platos ya casi vacíos dedujo que estaban terminando de comer. Uno de ellos y la chica —los tres iban de paisano— eran más jóvenes que el otro, el que había afirmado ser el inspector Peralta. Se levantó, era más alto de lo que le pareció en un principio. Los otros policías la miraban expectantes.

—Me llamo Adriana Gómez —dijo jadeando mientras intentaba recuperar el ritmo normal de respiración—. Tengo información sobre las muertes de Águeda y Patricia.

Peralta, Blasco y Goyanes se miraron como si acabaran de recibir una bendición celestial. Justo antes de que llegara aquella desconocida estaban poniendo en común la información, desesperados por no poder señalar claramente a un sospechoso. Invitaron a Adriana a sentarse y le pidieron una botella de agua a Elena, la camarera.

—Adriana, ellos son la oficial Goyanes y el agente Blasco. Los tres pertenecemos a la Brigada de Homicidios y somos los responsables de investigar los casos que has mencionado. Te escuchamos atentos.

Peralta se levantó a por el agua. Le sirvió una parte en una copa y le cedió la palabra con un gesto inequívoco con su mano izquierda y con la esperanza de que fuera un testimonio útil.

—No sé si tienen sospechosos ni en qué punto está la investigación, ni qué se ha publicado en los medios ni nada. Acabo de volver de unas vacaciones en la República Dominicana y he estado desconectada. Esta mañana volviendo del aeropuerto he leído en un periódico que daban como posible la relación de las dos muertes; lo hacían como una hipótesis más. Tiene que haber una conexión, no me cabe casi ninguna duda. —Adriana se preguntó si ser tan categórica no iba a suponerle un problema.

—Te agradecemos tu colaboración, Adriana. Necesitaríamos que fueras más explícita. Si te parece bien vamos al despacho y allí seguimos con más tranquilidad. Estarás más cómoda —sugirió Peralta optando por tratarla de tú y ganar en cercanía.

Un bar no era el lugar más discreto para hablar del tema.

El breve camino de regreso, calle abajo, lo hicieron los cuatro en silencio. Los árboles del parque frente al hotel se agitaban nerviosos y los coches circulaban en ambos sentidos con prisa por llegar a su destino. Los policías se miraban preguntándose si esa chica aparentemente normal tenía la llave de la resolución de un caso que se alargaba caprichoso desde agosto.

Ya en la comisaría escucharon sorprendidos el relato de Adriana.

Patricia y Águeda fueron mis amigas hace muchos años. Las tres estudiábamos en el mismo instituto, el Andrés Laguna. Supongo que lo conocen si son ustedes de aquí. Patricia y yo íbamos a la misma clase y Águeda era un año más pequeña. La conocimos en un botellón en la Hontanilla y empezó a venirse con nosotras los fines de semana y en los recreos. Había una cuarta chica en el grupo: Raquel Carrera, mi mejor amiga. Nos juntábamos con más chicas con las que nos llevábamos bien, pero amigas amigas se puede decir que éramos las cuatro, por lo menos durante aquella temporada. Ya saben que con esas edades las amistades cambian con frecuencia, y hay enfados, celos, envidias... Aunque ya les digo que éramos cuatro, Raquel y yo teníamos más afinidad por un lado y Águeda y Patricia por otro. Patricia quería dárse las de líder, y Águeda le seguía la corriente y le decía que sí a todo. La tenía idolatrada.

Cada una teníamos una especie de papel invisible asignado de forma natural. Patricia era la guapa y popular, Águeda la gregaria, Raquel la simpática y yo la tímida. La verdad es que ahora lo pienso con el paso de los años y me doy cuenta de lo tontas que podemos ser de adolescentes.

No se lo he dicho, Raquel no estaba en clase con Patricia ni conmigo. Ella era de otro grupo, estábamos puerta con puerta, el mismo en el que estudiaba un chico que empezó a gustarle al llegar a primero, después del verano del 2005 si no recuerdo mal. Se llamaba Manuel. No era de los más guapos, pero era el típico que caía bien, era fuerte, hacía atletismo... y con las chicas no le iba nada mal. Y ahí vino el problema, porque le gustaba a Raquel y también a Patricia. Yo estoy segura de que para Patricia no era más que un capricho pasajero, y en cambio a Raquel se notaba que le gustaba de verdad. Se llevaban muy bien, pero Raquel lo que tenía de extrovertida a la hora de relacionarse con la gente lo

tenía de tímida cuando se trataba de lanzarse a por un chico que le llamase la atención. Siempre pensaba que ella no podía gustar a determinados tíos, y hasta que no se lo pusieras delante no lo veía, o no quería verlo por miedo al rechazo. Supongo que a esas edades no estamos muy preparados para recibir una negativa.

Lo lógico, viendo cómo eran una y la otra, era que Manuel se decantara por Patricia. Al fin y al cabo, el que podía elegir era él, que sabía que gustaba a las dos. Y, sin embargo, empezó a salir con Raquel. Además, hacían una pareja perfecta y sus formas de ser se complementaban. Si ya de por sí Raquel era una chica alegre, ahora con él su sonrisa se multiplicaba. La recuerdo ahora feliz, como si la acabara de ver, y fíjense que han pasado unos diez años.

Y claro, no todo iba a ser bueno. A Patricia le sentó fatal; ella estaba acostumbrada a llevarse de calle a quien quisiera. Hizo de Manuel una competición y perdió. Empezó a malmeter y a criticarla a sus espaldas, aunque cuando estaban juntas su relación pareciera perfecta. Raquel, que vivía en una burbuja, no se daba cuenta de nada. Cuando yo estaba delante Patricia no decía nada de mi amiga, pero me llegaban cosas por terceras personas. No le di importancia. Me parecía una pataleta pasajera que se le olvidaría, y de hecho antes de Navidad Patricia empezó a salir con otro chico y las cosas se calmaron. Como ven, de Águeda no les he dicho nada porque pintaba poco, se limitaba a darle la razón y a repetir como un loro lo que decía Patricia. Tenía muy poquita personalidad la pobre.

En Navidad Raquel me escribió un mensaje de texto. Tenemos que vernos, tía, es importante, me dijo. Esos días yo los pasaba en mi pueblo, en Sanchonuño. No sé si lo conocen, está a unos cincuenta kilómetros de aquí. No podía acercarme, así que la llamé para que me contara eso tan urgente que no podía esperar. Me dijo que había decidido que en Nochevieja se acostaría con Manuel. Los padres de él por lo visto después de cenar se iban a Madrid o algo así y se quedaría solo. A mí me pareció un poco precipitado. Llevaban dos meses saliendo nada más. Le dije que esperase un poco, que no había prisa. No teníamos aún ni diecisiete años y a ninguna de las dos nos obsesionaba el tema

como sí les pasaba a Águeda y a Patricia, que decían que ya habían mantenido relaciones. De Patricia sí me lo creía, pero Águeda, con la poca personalidad que tenía, seguro que se lo inventó para hacerse la guay.

En Nochevieja no estuve en Segovia como les he dicho antes. Llamé en Año Nuevo a Raquel para que me contase. Tenía la voz apagada y estaba hecha polvo por la resaca. Habían estado en una fiesta de esas de barra libre por treinta euros en las que el alcohol es veneno puro. Estaba algo decepcionada. Manuel no había podido tener la casa para él; su madre se había puesto mala en la cena y no fueron a la fiesta. Lo lógico es que lo hubieran pospuesto para más adelante, pero por la borrachera o por lo que fuera siguieron adelante y no se les ocurrió otra cosa que colarse en el parque del Jardín Botánico y hacerlo allí de mala manera a la seis de la mañana. Una insensatez que en su momento no calibraron.

Raquel yo creo que se arrepintió. Soñaba que su primera vez fuera especial, y no en un parque de noche con sus incomodidades. El caso es que lo hicieron. Y ahí fue donde empezó toda la tragedia que por lo que me he enterado esta mañana llega hasta hoy. Águeda, que vivía muy cerca, en la calle Ramón y Cajal, se fue a casa a la misma hora y los vio colarse en el parque. La muy imbécil no tuvo otra idea mejor que saltar la valla también, espiarlos y grabarles con el móvil. En aquella época ya empezábamos a perder la intimidad con la mierda de los teléfonos con cámara. Vale, sí, sé que estarán pensando que siendo en un parque el riesgo es mayor, pero ¿para qué tuvo esa payasa que grabar nada? Bueno, sí lo sé, para apuntarse un tanto con Patricia y seguir idolatrándola. Los grabó haciéndolo y, aunque era de noche, por la luz de las farolas del parque se distinguía perfectamente a Raquel porque estaba de frente a la cámara. Manuel de espaldas se podía deducir que era él si lo conoces al menos un poco. A quien se veía claramente era a Raquel. Águeda se marchó sin ser vista y al día siguiente compartió el vídeo con Patricia.

De esto me enteré a la vuelta de las vacaciones. El primer día de clase después de Reyes se puede decir que medio instituto y media Segovia había visto el vídeo. Se formaron cadenas de correo electrónico imparables, en algunas

incluso me contaron que se decía quién era la chica y de qué ciudad era. ¡Gente que no la conocía! Era una locura. Miles de pajilleros asquerosos recreándose a costa de mi amiga. Cuando lo vi no supe qué hacer. Raquel los cuatro primeros días después de Navidad no vino a clase porque tenía gripe, por eso tardó más en saberlo por su propia cuenta, y la coincidencia es que a Manuel le pasó algo parecido, pero él si tuvo un amigo que dio la cara y le avisó en vez de esconderse como hice yo. Pude ir a su casa, llamarla, yo qué sé, cualquier cosa que no le hiciera pensar que la estaba traicionando.

Ahora esto parece que está a la orden del día y que sería un caso más entre cientos; mierda así la vemos constantemente y ya parece que hasta nos hemos inmunizado con esta barbaridad. En cambio, por entonces que sucediera era algo más terrible si cabe por lo que tenía de novedad. Me quedé bloqueada. Pensé, idiota de mí, que sería algo pasajero y que el tema se olvidaría antes de que Raquel se enterase, pero qué va, aquello era incontrolable. Cada asqueroso que hacía una cadena de correos electrónicos para su grupo de amigos multiplicaba el alcance.

Como no podía ser de otra manera, Raquel se enteró cuando se curó de la gripe. Les juro que justo ese día se lo iba a contar viendo que en el instituto se seguía hablando a sus espaldas claro. Alguien bastante más valiente que yo se adelantó y le explicó lo que pasaba. Luego supe por otra chica que se comentaba que desde el día antes de Reyes le empezaron a llegar correos electrónicos y mensajes de texto de chicos haciéndole proposiciones deshonestas, y como es normal dedujo que algo extraño estaba pasando.

Manuel, que en el fondo era otra víctima, lo supo muy poco tiempo antes que Raquel, uno o dos días nada más. El hecho de que estuvieran malos hizo que no percibieran todo ese runrún creado a su alrededor desde el principio en el instituto. Él, o no se atrevió a llamar a Raquel, o se avergonzó o pensó que ella desconfiaría y lo culparía. Su silencio tampoco ayudó mucho siendo novios, la verdad.

Cuando me acerqué a ella en un descanso entre clase y clase estaba llorando en el baño. Me preguntó si yo ya lo sabía y, aunque no me atreví a responderle

de la vergüenza, con agachar la cabeza Raquel supo que sí. Cómo explicarle mi conducta, si no tenía justificación más que la de que era una cobarde. Me dijo que era tan culpable como Águeda y Patricia por callarme y por no demostrarle que éramos amigas de verdad. En el instituto por lo que pude preguntar nadie sabía con exactitud quién había hecho el vídeo, pero daba igual, a la gente lo que le interesaba era chismorrear y recrearse en el tema. El origen no importaba si el contenido daba para hablar y señalar a alguien. También hubo mucha gente que se solidarizó con ella y le decía que no se preocupase, que tenía dónde apoyarse, le diría que eran más de los que se reían, pero estos hacían mucho más ruido con sus mensajes y amplificando la visibilidad del vídeo.

Raquel sí sabía quién tenía la culpa, no me pregunten cómo porque lo desconozco. Lo tenía claro: Águeda y Patricia.

Aquella fue la última vez en la que hablamos. Hice varios intentos; ni me miraba. No me cogía el teléfono, no me respondía a los mensajes de texto ni por el Messenger; es más, nunca volví a verla conectada, supongo que me bloqueó. Se ausentaba en clase y las veces que iba no se dejaba ver por los pasillos, como sí era habitual antes de que pasara esto. En los recreos desaparecía. Coincidimos como mucho en alguna entrada o salida al centro; no había manera de que me dejara pedirle perdón. La recuerdo caminar con cara seria sin girar la cabeza, ignorándome. En una ocasión la cogí del brazo para suplicarle que me perdonara, se quedó quieta frente a mí, me miró la mano, la solté y siguió caminando. Hubiera pagado lo que fuera porque me insultara, me dijera lo cobarde que yo era, lo que fuera con tal de que no me castigase con aquel silencio.

Sus padres no tenían ni idea de lo que ocurría. Lo supe semanas después, en el tanatorio, cuando me preguntaron con toda la inocencia que si había notado que le pasase algo grave. No pude mantener la mirada al padre, me puse a llorar y me fui corriendo. En aquellos tiempos los mayores no usaban el correo electrónico para casi nada e Internet era algo lejano que les creaba desconfianza. Ahora puede parecer extraño, pero hace diez años que no se

enterasen de lo que estaba viviendo Raquel era normal. El vídeo siguió circulando los días previos a su muerte, no fue únicamente cosa de los días siguientes a la Navidad, aunque hubiera pasado algo más de un mes y medio, y me juego la vida a que a día de hoy todavía estará en el ordenador de muchos perversos.

Las habladurías no se debilitaban, aún con Raquel viva, quiero decir. Era como si no hubiera nada más que hablar en los corrillos, ni en el bar del instituto. Opinaban y sentenciaban: que si yo sería más lista y no me dejaría grabar, que qué tonta por no irse a un hotel, que si seguro que no era la primera vez que lo hacía... ¡Siempre hablaban de ella, Manuel era como el invitado de piedra, no pintaba nada!

Así hasta que de repente un día de febrero se hizo el silencio. Soy capaz de revivir cada instante de aquella mañana: de lo que desayuné, de los nervios por un examen de Literatura que no llevaba bien, de saludar al portero y del olor a lejía que desprendía el suelo del portal fregado, de los restos de nieve arrinconada en la acera, del aroma a bollos recién hechos de la panadería Molinga..., de todo me acuerdo. Subí por las escaleras para entrar en clase, llegaba un poco tarde. Había algo extraño en el ambiente. El rumor habitual de los estudiantes yendo y viniendo por los pasillos se había acallado. Entonces lo vi, en la puerta, en una hoja blanca con letras grandes firmada por el director:

«La alumna de primero de bachillerato, Raquel Carrera Berastegui, ha fallecido esta madrugada en su domicilio».

Lo tuve que leer al menos cuatro o cinco veces, como si estuviera redactado en un idioma diferente y en cada lectura descifrara alguna de las palabras. Se me nublaban las letras. En el comunicado se mencionaba también el horario de visitas al tanatorio y cuándo sería el funeral en la iglesia del Cristo del Mercado. No se especificaba el motivo, pero a esas horas no había nadie que no supiera que se había colgado en su dormitorio.

Llevo diez años repasando aquellos días y pensando qué hubiera cambiado si desde el primer momento le hubiera contado a Raquel lo que pasaba. ¿Y saben? Estoy segura de que no se habría suicidado, porque no se habría sentido decepcionada por mí y habría tenido un apoyo en el que sostenerse hasta que pasase la tormenta. Hubiéramos hablado juntas con sus padres, seguro que la habrían apoyado, aunque también fuera para ellos un disgusto. Lo peor de aquello, más incluso que la traición de sus supuestas amigas y de que todo el mundo la viera así, es que afrontó sola algo para lo que con dieciséis años nadie está preparado. Y no pudo con ello porque no estuve a su lado. Es así de fácil...

¿Y saben otra cosa? Si preguntasen ahora a esas personas que vieron el vídeo, que lo compartieron y se rieron, ninguno tendría la decencia de afirmar que tuvo algo que ver con la muerte de Raquel, porque son incapaces de comprender que cada uno de ellos fue responsable de que se colgara. No sé ni cuántas veces escuché a esos desgraciados decir que la culpa era de ella por hacer el amor en un lugar público. Por eso cuando pasaron unas semanas de aquello todo volvió a la realidad más cruel y olvidadiza, excepto para Manuel, que al acabar el curso se cambió de instituto, y para mí. De Águeda y de Patricia no puedo opinar porque no volví a mirarlas a la cara en el tiempo que seguimos estudiando en el Andrés Laguna. Las odiaba tanto como me odiaba a mí.

Cuando supe que Patricia había muerto en agosto no se lo voy a negar, lo primero que me vino a la cabeza fue que se lo merecía y que había recibido su castigo con una década de retraso.

Luego me arrepentí de pensar eso porque yo no soy así, inspector.

No soy así.

Peralta, Goyanes y Blasco dejaron tiempo a Adriana para recomponerse tras relatar aquellos primeros días del 2006. Había interrogantes y espacio para las dudas, pero la chica merecía unos segundos para reposar las lágrimas y afrontar las preguntas que la aguardaban. Ninguno de los tres policías había interrumpido el discurso. Quisieron escucharlo sin cortes. Y así fue. Adriana había viajado a su pasado más tenebroso, aquel del que no conseguía desprenderse a la vista de cómo se había expresado en el despacho.

Blasco estaba especialmente enfadado. Había contactado por teléfono unas horas antes con tres personas que compartieron aula con Raquel en aquellos días del 2005 y 2006, y ninguno mencionó el vídeo. Era cierto que conectar las muertes de Patricia y de Águeda por ese hecho era imposible dado que, como comentó Adriana, la procedencia del mismo era difusa y nadie, salvo la víctima y sus antiguas amigas, sabía aparentemente de su autoría, pero con aquel silencio que parecía programado habían ralentizado la investigación.

—Adriana, ¿estás lista para contestar nuestras preguntas? —preguntó Peralta con cierta condescendencia y adoptando un tono cercano más atribuible a Marina. No podía dejar escapar aquella fuente de información sin exprimirla antes.

—Por supuesto, pregunten lo que quieran.

—Antes de nada, queremos darte las gracias por tu franqueza y por haber venido inmediatamente a vernos. Tu colaboración estoy seguro de que nos será de gran ayuda y te protegeremos. Hay una cosa que me llama especialmente la atención: tú misma te declaras en el centro de la diana del asesino como nos has comentado viniendo del hotel. Si no tuviste una participación activa en la grabación del vídeo ni por supuesto en su difusión, ¿por qué crees que él irá a

por ti y no por ejemplo a por el novio de la chica? —Adriana se tomó su tiempo para responder.

—No puedo decirle cuáles son los planes del asesino, inspector, y no descartaría que también Manuel estuviera señalado, aunque probablemente le sea más difícil planear su muerte porque ese chico se hizo cooperante después de acabar la carrera y vive en África. No sé en qué país anda ahora mismo, hace dos años por ejemplo estuvo en Mozambique. Lo vi en Navidad y nos saludamos. No tenía ninguna intención de volver a España, por eso lo sé. No tenemos contacto, por si se lo está preguntando.

—Es decir, podríamos establecer como dos grupos: uno el de las ejecutoras de la grabación y otro el de la gente de su entorno con la que Raquel se sintió decepcionada, que seríais Manuel y tú. ¿Lo ves también así?

—Sí, podría ser así —contestó Adriana sin demasiada convicción, como si fuese la primera vez que lo plantease de esa forma en su mente—. Con Manuel se enfadó menos porque él también se enteró tarde, un poco antes que ella, cuando ya llevaba el vídeo varios días pasándose. Le ocurrió algo parecido, pero entre que apenas se le identificaba en la grabación y que era chico, nadie lo acosó y no lo insultaron. Que me alegro por él, claro, es solo que me irrita la diferencia de comportamiento que tuvieron esos desgraciados a la hora de juzgar a uno y otro.

—Comprobaremos dónde vive actualmente el chico. No podemos descartarlo ni mucho menos. Él fue una doble víctima: salía en el vídeo y la chica que le gustaba se quitó la vida. Podría estar tomándose la justicia por su mano. Una pregunta más, ¿puedes asegurar que ese entorno no se amplía a más personas? —intervino Marina.

—No recuerdo que Raquel tuviera más amigas íntimas. Sí que salíamos con más gente, no estábamos solas las cuatro todo el día, pero el grupo éramos Patricia, Águeda, Raquel y yo, sí.

—Por curiosidad, ¿tienes constancia de que el director o los profesores estuvieran enterados de la existencia de ese vídeo? —fue Blasco quien preguntó

ante la sorpresa de Peralta, que miró a Adriana deseando que de su boca saliese un «no».

—No puedo contestar a eso. A mí me da la sensación de que hubo un momento en el que lo sabía toda Segovia menos Manuel, la pobre Raquel y sus padres, o por lo menos la gente de mi edad, no la del director, que tendría no sé, unos cincuenta años. No lo conocí tanto para poner la mano en el fuego, a esas edades tan inmaduras estamos a otras cosas, pero aquel tipo se interesaba por los alumnos y era muy dialogante. Me cuesta creer que de saberlo no hubiera hecho algo. No sé, son suposiciones; qué más dan ahora.

—Perdona que vuelva a la cuestión de hace unos minutos, ¿por qué das por hecho que el asesino te mete en el mismo saco que a las dos chicas muertas? Entiende que tenemos que valorar hasta qué punto esa intuición tuya de que estás en peligro es real.

—Yo no sé por qué ha pasado esto tantos años después, ni cómo esa persona se enteró. Tampoco sé a quién se lo contó Raquel. De lo que estoy completamente segura es que ella me culpó tanto a mí por no decirle lo que estaba pasando como a Patricia y Águeda por el vídeo. Fui su gran decepción. Mucho más que Manuel, porque como usted mismo ha comentado, él también fue otra víctima. Se lo he dicho antes, a lo mejor ella no se habría suicidado si yo la hubiera apoyado. Cuando tienes un problema que te afecta tanto lo único que necesitas es a una persona de confianza que te diga que se solucionará, y que al final se olvidará, y sobre todo es esa sensación que tanto alivia de saber que tienes alguien al lado para tirar y salir adelante. Yo la conocía perfectamente, y siento que estar sola le hizo tanto daño o más que el propio vídeo.

—Te entiendo. —Peralta supo que ella también necesitaba comprensión en ese momento en el que parecía derrumbarse.

—Quien ha matado a las chicas conoce la historia al completo, de eso sí que estoy segura. Insisto en que nadie o casi nadie sabía quién lo había grabado. En el instituto era uno de los temas principales de conversación, y jamás salieron los nombres de Águeda o de Patricia. Eran del mismo grupo de amigas de Raquel,

precisamente ellas serían las últimas de quien sospechar. Si su asesino tiene esos datos también debe saber quién la traicionó callándose y siendo una cobarde: yo.

—No seas tan dura juzgándote, Adriana. Eras una cría por entonces y no supiste cómo hacer bien las cosas. Nada más. Tienes que saber que no eres culpable independientemente de lo que pueda pensar ese loco o esos locos, en caso de que sean varios los implicados.

Marina miró a Adriana con firmeza, creyéndose sus palabras y buscando que ella también las creyera. No era un consuelo vacío. Veía a la chica sufrir y no le parecía justo que siguiera cargando con la culpa.

—Hay algo que no me ha quedado claro —questionó Peralta—, dices que entre tus compañeros del instituto, o incluso entre los jóvenes o no tan jóvenes de la ciudad que vieron o compartieron el vídeo, se desconocía la autoría. Tú en cambio tenías muy claro que la grabación la hizo Águeda y que Patricia la difundió, y también sabes detalles como que saltó la valla del parque porque vio entrar a Raquel y a Manuel. ¿Por qué tuviste acceso a esa información tan específica?

—Perdón, se me pasó decirlo antes. Fue por un descuido de Águeda. Le quiso mandar un correo electrónico a Patricia contándole lo que había pasado y avisando de que más tarde le pasaría el vídeo, pero se equivocó y me lo envió a mí. Lo que pasa es que yo estaba en esos días en el pueblo y no tenía Internet. Lo leí al terminar las vacaciones, cuando ya circulaba la grabación por correos electrónicos y teléfonos. Águeda se jactaba de que, si hacían público el vídeo desde alguna cuenta de correo electrónico creada exclusivamente para eso, daría mucho que hablar y a Raquel se le quitarían las ganas de hacerse la chula, así lo dijo.

Por el gesto que hizo con la cara, Adriana dedujo que Peralta había quedado satisfecho con la respuesta.

—Mierda, mierda, mierda —dijo Marina alarmada.

Se levantó de su silla y salió apresuradamente del despacho del inspector.

—¿Qué ocurre, Marina? —Peralta fue tras ella. Ordenó a Blasco que se quedase con Adriana.

La mesa de Marina estaba llena de papeles y recortes de periódicos. Era un desorden controlado en el que cada hoja parecía estar estratégicamente colocada en una zona por algún motivo. Marina no escuchaba a su superior. Se concentró en las páginas de *El Adelantado de Segovia* publicado el 2 de enero. Recorrió con el dedo meñique cada línea de la clasificación de la Carrera de Fin de Año. Lo subía y bajaba, de izquierda y a derecha, de derecha a izquierda. Tenía que estar ahí. Se paró bruscamente y miró al inspector.

—Joder, ¡cómo no lo pensé antes! —protestó la oficial.

—O me dices ahora mismo qué pasa o me tienes que llevar al hospital por un infarto múltiple.

Marina apuntó con su mirada a una línea concreta y la señaló leyendo en voz alta.

—Carrera de Fin de Año. Dorsal mil cuarenta y seis. Julio Martín. Independiente. Senior. Tiempo de carrera: veintidós minutos y trece segundos. Puesto final: quinientos trece. Ocho más adelante, en el quinientos cinco, Águeda Millán Gutiérrez. Dorsal setecientos noventa y nueve. Independiente. Tiempo de carrera: veintidós minutos y seis segundos. Y uno más abajo Estela Gallego, la amiga con la que corrió y la última persona que la vio con vida el 31 de diciembre.

—Puede ser él, aunque también cuenta con que es un nombre muy corriente — exclamó Peralta queriendo estar seguro de que habían dado en el centro de la diana.

—Tiene que ser. Me juego lo que quieras a que el cooperante sigue perdido por el mundo y tiene coartada fácil de verificar. Lo he tenido delante de mis narices y como a una idiota se me ha pasado. Me centré en ver si había participado Lucas Álvarez y me cegué buscando el vínculo entre dos personas de edades parecidas a las que les gusta correr. Si hubiera revisado la lista en la hoja del periódico impreso en vez de introducir el nombre de Lucas en la lista oficial que hay en Internet habría visto que casi al lado de Águeda estaba Julio Carrera, aunque se haya apuntado con su segundo apellido, no con el primero. ¡Joder, que estaban prácticamente juntos! Vaya cagada, jefe.

—Déjate de cagadas y de lamentaciones. Estás haciendo un trabajo estupendo, Marina, así que confírmalo y solicita al juez que nos autorice a pedir ahora mismo el seguimiento del teléfono móvil de Carrera. Si coincide con la ubicación del de Águeda, Morillas-Cal nos tiene que dejar entrar en su casa: dos chicas examigas de su hija muertas, la carrera del 31 de diciembre la hacen prácticamente a la vez y con el teléfono serían tres pruebas que juntándolas de circunstanciales tienen poco. Voy a revisar las fotos. Ahora con los periódicos digitales locales hay cientos de imágenes de estos eventos, en alguna tiene que aparecer.

—Si es él fue imprudente inscribiéndose en la carrera con su nombre. Pensó que con quitarse el apellido sería suficiente y que entre más de dos mil participantes su nombre pasaría desapercibido. Pudo dar por sentado que no asociaríamos la carrera con la desaparición. Sí lo asocié desde el principio; entre tanta gente era más fácil trazar un plan, pero en vez de buscarlo a él pensé en Lucas.

—Por muy inteligentes que se crean, todos los criminales cometen al menos un error. Tienden a pensar cada acto de forma individual y no colectiva, e intuyen que no sacaremos nuestras propias conclusiones para avanzar de hechos tan cotidianos como una carrera popular.

—Qué ganas tengo de pillar a ese bastardo, joder.

—No cantemos victoria, Marina, aún no lo tenemos. Nos la jugamos a la carta de la ubicación del teléfono. Vamos a meterle prisa a la compañía para que busquen los datos en lo que nos llega el visto bueno del juez. Tengo un par de amiguetes a los que les debo favores, seguro que no les importa sumar uno más a mi cuenta personal. Hay que hacerlo ya, que no nos cuenten tonterías de que necesitan tiempo.

Se les aceleró el pulso. Con un objetivo claro y definido encontrar pruebas sería más fácil. Peralta pidió a Blasco que llevara a Adriana a su casa y le ordenó que no saliera —vivía en la Avenida de la Constitución, frente a las casas militares—. Peralta vio el temor en sus ojos y le aseguró que habría una patrulla cerca por si necesitaba ayuda.

—Tu testimonio ha sido fundamental. Siéntete orgullosa de ello, seguro que así los fantasmas te dejarán dormir mucho mejor —le dijo Marina al despedirse.

Y sin margen para el descanso gestionó la orden de detención a la espera de recabar más datos que la volviera sólida; no se la enviaría todavía al juez. Antes de salir los tres policías de la comisaría, Peralta enseñó varias fotos de la carrera que estaban colgadas en la web de *El Adelantado de Segovia*.

—¿Crees que puede ser este de la peluca roja y las gafas de plástico? —preguntó el inspector—. El resto de gente que hay alrededor no da el perfil que buscamos, y en este punto de la carrera, por la Plaza de Somorrostro, los corredores ya llevaban bastante más de medio recorrido cubierto.

Marina amplió la foto lo que pudo. En el dorsal se apreciaba con dificultad el número, lo cotejó con el de la clasificación oficial, no tuvo dudas. Era Julio Carrera participando con el nombre de Julio Martín. Había estado unas horas antes con él y lo reconocía por su complexión y especialmente por su barbilla algo afilada. Le vino de nuevo a la cabeza el recuerdo de Cabello, ¿qué papel jugaba? Goyanes revisó su expediente y comprobó que cuando Raquel se suicidó aún seguía preso.

—Jefe, me confirman que si requerimos a los compañeros de la UPR llegarían de Valladolid en menos de una hora —aseguró Blasco al volver de casa de Adriana. El agente contó que la habían acompañado hasta la misma puerta.

Peralta no quería errores. De corroborar la información que esperaban de la compañía telefónica, recurriría a la Unidad de Prevención y Reacción para acceder al domicilio de Julio Carrera. Con dos muertes a sus espaldas, aquel farmacéutico con apariencia de ciudadano responsable era un peligro demasiado grande como para prescindir del apoyo de la unidad.

La primera autorización del juez, la del seguimiento del teléfono, se retrasó unos minutos más de lo esperado. Los nervios se palpaban en comisaría.

Peralta usó sus influencias para que desde la empresa gestionaran en tan solo dos horas y media un proceso que, sin la urgencia de una situación de alto riesgo, tardaría días en materializarse. Goyanes sacó con la ansiedad de un niño recibiendo un regalo el Día de Reyes, la carpeta con el informe recibido esa

misma mañana de la señal del móvil de Águeda. La información que proporcionaba en sí no era tan relevante porque previamente por el testimonio de su amiga Estela, por el hallazgo del teléfono aquella misma noche junto a la rotonda y por la hora en la que los mensajes de WhatsApp dejaron de llegarle, se podía reconstruir cómo había sido su recorrido hasta que fue raptada. Los datos técnicos sirvieron para corroborar aquella hipótesis.

El verdadero tesoro de la investigación estaba en cotejar ambas señales telefónicas. Por fin recibieron la del teléfono de Carrera.

Tras su entrada en la meta, Julio atravesó caminando el conocido Paseo del Salón y subió a su coche en el barrio de San Millán. Desde allí encaró Ezequiel González y en un punto concreto que el informe no detallaba con suma exactitud, detuvo el vehículo y esperó. A las ocho y veintiún minutos de la tarde la señal de su teléfono se cruzó con la del aparato de Águeda, y cuando el de Julio volvió a mostrar movimiento tras unos minutos parado, el móvil de la chica dejó de emitir información indefinidamente: se había deshecho de él. Había una coincidencia clara: estuvieron en el mismo lugar y las acciones de él influían en las de ella. El informe de la compañía establecía que Carrera había continuado su camino hasta el lugar donde se ubicaba su domicilio.

Los indicios eran evidentes. Peralta se personó en el despacho de Morillas-Cal junto con el comisario Vélez, necesitaba hacer un frente común para que dictara orden de detención inmediata. De las tres pruebas que presentó ninguna constituía un delito de forma independiente, pero al unirlos sí sumaban una sospecha lógica que justificaba la intervención. Diez minutos después salían con la orden en la mano.

El inspector reunió al equipo en cuanto llegaron los miembros de la Unidad de Prevención y Reacción. Al frente estaba un antiguo compañero suyo, Roque Varela. Se sintió más confiado al verlo allí. La UPR se dividió en dos grupos: una mitad esperaba en las inmediaciones de la farmacia y la otra en el domicilio de Carrera. Para ellos tendría que ser una operación sencilla, rápida y limpia. Antes de que Peralta diera la orden de intervenir, una agente de paisano, de

apellido Dueñas, entró en la farmacia de Alejo Varas como una clienta más. La calle Cronista Lecea y la Plaza Mayor respiraban tranquilidad a media tarde, en parte por los dos grados bajo cero que marcaba el termómetro el día previo a la celebración de la cabalgata de Reyes Magos. Aún no era la hora punta en la que los bares de la zona se llenaban de clientes con ganas de alternar entre vino, tapas y cerveza. Un par de minutos después, Dueñas confirmaba al equipo que dentro no estaba Carrera.

—He hecho como si buscara al farmacéutico que me atendió en otra ocasión. La chica que estaba detrás del mostrador me ha dicho que se había sentido indispuerto por la mañana y que se había ido —relató Dueñas a Peralta desde el teléfono móvil.

El inspector estaba en el grupo uno, frente al domicilio de Carrera, en la calle Escultor Marinas.

—Buen trabajo, Dueñas. Tienes que plantearte lo de ser actriz en tus ratos libres. —Peralta bromeaba en los momentos de tensión. Le ayudaba a relajarse.

Cuatro agentes de la UPR accedieron a la vivienda. Se escucharon voces desde dentro; todas de los agentes. Peralta y Goyanes esperaban junto al secretario judicial en las escaleras la confirmación de que no había peligro. Roque Varela salió al descansillo. Tenían vía libre para pasar.

—No hay nadie en la casa, inspector. Sin duda es él a quien buscáis. —La seguridad con la que Varela lo afirmó le provocó cierta ansiedad a Peralta.

La vivienda de Carrera tenía unos ciento diez metros cuadrados divididos en tres habitaciones, un despacho, un salón de estar con un amplio ventanal que le daba luminosidad a la estancia, dos cuartos de baño y una cocina que terminaba con un pequeño balcón. No había en ella un elemento fuera del lugar que le correspondía. Cientos de libros reposaban en estanterías, perfectamente colocados en función de su tamaño. La cocina olía a limón. Varios cuadros y retratos se repartían por la casa, libres de polvo y cubiertos de nostalgia.

—O es un tío muy pulcro o tiene una persona que le deja la casa impoluta. —Observó Marina.

—Esta es la habitación que le comentaba, inspector —señaló Varela, ya relajado y sin el casco del uniforme reglamentario.

—Joder, menudo hijo de puta —exclamó Peralta.

Marina estaba en el pasillo y su visión no alcanzaba a lo que estaba presenciando el inspector desde la entrada de la habitación. Le puso la mano en la espalda discretamente para que le dejase paso, y cuando él cedió pudo ver el escenario donde unos días antes había estado retenida Águeda y meses atrás Patricia.

Cada centímetro de las cuatro paredes estaba cubierto de fotos de Raquel. Se componían de diferentes tamaños; en blanco y negro y a color, sola, acompañada de familiares, amigas y en edades diferentes. La habitación era un homenaje de Julio a su hija donde había torturado a las que consideraba culpables del suicidio. Miraran donde miraran, las dos chicas encontraron la sonrisa de Raquel, esa que mostraba en cada instantánea y que ya solo podía contemplarse en fotos congeladas por el tiempo.

La autopsia de Águeda no la habían recibido, pero por las fechas de las desapariciones y posteriores horas aproximadas de las muertes, era previsible afirmar que las chicas estuvieron muchas horas vivas en aquella estancia convertida en su particular corredor de la muerte, ya con la sentencia dictada de antemano.

En la mesa de estudio —Marina dedujo al recordar el atestado de los agentes que cubrieron el suceso que en ese lugar era donde Raquel probablemente se colgó en febrero del 2006— reposaba un plato sucio con restos secos de macarrones y un vaso de agua por la mitad en cuyo borde había marcas de unos labios. Como si se tratara de un museo, Marina fue mirando cada foto sin tocar ninguna hasta que los compañeros de científica no tomaran las muestras necesarias. Allí estaba Raquel, mirándola fijamente, llena de una vida por recorrer. La imaginó en diferentes escenas; ¿cómo sería su voz?, ¿qué tendría pensado hacer al acabar el bachillerato?, ¿cuál era su película preferida?... Marina imaginaba posibles respuestas y le otorgaba una personalidad.

—Inspector, ¿te has fijado? —Cuando había más compañeros delante Marina llamaba a Enrique Peralta *inspector*.

—Sí. Llama a Adriana y dile que no salga de casa. Que los de la patrulla que hemos puesto en la puerta identifiquen a todo el que entre y salga de ese edificio.

Los dos policías se dieron cuenta casi a la vez. Al principio, con la cantidad de pruebas que tenían ante sus ojos, no lo habían visto, pero al analizar la habitación con perspectiva comprobaron que había una fotografía más grande que el resto y que ocupaba el centro de la pared donde se ubicaba también el escritorio. Tumbadas en el césped y en bañador, posaban divertidas Adriana, Raquel, Patricia y Águeda, pasándose el brazo por el hombro de la que tenía cada una a su lado. La cámara había dejado registrada la fecha en la parte inferior izquierda: 30/08/2005, unas semanas antes de terminar las vacaciones. A Marina le pareció que estaban en la piscina municipal; había ido allí con sus sobrinos alguna vez y recordaba las vistas a la montaña.

—Cuatro chicas y de ellas una con vida. Es acojonante. Míralas. Quién les iba a decir estando ahí felices que iban a acabar así. ¿En qué cojones piensan los jóvenes cuando hacen esas gilipolleces de grabarse unos a otros? —Peralta tenía a su hija en mente al hacer ese comentario lleno de rabia.

—Los jóvenes y no tan jóvenes. Parece que hoy en día nos importa grabar la vida en vez de vivirla.

—Nos hemos vuelto gilipollas con tanta tecnología, Marina.

—Unos más que otros. El problema es que Carrera lo que se ha vuelto es loco.

—Eso por descontado. Me refiero al origen, no vayas a pensar que de alguna forma lo justifico, que las palabras las carga el diablo. Digo que esa chiquilla era feliz, llegan sus supuestas amigas y le graban con el otro chaval para joderle la vida, y todo por una cuestión de estúpidos celos adolescentes. Estoy intentando pensar en lo que le tuvo que venir a la cabeza a Raquel para tener la frialdad de colgarse. Estaría desesperada la pobre de todos los insultos que recibía. —La rabia de Peralta se podía rozar con la yema de los dedos.

—Yo también lo he pensado varias veces en las últimas horas, si te sirve de consuelo. Ya sé que no estabas justificando nada, te conozco un poco a estas

alturas. Voy a hacer esa llamada.

Marina salió de la casa. Se sentó en las escaleras que unían el primer y segundo piso. Al sexto tono Adriana respondió.

—¿Sí? —preguntó la joven con voz extrañada.

—Adriana, soy la oficial Marina Goyanes. Hemos estado hace un rato en comisaría charlando.

—Sí, claro, oficial. ¿Pasa algo? —preguntó con cierto alivio de saber que era Marina la que llamaba.

—No, no, está todo bien. Te llamaba para pedirte que no salgas de casa. Es como medida de precaución. Si te asomas por la ventana verás que hay una patrulla policial que permanecerá ahí estática. Lo importante es que estés tranquila y no abras la puerta a nadie. ¿Estás sola?

—Sí, cuando llegué a casa ya me dijeron sus compañeros que se quedarían en la calle vigilando la entrada. Mis padres han salido a comer a Sepúlveda y no han vuelto. Llegarán en un rato supongo. No he querido contarles nada para no preocuparlos. Les dije que había estado en comisaría para explicarles que conocía a las chicas y poco más.

—Muy bien. Te recomiendo que se lo cuentes cuando lleguen. Es importante que no afrontes esto sola, ellos sabrán apoyarte.

—¿Han detenido ya al responsable? —preguntó esperanzada.

—No, es cuestión de tiempo. Tu ayuda ha sido muy importante, Adriana. —Se hizo un silencio—. Lo dicho, no abras a nadie, y si necesitas cualquier cosa me llamas a este número o se lo dices a mis compañeros que custodian el edificio.

—Muchas gracias, Marina. Espero que esto termine pronto. No le voy a negar que estoy muerta de miedo —confesó Adriana, que sin darse cuenta llamaba a la oficial por su nombre de pila.

—Todo saldrá bien. Para eso estamos, tú tranquila —dijo Marina tratando de calmarla y omitiendo la identidad del sospechoso.

Goyanes entró de nuevo. Volvió a la habitación y se quedó mirando fijamente la cuerda que aún colgaba del techo y que mantenía la soga perfectamente definida, y no tuvo ninguna duda de que, aunque detuviesen a Carrera y el juez

le condenara a decenas de años de prisión, él ya había ganado. Peralta, Goyanes y Blasco podían aspirar a que su victoria no fuera completa, y eso sucedería si se adelantaban a sus planes de asesinar a Adriana. Entonces recordó la conversación con Carrera al conocerlo, cuando este puso en duda la utilidad práctica de una Brigada de Homicidios, y sintió rabia por las chicas, por no haber llegado a tiempo. Y sintió alivio por Adriana, porque una vida salvada era algo que celebrar.

Se tumbó en el sofá. Encendió el televisor y dio tres vueltas a la programación, cambiando de canal sin darse ni cuenta de lo que emitía cada uno. Pensó en que había sido un error no hablar con sus padres. Se sentía sola e incapaz de cargar con el peso de una culpa que ahora retornaba con tanta fuerza como en los días posteriores a la muerte de Raquel. Podía llamar a alguna amiga e invitarla a casa, sin embargo, no se veía con fuerzas para explicarlo otra vez ni para sacar a la luz sus remordimientos, que eran como sombras que aparecían y desaparecían en función del día.

Fue al dormitorio. En el último cajón de su armario guardaba un álbum que llevaba diez años acumulando olvido. Eran las fotos de su adolescencia, la que se esfumó de golpe un 19 de febrero del 2006. Acarició la portada, de color verde. Adriana no sabía que algunas de las fotos que conformaban ese álbum eran las mismas que colgaban en la pared de la habitación de Raquel estando Patricia y Águeda retenidas. Siempre que se fotografiaban juntas iban a la tienda y revelaban dos copias de las que más les gustaba. Rara vez coincidían; cuando una se veía guapa la otra decía que era horrorosa, y al final terminaban por pedirle al fotógrafo que imprimiera la mayoría.

Lo abrió al azar por la cuarta y quinta página. Debajo de cada imagen había una anotación escrita a bolígrafo azul con el lugar o evento al que correspondían. Las cuatro fotos eran de la excursión que habían hecho en el instituto a las Hoces del río Duratón. Aunque eran de clases diferentes, los grupos de un mismo curso hacían los mismos viajes. Le gustaba especialmente una en la que salían las dos amigas sujetando los remos antes de subirse a las piraguas y hacer una ruta por el paraje natural. Sonrió recordando aquel día de finales de mayo. Hacía mucho calor y sucedió lo que todos preveían salvo los dos profesores que las

acompañaban: el paseo se convirtió en una guerra de agua y de volcarse unos a otros las piraguas. Los chicos robaban los remos a las chicas y los lanzaban lejos para que tuvieran que meter las piernas en el agua, y ellas se vengaban volcándoles las embarcaciones. Tenía aquellas fotos porque Elsa, del mismo grupo, había llevado una cámara acuática. En otra de las instantáneas posaban los alumnos antes de empezar la excursión, en la plaza del Azoguejo, y en la última, la que cerraba la página cinco, una parte del grupo descansaba comiendo un bocadillo en un merendero. En la mesa de madera, inseparables, Raquel y Adriana, y frente a ellas, también sonriendo a la cámara, Patricia.

Aquel viaje a la inocente felicidad de la adolescencia hizo olvidar a Adriana el motivo por el que estaba viendo las fotos. Qué fácil era viajar a un tiempo mejor en el que un problema una noche parecía irreversible y a la mañana siguiente no era más que una anécdota de la que aprender. Nunca más viviría una etapa cimentada en la premisa de que equivocarse era una opción tan válida como la de acertar, que a su edad la inexperiencia era una carta que jugaba a su favor.

El sonido brusco del timbre rompió la magia de creer que nada de lo ocurrido después había sucedido. La realidad llamaba a la puerta. Se asomó a la ventana. Tal como le había prometido Marina Goyanes, un coche de policía estaba aparcado, y en la acera, dos agentes, uno hombre y otra mujer, vigilaban la entrada. En ese momento llegaba al portal con varias bolsas de la compra Avelino, su vecino octogenario que vivía en el último piso. Estaba obsesionado con que por culpa de las obras que habían hecho en la calle para instalar la fibra óptica su antiguo transistor funcionaba peor, aunque no tuviese nada claro qué era aquello. Entre las causas que barajaba de la decadencia de su aparato radiofónico no se encontraba la de que llevaba más de treinta años con él y que se le había caído al suelo infinitas veces.

Los policías lo pararon y le pidieron el DNI. Hablaron algo que Adriana desde la ventana no escuchaba. Era un tercer piso y el ruido de los coches pasando predominaba sobre sus voces. El timbre volvió a sonar. Adriana miró la pantalla de su móvil; estaba sin batería. Avelino se despidió de los agentes y entró.

Andando por el pasillo se acordó de las palabras de la oficial: «No abras a nadie la puerta», pero con los policías custodiándola se sintió protegida.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy el agente Bermejo, señorita Gómez. Vengo a comprobar que está todo en orden.

—Sí, ningún problema, agente. Muchas gracias por la preocupación —dijo Adriana al otro lado de la puerta.

Por la mirilla se intuía al hombre. La luz artificial del portal estaba apagada y la que llegaba procedente de la calle lo hacía débil. Eran casi las seis y anocheceía en Segovia.

—Me han pedido el inspector Peralta y la oficial Goyanes que revise el domicilio. Si lo desea puede llamarla y ella le confirmará —dijo el agente Bermejo.

Adriana lo pensó. Su teléfono estaba apagado. Si el policía decía que la orden venía de ellos no había motivo para desconfiar; supuso que era un mero trámite. Quitó la cadena de seguridad, dio dos vueltas a la llave y el cerrojo cedió.

La puerta se abrió.

—¿En qué piensas, Marina? —preguntó Peralta viendo a su compañera abstraída. El inspector hablaba desde su despacho; ella sentada en la mesa que le habían habilitado.

—Nada, es que he llamado antes a Adriana para comentarle que había una patrulla de vigilancia en su calle y me ha dicho que estaba sola. No creo que sea lo más adecuado. Voy a llamar otra vez y le voy a decir que o avisa a sus padres para que vuelvan o que esté acompañada de una amiga hasta que lleguen. No es recomendable que esté sola, ¿no crees? Le debe de estar dando vueltas a la cabeza.

—No sé, Marina, no creo que sea adecuado que siendo objetivo de Carrera metamos a otra persona en el *jaleo*.

—Hombre, Enrique, es un ratillo hasta que lleguen sus padres. La casa está protegida. No puede entrar ni salir nadie sin que lo vean los compañeros.

—¿Has puesto a alguien también en la puerta del garaje? —preguntó Peralta valorando todas las posibilidades.

—Ese edificio de viviendas no tiene garaje. Es de acceso único por la puerta que da a la avenida, donde están vigilando Enríquez y Villalba.

—No conozco a esos dos.

—Son dos compañeros de aquí. Hemos coincidido poco con ellos porque suelen estar en el turno de noche.

—A ver si acaba esto de una puñetera vez y volvemos a Valladolid —protestó Peralta sin retirar la vista de la pantalla de su ordenador. Le gustaba su trabajo, pero cuando estaba ante un caso así únicamente pensaba en el momento de cerrarlo lo más eficientemente posible.

—¿Entonces llamo a Adriana?

—Llama a Adriana, cabezona —autorizó el inspector.

Al poco tiempo Marina entró en el despacho de Peralta con preocupación en el gesto. Se ahorró la formalidad de pedir permiso.

—Adriana Gómez tiene el teléfono apagado. Lo he intentado cuatro veces y nada.

—¿Has probado con el teléfono fijo? —sugirió Peralta a modo de explicación.

—Lo he mirado. No tiene. Ahora con los móviles y las tarifas planas ya nadie quiere los fijos. Sirven para que te den la plasta las compañías telefónicas y los bancos a la hora de la siesta.

—Sí que es extraño. Llama a la unidad y que vayan a asegurarse de que la chica está bien.

—Pasa algo, Enrique. Le dije que estuviera conectada en todo momento y ella insistió en que así lo haría. Los mensajes tampoco los recibe, no me sale el doble *check*. Voy a ir a la casa.

—Te acompaño. Ya he terminado de introducir la orden de detención en el sistema. Llama antes de nada a los chicos y que suban a ver qué pasa.

La puerta le golpeó la cabeza haciéndola retroceder hasta chocar con una pared del pasillo. El impacto la aturdió. Sintió un hilo de sangre caliente recorrer su frente hasta detenerse provisionalmente en la ceja. Alzó la cabeza desconcertada y, sin tiempo para la reacción, recibió un segundo golpe que la tiró al suelo. Escuchó la puerta cerrarse bruscamente. Él estaba dentro. No hizo falta mirar atrás para saberlo. Lo sentía. Buscó refugio arrastrándose hacia la cocina, la dependencia de la casa más cercana, pero de poco le hubiera servido porque allí no había pestillo para encerrarse. Al intentar levantarse se mareó y cayó de nuevo. No llegó a la cocina. Julio Carrera la puso un pie en la espalda y la detuvo en seco.

—¿No te han enseñado tus padres que no hay que abrir la puerta a los desconocidos? —dijo Carrera con evidente sorna. Adriana no contestó—. ¡Te estoy hablando, estúpida malcriada! —Puso el otro pie también sobre su espalda, que ahora soportaba el peso del hombre. Adriana gritó de dolor.

Se agachó. Le dio la vuelta. Estaban frente a frente. Sentía el denso aliento de su rival. Sabor a tabaco y coñac. Nunca había visto una mirada de odio como la que le acechaba a un centímetro.

—¿Qué dices? No te entiendo, llorona. No estarás suplicando como las otras, ¿no? Ten más dignidad que ellas, vas a acabar igual, aunque es una pena que contigo no voy a poder recrearme en tu miedo. No sabes cuánto lloraron las dos niñas y cuántas veces me rogaron que las dejase ir. —Carrera puso la oreja pegada a la boca de Adriana—. Venga, hazlo tú también. Di que lo sientes y que no tuviste nada que ver con la muerte de Raquel. Dilo, que quiero ver cuál de las tres me miente mejor.

Los vecinos tuvieron que escuchar el grito. Era la esperanza de Adriana después de morderle con tanta fuerza la oreja que una parte de ella se quedó en su boca. Golpeado por el dolor, Carrera se echó hacia atrás sin que Adriana hubiera relajado aún su mandíbula, provocándole un desgarro insoportable. La chica la escupió y aprovechó el desconcierto de su agresor para levantarse y huir hacia la habitación. Le había cogido desprevenido. No lo planeó, fue su instinto de supervivencia el que le daba la oportunidad perdida.

—¡Zorra de mierda!

El aullido de Carrera se escuchaba cercano. Adriana no miró hacia atrás. El pasillo apenas medía cuatro metros de largo que resultaron eternos. Consiguió llegar a su habitación y cerrar un segundo antes de que la alcanzase. Pateó la puerta, que no era excesivamente gruesa. Si persistían los golpes terminaría echándola abajo. Abrió la ventana y chilló pidiendo ayuda. «¡Está aquí, suban rápido!», acertó a decir entre temblores y balbuceos. Valoró la opción de saltar. Era un tercer piso. Sería mejor morir de un golpe contra el suelo que lo que le esperaba con él. Por el ruido de su propia voz no escuchó cómo Carrera dejaba de patear la puerta para ir hasta la principal y echar el cerrojo. Así ganaría unos segundos valiosos hasta que la derribasen los agentes. Buscó en los armarios de la cocina un objeto contundente. No lo encontró. En la pequeña estancia que había al lado, donde se ubicaba la lavadora, sí halló una caja de herramientas, y dentro un martillo. Era suficiente.

Los agentes de policía golpearon la puerta ordenando que la abriera. Carrera aceleró sus movimientos y aporreó con fuerza el picaporte circular del dormitorio de Adriana. Era de metal y no cedía fácilmente, aunque en cada impacto se fuera deteriorando y rasgando la madera. Los gritos y los golpes de la policía eran continuos. Intentaban acceder a la vivienda sin éxito.

—¡Tú la traicionaste con tu silencio! ¡Abre la puerta, zorra de mierda!

Carrera se desesperó. Acostumbrado a tener el control de sus víctimas y poder emplear el tiempo que considerase oportuno, ahora se le acababa y tenía que completar su cometido, el que llevaba años planeando.

Adriana esperaba acurrucada en el espacio que había entre la mesilla de noche y su cama, mirando cómo la puerta mostraba síntomas de derrota. Cada vez era más débil la muralla que le separaba de su verdugo. Sentía el sabor de la sangre de Carrera en su boca; por más que escupía no conseguía desprenderse de él. En su mano sujetaba un trofeo de gimnasia rítmica que ganó con ocho años en el colegio. Era el objeto más contundente que había encontrado para defenderse, el único premio de su vida. El picaporte bailaba hastiado. Cerró los ojos y se tapó los oídos, repitiendo la lección aprendida tarde: «No tenía que haber abierto la puerta», se repetía. «Por favor, vete, por favor, vete de aquí».

Súbitamente los golpes desaparecieron. Apenas hubieran bastado uno o dos más y él estaría dentro, pero nunca llegaron. Los gritos al otro lado se entremezclaron.

—Suelte ese martillo y tírese al suelo —dijo el primero de sus ángeles de la guarda—. No se lo repetiré dos veces, suéltelo, túmbese y ponga las manos sobre la espalda —repitió la misma voz de mujer.

—¡Ella mató a mi hija! ¡Ustedes no pueden entenderlo, ella mató a mi hija! — El tono agresivo de Carrera se transformó en un lamento que perdía intensidad.

—Último aviso, suelte el martillo. —Esa vez fue un hombre, su segundo ángel de la guarda, el que habló.

El sonido del martillo impactando sobre el suelo, primero con fuerza y después ya debilitado al rebotar, confirmó que Carrera había cedido ante las advertencias de los agentes que le apuntaban al comienzo del pasillo. Enríquez abrió con la segunda patada la puerta del dormitorio de Adriana, que a pesar de ver a un agente de uniforme, y detrás de él a otra compañera esposando a Carrera, no creía estar a salvo. Apretó con tanta fuerza el trofeo que los huesos de sus dedos protestaron. Desconfió al principio, y solo cuando el agente se arrodilló junto a ella, le tendió la mano y le dijo que todo había acabado, comprendió que era verdad, que aquel perturbado que la miraba amenazante y a la vez desolado desde el pasillo con la cara apretada fuertemente contra el suelo, no había logrado su propósito.

Peralta y Goyanes llegaron apenas dos minutos después. Al ver la puerta principal reventada esperaron la peor de las noticias. Nada más entrar, el agente Enríquez les tranquilizó. Detrás, sentado en el sofá y esposado, Julio Carrera miraba hacia la ventana. Los miró con gesto neutral; su batalla no era contra ellos.

—¿Y la chica? —preguntó con sincera preocupación Marina.

—Está en la habitación con Villalba.

—¿Habéis llamado a sus padres?

—Aún no. Lo acabamos de detener. Todo ha sido muy rápido.

—¿Cómo es posible que se haya colado si hay una única puerta de acceso? —cuestionó Peralta entre el reproche y la curiosidad profesional.

—Estaba ya dentro, inspector. Al llegar hemos revisado el edificio hasta la última planta, creemos que esperaba agazapado en otro domicilio. En el bolsillo tenía dos agujas que se usan normalmente para abrir cerraduras de poca monta. La mayoría de las puertas de estas viviendas no están blindadas y si se tienen los conocimientos adecuados no es difícil forzarlas. —Enríquez justificó su actuación y se sintió molesto porque antes de una felicitación había sido cuestionado por su superior.

—Enhorabuena, agentes. Han hecho un trabajo fantástico. —Marina se adelantó y felicitó a sus compañeros. Peralta se sumó reafirmando a la oficial y sin tiempo para *pasteleos* se sentó en la mesa del salón, frente a Julio Carrera.

—En cuanto lleguen las demás unidades vayan casa por casa y comprueben dónde carajo estaba escondido este cobarde. ¿Le han leído sus derechos?

—Sí, inspector. Tengo derecho a un abogado y a mil cosas más. No se preocupe por mi comodidad —respondió Carrera.

—Vamos a llevarlo a comisaría en cuanto lleguen los sanitarios y le curen esa herida que tiene en la oreja. Allí estará bajo nuestra custodia hasta que pase a disposición del juez.

—No me cuente el procedimiento, no me interesa.

—¿A cuántas más tenía pensado matar, tarado mental?

—¿Tarado mental? Haga el favor de ser más profesional. No me juzgue, inspector, no es su trabajo. No estoy loco. Probablemente esté bastante más cuerdo que usted. —El acusado reaccionó con desprecio. No le gustó que le etiquetara como un loco—. ¿De verdad piensa que un loco les habría puesto en jaque casi medio año y sin tener una sola pista?

—Hay muchos tipos de locura, señor Carrera. Una de ellas es ser un tarado vengativo que va matando chicas por un tema de adolescentes que pasó hace casi una década.

—¿Tema de adolescentes? ¿Así califica usted el suicidio de una pobre chiquilla de dieciséis años? ¿De verdad usted es tan sinvergüenza que usa esa expresión igual para un chaval que le roba un bocadillo a otro en el colegio que a lo que le pasó a mi hija?

—No me cuente milongas, señor Carrera. Ha matado a dos personas y lo ha intentado con una tercera. ¿De qué coño va usted a convencerme?

Peralta se enzarzó con él. De buen grado le habría atinado una bofetada. Se controló, pero en vez de terminar la discusión le otorgó a Carrera la opción de continuarla.

—Sí, y la tercera no está muerta no precisamente por su competencia, inspector. Si no es por esos dos chavales, la niña estaría como las otras.

—Oh, vaya, estamos en la fase de resentimiento en la que el malo busca picar al policía. Esto no es una novela de aventuras en la que el inspector llega el primero para evitar el crimen, tarado mental. —Peralta insistió en el calificativo para molestarlo—. Somos un equipo, y créame que nada me alegra más que hayan sido ellos los que le han parado los pies.

—A ver lo que tardo en verlo en los medios colgándose una medallita, hipócrita.

—Eso será si en la cárcel tiene periódico. Lo mismo le dejan leer alguno atrasado.

Carrera hizo el amago de levantarse. Goyanes, que observaba la escena vigilante, le paró y le pidió al inspector que terminase la discusión.

—Cuídese lo que le queda de oreja, que se la ha dejado hecha un cromo. — Peralta se incorporó. Optó por dejarse llevar una vez más por la sensatez de su compañera.

Adriana esperaba a ser trasladada a comisaría sentada en una silla. Cuando entró Goyanes estaba bebiendo un vaso de agua, acompañada por la agente Villalba. La oficial lo primero que hizo fue felicitar a su compañera por haberle salvado la vida.

—Siento mucho lo que ha pasado, Adriana. No tenías que haber estado sola en la casa. ¿Estás bien?

Marina sabía que, de repetirse el caso, actuaría de la misma manera. Habían tomado las medidas necesarias, pero para ellos abarcar todas las opciones posibles en tan pocos minutos era difícil. Julio Carrera era un hombre inteligente. Lejos de huir una vez que se supo vigilado, optó por terminar su trabajo aun a costa de poner en peligro su libertad. Priorizó la venganza a su libertad.

—Estoy bien. No se preocupe. —En la mirada dañada de Adriana no había resentimiento ni culpa. Solo agotamiento y deseos de olvido.

Marina observó que tenía restos de sangre en la frente, la barbilla y en las mejillas. No era suficiente con haberse enjuagado en el lavabo. La hinchazón en el pómulo comenzaba a ser visible.

—Ven, acompáñame al baño, te limpio bien esas manchas y aprovechamos y te cambias de ropa. —Adriana necesitaba sentirse acompañada y la oficial sabía muy bien cómo hacerle sentir cómoda en la medida de lo posible.

En el salón los sanitarios trataban de curar la oreja de Julio Carrera. La herida provocada por el mordisco era tan grande que comunicaron a Peralta que había que llevárselo al hospital general. El inspector no pudo ocultar un gesto de fastidio. Quería tomarle declaración lo antes posible. Ahora tendría que esperar al menos hasta la mañana siguiente y poner en marcha un dispositivo de vigilancia hospitalaria para custodiarlo mientras estuviera ingresado.

Cuando lo introdujeron esposado en la ambulancia, Marina dejó que Adriana caminase por el resto de la casa. La Avenida de la Constitución minutos después ya era el mayor punto de entretenimiento de la ciudad y, como siempre, la desinformación y los rumores predominaban, llevando a los ciudadanos a interpretar de las formas más diversas la presencia de cinco patrullas policiales y dos ambulancias. Avelino se asomó a la ventana extrañado de que su pacífica calle estuviera rodeada de sirenas, y antes de cerrar la ventana pensó que lo mejor sería encender su transistor: quizás, aunque se escuchase mal por culpa de las obras, se enteraría de algo.

Adriana fue trasladada también al hospital. Los golpes en la cabeza le habían provocado hinchazones en el pómulo y también en la ceja. Había que descartar lesiones internas. El domicilio se convirtió en un entrar y salir de policías, miembros del Samur y un médico forense que no tuvo que intervenir.

—Venga conmigo al hospital, por favor —rogó Adriana a Goyanes.

—Por supuesto. Yo te acompaño el tiempo que necesites. Tus padres están avisados, en un rato los tienes aquí.

Peralta se sentó en el mismo sofá donde minutos antes lo hacía Julio Carrera. Rememoró aquellos cinco meses desde que una petición del inspector jefe para hacerse con el caso los alertó de la posible desaparición de Patricia Redondo. Se acordó de la primera entrevista con Maxi Ballesteros, y cómo pensó que habiéndose bajado voluntariamente del tren se trataría de un asunto menor que se resolvería con celeridad. Echar un vistazo atrás significaba hacer autocrítica. Peralta solía ser duro consigo. Por mucho que las pruebas eran claras contra Cabello, no podía evitar sentir rabia al saberse engañado. Ya no tenía duda de que Carrera los había distraído ofreciéndoles en bandeja al enemigo más débil; los había llevado por el camino que había querido haciéndoles creer que tras la muerte de Patricia se escondía una agresión sexual. Aún quedaba una larga investigación, pero independientemente de ello, el único motivo real de ambas muertes había sido la venganza. ¿Por qué después de tantos años?

Carrera había jugado bien sus cartas. Midió con acierto los tiempos de actuación sin precipitarse en las dos primeras agresiones. Cumplió el objetivo.

Quizás las vacaciones de Adriana le evitaron completar con éxito su misión; acabar con la vida de las tres personas que a su juicio llevaron a su hija Raquel a suicidarse en el invierno del 2006. Y eso también le fastidiaba a Peralta, que fuera el azar el que la había salvado. Carrera previó que, tras la segunda muerte, la policía no tardaría en asociar ambos crímenes, y por extensión también lo haría Adriana y puede que otros ciudadanos que en aquellos años estudiaban en el instituto Andrés Laguna. La realidad era que cuando el agente Blasco preguntó a varios exalumnos de las promociones de Raquel, Adriana y Patricia, ninguno tuvo el valor de reconocer que tras la muerte de Raquel se escondía el acoso y la omisión de ayuda. Puede que lo hicieran por vergüenza, para no admitir que ellos también eran culpables por muy jóvenes que por entonces fueran, o tal vez porque individualmente ninguno se reconocía como parte del problema y era más sencillo otorgarse únicamente el papel de espectadores que preferían el olvido.

Peralta intuía que no tener tanto tiempo para preparar la tercera agresión le hizo cometer un error a Carrera: atacarla cuando la entrada a la vivienda estaba custodiada. Fue la única vez que dependió del azar, sin embargo, había preferido la venganza, aunque aumentase el riesgo de ser detenido, y eso decía mucho de cómo el odio lo mantenía intacto una década más tarde.

Era cierto que Carrera jugaba con la ventaja del tiempo transcurrido desde el suicidio para que al principio no existiera ninguna asociación de Patricia con Raquel. Los años pasados corrían con el viento a favor. Por lo que había relatado Adriana en comisaría, la grabación de Raquel con su novio en el Jardín Botánico no tenía una procedencia clara para la mayoría; los alumnos aseguraban haberlo recibido por un amigo que a su vez se lo había mandado otro. Interesaba el contenido, no el origen. Adriana sí lo sabía. Su falta de iniciativa y de valentía la superaron, optando por el peor camino posible, el silencio, y convirtiéndose en objetivo de Julio Carrera.

—Antes de empezar esta pantomima me gustaría que el vecino del quinto derecha del edificio en el que fui detenido ayer sea rescatado. Está atado a una silla en el salón —anunció Carrera sin ningún atisbo de preocupación en la sala de interrogatorios de la comisaría de Segovia.

—¿Nos lo dice ahora? Ese hombre lleva más de dieciséis horas retenido —protestó el inspector.

—Cuando me he acordado. Si hubieran hecho bien su trabajo no estaría el pobre allí muerto de risa. Si les sirve la información no ha sufrido ningún daño más allá de las molestias por estar retenido tantas horas. No soy una persona violenta.

Si el acusado lo decía con sinceridad era porque estaba menos cuerdo de lo que los policías esperaban, y si no era una provocación en la que no caerían. Omitieron el comentario. Peralta llamó a Blasco y le pidió que fueran de inmediato a comprobar si era cierto y que fuesen acompañados de una ambulancia del ciento doce. Sabía que Carrera no mentía. Ahí estaba la explicación a por qué no fue detectado por Enríquez y Villalba. Los compañeros habían hecho una batida por el edificio y al no encontrar respuesta en ese domicilio ni escuchar algún ruido intuyeron que estaba vacío, suponiendo que el detenido había estado agazapado en el cuarto de contadores y no en una vivienda.

En la toma de declaración había cuatro personas presentes: Peralta, Goyanes, Carrera y su abogado, Emilio Torné. El inspector fue directo. Quería comprobar si Carrera iba a optar por el silencio, por la mentira o la sinceridad. En la primera cuestión dejó muy claro que su intención era ser directo. Estaban ante una persona en apariencia con nada que perder.

—Señor Carrera, ¿asesinó usted a Patricia Redondo y a Águeda Millán?

—¿El término asesinato no cree que debería ser un juez el que lo dictaminase, inspector? —intervino el abogado queriendo demostrar que su presencia era muy importante. Hasta entonces Peralta apenas le había hecho caso.

—Oiga, señor Torné. Esto no es un juicio. No tiene que estar protestando con la terminología que yo use. A su cliente no lo van a juzgar por lo que nos cuente aquí sino por la colección de pruebas que tendremos contra él en el momento en que nuestros compañeros de la científica nos den los resultados de las muestras recogidas en su casa, así que vamos a dejarnos de tonterías y acabamos prontito con esto. ¿Le parece?

—No tengo ningún problema en contestar a las preguntas que me haga el inspector o su simpatiquísima compañera, la oficial Goyanes, con la que tuve la oportunidad de departir unos minutos ayer mismo por la mañana. Cuando quiera repetimos, Marina.

Carrera se giró para saludar a Goyanes, que transcribía la declaración. No entró en el juego y siguió concentrada en su tarea, pero pensó en si lo hacía por educación o para provocarla. Por más que lo mirase le costaba ver en aquel hombre a un asesino si se basaba en su apariencia física tan cotidiana.

—¿Puede contestar a la pregunta? —Ya sin la intromisión del abogado Torné Peralta se concentró en el detenido.

—Sí, maté primero a Patricia y meses después a Águeda. Ahogué a la primera y colgué a la segunda, a ambas con una cuerda.

—¿Por qué de manera diferente?

—Uno está obligado a perfeccionar la técnica si los medios lo permiten, inspector.

—¿Puede especificar las fechas?

—A Patricia creo recordar que un 15 de agosto, y a la señorita Millán el 3 de enero de este 2016. —Carrera frunció el ceño concentrado en dar las fechas con exactitud.

—¿Tenía previsto acabar con la vida de Adriana Gómez de la misma manera?

—Esa era la idea. Según secuestrase a Águeda me centraría inmediatamente en Adriana para no darles tiempo a hacer interpretaciones, pero no conté con que estuviera fuera de mi alcance. Lo planifiqué mal, lo reconozco. Evidentemente sabía que cuando Adriana se enterase de la segunda desaparición ella iba a conectar ambos casos y recurriría a ustedes. Mi idea original era tenerlas retenidas al menos un par de días a las dos a la vez.

—Ese detalle de que estaba desconectada usted no lo sabía. Adriana podría haberse enterado estando en la República Dominicana y habernos alertado antes. En cambio, usted siguió haciendo su vida con normalidad y yendo a trabajar. Incluso como comenta tomó café ayer con la oficial Goyanes.

—Lo sé, no tenía opción. No me quedó más remedio que seguir con el plan y matar a Águeda; mejor a ella que a nadie. Cuando vi que pasaban las horas y ustedes no se presentaban en mi casa deduje que Adriana no sabía nada, así que me dio esperanza de poder ir a por ella también. Ya ve, inspector, la vida está llena de segundas oportunidades..., a veces. O incluso de terceras, porque cuando ayer por la mañana publicó Adriana en su Facebook «ya estoy de vuelta en España, recién aterrizada», supe que era ahora o nunca y opté por esperarla escondido en casa de su vecino sin tener del todo claro si pasaría por Segovia o se quedaría en Madrid. Tuve suerte.

Peralta estaba sorprendido por la facilidad con la que Carrera respondía. Era como si tuviese la necesidad de exponerlo con detalle. No dejó pasar la oportunidad. En cualquier momento podría cambiar de actitud y cerrarse en banda.

—¿Ha recibido ayuda para cometer los crímenes? —Aquella respuesta era vital.

—No, soy el único responsable. Nadie me ha ayudado.

—¿Me está diciendo que sin ninguna colaboración consiguió retener en contra de su voluntad a las dos chicas y subirlas a su casa sin ser visto por algún testigo?

—Eso mismo le he dicho. No me subestime, inspector.

—¿Cómo lo hizo?

—Déjeme que me guarde algo para mí, no sea morboso y quiera saber cada detalle. Le dejo a su imaginación el placer de recrear ambas escenas. —En cada respuesta Carrera buscaba una reacción en Peralta.

—¿Y qué me dice de Marcos Cabello? Está encarcelado y a la espera de juicio. Las pruebas contra él son más que evidentes.

Carrera se rio sin abrir la boca. Apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos de sus manos. Miró al abogado. Este le hizo una seña con la cabeza. Carrera volvió a reír.

—Miren. La única duda que he tenido en estos meses era qué hacer con ese desgraciado. Tengo dos opciones: dejar que se pudra en la cárcel como la escoria que es o liberarlo. Sí, me han escuchado bien, no pongan esa cara de qué estoy diciendo, como si estuviera loco. Que lo liberen depende de mí. No me da ninguna pena, pero seré sincero en esto también.

»Preparar un secuestro requiere tiempo y energía. No es algo que se planifica de la noche a la mañana si uno quiere cumplir el objetivo al completo, ¿saben? Necesitaba espacio entre el primer y segundo caso, así que decidí engañarles y que llevasen el caso como si tuviera que ver con una agresión sexual. Ese imbécil de Cabello me lo puso fácil, solo necesitaba unos cuantos restos orgánicos en la ropa de Patricia y ya tendrían a su culpable. Reconozco que tuve suerte; por un comentario de un cliente en la farmacia descubrí que había un empleado del restaurante del padre de Patricia que tenía antecedentes por otra agresión años atrás. Investigué en Google. Encontré una foto antigua del periódico cuando Cabello fue juzgado. Comí varios días allí hasta que por fin apareció. Él fue el principio de mi plan. Lo vigilé varias semanas. Tenía pensado hacer una llamada anónima diciendo que le había visto dejando a la chica o algo así, y miren por dónde no fue necesario.

»Parecía que una mano divina lo había puesto en mi camino. Frecuentaba un prostíbulo. Lo observé. Se comportaba de forma muy agresiva. Subí a la habitación con la misma chica con la que estuvo Cabello haciéndome pasar por cliente y le ofrecí dinero por ayudarme a conseguir restos de semen y algunas colillas de cigarro. Tenía que estar con él una segunda vez cuando volviera al

local. No quiso. Tenía miedo de que pudiera enterarse su matón de turno, el que la tenía esclavizada, un serbio, croata o de un país de los Balcanes. Además, en la primera ocasión se había comportado de mala manera. Así que fui directamente al dueño y compré su libertad. Para que no se extrañara mucho me hice pasar por un empresario que quería montar un negocio en Toledo. Ese Jokic es un obseso del dinero, no me costó conseguirlo. De esa manera la chica, que no voy a decirles quién es, por si van a preguntármelo, hizo lo que le pedí y ahora es libre. Por cierto, más les valdría vigilar lo que pasa en clubes como ese, inspector. No hay una sola mujer que trabaje voluntariamente, y con la excusa de que es muy difícil meterles mano a los explotadores se salen con la suya. Allí se practica la esclavitud más cruel y los vemos como parte del decorado y con la resignación de que no se puede hacer nada. Aunque ya me imagino por qué no van a por ellos.

—Sabemos perfectamente quién es la chica, señor Carrera. Se llama María Leonor Quintana y casualmente dejó de trabajar en el Bahía Azul por aquellas fechas.

Peralta sintió deseos de decirle que quién era él para dar consejos y situarse en esa posición de superioridad moral con dos asesinatos y otro en grado de tentativa a sus espaldas, pero estaba relatando el caso con precisión y no quiso interrumpirlo. No era el momento. Goyanes tomaba notas de cada palabra sorprendida de la tranquilidad con la que Carrera articulaba su frío discurso. El abogado también cogía apuntes y para sus adentros no dejaba de imaginar lo difícil que iba a ser que a aquel tipo no le cayeran decenas de años de prisión. Su papel en el juicio iba a ser meramente testimonial si mantenía la confesión, hecho que no siempre sucedía.

—El caso es que la chica, autorizada por Jokic a abandonar aquel lugar y con mi promesa de abonar el precio de su libertad, consiguió un preservativo usado la segunda vez y las colillas que él se había fumado después. Ya ve usted qué fácil. Los puse en la escena del crimen y la policía hizo el resto.

—Muy justo cargarle el muerto a otro.

—Marcos Cabello violó a esa pobre chica del puticlub el mismo día que ella tenía que recoger las pruebas. Debería estar muerto. Que dé gracias de que estoy siendo sincero y va a quedar en libertad. Ella jamás lo denunciará. Si hubiera justicia para ese cobarde estaría colgado de la misma cuerda que las dos chicas, pero tampoco quiero que lo asocien conmigo. No pasaría ni un segundo de mi vida con esa rata —Carrera habló desde el odio. Su discurso pasó de la calma a la ira.

—¿Sabe dónde está ahora la señorita Quintana?

—No, ni me importa. Espero que haya tenido más suerte. Se le veía buena persona. Por cierto, por quitarles trabajo, no pienso declarar contra ella. Diré que no la conozco de nada y Cabello no tendrá manera de demostrar que me ayudó.

—No se preocupe tanto por mi trabajo y dígame qué contenía el mensaje que le envió a Patricia para que bajase del tren.

—Ese va a ser un secretillo que me va a permitir usted que me lo guarde para mí, inspector. No sea avaricioso y quiera saberlo todo.

A Peralta le chirrió aquello. Carrera daba detalles sin miedo a las consecuencias y, sin embargo, ahora se mostraba cauto por segunda vez. Miró a Goyanes y sin necesidad de hablarlo supo que pensaba igual. Aun así, decidió no compartir con el farmacéutico sus dudas y prosiguió el interrogatorio.

—¿Le hizo ir a su casa y allí la secuestró? —Peralta reformuló la pregunta.

—Bueno, no fue así. Quedamos en un lugar y allí me la llevé.

—Nadie se baja de un tren que va a llevarle de camino a Vietnam si no es por un motivo muy grave, y menos se sube voluntariamente al coche de alguien que no conoce. ¿Qué contenía ese mensaje, señor Carrera? —insistió Peralta.

—Se lo repito por última vez, no se lo diré, y si sigue por ahí dejaré de declarar. Tiene más que perder que yo, así que muéstreme un poco de respeto. — A Carrera le dominaba por momentos la soberbia de quien se sabe derrotado.

Peralta miró de nuevo a Goyanes. La oficial le pidió discretamente calma con las manos. La declaración iba bien; no podían perderlo.

—Aparte de la forma exacta de matarlas, hay otra diferencia fundamental entre los cadáveres de Patricia y de Águeda. A la primera le faltaban los dedos

pulgares. ¿Por qué?

—Porque Patricia se puso histérica y se tiró horas chillando. Ni aunque la abofetease paraba. Creía que alguien la escucharía, aunque tuviese insonorizada la habitación. Tuve que castigarla. Créame inspector que fue mano de santo; no volvió a emitir un grito más. Ni un Valium funciona mejor. Sé que en investigaciones así a ese tipo de actos se le atribuyen causas psicológicas y demás, luego pensé que hasta me había venido bien para que se despistasen si con Águeda no había hecho lo mismo.

—A esas alturas ya teníamos un vínculo entre las dos chicas, señor Carrera. No sea usted tan listo.

—Muy claro tampoco lo tendrían si no movieron un dedo por Cabello. Era más fácil para ustedes acomodarse y creer que tenían al culpable encerrado. Por lo menos del primer asesinato nadie les pondría en entredicho y les quedaba crédito para resolver el segundo. Leí la prensa aquellos días y a su querido superior no le faltó tiempo para ponerse la medallita delante de los medios de comunicación.

En eso último estaban de acuerdo Goyanes y Peralta.

—Mamarracho, que hubiera indicios de que había más personas implicadas no era motivo para liberar a Cabello con las pruebas tan claras que había contra él.

—Peralta se dio cuenta que había entrado en el juego que quería Carrera.

Goyanes, expectante ante la confrontación, sintió ganas de llorar. Se contuvo. De buena gana se hubiera lanzado contra aquel sádico que hablaba de chicas muertas y dedos cortados con la naturalidad que solo una mente enferma destila. Peralta volvió al tema.

—Las dos chicas han tenido plazos parecidos desde que desaparecieron hasta su muerte. ¿A qué se debe esto?

—Vaya chollo tiene usted conmigo, inspector. En su carrera no creo que se haya encontrado con muchos detenidos que le den tanto juego.

—La respuesta, señor Carrera. ¿Por qué fue así?

Peralta hacía esfuerzos por no descentrarse. Su contrincante invitaba a ello.

—Porque consideraba que un par de días o un poquito más era tiempo suficiente para recrearme en su dolor, para ver cómo suplicaban, cómo sufrían al

imaginar lo que les iba a pasar. ¿Sabe, inspector? No creo que esas dos niñas ni por un segundo creyeran realmente que iban a volver a ser libres, y eso me producía una alegría inconmensurable. Ni en mis mejores predicciones imaginé verlas como las vi, aterradas viendo las fotos de Raquel, muertas de miedo sabiéndose ya casi cadáveres. Olían su propio miedo. Sus caras se deformaban con tanta lágrima y tanto grito. Cuando quedé saciado ya no me valían.

Y fue en ese momento cuando Enrique Peralta supo que tenía que hacerle la pregunta que llevaba desde el principio de la toma de declaración deseando formularle.

—¿Realmente ha merecido la pena vengarse después de tantos años y causar ese dolor a las dos chicas, a sus familias y casi a una tercera? —El inspector no sabía si lo planteaba como parte de la investigación o con la curiosidad de quien no puede entender la frialdad de sus actos.

Julio Carrera lo miró por encima de las gafas de cristales transparentes y montura negra, escrutando la intencionalidad de la cuestión. Percibió en Peralta la necesidad de una respuesta que fuera especialmente convincente. A esas alturas ya sabía que cada palabra que salía de la boca del detenido era sincera y que no le importaba que su abogado estuviera continuamente tratando de torpedear la declaración. A Carrera le daban igual las consecuencias derivadas de sus crímenes: la prensa, el juicio, la condena, los años en la cárcel..., nada de eso podía preocupar a quien tenía la conciencia tranquila por haber cerrado un ciclo en el que solo cabían tristeza y odio.

—Usted no puede hablarme de dolor porque no lo ha vivido. Sí, no dudo que es probable que por su edad haya podido perder a su padre o a su madre, a una tía que quería mucho, a sus abuelos, amigos por un accidente o una enfermedad..., a quien sea. Pero no se equivoque; eso no era dolor si lo compara con encontrar a su hija colgada en su habitación con el cuello partido por una cuerda que ella misma preparó a conciencia para arrancarse la vida. Y no lo puede comparar porque usted no se pasó años y años culpándose por no preverlo, por no haber descubierto que algo terrible le pasaba por la cabeza a Raquel. Da igual que haya escuchado una y mil veces la expresión esa del

sentimiento de culpabilidad. Da igual, y ahora se lo digo sin ningún reproche, inspector, yo estoy usando ahora mismo esas tres palabras y las puedo tocar con mis dedos como si estuvieran en esta mesa, físicamente.

»Usted no sabe lo que es sujetar el cuerpo inerte de su hija y ser tan sumamente estúpido de pensar que se va a despertar, que ha llegado a tiempo y que aún respira. No lo sabe, inspector, porque, aunque escogiera las mejores palabras, o incluso unas nuevas creadas exclusivamente para entenderlo, no podría, porque solo quien lo ha vivido sabe lo que es, y somos pocos..., muy pocos. Fueron años buscando tardíamente una señal que en su momento ni mi mujer ni yo vimos, una que nos alertara de que algo iba mal, y no supimos hallarla. Y eso nos hizo más daño aún; ser incapaces de comprender a nuestra hija ni siquiera cuando estaba muerta. —Peralta observó que la frialdad con la que componía Julio Carrera un discurso tan duro se quebró cuando mencionó la palabra «muerta»—. Mi mujer se volvió loca, y créame que tampoco es una palabra exagerada. Si la viera cómo miraba a las chicas de la edad de Raquel cuando pasaba delante de algún grupo o en la puerta del instituto. No hay nada más duro que volver al pasado y darte cuenta de que no quedan más que recuerdos.

El inspector se dio cuenta de que no hacía otra cosa que desahogarse. No dominaba el relato de forma chulesca como al principio. Carrera no pretendía que Peralta lo entendiera ni buscaba su compasión; ya era tarde para eso después de tantos años de lágrimas e impotencia.

—¿Me deja entrever con esa pregunta que me ha hecho antes que tengo que sentir pena por los padres? No me trate por un estúpido. Yo a mis hijos los eduqué para que respetaran a la gente, para que trataran a las personas con la dignidad que merecían. Las tres niñas amargaron la vida a Raquel hasta llevarla al extremo más insoportable que no pudo aguantar. Mi hija era una chica alegre hasta que esas asesinas grabaron el vídeo y lo difundieron. ¿Qué buscaban? ¿Hacer daño? ¿Reírse de ella? ¿Tratarla como a una guarra? Muy bien, lo consiguieron. Nuestros actos en esta vida tienen consecuencias, inspector, y serán justas no cuando lo diga un juez partiendo de las leyes

ridículas que hay en este país, no. La justicia llegará cuando haya una proporcionalidad entre los actos y su condena. Yo respeto a las personas que deciden cometer sus propios errores, pero que sepan que habrá respuestas que no podrán controlar.

—Venga ya, señor Carrera. Ahora me va a hablar de que usted es un defensor de la justicia cuando ha matado a dos chicas. —Peralta lo cortó. Un silencio prolongado podía ser interpretado como una muestra de empatía.

El abogado de Carrera recriminó de nuevo a Peralta que acusase a su defendido de asesino sin haberse celebrado el juicio.

—Yo soy defensor de la memoria de mi hija, inspector. No me quiera poner en un plano moral inferior, no le he hablado de eso. Esas chicas siguieron con sus vidas, no fueron juzgadas ni tan siquiera reprobadas. Qué fácil es reducirlo a un «son cosas de chiquillas» cuando no es su hija la afectada. Si sus padres hubieran hecho bien su trabajo, como lo hice yo, no estaríamos usted y yo aquí sentados y Raquel tendría ahora veintiséis años, una carrera universitaria, amigas y la vida para disfrutarla. De lo único que me arrepiento es de que Adriana siga viva. Ahora los padres de las otras dos pasarán por lo mismo que yo y entonces sí podrán compararse conmigo.

—Si todos pensáramos como usted, mal futuro tendría la raza humana. El ojo por ojo no es la solución. ¿Quién decide la proporción del castigo? ¿El primero que ha sufrido un agravio?

—Lo que le aseguro que no es solución es quedarse contemplando con cara de tonto cómo, por ejemplo, esos chicos de Sevilla se ríen de los padres de la chiquilla que violaron y mataron. Después de tantos años son incapaces de decir dónde tiraron el cuerpo. Uno condenado y los otros sinvergüenzas en sus casas. Se habrán cambiado de ciudad o de barrio y seguirán sus vidas, y con el tiempo hasta parecerán ciudadanos normales a los que respetar. ¿Eso le parece proporcionado? El castigo lo ha decidido un juez mediante las leyes que crean unos políticos incapaces de entender lo que pasa fuera de sus lujosos despachos. Ojalá ese pobre padre que sale tantas veces en la televisión, derrotado, hiciera

como yo y por lo menos tuviera el sentimiento de desahogo que me produjo ver a las asesinas de mi hija muertas.

Goyanes escuchaba sorprendida por las explicaciones de Carrera. Habitualmente las declaraciones de los acusados eran vacías, sin contenido. Se limitaban a declarar que eran inocentes y poco más, o a lloriquear excusándose absurdamente. Con él cada frase había que analizarla con detalle. Ella no tenía hijos, e igual que estaba haciendo Peralta, se planteaba cómo sería su forma de actuar si pasara por lo mismo. Lo fácil era pensar que actuaría de otra manera, pero cuando la desesperación llega a sus cotas máximas, cualquier predicción se queda corta.

—Cuénteme, señor Carrera, ¿cuándo descubrió el motivo por el que se había suicidado Raquel?

Peralta ahora hizo la pregunta con sosiego. Por muy culpable que fuera, no olvidaba que estaba ante alguien trastornado por un suceso terrible. El detenido bebió agua y se tomó su tiempo tras desoír por enésima vez los consejos del abogado. Empezó dubitativo. Cuando hablaba de las chicas muertas aceleraba el discurso seguro de sí mismo, y cuando mencionaba a su hija las palabras perdían energía.

—Fue unos quince o dieciséis meses después de la muerte de Raquel. Hasta entonces no habíamos tocado su habitación, de alguna manera nos ayudaba a mantener más vivo su recuerdo. Era como si dejándolo todo ahí tal como ella lo tenía siguiera con nosotros. Ni mi mujer ni yo hemos sido nunca muy creyentes, pero ante algo así uno es capaz de agarrarse a cualquier resquicio de esperanza.

—Lo entiendo —dijo Peralta.

—No, no me entiende, y no importa. Un día me llamó mi hermana para preguntarme si podía dormir un par de noches mi sobrina Sofía en casa. Por supuesto le dijimos que sí, aunque le confieso que en parte lo hicimos con la idea de que durmiera en la habitación de mi hijo mayor, Ángel. Él estudiaba por aquella época en Valencia becado por una escuela muy importante de tenis, y así no tendríamos que pasar el trago de ver a otra persona en el dormitorio de Raquelita. Sin embargo, la casualidad quiso que justo unas horas antes de llegar

Sofía se presentara en casa Ángel; el padre de su mejor amigo había muerto repentinamente de un ictus y venía al entierro. Mi mujer se puso muy nerviosa. Entre mi hijo y yo la convencimos de que Sofía se tenía que quedar igualmente. No iba a hacerle ese feo a mi hermana y, por otro lado, después de más de un año quizás era hora de dar un pequeño paso hacia adelante. Sí, mínimo, lo sé, pero le aseguro que era un avance para por lo menos convivir con el dolor.

»Mi esposa aceptó. Me encargué de acondicionar la habitación para dejar a mi sobrina espacio en el armario. También puse sábanas nuevas. Toqué las menos cosas posibles, seguía oliendo a Raquel. El caso es que al sujetar el colchón para hacer la cama noté algo duro por dentro. El colchón era uno de esos con cremallera. Lo abrí y descubrí su diario. Era de tapas duras y azules. Cuando Raquel se colgó en el trastero la Policía estuvo buscando indicios que nos explicaran por qué lo había hecho, pero no había mucho donde rascar cuando al lado había una carta de despedida de apenas siete líneas dejando bien claro con su letra que ponía fin a su vida de manera voluntaria. Qué curioso, ¿verdad? Hasta cuando una persona está tan desesperada tiene la frialdad de dejar las cosas cerradas para no poner en aprietos a otras personas. Como ya le he dicho antes, mi hija fue tan buena que en ese escueto mensaje ni siquiera señalaba a las culpables de su asesinato. Sí, no me mire así, inspector. Sé lo que está pensando, que no fue un asesinato. Me da igual. Para mí sí y eso es lo que importa.

Peralta se reconoció señalado. En verdad estaba pensándolo tal como predijo Carrera. Miró el reloj. Se dio cuenta de que no había comido nada desde hacía muchas horas, pero no era el momento de hacer recesos. El sospechoso podría cerrarse en banda en cualquier momento o hacer caso al abogado, que escribía en su portátil y no paraba de hacer ruido con la nariz. *Un sonido nasal más y el siguiente que se sentará aquí como acusado seré yo*, pensó el inspector.

—No le conté a mi familia que había encontrado el diario, y menos sin leerlo antes. Raquel lo había empezado a escribir en el 2003, con trece años. Qué letra tan bonita tenía y qué bien escribía. En él hablaba de chicos que le gustaban, de las clases, de las ideas que se le ocurrían para presentarse a concursos de cuentos, de las vacaciones... También pegaba las entradas de cine con la fecha y

el título de la película. No sabe qué duro fue ver que había tantas y tantas cosas que yo desconocía. Me culpé de no haber hecho más por llegar a ella, y eso que nos llevábamos realmente bien. Me faltaron demasiadas cosas por descubrir de mi hija.

Carrera pidió un pañuelo de papel al abogado y se sonó la nariz. Con la mano apartó de su cara las lágrimas que ahora sí hacían acto de presencia. Tantos años y la herida seguía abierta como en el primer minuto.

—La noche en la que encontré el diario no pude dormir. Fui al salón ansioso por leerlo. Era un consuelo tener en las manos algo tan personal de Raquelita. Hubo pasajes en los que me reí a carcajadas, especialmente cuando contaba anécdotas divertidas que le habían sucedido en el colegio y más tarde en el instituto. Tenía un gran sentido del humor.

»Más o menos escribía una vez a la semana, normalmente los domingos. Ese día hacía un resumen en un par de hojas llenas de colorido, palabras subrayadas, exclamaciones, caras y muñecos sonrientes en los márgenes... ¡Qué alegría desprendía, joder! Incluso le diré que había momentos en que leyendo me olvidaba de que estaba muerta; era como si me lo estuviese contando ella misma. Pero de repente algo cambió. Raquel escribió un texto el 30 de diciembre del 2005 en el que contaba ilusionada sus planes para Nochevieja, el vestido que se había comprado y que tanto le costó convencerme para que le diera el dinero, la cena que iba a ayudar a preparar a su madre, la visita de sus primos pequeños... Escribió algo así como «Esta noche veré a Manuel. A empezar el año a su lado». Y después de aquello no volvió a escribir hasta el 15 de febrero, cuatro días antes de su muerte.

—¿Ha tenido noticias de ese chico, Manuel, o se ha interesado por él?

—¿Qué me está preguntando, si también lo fijé como objetivo?

—Usted lo ha dicho todo.

—Es que es muy previsible y sé por dónde va. Lo valoré en su momento y lo dejé al margen. Investigué y vi que vivía en África, era poco práctico meterlo en el plan. De todas formas, aquel chico no tuvo nada que ver con el vídeo y por lo

que contaba Raquel en el diario también se enteró tarde de lo que les habían hecho.

—Adriana tampoco participó en la grabación.

—No tiene comparación. ¡Ella era su mejor amiga y la dejó sola! —dijo Carrera crispado.

—Haga el favor de no gritar y hábleme de su hijo Ángel.

—¿Mi hijo? Él no tiene nada que ver con esto, déjenlo tranquilo. —El cambio de tema sorprendió al acusado.

—No se ponga tanto a la defensiva, no estoy diciendo que tenga o no tenga que ver. Le he dicho que me hable de él.

—Un chico estupendo. Es profesor en Valencia, estudió INEF. Hubiera sido un gran tenista si no se hubiera lesionado. Qué mala suerte tuvo. Habría llegado lejos, y no lo digo porque sea su padre, es que los entrenadores lo decían, y al final nada. Qué pena.

—¿Qué cree que pensará su hijo en cuanto sepa lo que usted ha hecho? ¿Lo reprobará o le dará una palmadita en la espalda y le dirá «qué grande eres, papá»?

—¿Adónde quiere ir a parar? —Carrera se sentía incómodo sin controlar la conversación. Los dedos de su mano derecha bailaban sobre la mesa.

—Siento si la sinceridad a lo largo de la conversación le ha llevado a pensar que usted también puede hacer preguntas. Las hago yo y usted decide si responde o no. Veo que le enfada este tema.

—No, no me enfada. Pretendo alejar a mi chico de esto. No quiero que sufra más.

—¿No quiere que sufra más? Qué incoherencia, ¿no cree? A veces parece usted un tipo altamente inteligente y frío y después se transforma en un idiota de campeonato. Ha matado a dos chicas y, si no ocurre nada raro, los próximos veinticinco años de su vida los va a pasar en la cárcel, y dice que no quiere hacerle sufrir.

—Le pido que no vuelva a insultar de esa manera a mi representado o daremos por concluida la declaración. —El abogado tomó la palabra enfadado por los

modales del inspector y deseoso de aportar sus conocimientos.

Ni Carrera ni Peralta parecieron hacerle caso.

—En la vida hay que elegir, inspector. ¿Qué opción era la mejor? ¿Quedarse quieto y no hacer algo o impartir justicia? No tengo ninguna duda de que la segunda.

—Deje ya de una puta vez de hablar de justicia, que a mí no me va a convencer. —Peralta lo cortó, hastiado de su nada fingida superioridad moral—. El panorama para su hijo tiene que ser glorioso: su hermana muerta, su madre muerta y su padre en la cárcel. Lo mismo si tanto lo quiere tendría que haber pensado un poco más en él y nos habríamos evitado dos muertes.

—Esas muertes pasaron a ser inevitables en el momento en el que leí el diario, inspector Peralta —afirmó tajante—, y si no lo hice antes fue por ahorrarle sufrimiento a mi esposa. Mi hijo es fuerte y superará esto.

—¿Cree que aprobará lo que ha hecho?

Carrera dudó. Bajó la mirada concentrándose en elegir las mejores palabras, como si se estuviera jugando mucho en aquella pregunta.

—No, Ángel es bueno. Tendré que explicárselo con calma.

—No se preocupe que tiempo va a tener de sobra para pensar cómo hacerlo.

—Deje de tratarme como si me diera miedo la cárcel, es lo que menos importa.

—Algo le dará si preparó los asesinatos con calma para que no lo pilláramos.

—Los preparé con calma para poder completar mi plan, no por miedo a las consecuencias. ¿No le pasa que cuando lleva tanto tiempo con algo en la cabeza, cuando por fin sucede queda tan liberado que lo que venga a continuación le es indiferente? —preguntó el acusado haciendo partícipe al inspector de su pensamiento.

—Mire, esta vez le voy a contestar. No, no me ha pasado, fíjese por dónde, y a usted tampoco porque Adriana se ha salvado. Mala suerte. —Peralta celebró el tanto anotado guiñándole el ojo.

—Se ha salvado de momento, inspector —dijo retador.

Peralta apoyó sus ojos en Goyanes. Hizo un par de preguntas irrelevantes y salieron de la sala, quedando dentro abogado y acusado junto con un agente de

uniforme.

—¿Cómo interpretas eso último, Marina?

—Este tipo no se tira faroles así por así, jefe. Me ha parecido que le salía de adentro. ¿Has visto cómo te ha mirado? Daba la sensación de saber lo que dice.

—Por eso te he pedido salir. Tú tienes buen ojo para estas cosas.

—Hay algo que me chirría: me cuesta creer que lo haya hecho sin ayuda. Míralo. Meter los cuerpos en el coche, sacarlos, arrastrarlos... Todo eso, o es muy afortunado y se la ha jugado a que alguien lo viera o lo hizo en apenas unos segundos. Y piensa que no nos ha contado si las chicas entraron voluntariamente en el coche o coaccionadas, pero sin aparentar obligación de cara a posibles testigos que luego no ha habido. De Patricia lo dudo por la herida que tenía en la nuca, pero Águeda no tenía ningún indicio de violencia previo al momento de su fallecimiento.

—Sí, la verdad es que viéndolo al principio cualquiera diría que esto lo ha montado él. Pero en cuanto ha hablado ya has visto cómo se expresa, es un psicópata calculador que ha actuado a conciencia.

—Bueno, a falta de nuevas pruebas vamos a dar de momento por válido que las mató solo. Lo que más me inquieta y no sé si llegaremos a saberlo es el motivo por el que Patricia bajó del tren. Tuvo que ser algo muy potente y a la vez que creyera que tenía solución, por eso fue a su encuentro. ¿Con qué la chantajeó?

—Dile a Blasco que llame a su hijo. Aún no sabrá nada. Que sea prudente y le diga nada más que el padre está en comisaría y que tenemos que hablar con él.

Blasco, siguiendo las órdenes de sus superiores, contactó con Ángel Carrera requiriendo su presencia con la mayor brevedad posible. En menos de dos horas llegó a la comisaría. Estaba en Madrid y no tardó en aparecer.

***Extraído del diario de Raquel Carrera. 15/02/2006.*

Abandono. No me quedan fuerzas para seguir justificándome. Seré siempre la puta del vídeo y no habrá nadie que al verme no recuerde que estaba haciéndolo con Manuel en el parque del Jardín Botánico. No hemos vuelto a hablar desde que rompimos, no quiero saber más de él. No es que lo culpe, pero verlo me recuerda aún más este infierno por el que estoy pasando. No puedo superar lo injusto que es todo, y más cuando a él nadie le está escribiendo mensajes insultándolo como a mí.

Ya no puedo volver atrás. La gente es mala, lo lleva dentro. Es tarde para decirle a todas las personas que han hecho circular el vídeo por Internet que se metan en sus asquerosas vidas, que son unos amargados que no tienen nada mejor que hacer que hablar de los demás.

Estoy cansada. No puedo más. Es agotador levantarse y vivir en un bucle. Recibir correos electrónicos de pervertidos de toda España. Si tuviera fuerzas los denunciaría, pero para qué, quedaría en nada y ellos seguirían viendo el vídeo y tratándome así.

No entiendo por qué mis amigas me han hecho esto. Patricia y Águeda son incapaces de mirarme a la cara, celebran lo que me ha pasado. Jamás hubiera imaginado que a Patricia le gustase Manuel, y aunque así fuera, ¿qué? Él estaba conmigo. La tonta de Águeda solo sabe seguirle la corriente, y no tuvo problema en humillarme grabando el vídeo y dándoselo a Patricia para que lo compartiera. Se pensarían las muy imbéciles que no me iba a enterar de que habían sido ellas.

Pero sobre todo me mata lo de Adriana; fue incapaz de decirme lo que estaba pasando un segundo después de enterarse. Estuve días recibiendo mensajes de tíos que no conozco que decían que yo era una puta sin saber el motivo, que me esperaban en los baños de las discotecas o en el parque..., y ella prefirió callarse. ¿También se pensaba que no me iba a enterar? No me vale la excusa de que es muy tímida y que no supo cómo hacerlo, que esperaba que se olvidasen en unos días. ¡No me jodas, Adriana! Sabías perfectamente que esos vídeos pueden circular años enteros y que no dejarán de verme como a una zorra. Me has fallado, joder, yo te lo habría contado nada más enterarme. Eras mi amiga. No quiero volver a verte. Ni a ti ni a nadie. Estas semanas están siendo las peores de mi vida. No puedo más.

No puedo más...

—En el diario no hablaba expresamente de suicidarse. No sé si porque días más tarde tuvo un arrebato y la necesidad de quitarse de en medio, pero el caso es que el mismo 19 de febrero escribió la nota aclarando que se quitaba la vida por propia voluntad y nos pedía perdón a su familia. Entre medias del 15 y el 19 no escribió nada más, qué mal lo pasó la pobre y nadie estuvo a su lado. Y ya no quiero hablar más de esto, déjenme tranquilo.

Se creó un denso silencio en la sala que se prolongó en el vacío. Tanto Peralta como el abogado apartaron su mirada de Carrera, dejándole tiempo para que se recuperara. Escuchándolo, el inspector pensó en que no siempre podía aplicarse aquella máxima de que el tiempo todo lo cura. A unas semanas de cumplirse el décimo aniversario, nada había cambiado para Carrera, y si acaso el dolor se había acrecentado al mezclarse con el odio y generar una crueldad en el farmacéutico que hasta entonces desconocía poseer.

Peralta no se iba a dejar llevar por las circunstancias.

—Por lo que me comenta de esa última entrada en el diario, y siguiendo su argumentación, no entiendo por qué usted metió en el mismo saco a Adriana que a las otras chicas si nos acaba de decir que según Raquel ella no tuvo nada que ver con la grabación. Si no lo llegamos a detener lo mismo se carga también al fabricante del teléfono, al encargado del Jardín Botánico y a los creadores de Hotmail. ¿Se da cuenta? Antes me hablaba de proporcionalidad y por mucho que se le llene la boca, ni usted mismo se lo cree, porque iba a aplicar el mismo castigo a quienes grabaron y difundieron el vídeo que a la chiquilla que no se atrevió a denunciarlas. Lamento enormemente, aunque usted diga que no, lo que le pasó a Raquel, pero basta ya de darme lecciones de moral y justicia. Adriana no era más que una adolescente que no supo reaccionar a algo para lo que no

estaba preparada. Si hoy en día, que se supone que ya hay más experiencia en el uso de Internet, nos encontramos con casos similares de propagación de vídeos íntimos sin consentimiento, especialmente de mujeres más mayores de lo que eran Raquel y Adriana, y se encuentran bloqueadas por no saber qué hacer, imagínese una cría de dieciséis años.

Julio Carrera, en contra de lo previsto por Peralta, no le rebatió sus argumentos. Golpeó rítmicamente la mesa con los dedos y avisó al inspector de que una pregunta más y dejaría de contestar.

—¿Conocía a esas chicas antes de leer sus nombres en el diario?

—A Adriana sí, había estado varias veces en casa haciendo trabajos del instituto con Raquel. Al tener profesores comunes compartían deberes y se ayudaban mutuamente. A las otras dos no, pero no fue difícil localizarlas. En el Andrés Laguna están colgadas las orlas de las promociones que se gradúan en bachillerato. Pasé un día y apunté los nombres. Águeda había una, y para Patricia no fue muy difícil; dentro del diario también había fotos y en alguna aparecía.

—¿Y cómo llegó hasta ellas?

—Le dije una pregunta, inspector, esta será la segunda. Le responderé antes de que me lleven a ese putrefacto calabozo.

»Seguro que se lo imagina. Los jóvenes han perdido la cabeza con las redes sociales, lo cuentan todo: dónde van, qué han hecho, con quién salen, qué es lo que sienten, si se quieren, si se odian... y si son prudentes ya se encargan sus amigos de no serlo por ellos. Cuando leí el diario me hice una cuenta falsa en la red social Tuenti y puse una foto de un chico guapo que encontré en Google. Las dos idiotas aceptaron la invitación y desde ahí seguí sus movimientos. Después con los años se cambiaron a Facebook y yo hice lo mismo; ya por entonces sabía quiénes eran y dónde vivían. El caso de Patricia fue incluso más fácil porque en esta ciudad todo el mundo conoce el restaurante de su padre. De Águeda estuve un tiempo sin saber nada, hasta que alguien puso una foto en la que salía con sus compañeros del supermercado. No especificaba en cuál era, pero Mercadona hay dos en la ciudad. No fue difícil pasarme por ambos y reconocerla ni imaginar

que esta Navidad estaría en Segovia trabajando. Con Adriana fue diferente porque ella vive en Madrid y no escribe casi nada de su vida privada en redes sociales, por eso se me escapó lo de su viaje. Sí que sabía que los fines de semana suele pasarlos por aquí, era de lo poco que dejaba entrever en su página. La idea era juntarla con Águeda y matarlas a la vez, me hubiera sido imposible dejar más tiempo entre ambas como sí pude hacer con Patricia.

En el caso de Adriana llamé a sus padres antes de secuestrar a Águeda y me hice pasar por un compañero de trabajo que tenía algo importante que decirle. Sabía que trabajaba en publicidad, bueno, más bien lo deduje, entrando en su lista de amistades en Facebook y viendo que había muchas coincidencias con varias agencias de publicidad.

»Las he tenido medianamente controladas durante años, y ahora se preguntará por qué no las he matado antes. Por varios motivos, inspector: porque al principio no me atrevía a hacerlo, que me detuvieran y causar más daño a mi esposa. Más tarde, cuando ella murió en el 2013, coincidió una época en la que alguna de las tres estaba más tiempo alejada de la ciudad y preferí esperar a tenerlas a tiro. Y también porque una vez más se pensará que estoy loco, pero planear cómo matarlas me dio vida. Encontré un objetivo por el que seguir adelante. Temía que si lo satisfacía muy rápido volvería al estado de depresión permanente en el que vivía cuando no estaba pensando en esto. Me ilusionó el cometido. Eso ustedes no pueden entenderlo.

—No se preocupe que en el próximo cuarto de siglo que le espera como mínimo va a tener tiempo de pensar. —Peralta se despidió de Carrera.

—Ya se lo he dicho, inspector Peralta, hay condenas mucho más dolorosas que la privación de libertad. Si mi mayor preocupación fuera esa le aseguro que no me habría quedado en Segovia esperando a que me detuvieran. Además, los dos sabemos que por mi edad es probable que dentro de veinticinco años esté muerto. Ahora me toca descansar, aunque una de las chicas haya sobrevivido. — Cambiaba el argumento y daba su trabajo por incompleto. Goyanes y Peralta se dieron cuenta del detalle. ¿Trataba de despistarlos?—. Merezco ese descanso,

señor Peralta, me lo merezco más que nadie, y si tiene que ser en la cárcel que así sea.

Fue su última frase. Dos agentes entraron a buscarlo. Se despidió del abogado estrechándole la mano y bajó a los calabozos. Al día siguiente compareció ante el juez, que dictó prisión sin fianza. Semanas más tarde sería trasladado provisionalmente a Soto del Real, cárcel tan conocida entre la opinión pública por aglutinar entre sus reclusos a la flor y nata de la corrupción española, aunque tan solo estuvo un mes y medio antes de volver a la de Perogordo, en Segovia.

Peralta, al verlo salir esposado, pensó en cómo era posible que aquel tipo lo hubiera tenido en jaque. Víctima primero y verdugo después, sintió desprecio por él porque había tomado el camino erróneo, el de la venganza, impulsado por una desgracia por la que no tenía que haber pasado nunca.

—Te invito a cenar un buen cordero en un nuevo restaurante que han abierto en la calle Colón, Marina. Creo que nos lo hemos ganado. Conozco al dueño, seguro que tiene una mesa libre a estas horas y nos damos un homenaje, que lo necesitamos.

Goyanes aceptó con la condición de no hablar de trabajo. A escasos metros de la Plaza Mayor, frente a la Delegación de Economía y Hacienda, compartieron una velada en la que no había espacio para la celebración. Entre medias de los dos descansaba en la mesa un Ribera del Duero que merecía ser bebido hasta la última gota, siendo testigo de los primeros minutos en muchos días en los que ambos agentes ponían tierra de por medio con su trabajo. Pero como tantas veces sucedía, acabaron debatiendo sobre el caso, y a diferencia de otros que se cerraron rápidamente les quedó un sabor amargo por no haber evitado las muertes de Patricia y Águeda. Para dos profesionales acostumbrados al éxito y a ser reconocidos por su eficiencia, aquellas chicas iban a ser un recuerdo que tardarían en olvidar.

En cuanto terminasen los informes y atestados correspondientes regresarían a su puesto habitual en Valladolid, sabedores de que cuando se celebrase el juicio tendrían que testificar. El teléfono no tardaría en colarse en sus vidas con el

requerimiento de intervenir en un nuevo caso violento que quizás ya estaría fraguándose. El de Julio Carrera les había afectado especialmente; por suceder en la ciudad en la que vivían y por la sensación de derrota que les producía haber sido manipulados respecto a Marcos Cabello. Era inevitable mirar atrás y culparse por no haber previsto que les estaba llevando por el camino equivocado.

Aquel no era un juego de policías y malos de los que salían en la televisión y que se resolvía con eficacia para los defensores de la ley. La única satisfacción de la que podían presumir Peralta, Goyanes y Blasco era la de saber que Adriana, una vez se recuperase de las secuelas de la agresión, seguiría con su vida; y en ese triunfo se escondía la propia derrota de Carrera, que en la cárcel se lamentaba de que su obra quedase incompleta y de que, según él, Raquel no pudiera descansar plenamente en paz.

—Le agradecemos que haya venido rápidamente.

Ángel Carrera pasó a la sala de interrogatorios seguido por el mismo abogado que representaba a su padre. No creía necesitarlo, pero ante la insistencia de Julio accedió a que estuviera presente en la toma de declaración.

—Perdónenme, estoy en *shock* ahora mismo. Estaba de compras con unos amigos en Madrid y cuando me han llamado me he quedado de piedra. El abogado me ha puesto al corriente. Debe tratarse de un error, mi padre no es capaz de hacer eso de lo que lo acusan.

—Señor Carrera, su padre lo ha confesado y ha sido detenido cuando intentaba matar a su tercera víctima. No hay ninguna duda de ello.

Ángel se tapó la cara unos segundos, carraspeó y finalmente se recompuso.

—¿Ha pasado con su padre unos días en Navidad? —Goyanes se encargó de hacer las preguntas.

—Así es. Estuve por aquí del 23 al 28 de diciembre. Después volví a Valencia, aparte de ser profesor en el instituto también doy clase de tenis y esos días teníamos un torneo juvenil. No pude quedarme más.

—¿Estuvo en casa de su padre y no vio que la habitación de su hermana Raquel era un macabro santuario y que en el techo colgaban unas poleas que sujetaban una cuerda? Cualquiera que vea algo así en un dormitorio se sorprendería al menos.

—Le puedo asegurar, oficial Goyanes, que eso no estaba allí.

—Y el material aislante con el que cubría las paredes, el techo y el suelo tampoco?

Carrera dudó.

—Si le soy sincero, a la habitación de mi hermana no entré. Estaba cerrada y, además, me da mucha pena. Aunque hayan pasado casi diez años me sigue entristeciendo. Más de una vez he intentado convencer a mi padre de que se cambie de casa, que venda esa y empiece de cero. Él está anclado en sus recuerdos y de ahí no sé cómo sacarlo.

—Hace un momento acaba de decirnos que no vio la polea. ¿En qué quedamos? —Goyanes aprovechó la contradicción para tantearlo.

El abogado Torné recomendó sin éxito no contestar.

—Mire, perdone si me contradigo en alguna cosa. Hace menos de treinta minutos me han comunicado oficialmente que mi padre está encarcelado por matar a dos chicas. Ni siquiera me avisaron ayer cuando lo trajeron aquí. He sido el último tonto en enterarme. La habitación de mi hermana representa lo malo que nos pasó y no quiero revivir cada vez que vengo a Segovia lo que ocurrió. Por eso no entro ahí.

—¿Dónde ha pasado la Nochevieja?

—En casa de los padres de mi novia, en Gandía. Cenamos y luego fuimos a tomar unas copas con más amigos. Puedo darles los teléfonos que quieran para comprobarlo.

—Lo haremos, no se preocupe. ¿Y el 12 de agosto del pasado año puede recordar dónde estaba?

—¿El 12 de agosto? —preguntó extrañado.

—Sí, el 12 de agosto, por la tarde más concretamente. Ese día desapareció Patricia Redondo, la primera víctima de su padre.

—Pues sí le soy sincero no tengo ni idea. Supongo que en Valencia. En verano no he pasado por Segovia y los únicos días que estuve fuera de mi ciudad, quitando algún fin de semana suelto, fueron en las vacaciones que pasé en julio con mi chica en el Cabo de Gata.

—¿Conocía a Patricia Redondo, Águeda Millán y Adriana Gómez?

Ángel miró hacia arriba exagerando el gesto de pensar.

—A Adriana Gómez seguro que sí. Cuando vivía mi hermana vino alguna vez a casa a hacer deberes, se encerraban en la habitación durante horas. Además, su

primero entrenaba conmigo al tenis alguna vez en las pistas de La Albuera.

—¿Y a las otras dos está seguro que no? —intervino por primera vez el inspector mostrándole sendas fotos.

—Se lo aseguro, inspector —contestó Carrera extrañado del cambio de interlocutor. Apenas se detuvo en las imágenes.

—Mírelas bien, señor Carrera, que casi ni se ha fijado en las chicas. —Peralta dejó que Ángel cogiera las dos fotos. Negó.

—Insisto en que no las conozco de nada. Sé quiénes son porque las fotos han salido en los periódicos, inspector. Aunque viva en Valencia soy el típico que por las mañanas abre en Internet *El Adelantado de Segovia* para saber qué pasa por aquí, aunque es verdad que las fotos han salido también en la prensa nacional. Sin ir más lejos ayer en uno de esos programas carroñeros de por la mañana estaban hablando de ellas. Cómo iba a imaginar que estaba mi padre detrás. Disculpen, es que sigo sin creer que no haya sido una desgraciada confusión.

—¿Qué le parece que su padre se haya tomado la justicia por su mano? ¿Lo comparte?

—¡Por favor! En absoluto. Mi madre y él mismo me enseñaron a ser una buena persona, me resisto a pensar en lo que me dicen que ha hecho. Se lo digo en serio.

—Señor Carrera, ya le hemos dicho que detuvimos a su padre en el mismo momento en el que pretendía matar a Adriana. No se trata de interpretaciones nuestras. Aunque no haya sido juzgado, el hecho en sí está probado, y respecto a las otras dos muertes él mismo nos las ha explicado con todo lujo de detalles. No lo hemos traído realmente aquí para que debatamos la autoría de los crímenes. ¿Nunca hablaron sobre el contenido del diario de Raquel que encontró en un colchón?

—Le aseguro que no. Me he enterado ahora mismo. Mi padre se lo guardó para él. Supongo que no quería remover más el pasado, o pensaría que callándoselo nos protegía a mi madre y a mí. No sé, hasta que no hable con él no les diré nada más sobre esto.

—Me sorprende en su caso que cuando circuló el vídeo de su hermana por los correos electrónicos y por los teléfonos móviles, usted no llegase a saber nada. De sus padres puedo entenderlo porque para la gente más mayor la tecnología en el año 2006 estaba aún por descubrir, pero en su caso, que tendría diecisiete o dieciocho años y ya usaría Internet con cierta soltura, tengo que hacer un gran acto de fe para creerlo.

Se hizo el silencio. Nuevamente Torné trató de que esquivase la respuesta. Carrera indicó con la mano que estaba bien.

—Sí, sí lo sabía. Incluso lo vi —afirmó cabizbajo, avergonzado de la confesión.

—¿Y no le dijo nada a sus padres? —cuestionó Peralta.

—No, les hubiera hecho más daño. Al principio me partí la cara con dos o tres imbéciles que se rieron de mi hermana, pero enseguida entendí que no había nada que hacer. En Segovia toda la gente de mi edad, y sabe Dios quién más lo había visto, ya fuera por curiosidad o por morbo, y no podía ir pegándoles, aunque me hubiera gustado, no se lo voy a negar. Ya se ocuparon de ser discretos cuando yo estaba delante, pero que las habladurías estaban ahí era cierto.

—Sus padres estuvieron años preguntándose qué hicieron mal para que pasase aquello. Les hubiera al menos aliviado saber que no era por su culpa.

—Inspector, no suponga nada. A mis padres nada les podía aliviar. Mi hermana se colgó del techo de su habitación. ¿Eso usted no lo comprende? —El tono amable se evaporó.

—No se trataba de aliviar sino de entender. Por lo que nos ha contado su padre les habría sido de ayuda.

—¿Qué se piensa, que yo no me sentí culpable igual que ellos? Lo sigo sintiendo y mire el tiempo que ha transcurrido. Me callé por vergüenza, por cobardía, por miedo..., por todas a la vez supongo.

—¿Y no supo quién había grabado el vídeo ni quién empezó a propagarlo?

Ángel Carrera negó con la cabeza y no dijo nada.

—Entiendo que hablaría con su hermana sobre el tema.

—No, no le dije nada. Me daba tanta rabia que me callé. Estaba enfadado con ella, éramos el hazmerreír en la ciudad. ¿Qué se cree? Que no me miraba la gente de mi edad por la calle y decía «mira, el hermano de la guarra del vídeo». Estaba muy cabreado con ella por haber sido tan insensata.

—¿Dejaron de hablarse?

—No tanto, es solo que ella estaba siempre encerrada en su cuarto y yo tampoco hice nada por apoyarla.

—Entiendo. ¿Se alegra de que la autora del vídeo y quién lo viralizó estén muertas?

Peralta quería comprobar su reacción.

—¿Qué mierda de juicio moral me están haciendo? He venido aquí a colaborar y parece que soy yo el acusado. —Ángel se puso de pie y golpeó con la palma de su mano derecha la mesa, mirando retador a Peralta.

—Permanezca localizado por si tenemos que volver a hablar con usted, señor Carrera.

Peralta no se despidió. Goyanes abrió la puerta y tanto Ángel como su abogado abandonaron la sala.

—Jefe, no llevamos ni diez minutos hablando con él. ¿Vamos a dejarlo así?

—No nos va a decir nada más que obviedades. Si está implicado no tenemos nada contra él y su padre no va a incriminarlo. ¿Has visto cómo se ha puesto de agresivo en la última pregunta?

—Lo estabas provocando para ver su reacción, ¿verdad? —Goyanes sonrió.

—Lo que es la genética. Le ha pasado igual que al padre. ¿Te das cuenta? Cuando creen tenerlo todo controlado se muestran tranquilos, fríos, muy educados... Pero cuando nos hemos salido del guion que ellos esperan se ponen violentos. Marina, este chico tiene tantos o más remordimientos de conciencia que su padre. Ni ha mirado las fotos de las chicas hasta que le he insistido, y tiene pintado en la cara el sentimiento de culpabilidad por no haber apoyado a su hermana. Ve a tu mesa y comprueba de nuevo las declaraciones que hemos recogido en estos meses del entorno de Patricia y de Águeda. Puede que ahora con esta nueva perspectiva encontremos algo.

—Me pongo ya con ello. Y habrá que ver qué hacemos también con Marcos Cabello. Lo hemos tenido casi medio año en la cárcel por la cara.

—Eso es lo que menos me preocupa ahora mismo. Que proteste lo que quiera. Las pruebas eran evidentes y, si se queja que se ocupe el inspector jefe, que fue el que se puso la medallita cuando lo detuvimos. En cuanto tengamos cerrada esta investigación y podamos descartarlo al cien por cien iniciamos los trámites. No sufras por ese canalla, que mira lo que le hizo a la prostituta.

—Esa es otra. Tenemos que encontrar a María Leonor Quintana. Su colaboración con Julio Carrera fue determinante para que él pudiera seguir con su plan.

—Dile a Blasco que se ocupe de eso. En condiciones normales habría que hablar con la INTERPOL, pero olvídate de sacar algo en claro. Carrera no va a testificar contra ella y si compró su libertad al tal Bruno Jokic este no va a identificar a Carrera. Lo último que haría es reconocer que tiene esclavizadas a las chicas y que las vende por dinero. No tenemos ninguna prueba y es la palabra de Cabello contra la de Carrera. Me juego el pellejo a que no está en España.

—Me da pena la chica.

—Y a mí, bastante tenía en ese puticlub asqueroso, pero al menos tenemos que tomarle declaración, Marina. Ha participado en un delito muy grave y nos ha hecho perder mucho tiempo creyendo que Cabello era el culpable.

—Lo sé, jefe, me refería a que cuando uno está desesperado hace lo que sea.

—Sería maravilloso que contase lo que sucede en el Bahía Azul. Estas chicas están amenazadas con hacer daño a sus familias. De todas formas, no se va a exponer a ese riesgo, además, es competencia de la Guardia Civil echarle el guante a ese cabronazo. Que pongan un poco de su parte también.

—Ojalá pudiéramos matar dos pájaros de un tiro y joderle la vida.

—Nosotros somos de homicidios, Marina. Poco podemos hacer —dijo Peralta resignado a sus limitaciones.

Odiaba a los tipos como Jokic que gozaban de inmunidad, protegidos por el miedo ajeno y por la gente de poder que tenía mucho que perder si él hablaba más de la cuenta. Un local sustentado por el dinero de aquellos clientes que al

mirarse al espejo se veían como ciudadanos ejemplares y honrados, muchos con mujer e hijos, e incapaces de reconocerse como cómplices de un negocio de esclavitud y extorsión que no ocupaba hojas en los periódicos, que no daba ni robaba votos en las campañas electorales y que la sociedad se empeñaba en ocultarlo debajo de la alfombra hasta convertirlo en una realidad inexistente o molesta si sucedía cerca de su entorno. Mujeres como María Leonor eran vistas como parte interesada del negocio, y desde la ignorancia eran juzgadas como si el ser explotadas, violadas y agredidas hubiera sido una elección... y todo bajo el cómodo paraguas de justificarlo como «el trabajo más antiguo del mundo».

—Jefe, voy a llamar a testificar otra vez a Rosa Alonso, amiga de Patricia.

—Refréscame la memoria. Con tanto nombre y sin los informes delante ya me pierdo.

—Rosa Alonso es una de las chicas a las que Blasco interrogó en agosto cuando desapareció Patricia. Por lo que tenemos apuntado era una de sus mejores amigas.

—¿Y qué puede aportarnos esta vez que no haya hecho ya?

—Leo en el informe que ese grupo de amigas estuvo a finales de mayo en una despedida de soltera en Valencia. Se casaba una tal Isabel López.

—Vaya, sale Valencia otra vez a colación.

—La chica no contó nada especial. Podemos enseñarle ahora la foto del hijo de Carrera, lo mismo sabe quién es.

—¿Y a la tal Isabel no le damos un toque? Era la protagonista del evento. Llama a las dos a la vez y les haces el regalito de Reyes.

—Voy a ello ahora mismo.

Tres horas después entraban por la puerta principal de la comisaría Isabel y Rosa. Un rato antes se habían llamado por teléfono temerosas, haciendo conjeturas sobre el motivo del requerimiento. Nunca se tiene más miedo ante la incertidumbre que cuando uno se sabe inocente.

Goyanes se había creado una expectativa que tras cuarenta y cinco minutos se rebajó hasta acabar en la nada. Las chicas pudieron ofrecerle el itinerario seguido por el grupo en la despedida: fecha del evento, bares, hotel, empresa del barco contratado, restaurante de la gran cena, playa de la Malvarrosa y horario de los trenes de ida y vuelta. En la estación no quedaban registradas las

grabaciones de las cámaras de seguridad tanto tiempo como para usar ese recurso.

Ni Isabel ni Rosa lo reconocieron a través de diferentes fotografías. La imagen de Ángel aparecía en Google en varias entradas de la web de la escuela de tenis y del instituto en el que impartía clases.

—Nada, jefe, ninguna de las dos dice saber quién es Ángel. Puedo intentarlo con el resto del grupo, pero me da que tendríamos la misma respuesta. Estas tías se pasaron el viaje mamadas perdidas, yo creo que desayunaban ron.

—Jodidas borrachas. Prueba, anda, no podemos dejar nada al azar. Tú también tienes la corazonada de que ese chico sabía lo que hacía su padre, ¿verdad? —preguntó Peralta.

—Son un calco. Se han comportado igual cuando estaban a gusto y cuando se han incomodado. Parecen la misma persona con treinta años de diferencia. ¿Los dos sabían por qué había muerto Raquel y resulta que ninguno lo comparte con el otro? No me lo creo. Ni de coña. Cuando Ángel nos ha dicho que sí estaba al tanto del vídeo me ha dado la impresión de que se arrepentía, ha estado un rato tratando de alargar las frases como para ganar tiempo. Estaba improvisando y yo creo que lo hacía para aparentar no darle tanta importancia a eso.

—Blasco ha comprobado hace un momento que efectivamente en Nochevieja estaba en Gandía. Por ahí no podemos hacer nada, y a Adriana la atacó el padre, pero...

—Pero hay muchas formas de participar en un asesinato, efectivamente. —Goyanes se adelantó a su jefe.

—A veces me das miedo, Marina. ¿Seguro que no me lees la mente?

—¡Si pudiera leer tu mente estaría en el psiquiatra! —bromeó la oficial.

—Sigamos buscando hasta que no tengamos dónde agarrarnos. Cuando salga en la prensa que hemos tenido encerrado a Cabello casi medio año por la jeta van a observarnos con lupa, aunque sea un muerto de hambre que no le importa a la gente. No quiero más cagadas, y no olvidemos que el objetivo de Carrera era matar a tres chicas y que una sigue viva. Su tarea está incompleta.

Marina se obsesionó con Ángel. Se llevaba bien con su intuición, y con la información que tenía era incapaz de atribuirle completamente al padre tres crímenes en solitario que exigían preparación e infraestructura. Solicitó al juez permiso para pedir a Renfe los datos de los viajeros de los trenes que coincidían con la despedida de soltera de Isabel López, en mayo, y revisó los viajes cercanos a las fechas en las que desaparecieron y fueron encontradas muertas Patricia y Águeda, aunque ya fueran investigados en su momento. Igual con la línea de autobuses que cubría el trayecto Madrid-Valencia, con el restaurante que citó Rosa y con el hotel en el que se alojaron las amigas. Nada, ni rastro de Ángel. Era previsible. ¿Y si decía la verdad y no estaba implicado? ¿Y si era ella que se obcecaba en atribuirle al hijo los pecados del padre?

A la mañana siguiente Marina dejó de tener dudas. Sabía que con lo que había descubierto no era suficiente para que el juez lo imputase, pues era una prueba circunstancial. La incógnita se despejó en el último intento, cuando ya no esperaba encontrar el hilo al que agarrarse.

—¡Jefe, mire! Lo tengo, el muy cabrón nos ha mentado —gritó exultante Goyanes—. Lo sabía, joder.

Peralta se puso las gafas. Apoyó los brazos en la mesa de su compañera y miró fijamente la pantalla del ordenador.

—Amplíalo, quiero estar seguro.

Marina observaba al inspector esperando su gesto de aprobación.

—Esta fecha que pone aquí abajo a la derecha coincide con la de la despedida, ¿no? —preguntó Peralta.

—Exacto, es el mismo fin de semana de mayo. Las dos amigas de Patricia lo confirmaron.

—Maldito hijo de puta que va de chico responsable.

—¿Crees que con esto podemos cogerlo?

—De momento se va a pasar un día en el calabozo. Son muy listos y lo tenían bien preparado, pero seguro que no contaban con esta sorpresa. Llámalo y que venga para acá, y con su abogado.

—Me ha sorprendido que me llamen, no se lo voy a negar. Pensaba que ayer había quedado todo aclarado. Estoy intentando que me dejen ver a mi padre.

—De momento eso no va a poder ser. La investigación está abierta y su padre se encuentra en régimen de incomunicación. Si quiere que le deje algún recado o que le diga lo mucho que lo echa de menos, no se preocupe que yo me encargo.

—Noto cierto sarcasmo en su tono, inspector. ¿Tiene algún problema?

—No, en absoluto, señor Carrera. Solamente quería ser de ayuda. —Peralta levantó las cejas dejando claro que no hablaba en serio.

—Y bien, ¿en qué puede ayudarles mi cliente? —preguntó contrariado el abogado Torné.

Goyanes puso sobre la mesa la foto de Patricia.

—Señor Carrera, ¿puede confirmarnos de nuevo que usted no conocía a Patricia Redondo y que nunca ha tenido relación con ella? —Goyanes lo miraba fijamente a los ojos buscando información en su reacción.

Carrera estiró los brazos y resopló.

—¿Otra vez con esto? Les dije ayer que de las tres chicas a la única que conozco es a Adriana. Era muy amiga de Raquel y vino varias veces a mi casa en aquella etapa del instituto. Y por si tienen duda de ello, que por sus caras acusatorias veo que sí, me alegro enormemente de que esté viva. ¿Lo repito más veces?

—Sí, repítalo otra vez, a ver si a la tercera va la vencida y no nos entra la risa — dijo Peralta.

—Mi cliente ha mostrado desde el principio una actitud condenatoria hacia su padre y colaborativa con ustedes; está respondiendo a sus preguntas cuando no

tiene ninguna obligación de hacerlo. No se olviden. Les pido más respeto o esta reunión termina aquí.

—Abogado, no me toque los cojones. Esto no es una reunión, es una toma de declaración a un individuo sobre el que recaen dudas acerca de su participación en dos asesinatos y un tercero en grado de tentativa.

—¿Dudas? Venga ya, inspector. ¿Está acusando al hijo de los presuntos delitos de su padre y dicta sentencia antes que un juez? No me haga recordarle que estamos en un estado de derecho. —El abogado empezaba a impacientarse.

—No me lo recuerde, ya lo sé. Si no lo estuviéramos, créame que habríamos resuelto esto mucho antes.

—¿Está queriendo insinuar algo, inspector Peralta?

Marina cruzó la mirada con Peralta y le pidió contención. Era demasiado impulsivo y necesitaba de la templanza de su oficial para no ir a más. En el equilibrio de la dupla estuvo en tantas ocasiones anteriores su éxito laboral.

Peralta retomó el control.

—Señor Carrera, ¿dónde estaba usted el sábado 30 de mayo sobre las cuatro y media de la tarde?

—Han pasado más de siete meses, inspector, no tengo ni idea de dónde estaba. Supongo que en mi casa o en la playa, yo qué sé. Los sábados por la tarde no doy clases de tenis.

—Qué mala suerte que no se acuerde. Menos mal que nosotros estamos en condiciones de refrescarle la memoria. Mire estas dos fotitos.

Ángel alargó la mano y cogió la primera foto con la mano derecha y después la segunda. Se rascó la barbilla y miró a su abogado desconcertado.

—Vaya cambio que se ha pegado usted, me tiene que recomendar a su estilista. Me hace falta.

Se hizo el silencio. Peralta continuó, era su oportunidad.

—Para no conocer a Patricia Redondo se le ve a usted muy a gusto hablando con ella en el catamarán y sujetándola del hombro en esta imagen. Suerte que los de la empresa Odisea tienen una web muy completita y suben fotos de las despedidas que organizan, de lo contrario nos habríamos perdido este momento

tan emotivo. Con razón las amigas de la chica no le han reconocido con esas melenas y la barba que lucía por entonces. Le interesaba un cambio de *look*, ¿verdad?

En la foto se podía ver a un grupo de hombres y mujeres alzando las copas y riendo. Estaban en bañador y listos para volver al agua. A la derecha, y en segundo plano, Patricia hablaba con Ángel. Ella reía y él la sujetaba levemente del hombro. En esa primera instantánea estaban de perfil e identificarlo no era sencillo. En la segunda, tomada apenas uno o dos segundos después, él giró la cabeza y miró a la cámara. Llevaba el pelo largo recogido con una coleta, pero no había duda de que, a pesar del cambio de imagen, estaban ante la misma persona.

—Sinceramente no me acuerdo, y si hablé con Patricia lo hice sin saber quién era. Puro azar. Me tomé varias copas, no me acuerdo ni de ese momento.

—En esa foto tienes en la mano una lata de Coca Cola, qué pollas me estás contando. Me juego la vida a que la única persona de ese barco que no iba hasta las cejas eras tú.

—Tenga cuidado con lo que apuesta, inspector, no vaya a tener un susto por una fatídica casualidad. —Cada frase de Ángel era un intento de provocación. Atrás había quedado su imagen de chico responsable.

—¿Casualidad, pedazo de cabrón? Eso no existe cuando estáis tu padre y tú detrás de esto. Te has cortado el pelo y te has afeitado porque sabías que esa panda de borrachas no se acordaría de ti tantos meses después. Lo tenías previsto.

—Mi cliente no va a responder a más preguntas. Que hablara con ella tres meses antes de que falleciera no prueba nada más que una relación casual en un ambiente festivo. No pierda el tiempo, inspector —aseveró el abogado sin lograr detener el enfrentamiento.

—Ya no se lleva la barba, inspector, es el pasado. Parece mentira que no esté usted al día de que los *hipsters* han claudicado.

—Vas a claudicar con la hostia que te voy a dar, payaso. Ayudaste a tu padre, a mí no me la das.

—Demuéstrelo si tan buen policía es, le invito a ello.

—¡Se acabó! Esto se ha terminado. Vámonos, señor Carrera. No vamos a aguantar estas acusaciones y menos habiendo venido sin estar imputado por algún delito. Ningún juez le va a conceder ni una orden de registro con esa prueba sacada de una página de Internet, ustedes lo saben, así que dejen de hacernos perder el tiempo. —Torné se levantó y cogió del brazo a Carrera, que permanecía sentado mirando a Peralta.

—Aquí no se mueve ni dios. De momento esta noche se va al calabozo, y mañana le damos de desayunar gratis.

—Pierde usted el tiempo, inspector. Soy inocente.

—Bueno, entonces no tendrás problema en pasar una noche en la *suite* de los calabozos. Creo que la manta la han cambiado hace unas semanas y no te comerán las chinches. Marina, que lo bajen.

—Encantado de pasar la noche aquí, una experiencia más que sumar. Como la del barco...

Esa última frase de Ángel provocó en el inspector un incendio. Goyanes se puso delante de él, evitándole un problema mayor.

Tal como predijo Torné, el juez no dio permiso para registrar el domicilio de Carrera en Valencia. Consideró insuficiente motivo la foto de la web de Odisea en la que se veían juntos a la víctima y al hijo del único imputado por su muerte. Carrera pasó la noche en el calabozo y a la mañana siguiente fue puesto en libertad sin ningún cargo sobre su espalda. Volvió a Valencia a la espera de poder ver a su padre.

—Joder, Marina, me cago en la puta, ese tío es culpable y se va a ir de rositas. Lo han preparado para que le carguemos el muerto al tarado del padre, que le da igual estar en la cárcel o en Cuba. Y lo peor es que lo sabemos. Si hubiéramos conseguido acceder al teléfono de Patricia estoy seguro de que lo habríamos cogido, ahí estaba la clave.

Goyanes afirmó. Estaba decepcionada, y eso en ella era sinónimo de silencio. Continuaría investigando, buscando testigos, revisando grabaciones..., pero allí,

en la puerta de la comisaría de Segovia, entendió que si no aparecía alguna prueba nueva nadie más que Julio sería juzgado por los tres crímenes. Apretó los dientes con rabia y pensó en Adriana y en que no estaría jamás segura mientras uno de los dos Carrera siguiera en libertad.

No pudo evitar reprocharse la resolución del caso. No había casualidad en que Ángel estuviera en ese barco y no poder demostrarlo ni convencer al juez le producía una sensación de derrota que ni la siguiente victoria profesional le haría olvidar. Y es que, aunque a veces no hubiera forma material de llegar a una parte de la verdad, para Peralta y Goyanes no era ningún consuelo y solo les serviría para alentarlos y seguir investigando mientras existiera una remota opción; hasta que el muro con el que se topasen tuviera una altura inalcanzable.

29 de mayo del 2015

Patricia y sus amigas planearon durante meses la despedida de soltera de Isabel. Era la primera del grupo de la universidad que se casaba; tenía tres años más que el resto porque previamente había estudiando un módulo de formación profesional en administración. Lo único que sabía de la celebración era que sería en Valencia. Las publicaciones en las redes sociales de sus amigas semanas atrás conformaban un conjunto de pistas para que adivinase el destino. Cuando por fin lo hizo todo el grupo colgó en sus perfiles diferentes textos acompañados de fotografías con la homenajeadada.

Tiembla Valencia, mañana arrasamos la ciudad.

Contando las horas para irnos a Valencia. Que se preparen los del bar del AVE. ¡La fiesta empieza en el tren!

Si la pobre Isa supiera la que le espera en Valencia se metería en un convento hasta el domingo.

Esos fueron algunos de los mensajes que los internautas que seguían a las chicas en las redes sociales podían leer. La vida en directo. Datos relacionados con el dónde, el cómo y el cuándo. Julio Carrera lo vio claro; su plan empezaba en aquella despedida. Patricia sería la primera. No tenía especial preferencia por Adriana, Águeda o Patricia: para él las tres eran culpables por igual y lo único que iba a diferenciarlas era que dos de ellas vivirían unos meses. Puro azar. Diseñó con la precisión de un arquitecto cada fase. Sabía que en la receta del éxito el ingrediente principal era la paciencia, no precipitarse si en un momento algo no salía como esperaba. La complejidad de lo que pretendía así lo requería: acabar con la vida de tres chicas en una ciudad de menos de sesenta mil

habitantes y dedicarle a cada una el tiempo merecido. En su delirio y en el odio incubado durante una década no había cabida para las prisas; cada una de ellas era imperativo que supiese por qué iba a morir. No valía la muerte sin explicación previa.

Había una parte del plan que a Julio Carrera le obsesionaba y que no podía hacer solo: usar el mismo arma que había llevado al suicidio a Raquel: una grabación comprometida. Y para ello en el mundo había una persona con la que compartía la idea de la venganza como la herramienta que les proporcionaría lo que estimaban que era la justicia: su hijo Ángel. Hasta que su padre no descubrió el diario no fue capaz de ponerle nombre y apellidos a las causantes originales de la propagación del vídeo en Internet.

Llevaba nueve años viviendo en Valencia. Con dieciocho, apenas tres meses después de morir Raquel, un ojeador de nuevos talentos tenísticos lo vio jugar en un torneo organizado en el club Juan Bravo de Segovia. Ángel ni siquiera pertenecía a dicho club, pero recibió una invitación de un amigo sabedor de la calidad que desprendía. No se equivocó: ganó en la final por 6-2 y 6-1 a su contrincante, el campeón provincial de la categoría. El ojeador, Marcos Cantatore, le ofreció dos días después una beca que le cubría la manutención en una residencia de deportistas y el entrenamiento con los profesores más prestigiosos del levante. Aceptó sin convencimiento y durante cinco años se dedicó al tenis. Siendo profesional se rompió el tendón rotuliano dos veces casi consecutivas y se retiró en el momento en el que muchos expertos ya lo veían como futuro ganador de un Grand Slam.

Se quedó a vivir en Valencia, estudió INEF en la universidad pública y aprobó las oposiciones a profesor de educación secundaria. Su plaza la tenía en un instituto de Cullera, municipio a cuarenta kilómetros de la capital. Por eso cuando su padre leyó en la cuenta de Facebook de Patricia que la despedida de soltera sería en Valencia supo que era la hora. Julio esperó desde primera hora de la mañana a que Patricia saliese de casa, únicamente le faltaba saber la hora exacta. Ella y sus amigas tenían reservados los billetes en Segovia para el tren Avant de las tres y media, el mismo en el que se subió él. Las siguió

discretamente hasta Madrid pasando inadvertido. Ya en la estación de Puerta de Atocha comprobó en los paneles de información la hora a la que partía el AVE Madrid-Valencia y escribió un mensaje a su hijo.

Sale a las cinco y media. Toda tuya. No me defraudes.

Ángel esperó tomando un café en el bar de la estación Joaquín Sorolla. Las vio bajar del vagón. Eran ocho. Se subieron a dos taxis en la parada y fueron directas al hotel a dejar las maletas, ajenas a que un coche las seguía veinte metros por detrás. Media hora después salieron rumbo al centro a tomar las primeras cañas y vinos. Esa tarde noche sería de reconocimiento. Quería ver por dónde se movían y qué planes tenían. Cuando a la mañana siguiente comprobó que iban al puerto deportivo lo tuvo claro, sería allí.

El grupo había contratado un catamarán en el que se juntaría con otras dos despedidas, ambas masculinas. Ángel aprovechó para integrarse con los hombres: cada grupo pensaría que pertenecía al otro y podría moverse con libertad por la cubierta sin levantar sospechas. La cerveza, el güisqui y la ginebra no tardaron en correr. La mayoría se bañaron en alta mar. Hacía casi treinta grados y la primavera jugaba a ser verano. En media hora los tres grupos se habían mezclado: en total catorce chicos y ocho chicas. Ángel debía estar rápido y buscar el interés de Patricia antes de que otros lo hicieran. Encontrar el momento de abordarla no era tarea sencilla ya que la droga que meses después usaría Julio con Águeda en fin de año, hacía efecto una media hora después de ser consumida. Había que calcular bien los tiempos para que Patricia estuviese con él justo en el momento en el que su voluntad se viera anulada, si no alguna amiga podría darse cuenta. Ángel esperó a que el alcohol inundara la fiesta, así sería más difícil que nadie detectase un comportamiento demasiado sumiso en Patricia. Le sirvió un *gin-tonic*, hablaron, se bañaron y al salir, mientras le servía otra copa, Ángel notó que ella ya hacía lo que le pedía. Obedecía órdenes sencillas. Se la llevó al baño del barco, la desnudó y disfrutó doblemente del momento. Patricia miraba a la cámara del móvil sin ninguna facultad mental plena para entender que ese vídeo podría ser usado contra ella. Se dejó llevar por la inercia que marcaban las órdenes de aquel desconocido al que nunca más

volvería a ver, activando la cuenta atrás de su vida. Menos de tres meses después esa grabación la arrastró a un final trágico, no sin antes contemplar, retenida en aquella habitación convertida en celda, cientos de fotografías de su antigua amiga Raquel.

Abril del 2016 —tres meses después de la detención de Julio Carrera—.

Adriana salió de la consulta de la psicóloga sobre las ocho y diez de la tarde. Era la novena sesión y por primera vez creyó que algo iba a mejor. Tenía miedo de ir sola por la calle y desde el incidente estaba de baja por depresión. Su padre la recogía con el coche, y si quedaba con alguna amiga lo hacía en el portal y desde allí caminaban juntas. Miraba continuamente hacia atrás sintiéndose observada por cualquier desconocido que se convertía en sospechoso de algo que Adriana no alcanzaba a comprender. Sus padres cambiaron el timbre de casa porque el sonido le recordaba el momento en el que su agresor la abordó. Sabía que era un miedo irracional; Julio Carrera estaba en la cárcel de Perogordo, en Segovia, en prisión preventiva a la espera de juicio, y si no sucedía nada extraño no saldría de allí en varias décadas, o probablemente nunca dada su edad y la previsible condena que superaría los cuarenta años según le habían contado.

Cabello había sido puesto en libertad sin cargos a finales de febrero después de que Carrera confesara que no había tenido relación con el primer crimen. La liberación no fue inmediata. Pasó más de un mes hasta que el juez decidió anular los cargos: al no haber sido juzgado el proceso fue más rápido que si el trámite se hubiera iniciado con una condena en firme.

Se marchó de la ciudad porque, tal como declaró en una entrevista en Radio Segovia con el periodista Alfredo Matesanz, «esta ciudad ya ha emitido su propio juicio contra mí. Nadie me va a contratar jamás mientras exista la mínima duda de si participé en ese asesinato... y esa duda me perseguirá siempre». El rumor más fiable, dentro de que ninguno lo era, apuntaba a que Cabello se había ido a vivir con una tía a un pueblo de Ciudad Real. Los segovianos fueron

marginándolo de su memoria hasta quedar en un recuerdo oscurecido que borrar, aunque resurgiera periódicamente para aparecer en conversaciones de bar o en las efemérides de los periódicos. De su inocencia nadie volvió a hablar, y al haber estado detenido lo señalarían con desconfianza, como a un sospechoso más.

La consulta de la psicóloga Beatriz Sánchez estaba a diez minutos andando de su casa, en un piso de la calle Curtidores. Al terminar la cita Adriana llamó a su padre y le pidió que no fuera a buscarla tal como habían quedado. Quería intentar hacer algo que hasta principios de año era el acto más cotidiano de su vida; pasear sola cuando quisiese y sin la atadura de su miedo.

—¿Estás segura? —cuestionó desconfiado el padre.

—Tengo que intentarlo, papá. No soporto seguir encerrada en casa. Ten el móvil al lado. Si necesito algo, te llamo, lo prometo. No te preocupes, de verdad.

Adriana echaba de menos su trabajo en la agencia de publicidad. Quería volver a ser normal, a disfrutar de la rutina. La psicóloga valoró su iniciativa, ella también estaría pegada al teléfono. Le recomendó que fuera por las calles con más gente, le sería más sencillo. Una meta que alcanzar, un reto que superar.

Salió y emprendió cuesta arriba la calle de Santo Tomás, después el Paseo Conde de Sepúlveda. Se detuvo un momento frente al portal número uno: allí vivió Patricia. Se acordó de ella, pero no fueron imágenes negativas las que inundaron su memoria, eran momentos divertidos de cuando conservaban la amistad. Le vino a la mente aquella tarde en la que se encontraron debajo de un banco una cartera con trescientos cincuenta euros. Debatieron los pros y contras de devolver o quedarse con el dinero, como cualquier adolescente que no ha visto junto tanto dinero en su vida, y al final fueron a comisaría, la misma en la que declararían diez años después, para que localizasen a su dueño. Ambas salieron satisfechas de haber hecho lo correcto y pasaron el resto de la tarde fantaseando sobre qué habrían hecho con su parte del botín si se lo hubieran quedado. Sintió nostalgia de los días no vividos.

Llegó a la calle José Zorrilla. Todo iba bien. Cada paso era una victoria y cada desconocido al cruzarse dejaba de ser una amenaza para transformarse en un

aliado con el que refrendar su progresión. Así hasta llegar al portal y abrazar la victoria más importante en mucho tiempo. Era un triunfo. Llamó a la psicóloga y pronunció tres palabras antes de llorar: «Lo he conseguido».

Subió y recibió el mejor trofeo, el abrazo de sus padres. Para ellos no era una victoria, era algo más grande aún: desprenderse de una losa y de los reproches por no haber estado en casa cuando su hija fue atacada aquel 4 de enero. Lo celebraron con una cena especial donde abundaron las risas perdidas y prepararon la comida preferida de Adriana: canelones de atún y croquetas de jamón. Aún quedaba mucho trabajo por hacer y una recaída entraba en sus planes, pero los cimientos para la recuperación se consolidaban.

Allí, en la protección de las paredes del hogar, su fortaleza, ningún miembro de la familia Gómez Escudero era consciente de que el peligro no se había extinguido con la detención de Julio Carrera. Unos ojos rebosantes de venganza acecharon a Adriana en la acera de enfrente cuando entró en el portal: Ángel estaba en la ciudad para visitar a su padre y comprobó que la chica volvía a la rutina.

Fue una visita breve a la cárcel, no más de cuarenta minutos en un vis a vis familiar. Era el primero sin un cristal de separación. No tenían motivo para pensar que la conversación estuviera autorizada por el juez a ser grabada. Ángel no estaba imputado. Peralta y Goyanes, a pesar de sus esfuerzos en las semanas siguientes a la detención del padre, no hallaron ninguna prueba de su implicación más allá de la circunstancial de la fotografía en el barco, insuficiente para sacarle al juez una imputación. Podían hablar con libertad.

Ángel lo encontró envejecido. Más delgado que de costumbre, con ojeras que escondían un latente insomnio y un temblor en la mano que, aún sin diagnosticar, delataba los primeros síntomas de la enfermedad de Parkinson.

—Tienes que parar. —El tono de Julio mezclaba el imperativo con la resignación.

—¿Cómo que tengo que parar? No hemos llegado hasta aquí para dejar ahora el trabajo a medias, papá.

—Te he dicho que tienes que parar. Es lo mejor para ti.

—¿A qué viene este cambio de actitud? Quedamos en que si te detenían dejaríamos pasar unos meses, y eso he hecho. Tres meses es tiempo razonable, o si consideras que es poco puedo esperar, no me importa.

Julio se inclinó hacia adelante, enfadado por la oposición que no esperaba.

—Yo nunca te dije eso porque en mis planes no estaba que me detuvieran antes de completar el cometido. Tú tenías que ayudarme con el primero, el resto era cosa mía y por eso te mandé bien lejos en Nochevieja. Además, sería un tiempo razonable si no te hubieras dejado fotografiar en el barco. Fallaste en lo único bien que tenías que hacer, pasar inadvertido. —Ángel agachó la cabeza, avergonzado. Aceptó la reprimenda sin ofrecer batalla—. Teníamos un trato. De esto tú tenías que salir ileso. ¿Qué te crees, que no estás en el punto de mira de esos policías? Una cosa es que no puedan demostrar que participaste y otra bien distinta es que tengan la certeza de que eres inocente. Están esperando a que te equivoques.

—¡Venga ya, papá! Esos ya no están ni en Segovia. Nadie duda de que los crímenes, como los llaman en la prensa, fueron cosa tuya. Solo tengo que fabricarme una buena coartada antes de ir a por Adriana y no podrán demostrar que he sido yo. Puedo buscarme un colaborador si es necesario. ¡Llevamos mucho deseando este momento, no podemos echarnos atrás!

—Mi decisión es esa, no me vas a convencer.

—Y te recuerdo que tú también fallaste, no soy el único que ha hecho algo mal. Llevabas el teléfono encima cuando recogiste a Águeda en Nochevieja y gracias a eso comprobaron que estabais en el mismo lugar, y también te inscribiste en la carrera con tu nombre en vez de poner uno totalmente falso.

—No me cuentes lo que he hecho mal, lo sé de sobra. ¿No te das cuenta que implicar a una tercera persona para que te ayude generaría más problemas? No puedes confiar en nadie para esto que no sea en mí, y te digo que se ha acabado.

—Lo siento, papá, es que no entiendo nada.

—Yo tenía que hacerlo todo. En el momento en el que se escapó Adriana el plan quedó incompleto, y así seguirá. Si Adriana aparece muerta no habrá duda

de que es cosa tuya. No puedes tirar tu futuro a la basura. Tu madre se moriría de la pena si te ve pasar los mejores años de tu vida aquí. Aunque sea por ella, para. Se acabó.

—Mamá está muerta, no vamos a resucitarla por ser ahora unos ciudadanos ejemplares. Puedo hacerlo, solo he de ser precavido. Confía en mí.

—Te he dicho que no, y no hables en ese tono de indiferencia sobre tu madre. Muestra más respeto. He tenido mucho tiempo para pensar y es lo mejor, hemos quedado al descubierto. No tienes otra opción. Tienes una buena vida en Valencia, trabajo y una novia estupenda, haz que por lo menos un miembro de esta familia tenga futuro. A tu madre le gustaría.

—Raquel no se merece esto, papá, esas tres chicas la hundieron.

Ángel se arrepintió de sus palabras antes de acabar la frase. Su padre se incorporó y lo sujetó del hombro.

—Raquel no se merecía nada de lo que le pasó, era la niña más buena del mundo. —Sus ojos se llenaron de una pena que conocían muy bien—. No vas a ir a la cárcel. Cada uno que cargue con lo que considere oportuno. Te ordeno que no mates a esa chica, hasta aquí hemos llegado. Quiero que te vayas a Valencia hoy mismo y no vuelvas en mucho tiempo, por lo menos hasta que vea que te calmas. ¿Queda claro o no queda claro? Cuando quieras saber de mí llámame. No te acerques más a esta ciudad, no te hace bien.

—Sí, papá. Queda claro. Pero...

—No hay peros, haz lo que te digo.

Y sin despedirse abandonó la sala maldiciendo en un susurro a su padre.

Julio miró el reloj colgado en la pared, no habían agotado los minutos concedidos por la dirección del centro. Regresó a su celda lleno de rabia. Sabía que su chico tenía la capacidad y el odio incrustado en la piel para terminar aquello que consideró en su día una misión, e igualmente sabía que de hacerlo sus huesos acabarían en la prisión. No existía el crimen perfecto y menos cuando el camino ya estaba marcado.

En un ataque de cordura, quizá fruto de la perspectiva que imponía estar preso, pensó en su mujer, en María Antonia, y en cómo ella jamás le hubiera perdonado

que hubiera arrastrado a Ángel a aquella locura. Por sentir que había perdido el control intentaba cambiar el destino que tenía reservado para Adriana sin que la joven nunca llegara a ser consciente de que la vida le daba otra merecida oportunidad. No era compasión, era resignación.

Peralta, Goyanes y Blasco nunca pudieron verificar el motivo por el que Patricia Redondo se bajó del tren aquella tarde de agosto. Julio tuvo un aliado en su hijo y aquel vídeo en la despedida de soltera fue el punto de partida de una elaborada planificación. Que a la chica se le acabara la batería del teléfono móvil en el tren y los investigadores no pudieran localizar la señal del aparato ni los repetidores captar ningún movimiento jugó a su favor desde el principio, aunque más tarde la tecnología se volvería en su contra.

Ángel se sentía ninguneado por su padre, que lo reducía a simple colaborador y echándole en cara lo que él consideraba un pequeño error; la fotografía en el barco.

Sabía dónde vivía Adriana. Esperó paciente. La vio salir de casa junto al padre. Los siguió hasta que se metieron en un portal. A los dos minutos salió el hombre, que tomó el mismo camino de retorno. Ángel se acercó a la puerta. En una de las viviendas se anunciaba un gabinete de psicología. Dedujo que estaba allí. Una hora y diez minutos después volvía a la calle. A veinte metros de ella, aparentando estar distraído con su teléfono móvil y pasando desapercibido entre los paseantes, Ángel no despegaba sus ojos de Adriana mientras recordaba decepcionado el mandato de rendición.

Lo que desconocía Ángel en aquella improvisada vigilancia era que para Peralta y Goyanes su relevancia en el caso era tan evidente como la imposibilidad de demostrarla ante el juez. Sin darse cuenta, a la vez que Ángel acechaba a Adriana, los ojos del agente Blasco se clavaban fijamente en él, anotando sus movimientos y cerciorándose con infinita paciencia de que el primogénito no era el joven inocente que había aparentado. Desde que había salido del vis a vis en la cárcel iba tras sus pasos. Sabedores de su visita a la cárcel segoviana, Peralta y Goyanes, a pesar de estar de vuelta en Valladolid, ya

en sus puestos habituales, quisieron extraoficialmente testar la actitud de Ángel. Su intuición de nuevo dio en el centro de la diana al constatar cómo vigilaba a la chica.

No era descabellado aventurar que lo intentaría habida cuenta del odio y el rencor con el que su padre había actuado. Para los agentes, la certeza de que estarían prevenidos para evitarlo se tambaleaba. Desde Valladolid no podían protegerla como creían que necesitaba y sus superiores en la valoración de riesgos no veían motivo justificado ponerle escolta dado que a Ángel el juez no le había imputado cargo alguno.

Cuando Adriana entró en el portal Ángel se marchó en busca de su coche. Regresaba a Valencia sin apagar las ganas de venganza. Volvería a su vida tranquila y ejemplar, pero nada le mantendría más vivo que imaginar que en un futuro no muy lejano completaría el plan que su padre había comenzado. Solo necesitaba algo de tiempo y desobedecer una orden que no reconocía como válida. Más allá de los reproches mutuos, les unía el mismo odio cegador y la necesidad de ser ellos quienes impusieran el castigo.

Con Julio en la cárcel y Cabello liberado, el caso estaba cerrado a la espera del juicio. Patricia y Águeda engrosaron la dolorosa lista de mujeres asesinadas en el 2015 y 2016. Las efemérides las recordarían cada año, sus familias cada minuto y la ciudad terminaría curando sus propias heridas mostrando de nuevo su cara más cotidiana, ese terreno en el que mejor sabía moverse. Sin embargo, la paz era frágil y durante mucho tiempo cada vez que en un hogar una hija llegaba más tarde de lo previsto, un padre y una madre se estremecían hasta tener noticias tranquilizadoras que diluyeran la angustia, apoderándose mientras tanto de la misma inquietud que para los Redondo y los Millán era una pesadilla ya imposible de despertar.

En cambio, Raquel cayó en el olvido. Su historia quedó relegada por la de Patricia, Águeda y Adriana, más actual y con muchas hojas escritas en los medios de comunicación entre debates y espectáculos.

Ella fue una de las primeras víctimas de la irresponsabilidad, el desprecio y el odio oculto en las redes sociales, en una época en la que aún los internautas se afanaban en descubrir las virtudes que les ofrecía la red. Después hubo más víctimas relacionadas con contenidos sexuales que no fueron creados para volverse públicos. Chicas que, siendo grabadas inicialmente con o sin permiso, veían como su intimidad era violada y se volvía visible para el gozo y el recreo de muchos hombres que consumían y compartían fotografías y vídeos de carácter privado sin consentimiento y sin ni siquiera reconocerse como los verdaderos culpables del linchamiento que sufrían ellas en cuanto eran reconocidas como las protagonistas.

Tras Raquel otras mujeres tuvieron que ocultarse, escapar de su entorno o solicitar que se les aplicara el derecho al olvido, sabedoras de que ninguna ley

impediría que fueran acusadas con el dedo de la lujuria más decadente de quienes lucían de cara a la sociedad el cartel de ciudadanos ejemplares.

Raquel no fue un caso aislado...

Agradecimientos

Andrea Martín, nuevamente me has acompañado en esta aventura literaria ofreciéndome la perspectiva y los consejos que solo una gran profesional como tú podía darme. Gracias por tu paciencia.

Yoli y Marcos, qué importante fue para mí la tarde en Segovia en la que me ayudasteis a dar forma a esta novela. Aquella conversación fue sin duda el punto de partida de *El silencio de Raquel*. Gracias por vuestra colaboración desinteresada.

Eduardo Hidalgo, espero que el pasaje en el que requerí de tus conocimientos esté a la altura de la ayuda que me brindaste en una de las partes de la novela más difíciles para mí. Gracias por orientarme para que esta historia sea más realista.

Máximo Palacios y Rodrigo Manrique, no han sido pocas las llamadas en las que he requerido de vuestra perspectiva profesional. Siempre habéis estado dispuestos a contarme detalles que sin duda han sido de gran valor para Peralta y Goyanes; ellos también os dan las gracias.

Álvaro Llorente, el primer lector de *El silencio de Raquel*. Que valoraras tan positivamente aquel primer borrador me dio ánimos en un momento en el que dudaba de haber tomado el camino correcto.

Javier Herrero, siempre ahí cuando he recurrido a tu talento en forma de fotografía.

Ahora que nuestros caminos se separan, mi agradecimiento eterno a Jesús Moracho y Estefanía Abril, de Premium Editorial, porque gracias a vosotros cumplí el sueño de ver mis dos primeras novelas publicadas. Nos volveremos a encontrar.

Y os dejo el final a vosotros, lectores. Desde que empecé a publicar me he sentido arropado por la generosidad que demostráis al leerme, compartir y comentar mis *posts* en las redes sociales sobre las novelas, y también recomendándolas a otras personas. Escribo porque quiero que las historias que solo existen en mi cabeza pasen a ser también vuestras; ese es para mí el verdadero sentido de la literatura y tengo el privilegio de conseguirlo porque desde el principio habéis estado muy cerca de mí.